Libros que ayudan a entender el mundo

John Horgan

Psicología del terrorismo

→ Cómo y por qué alguien se convierte en terrorista

El terrorismo se ha convertido en la forma más efectiva y virulenta de hacer la guerra y en uno de los principales focos de interés y temor de la ciudadanía mundial. Sin embargo, a pesar de la prodigalidad que los medios de comunicación y la cultura han dedicado al tema, el fenómeno del terrorismo adolece de una falta de información de primera mano, una merma que es consecuencia de las características del propio objeto de estudio: los corpúsculos terroristas están formados por sujetos volátiles, ocultos, inaprensibles conceptual y moralmente desde una óptica occidental. De forma novedosa, John Horgan —uno de los principales especialistas internacionales en terrorismo— traza en esta obra las leyes internas, el porqué, la psicología, en definitiva, que anima a determinadas personas a convertirse en armas letales al servicio de una ideología de carácter fundamentalista.

A partir de entrevistas con exterroristas y evidencias documentales, el corazón de este ensayo lo constituye una descripción del proceso que siguen la mayoría de exintegrantes de

organizaciones: cómo ingresan en el grupo, cómo lo viven y cómo es que, finalmente, lo abandonan. Conocer el pensamiento terrorista y analizarlo sin prejuicios es la clave para comprender y resolver uno de los fenómenos más aciagos e inquietantes de nuestro tiempo: cómo y porqué un ser humano decide inmolarse para obtener beneficios políticos, a través de actos que siembran el terror.

Losmasbuscadosdepsicologia.
Blogspot.com

John Horgan

Psicología del terrorismo

Cómo y por qué alguien se convierte en terrorista

ePub r1.0
3L1M45145 17.10.15

Título original: *The Psychology of terrorism*
John Horgan, 2005
Traducción: Joan Trujillo Parra
Diseño de cubierta: Departamento de diseño de Editorial Gedisa

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Prólogo

Terrorismo, métodos científicos y confusión mediática

El terrorismo, un fenómeno verdaderamente global en todas sus formas y variantes, fue considerado como una amenaza marginal hasta finales de los años sesenta. Sin embargo, desde entonces se ha apoderado de las redes globales de información hasta convertirse en el tema probablemente más tratado en la actualidad por los medios de comunicación. Puede encontrarse un ejemplo de ello en el *International Herald Tribune*, un periódico que se publica de forma simultánea en todos los continentes. Cada semana, y a veces durante varios días seguidos, figuran en su portada titulares sobre el terrorismo y sus consecuencias, peligros y riesgos. Cuesta encontrar un tema que

pueda rivalizar con éste en cobertura en los medios de comunicación. ¿Cómo puede ser que la economía, las epidemias globales y las grandes catástrofes no tengan tanto poder de atracción como el terrorismo?

Durante el intervalo histórico comprendido entre 1989 y 2001, la naturaleza del terrorismo y el ritmo al que éste evolucionaba cambiaron de forma importante. Antes la amenaza terrorista era lenta, predecible y explicable. Un ejemplo de ello es el Consejo Revolucionario Fatah de Abu Nidal: todo el mundo sabía qué país le otorgaba santuario, armas de fuego y explosivos. Identificar el sistema improvisado que este grupo empleaba para reivindicar sus atentados no revestía la menor dificultad. En cambio, el terrorismo de hoy ataca de forma brutal, fugaz y a menudo irracional, como sucede con Al Qaeda, la secta Aum Shinri Kyo y el Grupo Islámico Armado (GIA) argelino. Hoy el terrorismo es un componente primordial de los conflictos armados, que durante las últimas tres décadas se han ido impregnando de él de forma lenta pero segura.

A principios del siglo XXI, el terrorismo es el principal problema de seguridad de nuestros gobiernos. Incluso puede decirse que se ha convertido en una guerra. No obstante, este

terrorismo omnipresente —cada día del año estallan bombas en el mundo por mil motivos distintos— ha experimentado también una importante mutación. El terrorismo de Estado propio de la Guerra Fría, ya sea político o ideológico, ha desaparecido casi en su totalidad. Además, desde la distensión entre las dos superpotencias han surgido nuevos actores en la escena terrorista: los más acérrimos son, por supuesto, fanáticos, como los integristas islámicos, pero también existen grupos criminales no politizados como bandas mafiosas, sectas que auguran el fin del mundo y otros grupúsculos violentos e irracionales.

Veamos si es posible identificar similitudes entre la mayoría de los grupos hasta aquí mencionados. En primer lugar, comparten el hecho de que no se trata de organizaciones en el sentido y con la connotación que son usuales en Occidente; es decir, no poseen estructuras sólidas, ni mucho menos rígidas. Todo lo contrario: estos grupos son fluidos e inmateriales, cuando no directamente volátiles. Como ejemplo podríamos citar lo que la administración actual de Estados Unidos denomina «Al Qaeda» e insiste en presentar como una organización formal con un «número 2» y un «número 3», es decir, una jerarquía; según el gobierno estadounidense, «dos terceras

partes de su estructura de mando han sido eliminadas», lo que redunda en sugerir que está formada por miembros estables o permanentes de algún tipo. Estas ficciones reciben mayor difusión todavía de la mano de diversos tipos de «expertos» que con la mayor alegría estiman «los componentes de Al Qaeda» en 1.200 (por citar un ejemplo).

Sin embargo, es extremadamente fácil demostrar que Al Qaeda no es una organización en el sentido en que lo es —para no salir del ámbito del terrorismo — el IRA Provisional. Dicho de otro modo, es facilísimo probar que Al Qaeda no es sencillamente una especie de IRA Provisional que, en lugar de profesar la fe católica romana, está consagrado a la militancia islamista. Desde sus primeros ataques contra las embajadas estadounidenses en Nairobi y Dar es Salaam en agosto de 1998, Al Qaeda ha sido objeto de la mayor campaña de represión de la historia. Según nuestra base de datos, desde 2001 se ha interrogado en 58 países del globo a unos 5.000 individuos calificados como «miembros» de Al Qaeda. Además, se han producido en secreto centenares de detenciones, especialmente en el mundo árabe.

La inmovilización mundial de los fondos de Al Qaeda

En un informe de julio de 2003 del grupo de expertos de las Naciones Unidas responsable de seguir cómo se aplican las resoluciones de la ONU sobre la lucha antiterrorista, se señalaba que 59,2 millones de dólares que Al Qaeda poseía a través de personas (identificadas como «miembros»), empresas o entidades vinculadas a ella se han inmovilizado o confiscado en 129 países de todo el mundo: el 70% en Europa, Eurasia o Norteamérica, el 21% en Oriente Medio (Arabia Saudí, Emiratos Árabes, etc.) y el 8% en el Sureste Asiático. También podría precisarse que todo ello tuvo lugar antes de la guerra de Irak de la primavera de 2003 y de los posteriores atentados en:

- Riyad (Arabia Saudí): mayo de 2003, 35 muertos; noviembre de 2003, 17 muertos.
- Casablanca (Marruecos): mayo de 2003, 45 muertos.
- Jakarta (Indonesia): agosto de 2003,12 muertos.
- Estambul (Turquía): noviembre de 2003, 69 muertos.
- Madrid: marzo de 2004, 202 muertos.

Veamos ahora el caso de dos grandes organizaciones que merecen ser descritas con este término y que también cuentan con presencia global por motivos profesionales: una corporación multinacional y un servicio de inteligencia. Por ejemplo, General Motors y la CIA. Si se encarcelase a entre 5.000 y 6.000 de sus ejecutivos y trabajadores de todo el mundo, se cerrasen sus oficinas y se confiscasen sus archivos, herramientas de trabajo, cuentas bancarias y recursos financieros, ¿qué quedaría de estos dos gigantes? Nada de nada. También debe tenerse en cuenta que los grupos terroristas tienen una naturaleza híbrida, en parte «política» y en parte delictiva. Se han documentado considerables intercambios entre grupos terroristas y criminales: entre la Camorra napolitana y ETA y el GIA argelino, o entre la banda Dawood Ibrahim de Karachi y grupos islamistas próximos a Bin Laden, como Jaish-i-Muhammad o Harakat-ul-Mujahideen. Contactos parecidos vinculan el IRA Provisional con el infame y protocriminal movimiento guerrillero FARC de Colombia. Estos peligrosos grupos poseen una capacidad de mutación ultrarrápida, resultado del crucial «factor dólar». En la mayoría de los casos son nómadas, transnacionales y no están implantados en

territorios definidos (o se ubican en zonas inaccesibles). Se encuentran apartados del mundo y la sociedad civilizada. Sus objetivos pueden ser criminales, fanáticos, relacionados con el fin del mundo o completamente fraudulentos, es decir pensados para engañar al mundo en general (por ejemplo, en Liberia y Sierra Leona las bandas asesinas dirigidas por Foday Sankoh bajo el nombre RUF, siglas en inglés de Frente Unido Revolucionario); también es posible que sus objetivos desafíen toda comprensión, como en el caso de la secta Aum. Estos grupos peligrosos carecen en general de apoyo gubernamental de cualquier tipo, por lo que son aún más impredecibles e incontrolables. Por último, operan con el objetivo de provocar masacres y asesinar al máximo número posible de personas, como ilustran los ejemplos de Bin Laden, el GIA en Argelia o la secta Aum.

El terrorismo no se explica hablando sobre él

Una paradoja obvia: cuanto más se habla sobre el terrorismo y más se informa sobre atentados en la prensa, la televisión o los medios de comunicación en

general, parece que menos comprenden los expertos y los comentaristas qué sucede de verdad. ¿Quiénes son estos grupos impronunciables que aparecen un día para esfumarse al siguiente? ¿Qué podemos pensar de los incontables grupúsculos terroristas de Irak y Afganistán, por no mencionar Pakistán y Cachemira? ¿Quiénes son todos estos Abu que aparecen cada día en los titulares y desaparecen como por ensalmo, en una especie de versión criminal del juego del escondite? Y lo más importante: ¿por qué perpetran estos atentados todos estos grupos, entidades y personas? ¿Qué pasa por la cabeza de un discípulo de la secta Aum cuando llena el metro de Tokio de un gas venenoso letal? ¿Qué motivación psicológica condujo a Timothy McVeigh a volar un camión repleto de explosivos ante las oficinas del gobierno federal de Oklahoma y matar a casi 200 inocentes? ¿Qué siente Abu Musab al-Zarqawi cuando secciona la garganta de otro ser humano? ¿Qué sintió Osama Bin Laden al ver que se desplomaban las torres gemelas en Manhattan? La prensa, por no hablar de la televisión, no dice nada sobre todo esto, sino que se limita a relatar los hechos; no se propone explicarlos, ni mucho menos instruir al público. Pero no es éste su papel. Explicar e

instruir son tareas que corresponden al mundo académico, y es cierto que diversas disciplinas científicas han contribuido y contribuyen a mejorar la comprensión del terrorismo. Entre las más importantes se cuentan la geopolítica y, de forma más indirecta, la filosofía, que ha abordado el tema desde un punto de vista más profundo y abstracto. Teníamos ciertas expectativas con respecto a la sociología, pero, al menos en los países latinos, nuestra decepción ha sido inversamente proporcional a nuestras esperanzas. Aparte de estas áreas de conocimiento, está la psicología.

La psicología es una oportunidad para aproximarse a algo crucial. Los criminólogos sabemos bien que más allá de toda ideología, plan, proyecto y conspiración, más allá de la avaricia, la rabia y la furia, existe un ingrediente esencial: la conducta humana. También somos muy conscientes de que, a veces, un ser humano puede sentir una necesidad acuciante de estrangular a la persona con la que está hablando —como habrá sentido legítimamente cualquiera que haya tratado con el típico burócrata quisquilloso del mundo universitario francés— y de que, al buscar el origen de esta conducta, damos con una oscura charca de silencio que permanece herméticamente

sellada y apartada del yo consciente. Para comprender la naturaleza secreta de esta conducta y de otros conceptos fundamentales hay que recurrir a la psicología. Y pocas áreas son tan interesantes como la psicología del terrorismo y los terroristas. En ella se ha adentrado John Horgan con la ayuda de una importante obra de investigación del Departamento de Psicología Aplicada del University College de Cork (Irlanda). El título de este prólogo hace referencia a la confusión generada por la guerra de la comunicación. El libro de John Horgan se abre camino a través de este desconcierto y, en algunos momentos, lo mitiga totalmente. Su lectura permite aprender muchas cosas y comprender mejor situaciones y modelos que antes eran inescrutables. Se trata de una obra que «instruye», lo que, en mi opinión, es lo mejor que puede decirse de un trabajo académico. Me enorgullece haber recibido el encargo de escribir el prólogo de un libro que promete convertirse en una obra de referencia en su campo.

XAVIER RAUFER
Director de Estudios
Departamento para el Estudio de la Amenaza Criminal

Instituto de Criminología de la Universidad de París II

Septiembre de 2004

Prefacio

A principios de mayo de 2004, la página web de Muntada al-Ansar, un grupo terrorista asentado en Irak que apoya el extremismo islámico militante, puso en circulación un vídeo que, en cuestión de horas, cobraría una resonancia mundial. El vídeo se titulaba *Abu Musab al-Zarqawi da muerte a un americano* y en él figuraba Nicholas Berg, un ciudadano estadounidense llegado a Irak con la campaña internacional de reconstrucción. La desaparición de Berg constaba desde el mes anterior. El vídeo, de catorce minutos, comienza con Berg sentado en una silla, ataviado con un mono de color naranja similar al que llevan los detenidos en la base de Guantánamo. Berg se identifica ante su entrevistador y afirma: «Mi padre se llama Michael y mi madre Suzanne. Tengo un hermano y una hermana, David y Sarah. Vivo en Filadelfia». A continuación, Berg aparece sentado en el suelo atado de pies y manos ante cinco hombres

enmascarados; el del centro lee en voz alta un comunicado en árabe. El texto condena el mal trato que reciben los iraquíes detenidos en la cárcel Abu Ghraib de Bagdad, controlada por Estados Unidos, en la que algunos soldados estadounidenses y personal civil habían torturado a prisioneros. Más tarde se identificó a este hombre como al-Zarqawi, que ha sido descrito por los medios de comunicación occidentales como el «jefe» de Al Qaeda en Irak.

Mientras se lee parsimoniosamente el comunicado en voz alta, dos hombres (uno a cada lado de al-Zarqawi) miran a Berg y a al-Zarqawi una y otra vez mientras comprueban el estado de sus armas de forma metódica y discreta. Berg permanece inmóvil sentado en el suelo durante toda la lectura, hasta que ésta termina de repente. Se oye un alarido, aparentemente proferido por quien maneja la cámara, y a continuación al-Zarqawi lanza al suelo los papeles y extrae un largo cuchillo de su túnica. Se produce un forcejeo cuando dos de los enmascarados empujan a Berg al suelo sobre su costado izquierdo y se arrodillan sobre sus piernas y su espalda. En este momento, Berg comienza a chillar, pero sus gritos se ahogan bajo una suave letanía de «Allahu-Akhbar, Allahu-Akhbar» (Dios es el más grande). En los

siguientes segundos, el cántico aumenta en volumen y frecuencia mientras al-Zarqawi agarra a Berg por los cabellos, tira de su cabeza hacia atrás y le rebana la garganta hasta el pescuezo. Cuando la cabeza de Berg queda en vilo ante la cámara, el cántico cesa. Luego el vídeo salta a otra escena que muestra cómo se coloca la cabeza de Berg junto a su cuerpo en una cama.

¿Cómo se puede tratar de comprender un acto como éste? De hecho, ¿por qué se debe intentar entenderlo? Tal vez sea mejor limitarse a condenarlo. Ante estos hechos, parece más justificable y apropiado limitarse a sentir furia y horror que entrar en debates intelectuales como el de tratar de comprender este tipo de conducta.

Cuando preguntaron al eminente erudito George Steiner cuál era la mejor forma de reaccionar ante los horrores del Holocausto, respondió que la única reacción apropiada era el silencio. La lengua, las palabras, las opiniones y los debates eran por su propia naturaleza demasiado corrompibles (como demostraron los propios nazis) para describir lo que había sucedido. El resultado, temía Steiner, sería una nimia simplificación y trivialización que sólo serviría para profanar cualquier imagen precisa de los

horrores del pasado.

En el mundo de hoy, el comentario de Steiner parece totalmente fuera de lugar. A mediados de octubre de 2001, cuando aún no habían transcurrido cinco semanas del devastador atentado de Al Qaeda en Estados Unidos, ya se había publicado el primer libro sobre la masacre. Lo que sucedió a continuación sorprendió hasta a los más cínicos. En los doce meses siguientes aparecieron sólo en inglés más de ochocientos textos que trataban de explicar los acontecimientos del 11 de septiembre.

El drama que rodea al terrorismo, y la velocidad con la que los académicos y estudiosos de todo el mundo han abrazado el tema, ha engendrado una verdadera industria. Se han publicado más libros sobre terrorismo que los que un investigador pueda leer en toda su vida. Ante el alud de libros, artículos, estudios, noticias y demás, la dificultad de reseñar el material publicado puede desalentar hasta al más aplicado de los estudiantes. Aun así, pese a la gran cantidad de datos disponibles, o quizás a causa de ella, es irónico que continuemos sin contar con una comprensión adecuada del terrorismo. Es sorprendente que, pese a que ahora existe más información que nunca sobre este tema, no lo

comprendemos necesariamente mejor. Por un lado, parte de esta situación resulta fácil de apreciar, y nos podemos sentir afortunados por ello; al ser muy pocas las personas que se verán afectadas por un atentado terrorista, nuestra percepción del proceso que lo desencadena y de sus autores está dictada por el drama que se establece alrededor de sus consecuencias. El terrorismo es uno de los ejemplos más evidentes de la tendencia de los medios de comunicación populares a «personalizar» la actividad en sí. La visión que ofrecen los medios de cualquier tipo de violencia de origen político puede presentarse a veces con una óptica positiva si la causa terrorista parece ostentar cualidades populares, si se representa a sí misma como cierta forma de corrección política, o incluso produce tal vez una vaga impresión de nobleza. Por otro lado, en cambio, la caracterización de un grupo puede ser negativa si no se percibe ninguna cualidad positiva en él. Aun así, incluso un comentario totalmente negativo puede contener una admiración resentida por la sofisticación técnica del atentado (o todo lo contrario, por su simplicidad pura) o por la determinación o la valentía del terrorista.

Los análisis mal informados, politizados, cortos

de miras, incompletos y, sobre todo, apresurados han alcanzado tanto peso en el discurso sobre el terrorismo que incluso los estudios académicos comienzan a ceder ante éstos. En un intento de sacar algo en limpio del tumultuoso debate acerca de Al Qaeda, Xavier Raufer[1] advirtió recientemente que corremos el riesgo de «ahogarnos en una marea de datos incomprendidos». Esta observación también es válida en un nivel mucho más amplio. En el campo que algunos han sugerido bautizar «estudios sobre el terrorismo», nuestras teorías son cada vez más abstractas y nuestros datos cada vez menos fiables (a menudo, y en el mejor de los casos, de segunda mano). En este sentido, lo más preocupante en el clima actual es que resulta extremadamente difícil apreciar el valor del conocimiento que tenemos y de las estrategias de las que disponemos para atacar las redes terroristas y desmantelarlas. Nuestras percepciones y, en definitiva, nuestra comprensión del proceso del terrorismo y del comportamiento de sus autores están influenciadas especialmente por las características reconocibles del terrorismo: su extrema violencia y, en un sentido algo más amplio, sus tácticas que con tanta frecuencia calificamos de «cobardes» por su naturaleza subversiva, ilegal,

encubierta y aparentemente impredecible. Aunque no sean necesariamente incorrectas, estas percepciones se ven limitadas por la enorme escasez de datos verificables sobre todos los grupos terroristas, excepto los más prominentes e investigados. Tal vez esto sorprenda a la opinión pública, pero nuestra comprensión sobre quienes denominamos terroristas sigue siendo gravemente escasa a pesar de la relevancia de este fenómeno en el mundo contemporáneo y de la extensa cobertura que los medios le han dedicado durante los últimos cuarenta años.

No obstante, disponemos de algunos puntos de partida. El terrorismo es un concepto aceptado, aunque pueda ser poco claro y se utilice de forma inconsistente. Si este libro se propusiera definir qué es el terrorismo, probablemente arrancaría con los inicios de un debate que ha durado varias décadas y desarrollaría un análisis sistemático para establecer un enfoque objetivo y crítico. Pero no nos proponemos definir el terrorismo, por lo que tendremos que trabajar con los conceptos de referencia que están a nuestra disposición. El principal motivo para escribir este libro es tratar de explicar no sólo por qué la psicología ha tenido un

peso escaso o nulo en los análisis del terrorismo, sino también intentar despejar la confusión generalizada sobre qué significa una «psicología del terrorismo» o qué podría ofrecer ésta. Está muy extendida la suposición de que tal vez exista una «personalidad terrorista», y se ha intentado muchas veces aplicar técnicamente la psicología al desarrollo de perfiles de, por ejemplo, secuestradores o terroristas suicidas; pero, como disciplina, la psicología ha tenido poco que decir sobre el terrorismo, y las menciones a la «psicología del terrorista» que aparecen en los debates contemporáneos ocultan esta ausencia de anáfisis empíricos basados en datos. En su mayor parte, ello se debe a unas pocas razones principales. Por un lado, como ilustran los capítulos 1 y 2, el problema estriba en que la definición del terrorismo es demasiado difusa; como ya se ha dicho, hasta el más simple análisis crítico del concepto del terrorismo o del terrorista revela múltiples usos confusos e inconsistentes. Además, el terrorismo es ilegal, por lo que resulta difícil acceder a personas importantes o situaciones significativas para extraer información útil para el posterior análisis. Dada su naturaleza, el terrorismo puede tener un enorme efecto sobre el

Estado y suscitar problemas de seguridad y de otros tipos. Ello limita necesariamente la naturaleza y el alcance de los análisis posibles. Existe un problema más que aquí sólo mencionaremos de pasada y tal vez sea propio de la psicología en general: como los procesos inherentes al terrorismo están relacionados con actividades de nivel alto como los movimientos sociales y los procesos políticos, la psicología ha tenido poco que decir sobre ellos, y el balón ha tendido a quedar en el campo de otras disciplinas (concretamente, las ciencias políticas).

El objetivo principal de este libro es explorar cómo la psicología y el conocimiento de los procesos psicológicos puede aplicarse a nuestra comprensión del terrorismo, darle forma y perfeccionarla. De entrada, debe decirse que esto puede tratar de hacerse de diversas formas. Por ejemplo, resulta fácil identificar al menos cuatro grandes áreas que cabe examinar desde una perspectiva psicológica. La primera incluye al terrorista como individuo y los procesos que hacen posible la aparición y el mantenimiento del comportamiento violento (y las actividades asociadas a él) que identificamos como «terrorismo». En este aspecto se centra gran parte de la investigación psicológica realizada hasta ahora y,

en cierto sentido, refleja los factores individuales que dan lugar a un comportamiento terrorista sostenido, los elementos que lo reafirman, los atractivos y otras cualidades que impulsan a involucrarse en organizaciones y atentados terroristas; lo que también incide necesariamente en el papel desempeñado por los simpatizantes y por quienes prestan apoyo político no violento de cara al sostenimiento de conductas más violentas.

En segundo lugar, podemos estudiar desde perspectivas psicológicas, la relación entre el individuo y el contexto político, religioso o ideológico en el que opera. A menudo esto implica analizar los aspectos organizativos de los movimientos terroristas y, concretamente, las formas en que la organización afecta al comportamiento del individuo. Hay que decir que el hecho de que estos dos aspectos constituyan la piedra de toque de este libro refleja una necesidad crítica de poner las cosas en su sitio y despejar las confusiones y malentendidos que rodean a estos temas.

En tercer lugar, podemos considerar los efectos de las actividades terroristas. En cierta forma, esta tarea es inherente a todos los análisis del terrorismo porque no es posible separar nuestra reacción ante el

terrorismo de nuestras tentativas de comprenderlo y conceptualizarlo. Todos los estudios acerca del terrorismo y los terroristas reflejan la preocupación sobre sus «efectos» y demás, pero la psicología ha tratado de examinar los efectos del terrorismo principalmente en dos niveles: en el del público (en términos de las formas de implicación como víctima de estrés postraumático tras un atentado, por ejemplo, o como observador general), y en el del sistema político y de quienes intervienen en niveles superiores (es decir, por encima del electorado).

El cuarto y último aspecto importante que puede abordarse desde un punto de vista psicológico es la cuestión general de la metodología y los procedimientos que hay que desarrollar para el estudio del terrorismo. Una idea presente en todo este libro es que no debemos aceptar el conocimiento del terrorismo basado en creencias ni en autoridades. En cualquier trabajo, las dudas sólo pueden resolverse con hechos contrastados; para que la investigación sobre el terrorismo sea rigurosa, tenemos que dotar nuestros análisis del rigor metodológico propio de las disciplinas académicas establecidas. Un problema especial de los estudios existentes sobre los terroristas es la carencia de datos

empíricos importantes en los que puedan basarse enfoques concretos. La mayoría de los datos disponibles para los investigadores proceden de fuentes secundarias: libros, artículos periodísticos, comunicados terroristas, declaraciones, discursos, a veces incluso autobiografías y, para los estudiosos del terrorismo más veteranos, información directa del gobierno o los servicios de seguridad. Se ha prestado mucha menos atención a lo que puedan decir los propios terroristas. Por desagradable que parezca, es inevitable: para comprender el desarrollo y la estructura del comportamiento terrorista, llega un punto en que hay que reunirse y hablar con quienes han estado o están involucrados en la violencia política. Quizás este argumento parezca discutible para el lector académico, pero la realidad no está tan clara y, hoy día, es más obvia que nunca la resistencia académica a entrar en el campo violento. Para la mayoría de nosotros, el drama relacionado con los incidentes terroristas es lo que determina nuestra percepción y nuestra comprensión del proceso violento y sus instigadores; ello hace aún más importante la necesidad de basarse en una investigación rigurosa.

Con el propósito de cumplir unos objetivos

claros, este libro trata de educar e informar a la gente sobre cómo la teoría y la práctica psicológicas pueden ayudarnos a entender mejor este complejo problema; pero esto sólo puede basarse en una imagen más clara de la realidad que conocemos sobre el terrorismo. Un veterano estudioso ha sugerido que éste debe ser el papel principal del investigador académico sobre el terrorismo: trabajar para que se conozca la realidad. En este sentido, desde la primera fase de la elaboración de este libro se ha tomado deliberadamente la decisión de no formular directrices sobre las posibles «respuestas». Pese a que algunos capítulos del libro poseen implicaciones de cara a la lucha antiterrorista, quienes esperen encontrar algún tipo de manual sobre cómo reaccionar y controlar el terrorismo quedarán decepcionados. El objetivo es dar a conocer la psicología del terrorismo y proporcionar una serie de puntos de partida conceptuales que parecen ausentes de la naturaleza y la dirección que han adoptado las investigaciones psicológicas de la conducta terrorista. Para algunos, sin embargo, un enfoque psicológico puede sugerir un diagnóstico clínico; dada la naturaleza del terrorismo, es lógico que la psicología insinúe que quienes perpetran atentados con armas de fuego y

explosivos sean especiales en algún sentido, o diferentes del resto de la población en algún aspecto psicológico. Este tema se abordará en detalle, pero por el momento puede ser útil considerar que la «psicología del terrorismo» parte de un enfoque amplio y sugiere formas más complejas de estudiar la militancia en el terrorismo. Esta necesidad de reconocer la complejidad del problema y su significado ha ejercido una gran influencia en la estructura de los últimos capítulos del libro, especialmente en la decisión de dedicar partes separadas al proceso de convertirse en terrorista (capítulo 4), ser terrorista (capítulo 5) y abandonar el terrorismo (capítulo 6). Sólo recientemente se ha comenzado a apreciar que los factores que llevan a alguien a unirse a un grupo terrorista dicen relativamente poco acerca de sus posteriores actos terroristas (o de otro tipo) y son distintos a los que contribuyen a que el miembro de una banda terrorista permanezca en ella y a los que le puedan conducir a abandonar este tipo de actividades.

La consolidación del conocimiento psicológico ya existente sobre los terroristas (que se aborda en el capítulo 3) constituye el principal objetivo de esta obra y es el factor en función del cual ésta se ha

estructurado. Sin embargo, durante su elaboración se ha tomado la decisión de dar igual prioridad a la identificación de espacios vacíos en los análisis experimentales, teóricos y conceptuales a los que debe prestarse atención. Por lo tanto, era inevitable estudiar cómo establecer un enfoque interdisciplinario para el estudio del terrorismo. No nos limitaremos a citar las iniciativas anteriores en esta dirección, sino que trataremos de desarrollar con seriedad esta idea en el debate inicial del capítulo 2 y, de forma más prominente, en el establecimiento de un modelo de proceso del terrorismo que integre tanto la perspectiva criminóloga como la psicológica, cuyos detalles pueden encontrarse a lo largo de los capítulos 4, 5 y 6, y cuyas implicaciones se debaten en el último capítulo.

Aunque este libro está escrito de tal forma que sea relevante para diversas audiencias, sobre todo está pensado para los lectores críticos, incluidos los escépticos con respecto al valor de una perspectiva psicológica sobre el terrorismo o de cualquier intento sistemático de investigar el comportamiento del terrorista. El autor ha participado en bastantes seminarios y conferencias sobre este tema y es consciente de que los problemas debidos a la

distorsión del análisis psicológico del terrorismo se deben tanto al poco desarrollo que se ha registrado en este campo como a las tensiones existentes entre disciplinas. Incluso para un investigador experimentado, una psicología del terrorismo presupone algo limitado y oscuro. Con suerte, el lector se encontrará en mejor posición para entender que un análisis psicológico puede restar misterio al terrorismo y a la conducta terrorista, hasta el punto de que permita formular planes de investigación mejor informados y, en última instancia, respuestas mejor asesoradas. Ello no equivale a decir que dispongamos de respuestas claras ni fáciles, pero al poder formular las preguntas correctas sobre este difícil tema podremos llegar a una comprensión realista sobre él, que, al cabo del tiempo, será más útil en los momentos de pánico y confusión que siguen a un atentado. Aunque para algunos no se trate de un panorama optimista, es una perspectiva que refleja la realidad de la situación actual.

JOHN HORGAN
Cork, 2004

Agradecimientos

Sin la ayuda de muchas personas, este libro aún sería un borrador a medio terminar en la estantería de mi despacho. Tengo una deuda inconmensurable con el catedrático Max Taylor, cuya experiencia y grandes conocimientos me han sido de gran ayuda desde mi llegada al University College de Cork (UCC). Sus ánimos y sus sabios consejos han sido muy importantes para el desarrollo de este libro y para mi carrera en general. También he contado con el apoyo y las palabras de aliento de mis amigos y de todos mis colegas del Departamento de Psicología Aplicada del UCC. Aunque no sea conveniente destacar a nadie por separado, debo decir que siempre estaré agradecido a Sean, Dave y Liz por su constante apoyo. Como siempre, Noreen Moynihan hace mucho más fáciles las cosas que parecen difíciles.

Mi mayor gratitud a todos los autores citados cuyos materiales he empleado como base para los

razonamientos aquí expuestos. De no ser por la existencia de una comunidad de investigadores sobre el terrorismo, cuyos miembros trabajan en muchos casos con una tenacidad difícil de sobrestimar, este libro no habría sido posible. En particular, debo agradecer a Andrew Silke, Dipak Gupta, Orla Lynch y Lorraine Bowman sus comentarios sobre los primeros borradores de algunos capítulos. También agradezco a Andrew Humphreys, de la editorial Frank Cass, que dilatase su paciencia y la entrega del libro hasta límites extraordinarios.

Parte del contenido de los capítulos 3 y 6 se compone de artículos anteriores (concretamente, los que escribí para la colección Terrorists, Victims and Society editada por Andrew Silke) y, aunque se han modificado en gran medida para este libro, aparecen por cortesía del editor y de John Wiley.

La amistad y el apoyo de Barry, Richard, Andrew, Louise e Yzabel han sido, como siempre, tan necesarios como apreciados. Laurent ha sido una gran fuente de consejos, mientras que Martin y Ruth me mantuvieron animado durante las difíciles fases finales. También me gustaría agradecer colectivamente a los estudiantes de las distintas clases de AP3015 Psicología Forense y AP3016

Terrorismo y Violencia Política por su aportación a lo largo de los años, y por ofrecerme una audiencia perfecta para algunos de los razonamientos que finalmente han aparecido publicados.

Por último, las opiniones expresadas en este libro son únicamente mías y no reflejan necesariamente las del University College de Cork ni las de las personas cuya obra investigadora aparece citada en este trabajo.

1

¿Qué es el terrorismo?

Cualquier debate acerca del concepto y el fenómeno del terrorismo tiene garantizada la aparición de controversia, emociones, imprecisiones y confusión, hasta el punto de que, tal y como ha dicho la experta Louise Richardson, lo único seguro sobre el terrorismo es que se trata de un término de connotación peyorativa[1]. «Que el uso de una palabra te enseñe su significado», escribió Wittgenstein en un aforismo que, dada esta situación, parece especialmente aplicable a los términos «terrorista» y «terrorismo». En ocasiones se oye hablar de jóvenes que aterrorizan a ancianos a base de insultos o amenazas, o de grupos de niños que aterrorizan y torturan a animales indefensos, pero

es improbable que se les califique de terroristas. Esta palabra está reservada a otros fines.

En términos generales, lo que concebimos como terrorismo implica el uso o la amenaza de violencia como medio para alcanzar algún tipo de efecto dentro de un contexto político. Esta definición es muy general, pero indica el consenso más amplio (y aceptable) al que podemos llegar sobre qué es el terrorismo; cuando intentamos ir más allá de esta descripción, surgen problemas.

Desde una perspectiva psicológica, la dimensión política del comportamiento terrorista quizá sea una característica importante incluso en los análisis más simples que diferencian entre terrorismo y otros tipos de delitos (como los homicidios u otros actos violentos cometidos por razones personales, desde la violación hasta los asesinatos de motivación sexual). Es un detalle evidente cuando se reflexiona sobre ello, pero no por obvio deja de tener implicaciones importantes de cara al análisis psicológico.

La mayoría de los grupos terroristas son colectivos relativamente pequeños y clandestinos o semiclandestinos consagrados a ideologías religiosas o políticas antisistema que se proponen derrocar o, cuando menos, desestabilizar seriamente, a un

régimen o una autoridad, local o extranjera, por medio de la influencia ganada a través de actos o amenazas de violencia. En este sentido, el terrorismo tiene un carácter evidentemente instrumental. En muchos casos, parece que el objetivo del terrorismo sea únicamente extender el miedo, la inquietud y la incertidumbre a una escala más amplia que la que sería posible atacando sólo a la víctima, para así influir en el proceso político y en el funcionamiento normal que de él se espera. La forma de lograr estos fines por parte de los movimientos terroristas está determinada por una serie de factores, entre los que destacan la ideología del grupo y su disponibilidad de recursos, conocimientos y experiencia, entre otros. Para la mayoría de grupos terroristas de todo el mundo, la pistola y la bomba son el símbolo de una lucha por la libertad sobre quienes perciben como opresores.

Estas percepciones tan populares de los terroristas están a menudo justificadas, pero también debemos afrontar algunos hechos que se han hecho evidentes desde el 11 de septiembre de 2001 (el 11-S). Quienes llamamos terroristas no se encuentran solos cuando cometen los actos que merecen esta etiqueta (afirmación que, por supuesto, presupone que la

esencia del terrorismo queda definida por los métodos empleados por quienes lo perpetran). Los estados y los gobiernos han sido responsables de actos de violencia igual o, con frecuencia, mucho más censurables, de una escala que está fuera del alcance de las organizaciones terroristas convencionales: esta idea es ostensiblemente obvia, pero aun así preferimos condenar y etiquetar como terrorismo la violencia que parece emerger «desde abajo» en contraste con la que viene impuesta «desde arriba»; esta afirmación no refleja ningún juicio aquí, sino la realidad de cómo se emplea el término, y debemos ser conscientes de ello. Esto no solamente ha sucedido en las denominadas guerras convencionales, sino que también se aplica a las recientes respuestas ajenas a la legalidad con las que varios estados han tratado de atajar campañas terroristas (y también no terroristas).

Otra característica intrínseca del terrorismo también importante es que para los terroristas debe distinguirse entre el objetivo inmediato de violencia y terror y el objetivo global de terror: entre la víctima inmediata del terrorista (como la persona que muere a causa de una explosión o un disparo) y el adversario del terrorismo (un gobierno, para muchos

movimientos terroristas). En ocasiones, los terroristas prescinden de atacar a víctimas simbólicas y arremeten directamente contra los políticos por medio, por ejemplo, del magnicidio o los asesinatos políticos. La simplicidad de dicha dinámica hace posible concebir el terrorismo como una forma de «comunicación»: un medio violento, inmediato y básicamente arbitrario para alcanzar un fin político ulterior. Aunque los atentados del 11-S hayan provocado la muerte de casi tres mil personas, los mayores objetivos inmediatos y a largo plazo de quienes los planificaron y organizaron fueron humillar al gobierno estadounidense y amedrentar a la población general: en este caso, las víctimas pueden guardar una relación muy distante con los adversarios de los terroristas. Teniendo en cuenta las expectativas de Al Qaeda de desestabilizar políticamente y de galvanizar los sentimientos islámicos fundamentalistas contra los intereses occidentales, resultan evidentes las ventajas del terrorismo como herramienta táctica, estratégica y psicopolítica para extremistas no representados por partidos políticos convencionales. Es fácil explicar el terrorismo «de inspiración islámica» en Eurasia y otros lugares únicamente como un choque entre

civilizaciones, pero ello simplifica las consideraciones estratégicas que hay detrás de un atentado terrorista muy elaborado y exagera el papel de la religión, que muchos suponen que «inspira» el terrorismo político contemporáneo.

El atractivo del terrorismo como herramienta táctica es fácil de comprender. Según Friedland y Merari[2], la violencia terrorista se basa en diversas premisas. La primera consiste en que los atentados aparentemente aleatorios pueden «llamar la atención de un público que, de otra forma, sería indiferente» al programa del movimiento terrorista. Otra premisa dice que, ante la perspectiva de una campaña prolongada de atentados, la opinión pública acabará prefiriendo aceptar las demandas de los terroristas; por supuesto, esto comporta la paradoja de que el uso de métodos terroristas no facilita que el adversario acepte dialogar o hacer concesiones a los autores de los atentados. Esta segunda premisa es algo que ha dado mucho que hablar, pero que no siempre se comprende totalmente: la capacidad (o, para algunos, la aspiración) de crear una inquietud y una sensibilización desproporcionadas con respecto a la amenaza futura, real o posible que representan los terroristas. Jenkins[3] ha asegurado a menudo que

muchos terroristas no quieren más que «la atención de un gran número de gente, no su muerte», poniendo el énfasis de nuevo en la naturaleza de los atentados terroristas como acto comunicativo. Sin embargo, de ello se deriva que, para despertar y sostener un nivel especial de sensibilidad suficientemente generalizado, una banda terrorista no sólo tiene que crear un clima general de incertidumbre e inquietud psicológica, sino también mantenerlo. Esto se convierte en muchos casos en una prioridad para las organizaciones terroristas, incluso durante las treguas o los procesos de paz, cuando sus objetivos inmediatos reciben menor atención. Después hacer estallar una bomba en el congreso del Partido Conservador británico en 1984 (en un intento de asesinar a la primera ministra Margaret Thatcher), el IRA Provisional (también conocido como PIRA) hizo público un comunicado que decía: «Recuerden que nosotros sólo necesitamos tener suerte una vez y ustedes necesitan tenerla siempre[4]».

En este contexto, Schmid[5] describe con precisión una de las características intrínsecas del terrorismo que lo dota de poder: una explotación calculada de las reacciones emocionales de la gente «causadas por la sensación extrema de angustia por

ser víctima de una violencia [que parece ser] arbitraria». Este factor crucial en la reflexión sobre los efectos del terrorismo (y, por lo tanto, sus atractivos a ojos de los extremistas) ha sido desarrollado por Friedland y Merari[6], que observan dos características predominantes en el terrorismo: (1) la desproporción entre la percepción del peligro con el que amenazan los terroristas y el peligro real que representan, y (2) que el terrorismo tiene la capacidad de afectar a un número de «víctimas» mucho mayor que el que sufren las consecuencias inmediatas de un atentado. Los objetivos y resultados inmediatos de la violencia terrorista (intimidación, heridas, muerte, proliferación de un clima general de incertidumbre entre la audiencia de los terroristas y las personas que están en su punto de mira) son, así, secundarios muchas veces con respecto a sus objetivos finales (desde la perspectiva de los terroristas, el cambio político que ansian), que suelen ir ligados a la ideología y las aspiraciones del grupo.

En este sentido, y complementando esta lista de «rasgos» del terrorismo, éste suele verse como una forma sofisticada de guerra psicológica: aparte del acontecimiento inmediato, el terrorismo se caracteriza por producir inquietud y sensibilidad en relación con

sucesos relacionados con la violencia. Por ejemplo, los dibujos de niños (como explosiones, armas, soldados) lo ilustran desde el punto de vista infantil, pero es de suponer que también reflejen la preocupación que sienten los adultos. En términos psicológicos, por lo tanto, no tratamos con terror propiamente dicho, sino con inquietud. Al cabo del tiempo, la rutina amortigua la sensación de inquietud; por eso la habituación puede impulsar, en cierto sentido, una escalada de violencia en casos en que el terrorismo se utilice de forma explícita para lograr objetivos políticos a corto plazo. Está claro que así fue en Irlanda del Norte hasta los primeros acuerdos de paz de 1993 (en algunos casos en que no se pueden lograr objetivos a corto plazo, sin embargo, se puede esperar que cierto nivel de violencia llegue a parecer «aceptable»).

Por muy deseosos que estén los expertos de identificar qué caracteriza al terrorismo y lo distingue de otros fenómenos, las definiciones que de él se han hecho en los mundos académico y político varían enormemente, y eso que el terrorismo parece haberse convertido en lo que algunos especialistas han descrito como un elemento necesario de las conductas políticas extremistas de hoy día.

Desafortunadamente, a todos resulta familiar la «expresión típica y tópica[7]» de que «quien para unos es un terrorista, para otros es un patriota». De hecho, ni siquiera los intentos sistemáticos y exhaustivos de definir el terrorismo han tenido demasiado éxito[8]. En el contexto de la descripción general que hemos visto al principio de este capítulo, ciertas palabras (por ejemplo, en la afirmación de lo que «normalmente» se entiende por terrorismo) se han hecho tan omnipresentes que resulta cuestionable hacer de ellas un uso tan continuado[9]. Ello comienza a dar crédito al comentario de Richardson citado al principio de este capítulo y, además, pone de relieve ciertas suposiciones implícitas sobre determinados malos usos potenciales y reales del término terrorismo. Básicamente, describir qué hacen los «terroristas» comporta para muchos (y no sólo necesariamente los propios terroristas) un juicio de valor previo[10]. Ciertamente, si nos basamos tan sólo en los criterios antes citados (el uso o la amenaza de violencia como medio para lograr cambios políticos) para explicar qué se entiende por terrorismo, no se pueden formular definiciones útiles, ni mucho menos depurarlas. Incluso en el nivel más básico, ello se debe a que una descripción tan amplia

de lo que «normalmente implica» el terrorismo será aplicable también a grupos a los que normalmente no querremos calificar como terroristas (por ejemplo, agrupaciones militares «convencionales», como el ejército de un estado).

La disparidad entre el número de incidentes terroristas que denuncian observadores que se sirven de definiciones distintas ilustra qué ramificaciones prácticas poseen las ambigüedades de la definición de la palabra terrorismo. Friedland[11] señala «amplias discrepancias» entre diversas estimaciones de incidentes terroristas y apunta que Rand Corporation estimó en 1.022 los atentados internacionales que tuvieron lugar en el periodo de diez años entre 1968 y 1977, mientras que la CIA los cifró en 2.690.

Similares discrepancias y confusión surgen al comparar índices estadísticos de la frecuencia con que aparece la violencia terrorista en todo el mundo. No sólo se aplican distintos criterios para determinar qué es el terrorismo *per se*, sino también qué tipo de actos deben contabilizarse en las estadísticas. La base de datos Rand-St. Andrews Terrorism Chronology, por ejemplo, incluye básicamente acontecimientos de terrorismo «internacional» que se

definen como «incidentes en los que los terroristas cambian de país para atentar contra sus objetivos, seleccionan víctimas u objetivos que posean vínculos con un estado extranjero (como diplomáticos, empresarios extranjeros u oficinas de empresas foráneas) o provocan incidentes internacionales al atacar a pasajeros, trabajadores o equipamiento de líneas aéreas[12]». Por lo tanto, dicha base de datos excluye (según reconocen sus propios creadores) «violencia perpetrada por los terroristas dentro de su propio país contra sus compatriotas, y el terrorismo llevado a cabo por los gobiernos contra sus propios ciudadanos. Por ejemplo, no se contabilizarán los atentados cometidos por terroristas irlandeses contra otros irlandeses en Belfast, ni los secuestros de políticos italianos llevados a cabo por italianos en Italia[13]». Además, como ilustraron los atentados de Al Qaeda en Estados Unidos, basta uno o dos incidentes de gran escala para distorsionar sustancialmente las cifras y desvirtuar la apariencia de extensión y dirección que posee el terrorismo. Aparte de este tema, como veremos en capítulos posteriores los actos de terrorismo no son el único resultado final de una serie de actividades potencialmente complejas (algunas de las cuales

constituyen en sí mismas actos terroristas y, por tanto, delitos); sumado todo ello a las bases de datos de atentados terroristas consumados presenta unos datos cuya importancia es fácil sobrestimar o interpretar de forma totalmente errónea.

Actitudes ante el terrorismo

El discurso de la definición contiene una cuestión que todavía no se ha analizado completamente en la literatura sobre el tema: un problema cuya importancia de cara al desarrollo de una política sistemática dista de haberse comprendido. Se trata del grado de voluntad para reconocer que todos somos capaces de tolerar perspectivas ambiguas e inconsistentes, algo que se da a menudo en los debates sobre el uso de la violencia en los procesos políticos en general. Aunque parte del terrorismo actual carece de orígenes anteriores a la década de los años noventa, la imagen positiva de los «revolucionarios» tradicionales no ha dejado de llamar la atención de los ciudadanos y conforma la idea que se hacen no sólo de las personas implicadas en actividades terroristas, sino también del fenómeno

y la naturaleza de la violencia política y el terrorismo. Dos ejemplos típicos de estos revolucionarios son el Che Guevara, que dio alas a la imaginación de toda una generación, y Bobby Sands, el militante del IRA Provisional que, al morir en huelga de hambre, alcanzó una fama y una consideración social de las que nunca había disfrutado en vida. La realidad de la muerte, las heridas y las transgresiones legales y morales que el terrorismo necesariamente perpetra rara vez inciden en la imagen pública de los terroristas o de sus actividades; como veremos en el capítulo 5, por otra parte, esta cuestión se complica aún más dado que gran parte de las actividades que tienen lugar en un «movimiento» terrorista, y que contribuyen directa o indirectamente a la ejecución de cada atentado, no son necesariamente ilegales en sí mismas. Al contrario: durante las crisis alimentadas por los medios de comunicación, se producen breves intervalos de tiempo en los que el público observa con fascinación la imagen que los medios ofrecen de los distintos cuerpos de lucha antiterrorista; ejemplos de ello fueron la intervención del SAS (Special Air Service, Servicio Aéreo Especial) británico el sexto día del sitio a la embajada iraní en Londres, en 1980 (cuando seis pistoleros iraníes exigieron la liberación

de 91 opositores del ayatolá Jomeini) y el celebrado rescate del GIGN (Groupe d'Intervention des Gendarmes Nationales, Grupo de Intervención de la Gendarmería Nacional) de los rehenes del aeropuerto de Marsella en 1994, con el que se frustró el intento de terroristas argelinos de hacer estallar sobre París un avión secuestrado. En ambos casos, los cuerpos antiterroristas dieron muerte a los secuestradores y, en el caso del SAS, en circunstancias cuestionables.

Algunos expertos han sugerido explicaciones sobre por qué parecemos tan hipócritas en nuestra condena de ciertos actos violentos y, en concreto, del terrorismo. Taylor y Quayle[14] señalan que los actos violentos cometidos por pequeños grupos políticos no estatales parecen chocar con el sentido que la gente tiene de lo que es apropiado y de una especie de justicia «universal». Esto puede ilustrarse por la aparente naturaleza aleatoria de los atentados con bomba perpetrados sin advertencia previa, una táctica terrorista para suscitar un clima general de incertidumbre en el que el ciudadano se pregunte si él o alguno de sus conocidos será el próximo en morir. Estos autores aseguran que podemos comprender esta inconsistencia recurriendo al concepto psicológico del fenómeno del «mundo justo», que se

encuentra arraigado en la psicología social y, básicamente, describe nuestra expectativa de justicia y orden universales en el mundo. Sin duda, la imposibilidad de ver tal justicia caracteriza las reacciones psicológicas o emocionales del terrorista y de su víctima. El hecho de que una víctima mortal de este tipo de violencia se seleccione aparentemente al azar asombra e indigna a la gente, y la imposibilidad de preverlo provoca una personalización considerable de los acontecimientos incluso en el nivel individual (por ejemplo, para la audiencia de televisión). Se percibe como algo injusto y terrible que cualquier persona, especialmente un inocente que no tiene nada que ver con la lucha, pueda encontrarse en el momento equivocado en el lugar equivocado y morir en el nombre de una causa sobre la que tal vez jamás haya oído hablar. Las tácticas terroristas tienden a atacar preferiblemente a personas desarmadas que no alberguen sospechas de peligro (por ejemplo, soldados o policías fuera de servicio); por ello, las reacciones normalmente denigran a los terroristas como «cobardes» porque asesinan sólo para demostrar algo, y sus víctimas no tienen la oportunidad de rendirse ni de oponer resistencia. Según se ha dicho, tal vez por este

motivo —potenciado por los efectos de personalización y dramatización de la cobertura en los medios— nadie tiene personalmente dificultades para distinguir entre qué debe considerarse como terrorismo y qué no[15]. Así, y para aprovechar una analogía poco utilizada, tanto el terrorismo como la pornografía son difíciles de describir y definir, pero todos los reconocemos cuando lo vemos[16].

Lenguaje y etiquetas

En relación con lo anterior, la «violencia política» es un término que se ha empleado de forma intermitente como sinónimo de terrorismo. Como razona Heskin[17], el «terrorismo es un término peyorativo utilizado para describir actos de violencia con un fin político perpetrados por grupos carentes de estatus oficial», mientras que la violencia política es un «término ligeramente eufemístico para el mismo fenómeno, con el significado adicional de que puede incluir actividades y causas para las que exista una simpatía popular considerable». En un debate acerca del uso y la evolución de los significados del

terrorismo, Hoffinan[18] coincide en que «en al menos un punto todo el mundo está de acuerdo: el terrorismo es un término peyorativo. Es una palabra con connotaciones intrínsecamente negativas que uno aplica en general a sus enemigos y adversarios, o a aquellos con quienes uno no está de acuerdo y prefiere ignorar». Ciertamente, estos matices peyorativos no sólo influyen en cómo etiquetamos distintas causas como terroristas o no terroristas, sino en el juicio sobre quienes intervienen en actos de violencia política. Hoffman cita un pasaje de Jenkins: «si un bando consigue etiquetar como terrorista a sus adversarios, habrá persuadido indirectamente a otros para que adopten su punto de vista moral». El presidente de Estados Unidos Ronald Reagan describió en una ocasión a los Contra nicaragüenses como «el equivalente moral de los fundadores de la nación estadounidense», pero como citan Schmid y Jongman[19] a partir de un estudio de tres años sobre testimonios verificados de las actividades de estos «rebeldes», resulta difícil encontrar moralidad en actos como los siguientes:

> Un profesor asesinado ante la mirada de sus alumnos […] mujeres violadas repetidamente

> y destripadas [...] una madre obligada a contemplar la decapitación de su bebé [...] un «contra» que bebía la sangre de sus víctimas [...] [lo que] iguala en humanidad a cualquier barbaridad que haya aparecido en la portada de los mejores medios cuando han informado sobre el terrorismo internacional antioccidental, en su atención selectiva a la victimización humana.

Y esto nos conduce a otra cuestión importante: nuestras percepciones del terrorismo son limitadas. Según Heskin[20], dos factores concretos determinan en este sentido la naturaleza y el alcance de la actitud de la gente hacia el terrorismo y la violencia política: nuestras percepciones subjetivas individuales sobre la rectitud de cada grupo o «causa» terrorista y la proximidad física a vernos afectados directamente por el terrorismo. Por lo tanto, a menos que nos encontremos personalmente (o nuestro entorno cercano) al alcance de este tipo de violencia aparentemente aleatoria (en el sentido de que, si bien el terrorista puede saber que habrá víctimas civiles, la identidad de cada una de ellas suele ser puro fruto del azar), muchas veces condenamos con menos

fuerza los atentados que no dejamos de denominar terroristas. Como señalan Taylor y Quayle[21], «la forma en que experimentemos la violencia del terrorismo, cómo vemos la rectitud de la causa, y el punto hasta el que estemos dispuestos a pensar que el fin justifica los medios son factores cruciales en nuestro juicio sobre el uso de la violencia en el proceso político».

Muchos investigadores académicos de las diferentes disciplinas que tratan de comprender la naturaleza de la violencia política convienen con la opinión de Heskin y Hoffman sobre la naturaleza peyorativa del término terrorismo, que sirve básicamente para expresar condena. Esta imprecisión sobre la rectitud percibida en el terrorismo resulta aún más obvia cuando se examina su compleja naturaleza. Entre las organizaciones terroristas que operan hoy en el mundo se puede observar una amplia gama de estrategias y actividades secundarias. Un ejemplo de ello son las actividades de uno de los movimientos terroristas más pequeños y menos conocidos, el Animal Liberation Front (ALF, Frente de Liberación de los Animales), un grupo extremista defensor de los derechos de los animales que tiene su base en Gran Bretaña. El ALF no sólo ha atentado contra

cazadores (con cartas bomba, trampas con cuchillas y otros dispositivos mortíferos), sino, como describe Veness[22], también contra agricultores de explotación intensiva, comerciantes cárnicos, circos, la industria farmacéutica, médicos que investigan con animales, restaurantes de comida rápida, conservacionistas marinos y pescadores. Estos actos no le han granjeado muchas simpatías al ALF, a pesar de que su causa es bien conocida y ampliamente considerada como noble[23].

Además, los grupos terroristas participan con frecuencia en actividades obviamente criminales, como extorsión, robo, asaltos, falsificación y blanqueo de dinero. El objetivo de reunir fondos con estos métodos es supuestamente luchar por unos fines políticos; desde cierta distancia, éste es el único factor que diferencia a estas bandas de las del crimen organizado «ordinario» (grupos como la Mafia italiana, por ejemplo, que están abiertos al empleo de tácticas terroristas para su propio lucro).

¿Qué hacen los terroristas?

Los terroristas emplean la violencia para conseguir cambios políticos; las motivaciones que se dan entre la plétora de grupos que denominamos terroristas varían de forma considerable, pero sus métodos son sorprendentemente similares a pesar de la preocupación actual sobre las amenazas de usar armas de destrucción masiva (químicas, biológicas, radiactivas o nucleares) a la luz de los recientes avances tecnológicos y de los cambios en el orden político mundial. Los sucesos del 11-S marcaron un enorme aumento en la envergadura de los atentados, pero el *modus operandi* de los autores no consistió en emplear tecnología o métodos desconocidos sino en explotar las malas medidas de seguridad, la complacencia general y la mala comunicación entre servicios de inteligencia, y combinarlo todo con el archiconocido método de secuestrar un avión durante un vuelo. De hecho, la lógica del atentado sigue un patrón discernible y predecible de sucesos (como sucede en la mayoría de atentados terroristas, tal y como veremos en el capítulo 5). Todos ellos cobran significado sólo durante la fase final de la operación, pero, desde la perspectiva de los cuerpos de seguridad, cada uno de ellos puede identificarse y posiblemente desarticularse.

La violencia terrorista se lleva a cabo con armamento consistente en gran parte en bombas y armas de fuego, estas últimas un símbolo tradicional y, a la vez, paradójico de la liberación revolucionaria. Aunque los medios del terrorismo han cambiado poco durante muchos años, los avances tecnológicos no dejan de ampliar el espectro de modalidades con que se puede expresar la violencia terrorista. En concreto, hoy el terrorismo está complementado por la información disponible para el público sobre material antes clasificado como secreto militar: la fenomenal penetración de Internet en las sociedades modernas ha permitido la difusión de una gran cantidad de información potencialmente valiosa para los terroristas, como datos para seleccionar objetivos o, incluso, manuales para crear bombas. Aunque sus resultados posean distintos grados de eficacia, resulta tan fácil acceder a estos datos que podríamos preguntarnos por qué esta situación no ha engendrado más terrorismo todavía (y, como veremos en el capítulo 3, el hecho de que el número de terroristas reales sea relativamente reducido da pie a muchas suposiciones sobre que éstos son individuos anormales o «especiales»).

Es interesante que, pese a los miles de millones

de dólares invertidos en programas de defensa para la lucha antiterrorista, el coste de los medios para perpetrar actos de terrorismo esté bajando; la bomba que unos ultraderechistas estadounidenses hicieron estallar en el edificio público de Oklahoma en 1995 y la que detonó el IRA Provisional en 1996 en Manchester (en ambos casos, incidentes graves a pesar de la diferencia en el número de víctimas) estaban hechas con compuestos fertilizantes. Los principales componentes de los explosivos empleados en ambos atentados pueden adquirirse sin dificultad alguna por precios relativamente asequibles. Los componentes básicos de las bombas terroristas de hoy son de fácil adquisición, de la misma forma que lo son el Semtex y otros explosivos plásticos comerciales. El terrorismo ya no sólo es rentable en sentido comercial, sino también como una «táctica para pobres» o una salida de bajo coste a disposición del extremismo político cuando hayan fracasado o no hayan conseguido apoyo popular otras soluciones más convencionales. La explosión de una bomba en un avión comercial le garantiza al grupo responsable una amplia cobertura informativa y, en ausencia de objetivos inmediatos más prácticos, el atentado al menos aumentará el conocimiento de

las aspiraciones de los terroristas por parte de la opinión pública.

Los objetivos del terror se encuentran en el centro de los debates sobre el terrorismo y, en este sentido, es fundamental analizar la naturaleza de las víctimas. Con frecuencia, la imagen que nos hacemos de las víctimas del terrorismo son pasajeros de avión aterrorizados o víctimas de explosiones; como los hemos descrito antes, las personas que tienen la mala suerte de estar en el lugar y el momento equivocados. El papel de estas víctimas en la violencia terrorista subraya un aspecto primordial de por qué aplicamos una etiqueta tan condenatoria a los terroristas. Como hemos visto antes, en muchos sentidos las víctimas inmediatas de la violencia terrorista no son el objetivo real del atentado: el IRA Provisional a menudo ha asesinado, torturado y herido a civiles, pero su justificación era que un asedio prolongado contra objetivos «primarios» o «inmediatos» (en su mayor parte, las fuerzas de seguridad y el electorado de Irlanda del Norte y la República de Irlanda, así como ciudadanos de Gran Bretaña) puede forzar al objetivo final (los gobiernos británico e irlandés) a acceder a las demandas del IRA Provisional: retirar las tropas británicas de Irlanda del Norte, politizar y

legalizar las posturas del IRA Provisional a través de su brazo político y, en definitiva, establecer una república de 32 condados. La campaña del IRA Provisional ya ha logrado la consecución de los dos primeros objetivos.

En consecuencia, pueden identificarse tres actores en la violencia terrorista, cada uno con cierto grado de interacción con los otros[24]: el terrorista, su blanco simbólico inmediato y su objetivo final. Para la mayoría de los movimientos terroristas de orientación política, los civiles heridos o muertos a causa de sus bombas no son adversarios (ciertos grupos terroristas con fuertes ambiciones políticas y religiosas lo ven de forma distinta, como veremos más adelante); son víctimas básicamente accidentales del conflicto entre los terroristas y su enemigo (es decir, el régimen adversario o la fuente de influencia política), pero desempeñan un «papel» porque lo que les suceda (o lo que pueda suceder a otras víctimas futuras) influirá, según los terroristas, en las decisiones de los políticos.

Hasta aquí, hemos considerado cuestiones principalmente personales en relación con cómo puede definirse o conceptualizarse el terrorismo, y hemos identificado algunas características muy

básicas de este fenómeno. Sin embargo, antes de llegar a una base más amplia para definirlo debemos explorar brevemente otras áreas, entre las que destaca la cuestión de cómo se puede distinguir el terrorismo de la guerra y de otros tipos de conflicto.

Terrorismo y guerra convencional: ¿una distinción útil?

Thackrah[25] señala que el terrorismo también ha sido sinónimo de «rebelión, violencia callejera, conflictos civiles, insurgencia, guerra de guerrillas rural y golpe de estado». Por supuesto, en términos generales puede verse el terrorismo como una forma de guerra, pero las campañas terroristas presentan cierto número de diferencias con respecto a lo que comúnmente se considera una campaña bélica. Las tácticas terroristas, desde el punto de vista de sus ejecutores, tienen que diferir de las de la guerra convencional: los terroristas, que suelen ser escasos en número y poseer recursos poco sofisticados, serían destruidos si emprendieran una confrontación bélica convencional; no disponen de los recursos necesarios, ya que por su propia naturaleza ilegal son

individuos semiclandestinos que trabajan para organizaciones encubiertas. En lugar de experimentar las victorias y derrotas de las guerras de tipo simétrico en las que los bandos están provistos de una sofisticación técnica y unos recursos hasta cierto punto iguales, los terroristas adoptan «tácticas de guerrilla» en un proceso de desgaste constante. Un factor primordial para el triunfo de esta estrategia es que, al determinar los terroristas cuál es el «teatro» de operaciones sin que su enemigo pueda hacer nada al respecto, se compensa esta desigualdad de recursos.

El terrorismo se distingue de la guerra convencional y de otras formas de violencia empleada por gobiernos democráticos liberales en otros sentidos básicos, pero identificables. Algunas de estas distinciones serán útiles para tratar de definir el terrorismo de forma sistemática, aunque tal vez más tarde las discutamos. Hoffman[26] aborda la distinción de la siguiente forma:

> Incluso en la guerra hay reglas y normas de conducta aceptadas que prohíben el uso de ciertos tipos de armas (por ejemplo, armamento biológico o balas de punta hueca,

> gas lacrimógeno CS, agentes químicos y bacteriológicos), proscriben ciertas tácticas y condenan el ataque a ciertos tipos de objetivos. De esta forma, las convenciones […] recogidas en las célebres convenciones de Ginebra y La Haya de la década de 1860, 1899, 1907 y 1949 garantizan (en teoría, aunque no siempre en la práctica) a los no combatientes inmunidad a los ataques; imponen reglas sobre el tratamiento profesado a los prisioneros de guerra (soldados que se hayan rendido o hayan sido capturados); prohíben las represalias contra civiles y prisioneros de guerra; reconocen territorio neutral y los derechos de los ciudadanos de estados neutrales, y establecen la inviolabilidad de los diplomáticos y otros representantes acreditados.

No cabe duda de que el hecho de no contemplar estas normas y límites es lo que hace que a los terroristas se les denomine así. Grupos como ETA, las FARC colombianas, el Hamas palestino o los Tigres Tamiles de Sri Lanka no reconocen ninguna «directriz» de guerra en concreto y con frecuencia

atentan a propósito contra civiles ajenos al combate y contra personal militar que, en el momento del ataque, está desarmado o fuera de servicio. Una vez más, los objetivos de la violencia terrorista son simbólicos, y el terrorismo es en este sentido muy impersonal, pero no representativo de una forma de violencia discriminatoria y exenta de ambigüedad (que, en sí misma, puede ser un «ideal» que vean a su alcance, dados los azares de la guerra convencional). Y, a pesar de ello, a menudo se intuyen unos límites implícitos que no pueden sobrepasarse, sobre todo a escala local.

Reiteremos que los cuerpos estatales democráticos son los únicos que se consideran legitimados para desarrollar y aplicar estrategias bélicas. Por supuesto, ello puede ser un reflejo del poder de las masas: en Irlanda, los líderes del IRA Provisional no reconocen el derecho a formular y aprobar leyes de los gobiernos británico e irlandés. La cúpula del IRA Provisional, que recibe el nombre de Army Council (Consejo del Ejército), se ve a sí misma como el descendiente directo del Dáil Eireann (Gobierno irlandés) de 1918 y, por lo tanto, se considera en el derecho de regir la isla de Irlanda como un gobierno normal (aunque el IRA Provisional

nunca haya ejercido esta autoridad, ni podría hacerlo jamás). Como mucho, los líderes del IRA Provisional han declarado su derecho a ello haciendo referencia a principios revolucionarios como «los derechos del pueblo». Esto es común a muchos grupos terroristas.

Linn[27] añade lo siguiente:

> En comparación con el terrorismo, la guerra convencional tiene unas normas claras: existe un territorio neutral reconocido por los bandos en liza, las fuerzas armadas van identificadas […] existe la concepción de que el uso de fuerzas armadas contra civiles es excepcional o aberrante. En cambio, el terrorismo se propone la destrucción de las normas establecidas. A diferencia de los guerrilleros, que no sólo incumplen las leyes de la guerra, que saben quién es su enemigo y que atacan sólo a combatientes, los terroristas desdibujan la distinción entre combatientes y no combatientes: afirman que «la guerra es la guerra» y que todo intento de imponer límites éticos a la guerra es fútil.

Sin embargo, como también sucede con las

distinciones entre terrorismo y otras formas de conflicto (incluida la denominada «guerra de guerrillas»), existen otras muchas zonas grises en este debate, entre las que destacan la definición de qué constituye un objetivo militar propiamente dicho. También surgen otras cuestiones obvias: «El soldado que tripula un tanque es un objetivo militar. ¿Y el que va en un *jeep* escoltando vehículos civiles? ¿O el que vuelve en autobús de un permiso? ¿Y si en el autobús también hay civiles, como en el que atacó un terrorista suicida en Gaza?»[28].

Vayamos más allá: quienes persiguen derrocar o desestabilizar un estado o un régimen pueden recurrir al terrorismo, pero también pueden hacerlo —y lo hacen— quienes detentan el poder estatal para controlar la sociedad. Este control puede ejercerse sobre un grupo social concreto (una minoría), un individuo o un elemento de poder extranjero. El terrorismo nunca debe verse necesariamente como tan sólo violencia «desde abajo», un enfoque que caracteriza los primeros análisis de este fenómeno, que fueron encargados por instancias estatales. En consecuencia, la descripción de las diferencias entre el terrorismo y las guerras convencionales legítimas que llevan a cabo los estados podría no ser más que

una legitimación de estos últimos. No hay duda de que, a lo largo de la historia, las tácticas terroristas han sido puestas en práctica mucho más a menudo por gobiernos estatales que por los pequeños colectivos antigubernamentales a los que nos referimos como terroristas. El debate sobre el terrorismo puede tener una vertiente sorprendente: que no prestemos tanta atención al terrorismo llevado a cabo por gobiernos y estados como al de movimientos como la Yihad Islámica o el Grupo Islámico Armado (GIA) argelino. Sin embargo, esta situación está cambiando y representa una evolución fundamental en nuestra percepción del terrorismo como recurso tanto de los débiles como de los poderosos, y también como elemento táctico o estratégico cada vez más importante dentro de las formas convencionales de guerra.

Terrorismo: ¿guerra psicológica?

En su tentativa de abordar el resbaladizo terreno de la definición, Thackrah[29] cita a sociólogos políticos que esgrimen estos argumentos:

> En principio, es imposible establecer definición alguna [del terrorismo] porque el propio proceso de definición forma parte del conflicto entre ideologías u objetivos políticos […] El problema no estriba en lo completa o detallada que deba ser la definición, sino en el ámbito en que ésta se establezca.

El propio Thackrah razona que el problema de la definición no es meramente semántico, sino que «el problema de determinar las características es vital» para «establecer directrices para que los sociólogos recopilen y evalúen datos sobre los incidentes violentos» (*ibid*.) y para que las fuerzas de seguridad puedan afrontar el problema del terrorismo. A la luz del discurso de la Casa Blanca sobre su «guerra al terrorismo», parece obvio que para mucha gente la definición del terrorismo es hoy cuestión de vida o muerte. Thackrah reconoce que las campañas antiterroristas basadas en una «definición» del terrorismo chocarán con dificultades a causa de una práctica característica de los terroristas: «generar terror por medio de amenazas de violencia sin llegar a causar heridas físicas a ningún blanco humano ni no

humano. Las leyes que tipifiquen el terrorismo como delito en un nivel estatal o internacional deben incluir una definición que refleje de forma realista el proceso del terror» (*ibid*.).

Tal y como hemos mencionado antes brevemente, una de las diferencias entre el terrorismo y otros tipos de conflicto es su naturaleza psicológica. Según Anderson[30], «los grupos terroristas no viven atemorizados por sus gobiernos, sino que los ciudadanos corrientes viven atemorizados por los terroristas». Anderson menciona una entrevista en la televisión estadounidense en que se citaron las siguientes palabras de un líder terrorista de Oriente Medio: «Queremos que el pueblo de Estados Unidos sienta terror». Antes de analizar esta declaración más a fondo, queda por examinar otro aspecto de las actividades terroristas. Se trata de un tema importante, ya que el componente psicológico de terror puede contribuir a acompasar las cada vez más numerosas voces que abogan por definir el terrorismo en función de los métodos empleados por quienes lo practican (ya sean pequeños grupos de insurgentes o grandes estados democráticos), y no en función de interpretaciones sobre estos métodos.

¿Qué significa exactamente que el terrorismo

puede ser una forma particular de guerra psicológica? Una vez más, las connotaciones de las palabras son importantes. Como término clínico, el «terror» describe un estado psicológico de temor o pavor constante, asociado a un nivel anormalmente alto de inquietud psicofisiológica. Estos sentimientos desempeñan un papel clave dentro de los objetivos de los terroristas: después de todo, aunque tengan un programa de objetivos políticos, el objetivo inmediato de la mayoría de grupos terroristas es causar terror. Dicho en términos psicológicos, la generación de pánico y terror mediante el uso de la violencia crea las condiciones que pueden dar lugar a plantear cambios políticos o agitación social. Tal vez experimentemos inquietud al enterarnos de un atentado terrorista (por ejemplo, por miedo a que haya más atentados), pero no sentiremos el pánico que los terroristas pretenden suscitar a menos que suframos un atentado; e, incluso en este último caso, sólo lo sentiremos durante un tiempo limitado. Los grupos terroristas tratan de extender la sensación de miedo, ansiedad e incertidumbre —terror, en suma—, tanto en el contexto de incidentes específicos (una explosión o un secuestro con rehenes, por ejemplo) como en el de campañas prolongadas. No es difícil

conseguirlo si se ataca a intervalos infrecuentes: los atentados con bomba, armas de fuego u otros tipos de agresiones contribuyen a generar y mantener una gran inquietud que puede exacerbarse, como sucede a menudo, a causa de la cobertura del suceso en los medios de comunicación. No obstante, mantener un ambiente constante de terror es difícil hasta para el grupo terrorista más beligerante; es sorprendente que, pese a las noticias de terrorismo que vemos cada día en la prensa y la televisión, nuestros recuerdos de atentados terroristas concretos parezcan desvanecerse con bastante rapidez.

Como hemos dicho antes, la imposibilidad de mantener para siempre un estado constante de pavor queda ilustrado por la paulatina adaptación del público a la situación. Para los terroristas, la «aclimatación» de la audiencia es un problema, dado que reduce la influencia de sus tácticas. El terrorista debe plantearse, pues, de qué forma puede impedirlo: ¿cómo es posible mantener un nivel general de ansiedad y «aterrorizar» con eficacia?

Un ejemplo a pequeña escala de las características psicológicas del terrorismo y de un ritmo planificado de atentados, como en la estrategia trazada por los terroristas irlandeses, es el de la serie

de atentados con arma de fuego en Crossmaglen (condado de Armagh[31]). Se cree que un solo francotirador del IRA Provisional dio muerte a diez soldados británicos, incluido el soldado de primera clase Stephen Restorick, el último militar británico asesinado antes de la tregua anunciada en 1997. El terrorista empleó un potente rifle Barret Light 50 en una zona de Irlanda del Norte tradicionalmente temida por los británicos porque en ella el IRA cuenta con su mayor base de simpatizantes. Concretamente, la zona donde tuvo lugar el atentado ha alcanzado un estatus casi legendario en las filas republicanas, y tanto el francotirador como sus actos han pasado a formar parte del folklore republicano: han aparecido señales de tráfico y pequeños murales en su honor para recordar a cualquier enemigo del movimiento republicano que siguen sin ser bienvenidos y advertirles de que en esta área (a la que las fuerzas de seguridad británicas se refieren como «tierra de bandidos») pueden morir a tiros. Como describe Keane[32]:

> A la entrada del pueblo de Cullyhanna, en South Armagh, simpatizantes del IRA han levantado una señal de tráfico nueva cuya

> silueta es la de un hombre armado y advierte de la presencia de un francotirador en la zona […] El francotirador de South Armagh se ha convertido en el arma más eficiente del IRA contra las fuerzas de seguridad y en él se basa una campaña propagandística de los terroristas del IRA Provisional […] La señal de tráfico […] es un ejemplo de cómo trata el IRA de minar la moral de las fuerzas de seguridad. «Un francotirador es el peor enemigo para la tropa, aun peor que un mortero […] porque cada soldado se pregunta si la próxima vez que salga a patrullar le tocará a él».

Taylor y Horgan[33] ofrecen otro ejemplo extraído de la guerra de Bosnia. En cierto sentido, por supuesto, el conflicto bosnio nunca fue un caso de terrorismo propiamente dicho. Para la comunidad internacional, se trataba claramente de una guerra a la que había que responder con una intervención militar a gran escala, es decir, con ataques aéreos y un despliegue terrestre de tropas. Tampoco cabe duda de que los gobiernos de los estados involucrados consideraban que estaban librando una guerra. Sin embargo, en otro nivel, el caso bosnio puede

constituir un ejemplo general de una forma de terrorismo, e incluso de una posible forma futura de terrorismo. Los ciudadanos de Sarajevo, por ejemplo, fueron sometidos por los gobiernos en liza a una serie de atentados terroristas sistemáticos, sólo que a una escala que todavía no se había experimentado nunca. La guerra de Bosnia se caracterizaba básicamente por ataques individuales a pequeña escala destinados sobre todo contra civiles. En lugar de usar coches bomba como los típicos de ETA, las explosiones se llevaban a cabo por bombardeos de artillería, y los atentados con arma de fuego contra civiles se realizaban por medio de francotiradores. Las características psicológicas de estas tácticas (que, a juicio de Taylor y Horgan, convierten ciertos elementos de este conflicto en terrorismo) pueden ilustrarse con observaciones realizadas por trabajadores de organizaciones humanitarias del University College de Cork que estuvieron en Sarajevo. Hasta el alto el fuego de principios de 1994, en la ciudad se asesinaban a uno o dos niños cada día; entre el 20 y el 25% de ellos moría acribillado por balas disparadas por francotiradores. Sin embargo, las heridas causadas por francotiradores no son aleatorias, como lo son las provocadas por la

metralla. Requieren que el tirador apunte y dispare el arma deliberadamente. Todo sugiere, por lo tanto, que los niños eran uno de los blancos de este conflicto, pero no porque tuvieran papel alguno en él, sino probablemente porque su asesinato constituía una forma segura de producir miedo y desaliento entre la población general. Por supuesto, también podría argumentarse que la intervención de la OTAN de 1999 en Kosovo ilustra exactamente lo mismo.

El asesinato deliberado de niños no sólo pone de relieve una voluntad de ampliar los límites aceptables de la violencia terrorista para mantener el clima general de terror, sino que también refuerza el mensaje para la audiencia de que «vale la pena ceder» para no vivir una campaña prolongada de este tipo o, peor aún, una posible escalada en la brutalidad de la violencia.

Mucha gente cree que los terroristas pocas veces asesinan a un gran número de personas porque, o bien existen pocas oportunidades para hacerlo, o bien las agencias antiterroristas frustran sus intentos. Sin embargo, existe otro motivo de mayor peso: el grupo terrorista puede perder su apoyo si sus objetivos parecen inalcanzables o si su campaña supera unos límites «aceptables» de violencia. Los

medios de comunicación populares difunden el mito de que la violencia terrorista suele ser incontrolada, frenética y malévola. Aunque el terrorismo sea a menudo malévolo, rara vez es frenético e incontrolado y, como observa Hoffman[34], ningún grupo terrorista «comete atentados de forma aleatoria o desprovista de sentido». Por ejemplo, el IRA Provisional perdería gran parte de sus simpatizantes entre la población de Irlanda, el Reino Unido y los estadounidenses de origen irlandés si sus miembros comenzasen a asesinar a los hijos de soldados británicos o de miembros del parlamento del Reino Unido. Está claro que no ayudaría a su brazo político, el Sinn Fein, a propugnar su ideología republicana en el proceso político legal. Las circunstancias en Bosnia eran distintas, y las consideraciones sobre pérdida de apoyo no tenían el mismo peso para los implicados en este conflicto. En cualquier caso, unos terroristas hábiles nunca utilizarán el terrorismo sencillamente como un «ejercicio de horror carente de sentido»[35]. La escala y la brutalidad de un atentado concreto pueden empañar la percepción de su dimensión política, pero ésta no puede dejarse de lado si se desea analizar la conducta del terrorista o del movimiento responsable de los atentados.

Dejando a un lado los atentados del 11-S, pueden encontrarse ejemplos similares de escalada en la ferocidad y la ruptura de los límites de aceptabilidad en Oriente Medio y en una serie de conflictos de Asia que han sido poco estudiados. Como en el caso del IRA Provisional, las tácticas concretas de los grupos terroristas están relacionadas con el tipo específico de objetivo elegido por cada grupo, con su ideología (cualquier conjunto de creencias razonablemente articulado que inspire las aspiraciones, métodos y justificaciones del grupo) y, por supuesto, con su estrategia global. Una vez más, los grupos terroristas suelen emplear tácticas que garanticen la generación de terror, si es que no existen factores externos que puedan perjudicar el sostenimiento o la supervivencia de los terroristas.

Veamos como ejemplo un conflicto que suele pasarse por alto. En diciembre de 1996, un pequeño grupo de hombres con uniforme militar dio el alto a un autobús público en un control de carretera de la provincia argelina de Blida, situada justo al sur de la capital del país. Blandiendo un rifle de asalto Kalashnikov, el jefe del grupo, una unidad del GIA (Grupo Islámico Armado), subió al autobús y preguntó al conductor si había algún «colega» entre

los pasajeros. Al oírlo, un policía se apresuró a alzar la mano y levantarse del asiento. El agente se acercó al hombre uniformado, pero éste le arrastró fuera del vehículo. Ante la horrorizada mirada del conductor y los pasajeros, el policía fue degollado, decapitado y, como describen los pasajeros supervivientes, «mutilado horriblemente»[36]. A continuación, unos cuarenta pasajeros fueron obligados a bajar y tenderse en el suelo, y los terroristas procedieron a darles muerte uno por uno. El periódico argelino *Liberté* informó de que también fueron asesinadas tres mujeres, entre ellas una muchacha de diecisiete años y su madre, que estaba embarazada; ambas murieron degolladas.

En 1992, el primer año del conflicto de Argelia, el objetivo de los ataques rebeldes eran las fuerzas de seguridad del estado, pero pronto empezaron a dirigirse cada vez más a civiles. Al principio, las víctimas tenían parientes en las fuerzas de seguridad, pero en lo que los diplomáticos vieron como un intento de derrotar la «dura censura estatal», las personalidades más conocidas del país también pasaron a ser blanco de los atentados. El asesinato de estas personas era más difícil de ocultar: entre las víctimas había cantantes de pop, médicos, miembros

conocidos de los partidos políticos y casi sesenta periodistas o trabajadores de los medios de comunicación a los que los terroristas acusaron de «apoyar» al gobierno[37]. Desde entonces se ha masacrado a los habitantes de poblaciones enteras[38]. El enfrentamiento de las fuerzas de seguridad con el grupo «rebelde» se remonta a enero de 1992, cuando las autoridades anularon unas elecciones generales en las que había vencido por un amplio margen el Frente Islámico de Salvación (cuyo brazo militar, el GIA, era responsable de atentados como los descritos anteriormente). Según las fuentes, la cifra de muertos desde entonces asciende a al menos sesenta mil.

Definición del terrorismo como un tipo de guerra y una herramienta de guerra

Para avanzar en esta discusión y sentar una base para los análisis psicológicos de los capítulos posteriores es imperativo sentar unas bases. Si el terrorismo es una etiqueta aplicada por un grupo de gente a otro, se nos plantean algunas cuestiones:

¿qué repercusiones tiene esto de cara a establecer una definición de terrorismo? Y, además, para una psicología del terrorismo, ¿tiene sentido tratar de definir un concepto, cuando todo el mundo reconoce sin ambages que lo usa como término despectivo? La respuesta es afirmativa en ambos casos. La confusión que rodea a este concepto no debe conducirnos a descartarlo. En los razonamientos de las páginas anteriores ha quedado claro que el terrorismo debe verse como un fenómeno identificable por diferentes motivos.

El primero y más obvio es que la violencia cometida por grupos denominados terroristas se diferencia de la violencia «ordinaria» por el contexto político de las actividades y la ideología de quienes la perpetran y, a menudo, también por quiénes son sus víctimas y cómo llegan a serlo. En segundo lugar, están los objetivos inmediatos concretos del terrorismo, como el aspecto psicológico de sembrar el pánico. En tercer lugar, muchas víctimas del terrorismo político (tanto del subversivo como del de estado) son civiles que no intervienen activamente en el conflicto ni tienen responsabilidad en él, lo que demuestra el menosprecio de los terroristas por las convenciones establecidas para situaciones de

guerra. Por último, a partir de todo esto resulta lógico preguntarse si es verdaderamente posible distinguir el terrorismo de las formas de guerra convencionales, cuando, como han hecho evidente a lo largo de los años una atrocidad tras otra, la guerra convencional y la violencia de estado a menudo se parecen demasiado a la conducta que calificamos de terrorista. Es posible que esta cuestión constituya un obstáculo para el desarrollo conceptual, pero podemos abordarla de forma directa.

Schmid[39] diferencia entre diversas áreas de discurso en la definición de terrorismo. La primera de ellas es el contexto académico, en el que es de suponer que se pueda debatir con libertad sobre el terrorismo. La segunda área de discurso es la gubernamental, cuyas definiciones de terrorismo tienden a ser vagas y deliberadamente amplias para servir a los intereses del estado en el momento y la forma en que sea necesario: es fácil argumentar que se sirven de esta vaguedad para poder declarar exentos de este juicio los actos de violencia que ellos mismos promueven. En tercer lugar, el discurso sobre el terrorismo que se observa en la escena pública es, en gran parte, un reflejo diluido y fragmentado de la cobertura que los medios de comunicación dan a los

atentados, y con frecuencia es más susceptible a las reacciones emocionales y psicológicas ante la descripción que se hace de los actos de terrorismo.

Estos tres niveles de discurso difieren muchísimo de las perspectivas profesadas en el cuarto nivel, el de los propios terroristas y sus simpatizantes, que obviamente prefieren no denominarse terroristas aun en ausencia de otras etiquetas claras. Schmid nos recuerda que la constante concentración de esta última categoría en sus fines políticos facilita que su retórica y sus debates esquiven tratar de los métodos concretos empleados en el terrorismo. Ello puede ilustrarse con un ejemplo. Un terrorista veterano del IRA Provisional dio a este autor la siguiente respuesta en una entrevista celebrada en marzo de 1996 cuando se le preguntó qué pensaba de la palabra «terrorismo»:

> Yo definiría el terrorismo como un acto mecánico y exento de cualquier tipo de convicción política o moral. En una situación de guerra se cometen actos desesperados, no premeditados, como bombas, como la de Enniskillen y cosas así, y muere gente inocente, mucha gente inocente […] es […] el,

el IRA Provisional no se proponía […] sé que no se proponía matar a inocentes, pero sucede, igual que, en la otra cara de la moneda, ¿cómo describiría uno, por ejemplo, [los bombardeos de la segunda guerra mundial de] Dresde? ¿Son legítimos? Mientras que el IRA pone una bomba pequeña y mata a ocho o nueve personas, y ellos matan a centenares de miles de personas; todo depende de quién lo cuenta, quién tiene el poder en los medios de comunicación para presentar su punto de vista. Se le han colgado muchos actos al IRA y se han distorsionado a través de los medios de comunicación o como sea, presentados como si fueran atentados terroristas. Por mi participación en el movimiento republicano, sabía que el IRA no hizo estallar esa bomba en Enniskillen. Podemos discutir, por ejemplo, si estaba bien o no poner la bomba allí. Esa es la cuestión, a nivel interno, podríamos decir, pero la intención era atacar a las fuerzas de la corona. Esa era la intención. Pero luego ha salido que alguien la hizo estallar, pero no fueron los voluntarios del IRA. Ya fuera por culpa de un

aparato de búsqueda o de alguna otra persona, la bomba explotó. Es, es irrelevante quién fuera, pero se le echó la culpa al IRA y se presentó así, ¿sabe?

Este hombre estaba en la cárcel cuando estalló la bomba de Enniskillen en 1987, que dio muerte a once ancianos pensionistas el domingo de noviembre en que se conmemora a los caídos en las dos guerras mundiales. Cumplía una condena larga por delitos de terrorismo y, en el momento de escribir este libro, se le consideraba un miembro del Army Council, la cúpula de siete líderes del IRA. Por lo tanto, pertenece a la cuarta categoría definida por Schmid y no parece tener dudas sobre la rectitud del atentado que perpetraron sus correligionarios. Esta persona nunca diría que es un terrorista, dadas las connotaciones y expectativas negativas de este término. Su declaración puede considerarse arrogante, fría e indiferente a los efectos físicos y emocionales que la bomba ejerció sobre los supervivientes del atentado y sobre los familiares de las víctimas. ¿Debe clasificarse como terrorista el acto que esta persona describe como «mecánico y exento de cualquier tipo de convicción política o moral»? Si

la respuesta es afirmativa, ¿qué debe sugerirnos? ¿Significa que este tipo de actos violentos no deben etiquetarse como «terrorismo» (con todas las consecuencias que ello conlleve en cuanto a respuesta por parte de las fuerzas del orden, etcétera) cuando al menos se sustentan sobre una ideología o una protesta, por apartadas de la realidad que puedan estar? El problema sigue sin resolverse. ¿Quién decide si un acto es «mecánico», cuando ello representa obviamente una evaluación subjetiva más, ya sea por parte del presidente de Estados Unidos, el secretario general de la ONU u otra persona?

En este punto, Schmid da un valiente paso adelante que nos permite centrar mucho más la cuestión sin desproveer de utilidad y validez el concepto de terrorismo. Postula que la mejor definición, y la que debe adoptarse como punto de partida, es aquella en la que esté de acuerdo la mayoría de la gente: la guerra convencional se denomina así porque, como hemos dicho antes, en ella se espera que se sigan ciertas normas y directrices descritas formalmente en las convenciones de Ginebra y de La Haya. No obstante, en un número probablemente incontable de atrocidades estas normas se han incumplido en las

guerras convencionales, por lo que a veces resultará imposible distinguir entre ellas y el terrorismo, hasta el punto de que cualquier intento pedante de hacer distinciones no puede dejar de ser discutible.

Schmid[40] propone que una definición más precisa puede ser de mayor ayuda que una amplia que esté abierta a múltiples interpretaciones. Recomienda que tratemos de definir siempre el terrorismo en función de los métodos empleados, sin dejar lugar a la retórica como medida de legitimación. Al definir el terrorismo como el «equivalente de los crímenes de guerra en tiempos de paz», Schmid ofrece una salida potencial para el problema de decidir sobre la rectitud de los actos de violencia. De esta forma, podemos evitar la alternativa entre un modelo puramente criminal del terrorismo, que subraye únicamente el empleo de medios ilegales, y un modelo bélico que contemple el terrorismo como la simple —y trillada— idea de que constituye la continuación de la política por otros medios. Al proponer la definición legal de «equivalente de los crímenes de guerra en tiempos de paz», el debate se traslada a un nivel de discurso, dice Schmid, en el que existe un consenso internacional mucho más importante. Si bien se han firmado diversos tratados

nacionales e internacionales para mejorar la colaboración entre gobiernos y cuerpos de seguridad en materia de lucha antiterrorista, no se ha avanzado hacia una legislación verdaderamente global sobre qué es terrorismo y quiénes son terroristas[41]. Y, según Schmid[42], una definición de este tipo sobre los actos de terrorismo permitiría «precisar qué puede considerarse terrorismo y, por otro lado, ampliar el consenso sobre lo impredecibles que son los métodos terroristas».

El importante ensayo de Thackrah[43] complementa este debate señalando que, con la eliminación de palabras como «generalmente» o «normalmente» en las definiciones, se impide que se interpongan opiniones personales y subjetivas. Si, en cambio, nos centramos en los métodos concretos empleados por los terroristas, como defiende Schmid, se abren muchas posibilidades para alcanzar un consenso internacional. Incluso el Departamento de Estado de Estados Unidos en su Informe Anual[44] sobre terrorismo redunda en que en tiempos modernos (y antes del 11-S) los gobiernos han tendido a condenar el terrorismo de forma absoluta, sin reparar en sus motivos. Al concentrarnos en los métodos concretos empleados en un acto, podremos

distinguir entre los que ahora clasificaremos como «rebeldes» y los «terroristas», sin dejar cabida a retórica alguna, ni política ni de ningún otro tipo. De esta forma, al repasar el fragmento de entrevista antes reseñado, la defensa que hace el líder del IRA Provisional de sus correligionarios con respecto a su atentado con bomba «accidental» pierde toda su fuerza. Schmid[45] ofrece la siguiente definición exhaustiva del terrorismo:

> El terrorismo es un método para causar ansiedad que consiste en realizar acciones violentas repetidas que es empleado por individuos, grupos o elementos estatales (semi) clandestinos por razones políticas, criminales o de idiosincrasia, y en los que las víctimas directas de la violencia no son —a diferencia de los casos de magnicidio o asesinato político— el objetivo final. Los blancos humanos inmediatos de la violencia se eligen en general o bien de forma selectiva (por representar o simbolizar algo) o bien aleatoriamente entre la población atacada, y sirven para generar un mensaje. Entre terroristas (organización), víctimas

> potenciales y objetivos finales se emplean procesos de comunicación a base de amenazas o de violencia con el fin de manipular al objetivo final (audiencia), haciéndolo blanco del terror, de exigencias o de la atención pública, según se posean fines intimidatorios, coercitivos o propagandísticos.

Esta concepción abarca todos los aspectos del debate aquí presentado y, junto con la descripción del terrorismo como el equivalente de crímenes de guerra en tiempos de paz, parece una doble definición de trabajo aceptable y útil, sea quien sea el que comete dichos actos de violencia. Hay que enfatizar en que esto se aplica tanto a gobiernos y estados como a elementos subversivos antiestatales.

Sin embargo, es innegable que la definición de Schmid es de tipo académico, además de posiblemente impopular entre los gobiernos. Al hilo de lo anterior, el uso de tácticas de terror por parte de los bandos en liza en Bosnia pone de relieve una cuestión importante. Taylor y Horgan[46] han debatido la posibilidad de que las tácticas terroristas vayan a ser un elemento cada vez más importante en

las estrategias bélicas de los estados. Hasta cierto punto, tácticas como la descrita sobre los francotiradores estaban condicionadas por la geografía de los Balcanes (que, para un ejército, dificulta las intervenciones militares a gran escala); pero las facciones combatientes adoptaron tácticas terroristas debido a su efectividad. La capacidad de estas tácticas para sembrar el miedo, un objetivo psicológico mucho más difuso, ilustra cómo puede aumentar el nivel de brutalidad en una guerra convencional hasta producir efectos que tradicionalmente no se han asociado de forma explícita a las guerras convencionales. Taylor y Horgan[47] observan lo siguiente:

> El nivel de violencia asociado a un conflicto político parece un camino de una sola dirección en el que se gana fuerza a base de transgredir lo inaceptable. Cuando tiene lugar la violencia en un contexto de terrorismo [como el descrito en los ejemplos anteriores], al cabo de un tiempo lo que era inaceptable deja de ser noticia y, de esta forma, pierde efectividad.

Los autores concluyen que los atributos del éxito en un conflicto de este tipo no se miden necesariamente a partir de objetivos de tipo militar, sino psicológico, y la provocación de respuestas de ansiedad entre la audiencia del conflicto sirve claramente para cumplirlos.

Conclusiones

La complejidad y la naturaleza resbaladiza de las impresiones que causa el terrorismo se reflejan en los sustanciales problemas que plantea su definición, cuya profundidad sólo se ha tocado someramente en este capítulo. Una cuestión primordial que desarrollaremos en capítulos posteriores es la respuesta emocional a las acciones de los terroristas y el modo en que esta respuesta da forma a nuestra visión del proceso del propio terrorismo y de quienes se involucran en él. Es fácil comprender la naturaleza humana de la respuesta al terrorismo, pero ésta no sólo afecta al proceso de definirlo. Como veremos más tarde, además, esta respuesta emocional no es más que uno de los muchos problemas que deben afrontar quienes se proponen estudiar el terrorismo y

la conducta terrorista.

A pesar de las dificultades obvias, existe base para una perspectiva más positiva, especialmente si se aborda el proceso de definir el terrorismo con un enfoque más sustancial, significativo y, sobre todo, equilibrado. Aunque el terrorismo sea un concepto aceptado, no deja de ser poco claro e inconsistente. En función del punto de partida de un análisis, éste puede conducir a conclusiones muy distintas, pero siempre hay que hacer todo lo posible para trabajar dentro de los marcos disponibles. Así, parece que resulta útil concebir el terrorismo como un uso consciente y deliberado de la violencia contra un tipo concreto de objetivo para influir en el clima político. Al considerar el terrorismo como un arma disponible para una amplísima variedad de grupos tanto no estatales como estatales (en el caso de estos últimos, para poner en práctica «terrorismo de estado» o como táctica dentro de una guerra convencional y «simétrica», si es que este concepto aún es válido), se reconoce que no es exclusivo de los grupos opuestos a un estado o un régimen. De esta forma se disipa en parte el misterio que envuelve a los conceptos que salen a la luz al reflexionar sobre el terrorismo, y resulta inevitable aceptar que la forma

más útil de ver el terrorismo es como algo que «se hace» y no como algo que necesariamente «se es».

El enfoque de Schmid constituye el paso más positivo y útil que se ha dado en este sentido y, por lo tanto, lo mantendremos presente como un buen punto de partida tanto para el tema en el que se circunscriben los debates más importantes de esta obra como, concretamente, para el uso de la palabra «terrorismo» en el resto del libro. El segundo capítulo parte de aquí y presenta una breve reflexión sobre algunas otras cuestiones relevantes para terminar de comprender el terrorismo antes de pasar a los análisis psicológicos posteriores.

2

Comprender el terrorismo

La cuestión de la definición, que por sí misma puede influir en cómo pensemos sobre el problema del terrorismo, es solamente una de las varias que tenemos que resolver. Este capítulo trata de ampliar la perspectiva a otros problemas relacionados con nuestra comprensión del terrorismo. Cualquier estudioso serio del terrorismo puede constatar que el laberíntico problema de la definición es un obstáculo de primer orden para el desarrollo conceptual de esta área y que, a pesar de ello (o, tal vez, precisamente por ello), la necesidad que parecen sentir los investigadores de alcanzar una solución final para este problema refleja un uso muy poco eficiente de su tiempo y sus energías. Los problemas de definición

no son exclusivos del terrorismo, pero el extremo hasta el que éstos dominan el discurso sobre el terrorismo es un lastre para el progreso teórico en este ámbito y un claro indicio de que no se han establecido correctamente las prioridades de la investigación.

Como se ha visto brevemente en el capítulo anterior, casi siempre que se habla sobre un atentado el énfasis se sitúa en la dimensión dramática de los acontecimientos, a menudo en el nivel personal y en la escala de la destrucción y los daños materiales. La cobertura de los medios de comunicación tiende a centrarse en unos pocos aspectos inmediatos, como el número total de muertos y heridos, la audacia del atentado, un perfil vago de cómo pueden ser sus autores y, a veces, cierta sensación de vulnerabilidad. Por ello, los medios ejercen una influencia importante en la percepción de la opinión pública sobre los incidentes y los conflictos en los que se enmarcan. A menudo, las informaciones difundidas por los medios se complementan con una explicación detallada del posible *modus operandi* del atentado y se acompañan con una petición de ayuda por parte de las autoridades para identificar a personas o vehículos que han intervenido en el atentado.

Como Xavier Raufer ha propuesto en el prefacio, hay que mirar más allá de las noticias publicadas sobre el terrorismo en los medios de comunicación para llegar a una comprensión informada y sistemática sobre este fenómeno. En el primer capítulo ha quedado establecido que el problema de la definición puede llegar a ser muy complejo, pero por necesario y urgente que sea definir el terrorismo desde el punto de vista legal, no puede obviarse el hecho de que en las iniciativas para llegar a comprender este fenómeno (de dónde procede, cómo se desarrolla, quiénes son «los terroristas», etcétera) se encuentran presentes diversos elementos que a menudo se asumen sin la menor cuestión y, en ocasiones, incluso se pasan totalmente por alto.

Aunque existen estudios sobre la investigación[1], incluso en los proyectos académicos más dedicados al estudio del terrorismo puede ser difícil analizar y medir la exhaustividad de nuestro conocimiento sobre el tema. Un factor que dificulta constatar este hecho es que pocas veces apreciamos hasta qué punto se mezclan los datos con la ficción en muchos análisis del terrorismo. Es cierto que la práctica del terrorismo comporta crueldad, arrogancia, brutalidad, lesiones y muertes, pero la realidad es que

los movimientos políticos de todo el mundo que hoy día lo utilizan manipulan con destreza sus atentados y su cobertura en los medios para generar una impresión determinada (y, a menudo, sofisticada) y una interpretación útil para sus propósitos entre su audiencia real o potencial.

Los atentados del 11-S y las reacciones que suscitaron ilustran hasta qué punto pueden afectar el drama y la emoción a una estrategia que debería ser coherente y sistemática para corregir los factores que han permitido su perpetración e impedir futuros episodios.

Por extraño que parezca para los psicólogos experimentados, el perfil del «terrorista» como fanático enloquecido y obsesionado con la destrucción no ha dejado de existir, con distintos grados de sutileza, en la literatura. La realidad de quienes se involucran en atentados es muy distinta y, probablemente por ello, mucho más inquietante. De hecho, los datos sugieren que la violencia política organizada dirigida por terroristas suele formar parte de una serie mucho más compleja de actividades dirigidas a la consecución de un objetivo social o político identificable; por lo tanto, lo que vemos y oímos sobre el terrorismo siempre es un pequeño

elemento (el más notorio, por su impacto dramático) de un entramado más extenso y complejo de actividades (tanto en el sentido de, por ejemplo, cada atentado concreto, como en el de su significado político). A menudo el terrorismo está muy bien organizado, cuenta con buenos conocimientos técnicos y persigue unos fines políticos sofisticados —como sucede con muchos de los movimientos más grandes y conocidos, como la Yihad Islámica palestina, el IRA Provisional y Al Qaeda—, pero es importante tener en cuenta que sería un error atribuir estas características sin pensarlo dos veces a todos los grupos terroristas en todas sus actividades. Esto es especialmente importante en los análisis del terrorismo relacionados con la investigación pura y aplicada, y también, en el ámbito político, de cara al estudio de amenazas y a la gestión de los problemas de seguridad debidos a grupos terroristas. Entre toda la paranoia y la confusión que reinó en las reacciones estadounidenses e internacionales al 11-S, la potencia y las capacidades de Al Qaeda se han sobrestimado de forma exagerada y continúan retratándose de forma distorsionada en los medios de comunicación más importantes. Como todos los grupos terroristas, la conducta de Al Qaeda se rige por consideraciones

tácticas, estratégicas e incluso psicológicas (pese a la escala de sus atentados) y cuenta con importantes puntos débiles y con una opinión excesivamente benévola sobre su propia capacidad. Recordemos que el éxito prolongado de un grupo terrorista puede ser en muchas ocasiones fruto de una mala labor de los servicios de inteligencia, de la falta de información o de coordinación de los cuerpos de seguridad y de una política antiterrorista errónea.

Entonces, podemos afirmar algo que resultará obvio para algunos: no se deben sobrestimar ni subestimar las capacidades e intenciones supuestas de las organizaciones terroristas, ni tampoco sus logros reales o posibles (o los que deberían permitírseles), sino que deben analizarse críticamente con todas las herramientas intelectuales, conceptuales y de otros tipos que estén disponibles. Por desgracia, por mucho que el terrorismo se considere ampliamente un tema «complejo y multidisciplinar», pocas veces se analizó de forma objetiva y no politizada antes del 11-S, y hoy parece más difícil hacerlo que nunca. Como han señalado dos respetados comentaristas sobre terrorismo y violencia política en uno de los textos más citados de la literatura especializada[2]: «Probablemente, en

pocas especialidades de las ciencias sociales se escribe tanta literatura basada en tan poca investigación. Tal vez hasta el 80% de la literatura no se basa en estudios en un sentido riguroso; a menudo son textos narrativos, condenatorios y prescriptivos». A pesar de que Schmid y Jongman escribiesen este comentario hace más de dieciséis años, continúa siendo totalmente válido para el estado de la investigación actual sobre terrorismo.

La naturaleza y el alcance de la investigación sobre terrorismo

Para hacernos una buena idea de la dirección en la que deberíamos avanzar puede ser útil analizar la dirección de la que venimos. David Rapoport[3], uno de los más prominentes estudiosos del terrorismo, recuerda una experiencia que tuvo a principios de su carrera docente. En 1969 realizó una infructuosa búsqueda de documentación para preparar una serie de clases magistrales que debía dar sobre terrorismo y asesinato político; no encontró más que unos pocos textos. Diecisiete años más tarde, Rapoport descubrió que la bibliografía sobre terrorismo

contenía más de cinco mil elementos solamente en inglés. En 1992, Cairns y Wilson[4] describieron una enorme bibliografía con más de tres mil referencias a trabajos referentes únicamente al conflicto de Irlanda del Norte. Rapoport se preguntaba retóricamente si existía algún otro campo académico que hubiese crecido tanto en tan poco tiempo. Thackrah[5] añadió que la propia comunidad académica se ha dejado seducir por la violencia asociada al terrorismo y, en consecuencia, «se ha lanzado casi tan rápido como los periodistas a publicar tipologías, definiciones, explicaciones y, normalmente, prescripciones» (*ibid*., p. 26). Poco tiempo después, Miller[6] expresó sus opiniones de forma más directa:

> En un aparente esfuerzo por compensar esta limitación intelectual, la literatura sobre terrorismo ha estallado. Periodistas, sociólogos de todos los campos e historiadores especializados en todas las épocas han aplicado sus recursos a este tema. Los filósofos han jugado con la noción de la moralidad del terrorismo, y los psicólogos han sondeado la mente del terrorista. Los políticos han reflexionado sobre sus experiencias de

primera mano con episodios de terrorismo. A causa de la experiencia traumática que han vivido, las personas que han sobrevivido a un secuestro parecen haberse convertido en expertos en el tema en cada una de sus facetas, sea cual sea la disciplina del conocimiento a la que correspondan.

No obstante, el ingente volumen del material producido no disfraza su falta de rigor. Los resultados se clasificaban desde «carentes de sentido desde un punto de vista teórico» hasta «textos intelectuales arcanos que, por sus ansias de formular teorías y resolver el problema de la definición, sumirían en la desesperación incluso al lector sofisticado»[7]. Estos comentarios desdeñosos, pero acertados, de Miller se publicaron en el primer número de la principal publicación académica de este campo, *Terrorism and Political Violence*, y sirvieron de advertencia para sus futuros colaboradores. Sin embargo, en 2004, quince años después de que Miller los escribiese[8], continúan siendo igual de válidos y relevantes.

Por supuesto, es fácil dar la razón a Thackrah en que el entusiasmo con el que se ha abordado este

difícil tema es un reflejo del drama que caracteriza el fenómeno del terrorismo. A pesar de que ésta parezca una afirmación correcta, la investigación sobre terrorismo se enfrenta a un problema excepcional: la incapacidad (o tal vez la falta de voluntad) de los estudiosos para basarse en estudios anteriores y ofrecer comentarios informados sobre el terrorismo que reflejen una perspectiva clara y una experiencia sólida. Los llamamientos a la formulación de una teoría interdisciplinar pueden parecer, entonces, discutibles. A pesar de las advertencias, el terrorismo no es el problema más difícil ni el más amenazador que se cierne sobre nuestro mundo, pero la intensa personalización del drama que rodea los atentados graves contamina las fuentes de las que cabe esperar un discurso comedido.

Otra característica de los comentarios sobre el terrorismo es que los mejores análisis están dominados por una pequeña minoría. Por supuesto, ello no sólo se debe a la enorme y valiosa contribución que han realizado algunos estudiosos, sino que es indicativo de los problemas que aquejan a la comunidad de investigación sobre terrorismo. En 1986, en la Universidad de Aberdeen, una conferencia internacional de investigación sobre

terrorismo produjo un texto que todavía es una piedra angular dentro de este campo. En su edición conjunta con Alisdair Stewart de *Contemporary Research on Terrorism*[9], Paul Wilkinson abordó en su prólogo una serie de «mitos» que, según él, eran típicos de la percepción acerca del progreso en la investigación sobre terrorismo y de quienes la realizaban. La realidad de la investigación en aquel momento, era, en palabras de Wilkinson:

> […] de pequeña escala, y casi periférica, en la mayoría de universidades e institutos de investigación. Aparte de los grupos que trabajan en algunos centros importantes bien conocidos […] la mayoría de estudiosos que trabajan en este campo lo hacen en solitario o, como máximo, con uno o dos colegas en las instituciones académicas de mayor envergadura.

Wilkinson ponía el énfasis en que gran parte de la investigación sobre terrorismo más importante y revolucionaria se financiaba con presupuestos «escasísimos» y que su realización y culminación sólo eran posibles gracias al interés y la

perseverancia de los investigadores y a su tendencia a «financiar sus estudios sobre terrorismo dentro del marco de otros proyectos».

En cuanto a la investigación doctoral relevante en las universidades, la situación no era más prometedora. En un análisis sobre tesis y tesinas relacionadas con el terrorismo efectuado entre 1960 y 1997, Avishag Gordon[10] constató que en total solamente se habían producido 278 tesis de posgrado (incluidas las de doctorado) sobre el tema. En el mejor de los casos, estos datos son desalentadores, pero en el peor resultan deprimentes. Gordon comprobó que en el mismo periodo de treinta y siete años la cantidad de tesis de psicología sobre el terrorismo se reducía a tan sólo siete. Las cifras recopiladas por Gordon sólo abarcan tesis escritas en inglés, pero el hecho de que en todo este tiempo sólo se hayan producido siete en el ámbito de la psicología suscita una seria preocupación sobre lo poco que se ha fomentado el estudio de esta área como especialidad dentro de esta disciplina.

Cuestiones teóricas en el estudio del terrorismo

Hemos visto en el primer capítulo que el terrorismo es una táctica que pueden emplear distintos actores que operen en distintos niveles y zonas del proceso político. Uno de los grandes escollos inherentes al estudio de este fenómeno es la incapacidad para superar una visión parcial del terrorismo como táctica. Ronald Crelinsten[11] lo ha argumentado de forma sucinta al postular que las iniciativas de investigación se basan en:

> (a) un objeto de estudio truncado, lo que refleja (b) una perspectiva sesgada por parte del investigador, lo que se deriva de (c) una estrecha orientación política hacia la prevención y el control, lo que provoca (d) marcos de trabajo conceptuales estrechos que ignoran la dimensión política del terrorismo, y (e) modelos ahistóricos, lineales y causales que ignoran los aspectos históricos y comparativos del terrorismo y se concentran selectivamente en actores individuales y sus características, tácticas e ideologías.

La perspectiva sesgada de los investigadores no sólo refleja un problema de definición, sino también

una confusión sustancial sobre el tema de la identificación del terrorista; en otras palabras, otro problema que no se acota tanto con la pregunta de «¿qué es el terrorismo?» como con la de «¿qué es un terrorista?». Éste ha sido un obstáculo de primer orden en los análisis psicológicos, como veremos con algunos ejemplos. Preguntada sobre qué constituye un acto de terrorismo, la mayoría de la gente respondería con alguna referencia a la violencia, pero haría alusión también a algo más concreto como bombas o el secuestro de rehenes en un avión. Sin embargo, al centrarnos en únicamente un aspecto de lo que hacen las organizaciones terroristas se pasa por alto la impresionante variedad de sus actividades y funciones: en cierto sentido puede resultar extraño definir Hamas como una «organización terrorista» cuando la realización de atentados es, de hecho, tan sólo la más pública de las muchas actividades sociales y políticas de este movimiento, que presta verdaderos servicios benéficos a su comunidad. El problema queda más claro en otros aspectos si se examina el interior de un movimiento que ya hemos decidido que se puede etiquetar como terrorista. ¿Merecían los militantes del IRA Provisional que realizaban huelga de hambre el

adjetivo «terrorista», por ejemplo? En este caso, y aunque el militante pueda haber sido encarcelado por su participación en actividades terroristas, la persona que puede morir es quien realiza la huelga de hambre. Tal vez el adjetivo «terrorista» no sea suficientemente genérico para responder a una descripción de todos los que se involucran en violencia política. Es éste el contexto en el que algunos investigadores han propuesto el término «violencia política» como más genérico[12], si bien, teniendo en cuenta los comentarios de Heskin citados en el primer capítulo sobre las connotaciones de simpatía que puedan estar implícitas en el término (equivalentes a las suposiciones de crítica y condena implícitas en la palabra «terrorismo»), tal vez no resulte todo lo útil que se había pensado en un principio.

Abundan los ejemplos del problema de la identificación. En Estados Unidos, la Universidad de South Florida puso en marcha en abril de 1986 una investigación independiente de uno de sus profesores asociados con el argumento de que había aprovechado un grupo de estudio para introducir terroristas en el país. Según el FBI, el profesor había gestionado visados para que dos líderes terroristas palestinos, Ramadan Abdullah Shallah y Basheer

Nafi, entrasen en el país como profesores. Shallah se convirtió en el nuevo líder del movimiento de la Yihad Islámica en Siria en 1995 tras el dramático asesinato de su predecesor en Malta por su intervención en una cadena de devastadores atentados suicidas contra objetivos israelíes. ¿Era justificable llamar «terrorista» al profesor de la Universidad de South Florida? Tal vez no hubiera participado en ningún delito de terrorismo, pero su ayuda a la organización de la Yihad Islámica podría haber sido de gran importancia para ésta.

En relación con los problemas de identificación, también existe la cuestión de uno de los aspectos clave en que el terrorismo difiere de la denominada «delincuencia ordinaria». Dado que la publicidad es uno de los objetivos principales de la violencia terrorista, cabe esperar que los autores de atentados reivindiquen siempre la autoría de sus acciones[13]. Sin embargo, no siempre es así; en Irlanda del Norte, por ejemplo, existen varios grupos paramilitares que no siempre han reivindicado sus atentados. En ocasiones, el IRA Provisional se ha cubierto tras diferentes nombres, no tanto para distanciarse de crímenes concretos (ya que el movimiento asume generalmente la responsabilidad de lo que ha hecho,

como señaló el presidente del Sinn Fein Gerry Adams «cuando era impopular en muchos sentidos»)[14] como, quizá, para aprovechar cuando se presenten las ventajas estratégicas que puedan derivarse del uso de otro nombre (o, más bien, de no usar el nombre «IRA Provisional»). Un ejemplo es el pseudónimo «Direct Action Against Drugs» (Acción Directa Antidroga), con el que se reivindicó el asesinato de 13 presuntos traficantes de drogas durante la tregua del IRA Provisional del periodo 1994-1996. Un análisis más detenido revela motivos relacionados con cambios y desarrollos en la organización, pero tal vez valga la pena estudiar en detalle (como haremos más tarde) ciertas actividades que, si bien no constituyen «terrorismo» *per se* (ni se describiría como «terroristas» a sus responsables), ejercen un papel y un cometido cruciales para el funcionamiento de la organización terrorista en cuestión.

El problema de la identificación puede extenderse a otro: el del aislamiento inadvertido del tema que estudiamos. Como ha avisado Crelinsten, si el análisis se centra únicamente en el denominado «terrorista», sólo es posible ver a un actor cuando,

en realidad, éste se enmarca dentro de un grupo social mucho más amplio (a) del que no sólo procede esta persona, como se ha explicado, sino que (b) ante el que ésta reivindica gran parte de la legitimidad de su conducta. En este sentido, White[15] propone a los investigadores que amplíen de forma más sistemática el objeto de sus estudios para incluir a los enemigos del terrorista, «especialmente si son gubernamentales». En el contexto de la investigación sobre Irlanda del Norte, y en un intento de averiguar por qué había gente que se unía a las filas de los terroristas a principios de los años setenta, resulta especialmente necesario combinar diferentes métodos para estudiar el terrorismo. White[16] pide que se tenga en cuenta lo siguiente:

> Después del comienzo de la encarcelación de militantes en Irlanda del Norte en 1971, y del Domingo Sangriento en Derry en 1972, la actividad del IRA se intensificó en gran medida. La violencia estatal en Irlanda del Norte provocó un incremento de violencia antiestatal por parte del IRA Provisional. Resulta fácil documentarlo con pruebas cuantitativas […] Lo que las pruebas

cuantitativas no nos dirán, sin embargo, es por qué la violencia estatal suscitó más violencia antiestatal. Una posibilidad, coherente en algunos aspectos con las explicaciones tradicionales para el alistamiento en actividades políticas no rutinarias, es que en Irlanda del Norte el advenimiento de la violencia estatal a gran escala produjo una ruptura de las condiciones sociales que normalmente integran a la gente en la democracia liberal. Una vez liberados de sus vínculos con el estado, los ciudadanos se involucraron en conductas no instrumentales ni rutinarias, como la violencia llevada a cabo por pequeños grupos del IRA Provisional […] Otra explicación, que en muchos sentidos es coherente con el argumento de la ruptura, es que la violencia estatal enfureció a sus víctimas, que se propusieron devolver el golpe […] Una explicación alternativa, desde una perspectiva política teórica, es que quienes se involucraron en actividades violentas después del inicio de las encarcelaciones y del Domingo Sangriento tenían motivos políticos. Desde este punto de

vista, a juicio de las víctimas del estado la violencia estatal confirmó la ilegitimidad del estado.

Las implicaciones que van asociadas a cada perspectiva teórica aquí presentada son importantes. White se pregunta si estos insurgentes son individuos «irracionales», «alienados» y «frustrados» que reaccionan a su exclusión de la democracia liberal existente en Irlanda del Norte antes de los sucesos mencionados, o si hay que considerarlos «actores políticos calculadores que tienen motivos para cuestionar los supuestos de la democracia liberal y, comprensiblemente, responden a la violencia estatal ilegítima con su propia violencia». Las implicaciones de estas distintas perspectivas no son, como señala White, sólo políticas, sino que plantean sobre una base conceptual muchos problemas para la investigación y la formulación de programas de estudios (que, ciertamente, pueden conducir a una respuesta política).

Comprender la naturaleza y la heterogeneidad del terrorismo

La reflexión de White pone de relieve el problema de identificar cómo debería estudiarse el terrorismo. Si nos centramos (deliberadamente o no) sólo en determinadas características del terrorismo, podríamos cometer el error de asignar una relevancia dominante a una disciplina concreta como los estudios en seguridad o la historia, teología, psicología, sociología, ciencias políticas u otras. Ciertamente, la diversidad de motivos y propósitos existente entre los grupos que emplean tácticas terroristas puede resultar confusa y abrumadora, especialmente cuando se trata de clasificarlos. Los grupos terroristas difieren enormemente no sólo en cuanto a motivaciones, sino también en tamaño, capacidad, recursos, composición nacional y base cultural[17]. Muchos de los grupos terroristas de finales del siglo XX profesan ideologías que varían desde las religiosas hasta las abiertamente políticas, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, pero muchos también presentan diferencias en su estructura organizativa y, por lo tanto, pueden ser distintos en cuestiones referentes a la toma de decisiones y selección de blancos (y en qué influya en ellas dentro del grupo), armas utilizadas, tácticas adicionales y demás. Por ejemplo, para comprender el

terrorismo irlandés hace falta entender no sólo la política contemporánea sino también la dimensión histórica real (y la mitológica) de la rebelión irlandesa. Estudiar la historia del terrorismo debe ser obligatorio para tratar de comprender el terrorismo, como bien ilustra el comunicado del IRA Provisional hecho público en 1970 en Dublín. En un intento de preparar al mundo para el nacimiento del IRA Provisional como fuerza de combate, las primeras líneas de dicho comunicado, titulado «La postura del Sinn Feinn», declaraban que «nos inspiramos en el pasado»[18].

Ciertamente, a veces las opiniones sobre la relevancia de una disciplina académica concreta en el estudio del terrorismo se reflejan de forma obvia en la formación de determinadas tipologías y sistemas de clasificación. En su desarrollo de una primera tipología de grupos terroristas basada en su población-objetivo y sus bases operativas, el psicólogo Ariel Merari[19] escribe:

> Las tentativas tipológicas para ordenar este caos se han centrado en su mayor parte en la ideología de los grupos (por ejemplo, en distinguir entre organizaciones de derechas y de izquierdas), en sus propósitos o razón de

ser (por ejemplo, emancipación de un estado, independencia de un gobierno extranjero, revolución en su territorio) y en motivos psicológicos.

Así, desde un principio, y con independencia de cómo se estudie el terrorismo y de la perspectiva que se adopte, hay que reconocer y aceptar que éste puede ser un fenómeno extremadamente heterogéneo, cambiante y abierto a nuevos tipos de movimientos con cada década que pasa. En su informe de 1996 sobre los patrones del terrorismo global[20], el Departamento de Estado de Estados Unidos reconoce esta heterogeneidad y acepta que la identificación de patrones claros en el terrorismo «resulta cada vez más difícil» (aunque, como veremos en capítulos posteriores, existe una gran confusión sobre los «patrones» a detectar, un problema que ha impedido el avance teórico en los análisis psicológicos del terrorismo).

Por lo tanto, debe concederse al contexto la máxima importancia, algo que muchas veces viene implícito en el reconocimiento de esta heterogeneidad, incluso la que se da dentro de un grupo terrorista concreto, por ejemplo, a lo largo del

tiempo. Cooper[21] sostiene que nunca se puede tratar el terrorismo como un tema discreto, diferenciado o separado de algún modo del contexto político, social y económico en el que aparece, sino que, en palabras de dicho autor, es una «criatura de su tiempo y su espacio». La Guerra Fría ofreció un contexto fácil de entender para formas de terrorismo más «antiguas», limitadas y predecibles (principalmente de carácter ideológico), mientras que muchos de los grupos de hoy constituyen entidades muchísimo más complejas con motivaciones enmarañadas y aparentemente incoherentes que, en algunos casos, no sólo nacen del nuevo contexto de los conflictos surgidos de la antigua Unión Soviética, sino tal vez también de la profunda debilitación de las ideologías políticas tradicionales como factores poderosos de motivación en los problemas humanos. Concretamente, el crecimiento del crimen organizado y el terrorismo en lo que Raufer[22] denomina las zonas «desterritorializadas» ha contribuido a lo que el mismo autor llama «zonas grises», un concepto similar a las perspectivas de Lacqueur sobre el desdibujamiento de las fronteras entre la violencia de origen político y los grupos delictivos organizados. Ello no equivale a sugerir que el terrorismo político

como lo hemos conocido hasta el comienzo de lo que ahora se denomina la «era posterior a la Guerra Fría» ha llegado a su fin, sino que está claro que algunas formas de terrorismo de motivación política no pueden entenderse con referencia al mismo contexto sociopolítico del que procedía su predecesor. Por supuesto, esto incluye a los dos movimientos responsables de las campañas terroristas más largas de los tiempos modernos: el IRA Provisional y ETA.

En la búsqueda de respuestas al problema del terrorismo en la era posterior al 11-S, no sólo ha surgido una impresionante cantidad de «expertos en terrorismo», sino que éstos proceden de unas áreas cuya amplia diversidad sólo puede compararse con la complejidad del tema que estudian. Psicólogos, antropólogos, historiadores, analistas de seguridad, estrategas militares, periodistas, expertos en relaciones internacionales, expertos en religión y muchos otros. A cierto nivel, hay que decir que esta diversidad no sólo es positiva, sino que tal vez haya que considerarla necesaria. En la recopilación de ensayos psicológicos sobre el terrorismo de Reich[23], éste no sólo insiste en la complejidad psicológica del terrorismo sino también en la necesidad de estudiar la diversidad y la complejidad

del terrorismo desde la perspectiva de diferentes disciplinas. Los intentos de comprender el terrorismo desde un solo punto de vista, afirma Reich, pueden forzar las posibilidades de dicha explicación hasta fuera de sus límites. Es muy posible que ello conlleve un peligro, y en todo estudio del terrorismo hay que basarse en conocimientos provenientes de diversas áreas. De la misma forma, también se necesitan algunos puntos de anclaje conceptuales porque, si carecemos de un punto de partida intelectual, podemos encontrarnos con otros problemas y acabar tan absortos por la complejidad de las explicaciones contradictorias que no logremos ver los puntos comunes ni, lo que sería más importante, consigamos centrarnos en objetivos más prácticos. Esto último ha constituido un fallo obvio en los esfuerzos por resolver el problema de la definición.

Psicología y terrorismo

Dadas la heterogeneidad y la complejidad del terrorismo y la mencionada nota de advertencia de Reich, las tentativas de desarrollar una psicología del terrorismo podrían parecer condenadas al fracaso o

directamente carentes de sentido. No obstante, Grant Wardlaw[24] argumentó en una ocasión que, pese al atractivo multidisciplinar del terrorismo, la pregunta más frecuente acerca de la violencia política subversiva probablemente fuera «¿por qué la gente se hace terrorista?», una cuestión que plantea interrogantes psicológicos obvios.

En las semanas posteriores a los atentados del 11-S, el argumento de Wardlaw se vio reflejado en particular en la pregunta «¿cómo lo han hecho?». Probablemente, pocos de los expertos a quienes se pidió que explicasen la psicología de los autores respondieron de forma totalmente honesta. Si Wardlaw tenía razón o no sobre la pregunta más frecuente (o, al menos, la pregunta formulada explícitamente más a menudo) es algo probablemente discutible, pero la obvia falta de claridad de muchas respuestas resultó lamentable e indicativa del escaso papel que ha desempeñado la psicología en la respuesta a las preguntas sobre terrorismo. Bombardeados con las mismas preguntas una y otra vez, los psicólogos y psiquiatras distaron de reconocer su fracaso y ofrecieron referencias vagas a rasgos de personalidad de los terroristas, oscuros procesos psicológicos y alusiones no menos

imprecisas a procesos sociales muy amplios que no podían resultar más vagas. Sólo unos pocos académicos más veteranos estaban dispuestos a reconocer el hecho incontrovertible de que, parafraseando la célebre frase de Jerrold Prost[25], todavía somos «primitivos» en nuestra comprensión de la psicología del terrorismo.

Uno de los puntos de partida básicos para el análisis que se desarrolla más adelante en este libro es que toda forma de conducta se produce dentro de un contexto sociopolítico. Dentro de este planteamiento, la conducta terrorista (al igual que la criminal) se compone de actividades que tienen lugar dentro de un contexto que la origina, la sostiene, la dirige y la controla, de la misma forma que sucede con cualquier otro tipo de comportamiento. Nunca se puede separar al terrorismo de la sociedad porque aparece arraigado en ella. Dado este hecho, su rectitud o su perversión con respecto a sus aspiraciones políticas, religiosas o ideológicas no son lo importante cuando tratamos de «comprender» el terrorismo. Esto puede parecer una cuestión de sentido común para un sociólogo, pero aun así hay que subrayarlo.

Para muchos, la aplicación de la psicología al

estudio del terrorismo debería servir para determinar el perfil personal de los terroristas igual que en las obras de ficción en que, armado de unas dotes de tipo casi parapsicológico, el psicólogo ofrece a la policía un retrato de la mente del terrorista basándose en una interpretación de exactitud mágica de las pruebas de la escena del atentado y en declaraciones de los parientes o amigos del sospechoso. Por muy poco serio que parezca esto, veremos en el capítulo tercero que muchos perfiles psicológicos de terroristas se fundamentan en procedimientos tan discutibles como éste o más. En cualquier caso, la mayoría de «perfiles» (palabra que ponemos entre comillas debido a la disparidad de significados que se le atribuyen en el mundo académico y en el de las fuerzas de seguridad) suelen conducir al análisis de la personalidad individual de terroristas. Esta opción ha sido atractiva para los investigadores durante treinta años, y resulta fácil comprender por qué. Después de todo, cuando nos encontramos ante los resultados inmediatos de un atentado tendemos, seamos psicólogos o no, a fijarnos en el drama causado por la violencia extrema, y ello nos conduce a explicar la conducta de los terroristas en función de su personalidad. Incluso en ese nivel, normalmente

asistimos a relatos asépticos de la destrucción física debida al terrorismo; si asistiésemos en persona al estallido de una bomba, debería perdonársenos que pensáramos que el responsable de lo sucedido es «anormal» en algún sentido. A su vez, esto sugiere, lógicamente, que el terrorista tal vez sea diferente del resto de la gente, y quizá resulte fácil de detectar entre la muchedumbre.

Por otro lado, podría parecer relevante centrar el estudio en los líderes terroristas. Después de todo, la actividad terrorista requiere la existencia de algún tipo de liderazgo, e incluso en grupos terroristas relativamente pequeños se da cierta diversificación de funciones, hasta el punto de que hay responsables de funciones de dirección. Estas son las personas que poseen medios para identificar a los reclutas con potencial y para detectar a quienes pueden encargarse de misiones suicidas. Al estudiar el desempeño de la cúpula directiva del IRA Provisional en Irlanda del Norte, se observa que ha permanecido casi intacta a pesar de la gran cantidad de miembros activos que han entrado y salido de la banda a lo largo de su historia. Parece razonable, pues, plantearse si estas personas poseen cualidades especiales de liderazgo.

Además, otra característica concreta del terrorismo relevante para la teoría psicológica es su innegable naturaleza de proceso de grupo. Podemos analizar qué dinámica de grupo unió a los terroristas del 11-S antes y durante el secuestro de los aviones. Se ha hablado mucho de que, como al parecer ha corroborado el propio Osama Bin Laden, no todos ellos eran conscientes de que iban a morir: así, tenemos que estudiar qué dinámica de grupo habría sido importante o necesaria para que el líder de la célula maximizase la cohesión psicológica y la solidaridad mutua cuando, durante los momentos de tensión a bordo de los aviones, sus subordinados perdiesen la concentración, la confianza en sí mismos o la fe en sus convicciones. Se ha apuntado que los rituales compartidos (por ejemplo, la oración u otra actividad rutinaria) pueden haber desempeñado un papel importante en la conducta colectiva de los secuestradores antes y durante los atentados. Datos de otros grupos terroristas sugieren que este tipo de actividades pueden estrechar la solidaridad con el grupo e impedir a sus miembros que consideren alternativas, en diferentes niveles y grados de participación en atentados y en el grupo terrorista en general.

Otra cuestión que podría estudiarse en relación con este tema es qué tipo de dinámica de grupo conduce a las personas a unirse a la organización terrorista, permanecer en ella y, tal vez (si aún viven), abandonarla; una perspectiva de mayor nivel comportaría un análisis de la organización en su conjunto: ¿qué sucede en toda la organización cuando la cúpula decreta un alto el fuego? Para desarrollar esta cuestión, no sería posible entender completamente la decisión del IRA Provisional de entregar parte de sus armas (una medida que plantea significativas dificultades organizativas) sin tener en cuenta el clima nacional e internacional que precedió al anuncio del Sinn Fein. Este anuncio no pareció deberse a problemas locales: para muchos no republicanos, la decisión era una prueba de que los acontecimientos internacionales no sólo habían eclipsado los fuertes sentimientos de orgullo y las exigencias políticas que caracterizaban al IRA Provisional antes de entregar las armas, sino que ilustraba que el Sinn Fein responde a la presión internacional.

Se plantean difíciles interrogantes en relación con la naturaleza del tema que debemos estudiar y qué nivel de análisis es el apropiado, pero también acerca

de cómo se deben responder estas preguntas. El tipo de terrorista o de campaña terrorista que creemos poder identificar puede determinar no sólo el nivel de análisis que hay que adoptar, sino también los métodos disponibles: por ejemplo, ¿cómo podemos recopilar datos válidos y fiables para llegar a comprender la psicología de un hombre-bomba? Se puede acudir a entrevistar a su familia, tratar de hacerse una idea de cómo era y buscar similitudes con otros casos mediante análisis comparativos. Pero surgen dificultades cuando tratamos de comprobar la fiabilidad de los datos recabados. En términos psicológicos básicos, pocas veces nos vemos a nosotros mismos como nos ven los demás y, por tanto, las fuentes secundarias (incluso los parientes) pueden no ofrecernos los datos que precisamos para dar forma a nuestras teorías. Se ha investigado en profundidad el pasado de Mohammed Atta, el líder aparente del equipo del 11-S. Se ha entrevistado a sus padres, de clase media, en Egipto, a sus compañeros de escuela y a sus conocidos, así como a quienes le dieron trabajo en Hamburgo. Ninguno de los entrevistados ha apuntado síntomas de depresión ni ninguna otra forma de psicopatología. Estos datos pueden utilizarse como apoyo para razonamientos

más amplios acerca de, por ejemplo, si los terroristas sufren necesariamente psicopatologías o no, pero existe una confusión de otro tipo a propósito de lo que puede deducirse de estas declaraciones y de qué tipo de datos pueden extraerse de ellas para construir algún modelo que caracterice la evolución del compromiso de Atta con el terrorismo político. Los datos procedentes de familias, enemigos, diarios y autobiografías son ejemplos evidentes de información pública. La información «privada» es más difícil de hallar, pero puede arrojar más luz sobre cualquier psicopatología relevante o útil en la que basar un análisis psicológico, a pesar de que sea una información obviamente incompleta. En un capítulo posterior regresaremos a esta inevitable limitación y ofreceremos algunas soluciones.

Métodos, fuentes, vías

Existe un problema más básico relacionado no sólo con cómo identificamos el terrorismo desde una perspectiva concreta, sino con cómo recopilamos los datos a partir de los que formular teorías. Este es un problema especial de los análisis psicológicos, ya

que el terrorismo no podría distar más de prestarse a la investigación con métodos tradicionales.

Durante algún tiempo, se han obtenido datos interesantes sobre la conducta de los terroristas a través de sus autobiografías[26]. Una de las más conocidas es la escrita por Michael Baumann[27], del Movimiento 2 de Junio alemán, una escisión de la Fracción del Ejército Rojo (el mismo movimiento del que era miembro Hans Joachin Klein). Sean MacStiofáin[28], antiguo Jefe de Estado del IRA Provisional, Maria Maguire[29], otra antigua militante del IRA Provisional, y Leila Khaled[30], de la Organización de Liberación de Palestina (OLP), escribieron algunos de los primeros volúmenes de «Memorias de un terrorista». Otros ejemplos más recientes procedentes de Irlanda son los libros de los agentes dobles del IRA Provisional Martin McGartland[31], Eamon Collins[32], Raymond Gilmour[33] y Sean O'Callaghan[34]; algunos de ellos han sido objeto de una breve e intensa atención por parte de los medios de comunicación. Uno de los escritos de terroristas que más se han citado es el de Carlos Marighella, *Pequeño manual de la guerrilla urbana*, que, como ha señalado Mallin[35], «sus

instrucciones [resultaron] válidas para guerrillas en cualquier ciudad del mundo» aunque originariamente fuese elaborado para terroristas brasileños.

Pluchinsky[36] fue uno de los primeros en identificar un recurso de similar importancia a través de «los comunicados [terroristas] emitidos para reivindicar la responsabilidad por un atentado concreto, para pronunciamientos estratégicos y para circulares internas», pero Rapoport[37] señala que, por mucho que sorprenda, tradicionalmente estos materiales no han llamado demasiado la atención. Esto ha sido estudiado por Crenshaw[38], que, si bien corrobora el valor que Rapoport otorga a estas fuentes diciendo que sus análisis (especialmente los de autobiografías) «pueden revelar patrones en experiencias y antecedentes individuales», razona que el verdadero valor de este tipo de material no deja de ser cuestionable. El presidente del Sinn Fein, Gerry Adams, escribió en el prefacio de su autobiografía que «los participantes en cualquier conflicto no pueden contar toda la historia hasta algún tiempo después de que dicho conflicto quede totalmente resuelto»[39]. De hecho, Adams fue muy criticado en los medios de comunicación irlandeses por haber escrito poco más que un libro

propagandístico a favor del IRA Provisional y el Sinn Fein. El historiador y comentarista político irlandés Fintan O'Toole[40], en una reseña del libro de Adams, lo describe como «un intento deliberado de mezclar realidad y ficción; sólo pueden encontrarse hechos en medio de una red de invenciones». Otro crítico escribió: «el IRA domina la vida de Adams, pero no averiguamos nada sobre sus tratos con ellos»[41].

Estos comentarios ponen en tela de juicio la utilidad de este tipo de fuentes, pero, en cualquier caso, los libros de este tipo continúan siendo una fuente limitada de información porque son pocos quienes se prestan a este tipo de actividades. Muchos (incluidos O'Callaghan, McGartland, Gilmour y Baumann) continúan en la clandestinidad para evitar la venganza de sus antiguos camaradas o su captura por las fuerzas de seguridad. Eamon Collins, cuyas memorias recibieron mucha publicidad, alcanzó la celebridad por sus declaraciones como «disidente» del IRA Provisional en la prensa, la radio y la televisión. Collins fue asesinado en febrero de 1999 por sus antiguos compañeros del IRA Provisional del sur de Armagh; la organización ya había reconocido haber tratado de darle muerte una vez anterior.

No obstante, abundan los casos de militantes que no se acogen a la seguridad de no llamar la atención; es posible que, para muchos exterroristas, hacerse publicidad sea una estrategia para protegerse contra el peligro. Se dice que Ali Nejad, el único terrorista superviviente del famoso asedio de la embajada de Irán en Londres en 1980, ha «asesorado» con regularidad a especialistas en lucha antiterrorista desde su celda en la cárcel[42]. Muchos otros antiguos terroristas que no cumplen sentencias en prisión, sin embargo, no parecen sentir el temor que explica Kellen e intervienen como oradores o participantes en conferencias sobre terrorismo y violencia política. Como hizo Collins antes de su asesinato, el ex IRA Sean O'Callaghan habla con frecuencia con periodistas de prensa y televisión. En cualquier caso, la verdadera relevancia de las autobiografías de terroristas no ha sido descubierta por los investigadores del ámbito de la psicología. Buscar algún tipo de «verdad» o validez en los hechos que relatan es mucho menos importante que la prometedora posibilidad sugerida por Crenshaw: identificar puntos y estructuras en común en los relatos.

Investigación primaria

Un último problema que debemos identificar en este punto es el de la escasez de investigación primaria, de primera mano, sobre terrorismo. Dado el atractivo del material de dominio público con el que se puede estudiar el terrorismo, como ha advertido Crenshaw[43], existe una preocupante tendencia a dar preeminencia al «método favorito» de los sociólogos, cuando un programa de investigación sistemático debería identificar antes el «*puzzle*»[44]. Éste ha sido uno de los problemas más importantes que han arrastrado los enfoques psicológicos para comprender por qué ciertas personas se convierten en terroristas. Las pocas teorías psicológicas existentes sobre terrorismo se basan con frecuencia en datos que no son válidos, verificables ni fiables, a menudo debido a la falta de esfuerzo por implicarse personalmente en estudios de campo.

Sólo un pequeño número de especialistas en ciencias sociales, entre ellos psicólogos, ha realizado investigación primaria para recopilar datos fiables sobre terroristas encarcelados y/o en activo (o de los que se sospecha que lo están). Ello se debe a numerosos motivos, algunos de los cuales parecerán

obvios. Por ejemplo, aparte de la aparente imposibilidad de acceder a organizaciones terroristas, los investigadores reciben muy poca información sensible procedente de fuentes oficiales. Los gobiernos y sus servicios de inteligencia no permiten acceder a sus archivos ni a información relacionada con personas cuyas actividades les hayan llevado a circunstancias punibles legalmente[45]. Así, la fiabilidad de la poca información que ponen a disposición del estudioso es altamente cuestionable.

Otros motivos para la inexistencia de investigación sistemática por parte de psicólogos y otros científicos es la ausencia de estudios de campo. Para realizarlos hay que hablar con terroristas, y sólo de forma reciente han comenzado los investigadores a explorar esta posibilidad de forma sistemática. En honor a la verdad, con independencia de la disponibilidad y accesibilidad de material —incluidos los mejores recursos cuantitativos del dominio público—, y quizá con independencia también de los datos reales de inteligencia que puedan ponerse a disposición del investigador del terrorismo, es inevitable que, para poder estudiar bien el terrorismo y los terroristas desde un punto de vista criminológico y psicológico, haya que reunirse y

hablar con personas que sean o hayan sido miembros de una organización terrorista. Por desgracia, la investigación que sigue este camino continúa siendo extremadamente limitada. No es difícil comprender la reticencia de un académico a penetrar en una área de investigación que presente peligros reales para su persona, pero es crucial recopilar datos con este método. White[46] ha elaborado una lista de investigadores que lo han hecho:

> Los trabajos sobre los republicanos irlandeses de J. Bowyer Bell (por ejemplo, en 1979 y 1993), Frank Burton (1978) y Jeffrey Sluka (1989), o los elaborados sobre paramilitares protestantes por Steve Bruce (1992) y Sarah Nelson (1982). El trabajo sobre la violencia en Italia de Donatella Della Porta (1992; 1995) […] Cada uno de estos autores entrevistó a activistas violentos en activo o retirados.

Ausentes de esta lista están el trabajo sobre los «líderes» y los «seguidores» de las Brigadas Rojas italianas efectuado por Jamieson[47] y la

investigación de Taylor[48] sobre organizaciones terroristas unionistas de Irlanda del Norte, grupos fundamentalistas islámicos en Oriente Medio y movimientos terroristas italianos. Taylor es el único psicólogo de este grupo, en el que figuran politólogos, sociólogos especializados en política, un periodista y un antropólogo. Sin embargo, White tiene razón en una cosa: estas entrevistas pueden reportar unas ventajas potencialmente enormes. Además, y en apoyo de otra afirmación de White, ello no equivale a sugerir que estos investigadores se involucren en actividades terroristas en el curso de su trabajo; esto excedería claramente los límites de las restricciones morales, éticas y legales que se aplican a la investigación. Puede parecer redundante argumentarlo, pero el propio White[49] describió que el respetado académico Joe Bowyer-Bell se encontraba presente mientras la organización del IRA Provisional preparaba bombas. Estas actividades ponen en cuestión el código ético y moral de quienes entran en tratos con terroristas. Bowyer-Bell podría ser sospechoso de expresar al IRA Provisional directa o indirectamente que está de acuerdo con sus actividades, y también podría argumentarse que no está siendo sincero en su objetividad implícita.

Según Alex Schmid[50], las universidades deberían «ofrecer un foro intelectual en el que los investigadores puedan estudiar el terrorismo sin ser sospechosos de simpatizar con él». Esta afirmación pone de relieve algunas de las cuestiones a las que se enfrentan los académicos que participan (o desean participar) en la investigación sobre terrorismo. Kellen[51] destaca que, para alcanzar una comprensión plena de los terroristas y sus actos, puede ser necesario escuchar qué dicen «por criminales o absurdas que parezcan [sus motivaciones]». Si como dice Kellen, que es psiquiatra, inspeccionásemos los comunicados terroristas con el mismo cuidado que escuchan los profesionales de la salud mental a sus clientes, las ventajas serían obvias. Kellen señala diversas razones para explicar esta reticencia «a escuchar». Una es la creencia de que se puede hacer poco para resolver el problema del terrorismo a menos que se esté en posición de detener los atentados con medidas antiterroristas. Kellen también sugiere que los académicos tienen miedo de parecer «demasiado objetivos» con respecto a un tema que posee tanta carga emocional y psicológica: después de todo, ¿por qué no limitarse a condenar a los terroristas?

Lacqueur[52] ofrece una perspectiva mucho más crítica en su conjunto sobre los investigadores académicos sobre terrorismo, después de describir en una ocasión a los psiquiatras, entre otros especialistas, como «casi los mejores amigos» del terrorista: «los hombres y mujeres de bien [que] creen conocer mejor que los demás los misterios del alma humana y que poseen la compasión necesaria para comprender los sentimientos de "hombres desesperados"». Yendo más allá de las comprensivas explicaciones que ofrece Kellen para la reticencia a estudiar a los terroristas, existe otra posibilidad bastante obvia: las organizaciones terroristas no sólo son ilegales y evidentemente peligrosas, sino que también son clandestinas y protegen sus secretos.

Los terroristas reconocen la utilidad del trabajo académico en un sentido que dice mucho sobre el nivel de sofisticación que puede llegar a alcanzar la organización de sus bandas. El IRA Oficial, una escisión del IRA de finales de los años sesenta y principios de los setenta (y que, en su mayor parte, se desvaneció durante los ochenta) produjo uno de los manuales de entrenamiento más sofisticados jamás elaborado por un movimiento terrorista. Titulado *A Reporter's Guide to Ireland*[53] (Guía de

Irlanda para periodistas), ordenaba en su sección inicial a los oficiales regionales de inteligencia que leyesen, entre otros libros, los del profesor Richard Clutterbuck:

> Aunque es cierto que ha habido ciertas mejoras en la situación general del departamento, todavía no se ha explotado todo el potencial de información del movimiento, sus simpatizantes y sus contactos. Todo oficial de inteligencia de mando tendrá que constatar la necesidad de conocer la identidad y el oficio de cada uno de sus miembros (y de sus reclutas potenciales) para que se pueda aplicar un enfoque más científico para cubrir nuestras necesidades; también tendrán la obligación de estudiar el trabajo de los nuevos estrategas contrarrevolucionarios, como Clutterbuck, Carver y Kitson, para mencionar sólo algunos.

Richard Clutterbuck, a quien el director de inteligencia del IRA Oficial se refiere como un estratega contrarrevolucionario, fue durante muchos años para la mayoría de los estudiosos del terrorismo

un respetado y prolífico autor e investigador de actividades terroristas. De forma similar, en la página 21 del *Libro Verde* del IRA Provisional (su manual interno de entrenamiento y «guía» general para los «voluntarios» o miembros de la organización)[54] se recomienda leer la obra de Bowyer-Bell[55], *The Secret Army*, a los reclutas para que se hagan un «marco de referencia» (página 11) acerca de la historia de los republicanos irlandeses.

No existen procedimientos convencionales para efectuar entrevistas con terroristas[56]. Los informes de los pocos académicos que se han aventurado en esta línea de investigación varían de forma considerable. Mallín (citado en Heskin[57]), que entrevistó a algunos reclutas nuevos del IRA Provisional durante los años setenta, aseguró que las entrevistas eran «casi inexistentes», mientras que Taylor y Quayle[58] afirman, sorprendentemente, que tal actividad es «en términos generales, no demasiado difícil». Bowyer-Bell[59], aunque la cúpula del IRA Provisional y concedió acceso a miembros de la organización (con el objeto de escribir la «historia» del movimiento), declara que «el acceso es más fácil de lo que muchos suponen». No obstante, aparte del

optimismo de estos autores, existe un consenso de que las entrevistas son bastante escasas y que, en la mayoría de ocasiones, los elementos que facilitan el acceso a estas entrevistas son «no convencionales», como contactos personales. Un breve vistazo de la página de agradecimientos de cualquier trabajo sobre terrorismo revela la calidad y cantidad de los contactos de su autor, probablemente en las áreas del gobierno, servicios de seguridad, periodismo, mundo académico y —no menos importante— miembros de diferentes organizaciones paramilitares[60].

Es altamente improbable que un investigador académico del terrorismo conozca ya a miembros de una organización paramilitar cuando toma la decisión de prescindir de la seguridad de su despacho para estudiar a los terroristas en su campo. Ello, por supuesto, si el investigador no procede de una zona como el oeste de Belfast u otra área geográfica en la que resulte difícil evitar un conocimiento siquiera rudimentario de las figuras paramilitares, aunque sea solamente a través de las habladurías y los medios de comunicación. La *Guía de Irlanda para periodistas* del IRA Oficial tiene mucha credibilidad, lo que nos recuerda que «incluso los rumores se basan de alguna forma en hechos» (quizás en unas situaciones

más que en otras). No obstante, si damos esto por sentado y, por el momento, nos fijamos en los investigadores separados claramente del campo, lo primero que debe decirse es que hay diversas formas de establecer contactos y «gente a la que acudir». Por supuesto, esto pone de relieve el importante papel de la fortuna, pero en cualquier caso abordar formalmente a una organización no es tan difícil como pueda parecer en un principio; en este punto, al menos, se puede estar de acuerdo con Bowyer-Bell. Las limitadas experiencias de psicólogos y otras «personas de bien» académicas han demostrado que, con movimientos terroristas de Irlanda del Norte como el IRA Provisional y la unionista UDA (Ulster Defence Association, Asociación para la Defensa del Ulster), se pueden establecer contactos y que la gente tiende a cooperar. Sin embargo, a la luz de los encuentros de Taylor y Quayle[61], esto sólo es posible «en tanto que uno tenga la capacidad de cumplir sus objetivos de lograr una audiencia y una publicidad más amplias». Al tratar de explicar su propio éxito en el acceso a miembros del IRA Provisional, Joe Bowyer-Bell[62] escribe:

A todo el mundo le gusta hablar de sí mismo,

> y a nadie más que a quienes han sido salvados. Hablar es mucho más fácil cuando la llegada de uno aporta seriedad a la lucha armada local […] La investigación basada en el acceso —logrado gracias a una interminable vigilia en un hotel casi desierto situado en un lugar remoto y recóndito— suele garantizar que los ortodoxos supondrán que el investigador simpatiza con la rebelión.

Si nos centramos en el IRA Provisional, basta pensar un poco para aclarar cuáles son los medios. Por una parte, se pueden solicitar por escrito entrevistas con, por ejemplo, miembros paramilitares que cumplan condenas de prisión a través de grupos de apoyo a los presos. También se puede escribir directamente al preso en cuestión. Si la respuesta es afirmativa, el entrevistador puede recibir permiso para acudir en horas de visita a internos. El resultado de esta táctica difiere claramente en distintos contextos. En Irlanda del Norte, donde los prisioneros tradicionalmente han expresado un gran desprecio por las autoridades penitenciarias, sería imprudente y quizá fútil que el investigador tratase de convenir una entrevista a través de los canales institucionales. Sin

embargo, en otras situaciones como, por ejemplo, un terrorista que pueda encontrarse aislado en un país extranjero (como los extremistas islámicos encarcelados en prisiones británicas), puede ser imprescindible una cooperación total entre el investigador y las autoridades para obtener el acceso. En este último caso, el terrorista aislado carece de la red de apoyo con la que cuentan dentro de la prisión otros terroristas encarcelados, como sucede con los paramilitares de Irlanda del Norte. Por lo tanto, los esfuerzos prácticos invertidos en redactar con sumo cuidado cartas que expliquen los antecedentes, motivos e intenciones del investigador pueden valer mucho la pena cuando se trate de comunicar tanto con prisioneros como con funcionarios, como lo demuestran ciertos casos.

Si, por otro lado, se conciertan entrevistas a través de una autoridad superior «legítima» perteneciente al propio grupo terrorista, quizás a través del brazo político del movimiento, existe, en una mayoría de los casos una secuencia de procedimientos a seguir[63]. Esto se debe a que las organizaciones como el Sinn Fein y el IRA Provisional reciben peticiones continuamente de periodistas y escritores que desean entrevistarse en

privado con figuras políticas o con terroristas, tanto en activo como encarcelados. Tal vez sea imprescindible adelantar la lista de preguntas que se desean hacer durante la entrevista. Por supuesto, ello implica cierta familiaridad con el entrevistado potencial, aunque sólo sea a través de información publicada en los medios; en otras palabras, el investigador ya habrá identificado a un individuo concreto que cree que será importante para su trabajo. Aunque todo esto no es indispensable, por supuesto, para los investigadores que, en lugar de proponerse acceder a personas conocidas, no busquen más que «una entrevista o unos comentarios». De la misma forma, es posible dirigirse al brazo político de un grupo terrorista y solicitar hablar con, por ejemplo, «republicanos» para obtener ciertas respuestas a una cuestión de investigación concreta, que podría incluir por qué la gente se ha unido al movimiento republicano (como ha hecho Bowyer-Bell en su trabajo), actitudes con respecto a la delincuencia, las drogas u otros problemas sociales, etcétera. Volveremos en mayor detalle sobre este tema, pero por el momento es importante poner elénfasis en que existen diversos métodos para contactar.

En una línea similar, el periódico republicano *An Phoblacht* publica una lista semanal de las conmemoraciones y reuniones que se avecinan. No hay casi ninguna conmemoración en la República de Irlanda a la que deje de asistir un buen número de antiguos activistas del IRA Provisional, junto con algunos sospechosos de formar parte de la organización en el presente. Asistir a ellas como un mero «espectador inocente» puede tener ventajas para un investigador debutante[64]. Puede presentarse a un posible entrevistado en un entorno que no es hostil y, si la respuesta es afirmativa, el investigador tiene mucho que ganar, dada la cantidad de personas presentes y la familiaridad que hay entre ellas.

Otro método consiste en abordar informalmente a individuos que hayan militado en el pasado en un movimiento concreto y ya no lo hagan: por supuesto, hace falta cierta proximidad, aunque sólo sea a través de un intermediario. En esta situación hay dos grandes tipos de entrevistados potenciales: el terrorista retirado que ha renunciado a su militancia (Sean O'Callaghan y, antes de su muerte, Eamon Collins serían dos buenos ejemplos muy solicitados para entrevistas) y el terrorista retirado que no ha

renunciado a su implicación. Aquí llegamos a un punto que evidentemente causará preocupación a quienes crean (investigadores incluidos) que nadie «abandona de verdad» sus vínculos con la organización[65]. Las entrevistas directas parecen apuntar que no hay que temer si el investigador tiene preferencia por hablar con personas que ya no estén involucradas en el terrorismo (*ibid*.). El presente autor hizo esta pregunta a uno de sus primeros entrevistados (a principios de 1996), un miembro del IRA Provisional entonces encarcelado, y obtuvo esta enfática respuesta:

> Nunca he visto a nadie, ni durante mi tiempo en el IRA ni después, coaccionado para que no se fuera. Le daré un ejemplo. Una vez **** estaba escapando en **** y se cruzó con un viejo amigo suyo de la cárcel que había abandonado la organización, y **** le llamó por su nombre de presidiario y [le pidió] si le podía ayudar. Si hubiera dicho que no, no habría habido problema, pero si se hubiera ido corriendo a llamar a los ingleses, bueno, eso habría sido distinto.

Un republicano entrevistado por Coogan[66] añade: «Sí, por supuesto, cualquier voluntario puede marcharse cuando quiera. Naturalmente, se espera que no hable».

Para un observador distante, y aún más en el contexto de los conflictos etniconacionalistas, puede otorgarse como mínimo cierta relevancia a la cuestión de la nacionalidad, pero en general parece que no es éste un factor crucial de cara a obtener una entrevista con (antiguos) paramilitares o con sus numerosos simpatizantes. En la mañana siguiente al Domingo Sangriento de 1972, el periodista de la BBC Peter Taylor cruzó a pie la zona católica de Derry con su equipo de cámara en busca de reacciones a la violencia del día anterior. «Para mi sorpresa, me invitaron a una taza de té», explicó luego Taylor[67]. Lo mismo dicen las personas de distintas nacionalidades que han entrevistado a gente de todos los bandos del conflicto de Irlanda del Norte desde hace años. En palabras de un antiguo miembro del IRA Provisional entrevistado por este autor en febrero de 1996, «le recibirán con los brazos abiertos […] ellos quieren decir cómo viven las cosas». Existe cierta base para decir que «los de fuera» pueden ser mejor recibidos que «los de allí»; es de suponer que

los investigadores irlandeses sean más sospechosos que los estadounidenses, franceses o españoles, que acuden a Irlanda del Norte (o a la República de Irlanda) para comprender el «problema». Como describe de forma más general Lee[68], a los investigadores que realizan trabajo de campo peligroso «suelen preguntarles con qué bando del conflicto simpatizan». Lee añade:

> Especialmente cuando provienen de fuera, los investigadores a menudo contestan proclamándose neutrales y explicando que están presentes como observadores objetivos y no como participantes [...] Probablemente la neutralidad total sea imposible. Es improbable que todos los bandos del conflicto despierten las simpatías de uno en igual medida. Sin embargo, declararse neutral puede resultar más difícil en ciertos tipos de situaciones que en otros.

A menos que el investigador consiga una entrevista con el nivel más alto de una organización paramilitar como el IRA Provisional, si aborda directamente a un entrevistado potencial que esté

dispuesto a acceder éste pedirá antes permiso (si todavía es un miembro en activo) y/o consejo a una instancia más alta de la organización[69]. Excepto en el caso de los grupos más pequeños, la mayoría cuentan con un escalafón; en algunos casos, como los de ETA y el IRA Provisional, existe una estructura jerárquica muy elaborada parecida a la de una gran empresa. Si la entrevista no ha sido aprobada o concertada para el investigador por parte de una «instancia más alta», se seguirán sencillamente los procedimientos internos de seguridad en los que se instruye a los terroristas tras su reclutamiento[70]. En gran parte, esto dependerá de factores como si se considera al investigador familiar o digno de confianza; es cuestión de sentido común que, si el investigador despierta desconfianza o desagrado por algún motivo en el entrevistado, un sencillo «no» basta para detener las cosas. Por muchos motivos, resulta fácil entender por qué estas organizaciones en general prefieren tratar con unos pocos periodistas muy determinados que a lo largo del tiempo se hayan hecho familiares y merecedores de confianza.

Resulta difícil formular conclusiones o falsar hipótesis en la literatura que pueda salir de algunos de los problemas metodológicos aquí descritos,

aunque sólo sea por el sencillo motivo de que no se haya tratado de identificar temas ni experiencias comunes entre los distintos estudiosos del terrorismo, en especial los que han optado por una perspectiva tan directa. Lo que refleja otro gran vacío que queda por llenar en nuestros análisis, aunque todavía haya algunas vías por explorar. Es interesante que, dentro del reducido círculo de «forasteros» que pueden reunirse y hablar con paramilitares en Irlanda, se hable con frecuencia en privado sobre la «calidad» de los individuos con quienes se encuentra o se entrevista el investigador para escribir sus artículos o libros. En las organizaciones grandes hay una serie de funciones y puestos organizativos muy distintos que deben cubrirse, desde los simpatizantes y elementos periféricos, e incluso los amigos de estas personas, hasta la cúpula directiva. Obviamente, el número de personas con acceso a los miembros de la cúpula será extremadamente reducido, sean periodistas veteranos y respetados o no. Bowyer-Bell recibió permiso de la cúpula del IRA Provisional para escribir su libro sobre la historia del movimiento. Los líderes del IRA Provisional le facilitaron acceso a ciertas personas dado que, desde su perspectiva, una historia de la organización debería describirlas de la

mejor forma posible. No obstante, hay que subrayar que ello no significa que hablar con miembros de posición jerárquica muy inferior no reporte beneficios, especialmente de cara a análisis psicológicos del terrorismo. Aunque un activista del IRA Provisional (es decir, el que aprieta el gatillo o coloca la bomba) desconozca la estrategia global que sigue su organización por orden de la cúpula directiva, lo que nos interesa es a menudo conocer las acciones y la participación individuales, así como las decisiones que toma un militante antes, durante y, posiblemente, después de su participación en actividades terroristas. Los comentarios de Crenshaw antes citados sobre la posibilidad de detectar patrones no deben tomarse a la ligera. Con todo, para los investigadores veteranos la «calidad» del individuo puede cambiar con la experiencia y la duración de su interacción con la organización, y el valor de esto puede llegar a ser altísimo porque puede resultar muy útil para acceder a miembros de todos los niveles posibles de la organización[71].

No se puede ignorar que estos asuntos suscitan importantes problemas éticos en esta línea de trabajo, ya que desempeñan un papel primordial en toda investigación que comporte hablar con personas

directamente responsables de lesiones y muertes. Recordando las palabras de Taylor y Quayle[72] sobre la posibilidad de que el investigador se sienta moralmente obligado a colaborar con las fuerzas de seguridad, es de sentido común dejar claro que ningún exterrorista (al menos, ninguno que no haya renunciado al contacto con sus excamaradas) colaborará con un investigador del que sospeche que colabora con las fuerzas de seguridad. Los graves riesgos de seguridad que ello plantea para cualquier organización resultan evidentes, y la seriedad que reviste esta cuestión ha quedado ilustrada anteriormente. Por lo tanto, para un especialista en ciencias sociales «solitario» es fundamental ganarse la confianza y mantenerla para asegurarse unas entrevistas fiables y válidas.

Esto implica que, probablemente será más prudente no tratar de discutir temas que puedan ser especialmente delicados o peligrosos. Entre ellos se encuentran los que, desde el punto de vista del grupo terrorista, puedan ofrecer datos de inteligencia útiles para las fuerzas de seguridad. No es responsabilidad del académico explorar líneas de interrogatorio que se desvíen de la materia de investigación en cuestión (si es que resultase

apropiado desviarse de ellas). En cualquier caso, es probable que para un investigador lo mejor sea evitar ponerse en una posición comprometida y, de esta forma, ahorrarse dilemas éticos y morales.

Además, para un investigador que trabaje con terroristas, como sería el caso de un periodista, sería una ingenuidad pensar que cualquier organización de este tipo desconozca, sean cuales sean sus capacidades (incluido el uso de los medios de comunicación), la existencia de problemas éticos y cláusulas de confidencialidad. El IRA Provisional es perfectamente consciente de que los periodistas trabajan con un código deontológico y un derecho de confidencialidad; no sería realista pensar que los grupos más complejos, como el IRA Provisional y ETA, desconocen la existencia de códigos similares en el contexto académico[73]. En caso de que una conversación derive hacia la revelación de información delicada, con los paramilitares siempre está implícita la amenaza del uso de la violencia, algo que ignorarán pocos entrevistadores que valoren su seguridad. De ello da fe el hecho de que el IRA Provisional asesinó a tiros a un antropólogo que trabajaba en Irlanda del Norte[74].

Todo miembro de una organización terrorista, tal

vez sobre todo las «caras aceptables» (es decir, las del brazo político) puede contemplar una entrevista como un momento oportuno para declarar los objetivos o justificaciones de su movimiento. Los medios de comunicación y el mundo académico son un verdadero balón de oxígeno publicitario para el terrorista. Por este motivo, es obvio que cualquier reunión de este tipo puede ser un arma de doble filo. En agosto de 1996 se produjo un buen ejemplo de ello en el contexto del periodismo, cuando el RUC detuvo dos coches que viajaban juntos en Annahilt, en el condado norirlandés de Down. En el primero de ellos se encontraba Alex Kerr, a quien la UVF (Ulster Volunteer Force, Fuerza de Voluntarios del Ulster) había amenazado de muerte a causa de una disputa interna unionista. En el segundo coche, que conducía George Milliken, socio y compañero de Kerr, había cuatro periodistas. Estos habían sido conducidos a una granja de Donaghcloney, también en el condado de Down, donde tomaron fotografías de nueve terroristas armados y encapuchados, uno de los cuales leyó un comunicado en el que se desafiaban las órdenes dictadas por la cúpula del grupo paramilitar relacionadas con la mencionada disputa[75].

A la luz de estos hechos, también es importante que, antes de que el investigador inicie una línea de trabajo que comporte entrevistas, desarrolle (a) las preguntas indicadas y (b) las técnicas de entrevista necesarias. Desde un punto de vista psicológico, Crenshaw[76] señala que aun en el caso de que se llegue a entrevistar a terroristas, no deja de ser improbable que puedan reconstruirse con precisión los motivos que le empujan a actuar. Si un estudio de este tipo va a rebasar lo que Crenshaw denomina «descripción», esta autora observa que «plantear las preguntas correctas es tan importante como hallar respuestas»[77]. En una línea similar, Ferracuti[78] insiste en que los materiales procedentes de entrevistas y autobiografías «se componen de [...] motivos reales [que] yacen ocultos bajo racionalizaciones y reinterpretaciones interesadas de la realidad». Taylor y Quayle reconocen este hecho con claridad en su desarrollo de una comprensión psicológica de los terroristas y subrayan la necesidad de que los entrevistadores puedan apartarse de lo que parezca propaganda para acercarse a «nociones de base psicológica[79]».

Por último, vale la pena señalar que, al investigar el terrorismo desde un enfoque psicológico (en el que

las entrevistas serán imprescindibles), la comunicación de los resultados debe realizarse con sumo cuidado. Como observa Crenshaw de forma implícita[80], adoptar este enfoque puede conducir al error de tratar de emitir un diagnóstico sobre los terroristas. Por supuesto, tampoco puede ignorarse el temor de los académicos de que sus hallazgos sean objeto de un mal uso, por lo que resulta especialmente necesaria una buena comunicación, no sólo entre disciplinas sino también entre el mundo académico y el de las fuerzas de seguridad[81]. Crenshaw[82] ha explicado que el Departamento de Estado de Estados Unidos reconoció que a los expertos en terrorismo «sólo se acude durante la gestión de las crisis. En otras palabras, las autoridades pueden negar que la teoría sea relevante, pero recurren a ella constantemente, y especialmente durante una crisis, cuando creen que han escapado a su influencia».

Conclusiones

La naturaleza, el avance y la dirección de la

investigación sobre terrorismo plantea problemas serios, pero los obstáculos no son insuperables por muy complejos que sean y muy desalentador que resulte la falta de progreso en ciertos frentes. Dicho esto, son éstos problemas que los estudiosos del terrorismo deben confrontar y superar para alcanzar un progreso teórico y un desarrollo conceptual que sean realistas. En concreto, para el psicólogo estos problemas tienen una importancia primordial, dada la relevancia de los aspectos psicológicos en la comprensión del terrorismo en general. El siguiente capítulo presenta una introducción a la investigación psicológica aplicada a terroristas, y en él podremos ver que los problemas conceptuales y metodológicos no sólo inciden en las preguntas que parecen guiar nuestras ideas sobre los terroristas, sino también en lo limitadas que pueden llegar a ser nuestras suposiciones en ausencia de un estudio del terrorismo desde diferentes perspectivas y niveles, incluso dentro de una misma disciplina.

3

Enfoques individuales

En octubre de 2002, murieron 202 personas a causa de las bombas que estallaron en dos populares bares de la isla indonesia de Bali. Amrozi bin Nurhasyim, un mecánico de cuarenta y un años que era miembro del movimiento afiliado a Al Qaeda, Jemmaah Islamiyah, fue el primero de los inculpados en ser condenado. Tras escuchar la sentencia dictada contra él, Amrozi se inclinó sobre su silla hacia la sala, alzó los pulgares en signo de aprobación, sonrió de oreja a oreja y alzó triunfante los puños. La prensa le dedicó el apodo de «el terrorista risueño». Algunas personas criticaron la arrogancia de Amrozi, mientras que otras se vieron incapaces de salir de su asombro y comprender su comportamiento. El general Made

Pastika, a la sazón jefe de policía de Bali, recuerda que no podía creer las primeras noticias que le llegaron del atentado: «Pensé que aquella gente debía de estar loca»[1]. Quienes planificaron y coordinaron el atentado con bomba siguen en libertad, y la imagen de Amrozi sonriendo en el juzgado de Bali continúa grabada en la mente de muchos.

Siempre que se trata de comprender un comportamiento inusual o extremo, resulta difícil reconocer que únicamente está a la vista el resultado de una larga serie de actividades y sucesos, todos ellos ligados de formas que sólo cobran sentido *a posteriori*. Aunque lo que aparece en televisión suelen ser relatos asépticos de los sucesos de violencia política, la cantidad de destrucción y la escala de sufrimiento humano que éstos provocan son los resultados del atentado que se dramatizan de tal forma que dejan en la mente del espectador una impresión duradera. Además, cuando pensamos en los responsables del atentado, todo este drama es a menudo determinante en nuestra percepción. En este punto, solemos caer en lo que los psicólogos denominan el error fundamental de atribución, un fenómeno cotidiano que, básicamente, es una forma

de comprender cómo en ocasiones tratamos de explicar la conducta de otra gente recurriendo a explicaciones disposicionales (es decir, su personalidad, «cómo son»), mientras que para explicar la nuestra recurriríamos a explicaciones situacionales (por ejemplo, me comporté de aquella forma por culpa de las compañías que tenía aquella noche).

Este sesgo puede afectar a nuestra comprensión del terrorista de diferentes modos. Si, por ejemplo, sólo nos fijamos en el resultado de los atentados terroristas, tendremos una visión distorsionada tanto sobre el terrorista como sobre el fenómeno del terrorismo. En este punto corremos el riesgo de contemplar de forma sutil e implícita (y, en contadas ocasiones, como hemos visto antes, explícita y no tan sutil) la conducta del terrorista como un comportamiento totalmente anormal. Lo que suele entenderse por anormalidad no refleja más que un juicio, aunque, en términos psicológicos, los comportamientos anormales suelen darse en presencia de alguna afección psicológica que, como mínimo, sugiere la existencia de un trastorno que afecta y debilita el bienestar del paciente. Al tratar de comprender los horribles actos del terrorismo y a

quienes los perpetran, las explicaciones basadas en la anormalidad de los terroristas suelen expresarse a través de frases como «deben de estar locos». La noción de que interviene alguna enfermedad resulta comprensible de forma intuitiva porque parece plausible, y nos permite sentirnos reconfortados y capaces de entender conductas extremas. Por supuesto, ello también dificulta decidir si debe considerarse o no al terrorista responsable de lo que ha hecho.

Para algunos analistas, la afirmación de que existe una personalidad terrorista determinada refleja este tipo de suposiciones. En concreto, refleja un debate que hoy probablemente tenga más interés histórico que relevancia propiamente dicha. Pero esto sólo es cierto en parte; la búsqueda de una personalidad terrorista caracterizó la investigación psicológica de finales de los años setenta y principios de los ochenta, mientras que, de forma más reciente, un debate productivo ha recomendado que no aceptemos sin más una generalización como resultado de unos pocos estudios realizados con escaso rigor sobre terroristas capturados. No obstante, la idea de que existe una personalidad terrorista resurgió con vigor renovado en las

publicaciones académicas en los meses posteriores al 11-S. Es desafortunado que estos enfoques desconozcan los esfuerzos previos y parezcan ignorar selectivamente la literatura anterior, un problema al que se ha hecho alusión en el capítulo anterior.

Se dan muchos intentos de denigrar a los terroristas y sus causas caracterizándolos expresamente como psicópatas (un adjetivo que suele causar los mismos efectos que el de «terrorista»). En los años setenta era popular la visión del terrorista como psicópata. En los años ochenta y noventa se descartó esta idea, pero se propusieron rasgos de personalidad más sutiles como posibles características del terrorista; en especial, el narcisismo y la paranoia. Pero dado el renacimiento del debate sobre la personalidad terrorista tras el 11-S y la intensificación de la Intifada palestina, es necesario analizar este tema para llegar a algunas conclusiones útiles sobre por qué persisten en la literatura estas caracterizaciones tan erróneas y mal informadas.

Terrorismo y psicopatía

Los psicólogos clínicos y forenses entran en contacto con regularidad con conductas psicopáticas en el curso de su ejercicio profesional. El psicópata es un individuo cuyo comportamiento se caracteriza por rasgos específicos que se han observado de forma consistente, y que pueden describirse, en general, como la ausencia de voluntad para ajustarse a las normas sociales o de convivencia. No todos los psicópatas adoptan conductas violentas, pero la violencia es un resultado frecuente de las tendencias agresivas del comportamiento psicopático. De cara a las analogías con el terrorismo, resultan de especial interés una falta de remordimientos o culpabilidad en el psicópata por sus actividades y una visión del mundo egocéntrica que excluye cualquier preocupación por el bienestar del prójimo.

Es fácil argumentar que la psicopatía puede ser una característica de la conducta terrorista. Después de todo, los terroristas causan a propósito destrucción, sufrimientos y muerte, y eso no es todo: en general, están dispuestos a asumir su responsabilidad por estas actividades con el razonamiento de que sus actos no sólo eran necesarios, sino también importantes y justificables, y que continuarán hasta que se atiendan las

demandas de su movimiento. La frecuente reinterpretación que los terroristas y sus acólitos políticos hacen del sufrimiento de sus víctimas provoca la furia y la victimización de quienes padecen la violencia terrorista. Gerry Adams, líder del Sinn Fein, dice reconocer el sufrimiento causado a los objetivos «no militares» de la violencia del IRA Provisional, pero explica que se trata de un efecto inevitable de la guerra que libran sus correligionarios. De esta forma se excluye toda responsabilidad personal, y la muerte de la víctima se presenta como el fruto de unos acontecimientos «desafortunados», pero ajenos (y la responsabilidad del asesinato de civiles por el IRA Provisional se atribuye directamente al gobierno británico). Estas palabras son difíciles de aceptar para los supervivientes, y esta falta de deseos por expresar culpabilidad empeora el trauma.

El sentido común podría llevarnos a hallar perfectamente razonable la idea de que quienes adoptan conductas terroristas (en cualquier nivel) evidencian algún tipo de trastorno psicológico, y muchos ejemplos de violencia terrorista parecen garantizar un diagnóstico psicológico de psicopatía cuando se examinan en detalle las características

cotidianas de la violencia terrorista. Carroll[2] describe la práctica de los «actos de castigo», asaltos contra quienes el IRA Provisional y su comunidad de simpatizantes consideran que mantienen un comportamiento «antisocial». Aunque el IRA Provisional haya comenzado recientemente a entregar las armas, un análisis cuidadoso revela que lo que está cambiando en Irlanda del Norte es el objetivo y el contexto de la violencia, y no los métodos tradicionales empleados por los terroristas. Carroll da el ejemplo de un muchacho de dieciséis años «atado cabeza abajo a una verja y apaleado hasta que le rompieron las piernas», al que ya habían «sujetado con una soga al cuello como si fuera un animal, para que no pudiera esquivar los golpes». Para explicar que los apaleamientos de castigo suelen ser más dolorosos que los disparos de arma de fuego, ya que las heridas tardan mucho más en curarse, Carroll describe a los atacantes como «psicópatas». En otro incidente, un adolescente de Belfast llamado Martin Doherty fue literalmente crucificado: en febrero de 1996, una banda de castigo del IRA Provisional le atravesó las manos y las rodillas con clavos de acero fijados a un poste. Para quienes no estén familiarizados con la escala y la brutalidad de la

violencia que continúa aquejando a Irlanda del Norte, y que ha aumentado desde las primeras treguas de 1994, puede resultar útil la descripción hecha por Anderson[3] de los ataques de castigo:

> Los pelotones han actuado con gran celo: han asesinado a decenas de personas y disparado tiros en las piernas a como mínimo otras 1.500. Ya no se contentan con palizas o disparos; han pasado a formas de crueldad más sofisticadas y han introducido todo un nuevo glosario de términos en la lengua de la calle. Están el 50-50 (se obliga a la víctima a tocarse los dedos de los pies mientras le disparan en la columna), el *breeze bloking* (destrozo sistemático de huesos a base de aplastar las articulaciones con losas o piedras) y el *six-pack* (disparos en la rodilla, el tobillo o el codo). Con la acumulación de experiencia, los pelotones aprenden a provocar el máximo dolor posible: las heridas pueden agravarse obligando a la víctima de un disparo a tenderse sobre un suelo de cemento, y la mejor forma de destrozar un codo es llevar la mano al hombro y disparar sobre la parte

exterior de la articulación.

A la vista de lo que estas actividades exigen a un miembro activo de la organización terrorista al que se encarguen estas funciones, Cooper[4] sugirió en uno de los primeros intentos de describir al terrorista desde una perspectiva psicológica que «el verdadero terrorista debe blindarse contra la compasión a través de una fe ferviente en su ideología o del abandono a una locura reconfortante». Cooper concluye que, en consecuencia, es inevitable que «el terrorista político necesite una conciencia totalmente aislada o un cierto distanciamiento de la realidad». Esta idea se ha reflejado en la literatura durante mucho tiempo. En 1981, en una reseña de distintas aproximaciones al terrorismo que pusieron el énfasis en la presencia de anormalidades psicológicas claras (específicamente, «que los trastornos mentales conducen al terrorismo»), Corrado[5] concluyó que la «psicopatía» era en aquel momento la característica que más se asociaba a los terroristas.

Sin embargo, por mucho que se haya sugerido lo contrario el argumento de la psicopatía tiene unas posibilidades muy limitadas. Existe poca base para razonar que pueda o deba considerarse psicópatas

por regla general a los terroristas de todos los contextos y orígenes. Para ilustrarlo, serán útiles algunos ejemplos de la realidad que vive el terrorista. Cooper[6] acertó con su afirmación de que «la vida del verdadero terrorista político es dura y solitaria». Sin entrar necesariamente en las motivaciones personales de los terroristas, es indiscutible que existen sufrimientos psicológicos en la vida personal y social de algunos terroristas, y de ello pueden dar fe muchos otros relatos de vidas de terroristas procedentes de diferentes contextos[7]. La pertenencia a una organización terrorista comporta la formación de unas relaciones duraderas que son importantes para facilitar un movimiento fluido hacia el compromiso más extremo con el grupo y sus ideales. En agosto de 1997, un miembro veterano del Sinn Fein y presunto líder del IRA Provisional, describió al detalle para el autor de este libro cómo su entrada en el IRA Provisional le afectó a él, a su familia y a sus camaradas republicanos:

> Fue [...] muy duro. Y aún lo es muchas veces. De hecho, tuve mucha suerte de que mi esposa compartiese mis convicciones [políticas], y de que ella entendiese la

> profundidad de mi compromiso sin saber qué estaba haciendo concretamente, ella tenía una idea de qué era, y por el hecho de que a ella la habían detenido y una vez la habían cacheado desnuda en comisaría, comprendía perfectamente las presiones que podía sufrir y que, para su propio bien, era mejor no saber, ¿sabe usted? Y [...] tengo mucha suerte en este sentido.

El egocentrismo patológico que suele darse en los psicópatas parece entrar en conflicto con algunos de los rasgos de carácter que buscan los líderes terroristas en sus reclutas: gran motivación, disciplina y capacidad para manejarse y mantenerse concentrado en situaciones de estrés, posible captura y encarcelamiento. En un estudio de terroristas unionistas de Irlanda del Norte, Taylor y Quayle[8] escucharon la siguiente frase en boca de un líder terrorista: «Hay muy pocos que sean obviamente [...] cómo se llama [...] psicópatas [...] llaman muchísimo la atención y todo el mundo los identifica». Este comentario refleja una preocupación por parte de las organizaciones terroristas, y el sentimiento que yace implícito en él ha sido la base

de un razonamiento lógico que diversos autores han empleado para descartar la presencia de una psicopatología «obvia» en los terroristas. La pertenencia a una organización clandestina favorece capacidades como la de mantener la lealtad en situaciones de dificultad prolongadas y la de comprometerse totalmente con un movimiento y una causa ideológica. Recordemos algo importante que puede arrojar cierta luz sobre la dinámica de los terroristas: sus víctimas suelen ser accidentales y a menudo se eligen por motivos puramente simbólicos (por ejemplo, ciudadanos estadounidenses, pasajeros en un avión comercial «occidental»). La naturaleza de las víctimas del terrorismo guarda un significativo contraste con la forma como los asesinos psicópatas seleccionan a sus víctimas: en lugar de actuar dentro de un «contexto ideológico más amplio[9]» (como sucede en el caso de los terroristas), el asesino psicópata actúa por razones personales animadas y sostenidas por sus fantasías. Con frecuencia, los actos de un terrorista son independientes de sus víctimas; por ejemplo, cuando secuestra a la familia de un civil para que sea él quien coloque y active una bomba, el terrorista no tiene, como ha advertido Taylor[10], «ninguna experiencia personal directa de

los daños y mutilaciones que provoca».

Por supuesto, pocos terroristas logran el total aislamiento de los efectos de su violencia descrito por Cooper, al menos al principio de sus actividades. De forma similar, Cooper[11] ha razonado que «pocos terroristas parecen obtener una satisfacción real del dolor que provocan». Kellen[12] critica a los analistas en este sentido porque «nunca postulan que los terroristas sienten hacer lo que hacen. Pero algunos terroristas sienten culpabilidad, y tenemos pruebas de ello»[13]. La visión de los terroristas como personas necesariamente anormales en este aspecto ignora las situaciones en que los miembros de organizaciones se insensibilizan y adoptan un mayor compromiso a consecuencia de su pertenencia al grupo y de su creciente implicación psicológica en él, mientras que la responsabilidad individual por las actividades terroristas queda subsumida bajo un sentimiento compartido de identidad comunitaria, como veremos en el capítulo 5.

Heskin[14] sostiene que la idea de aplicar el concepto de psicopatía a la psicología terrorista pierde credibilidad a la vista de que resulta imposible distinguir racionalmente entre la conducta del terrorista y la de otros tipos de grupos centrados en

un conflicto. Dadas las razones por las que a veces se aplica peyorativamente el término «psicopática» a la violencia terrorista (especialmente en las respuestas políticas y la cobertura mediática de las atrocidades terroristas), este adjetivo (al igual que el de «terrorista») podría emplearse también a otros tipos de violencia, en particular a la que practican muchos soldados en la mayoría de las guerras. Pero en estos otros contextos, al igual que sucede con el uso inconsistente y eufemístico de las palabras «terrorismo» y «terrorista», se prefiere optar por una terminología totalmente distinta.

Otra incoherencia, de carácter un tanto diferente pero no menos reveladora de cierta tendencia que se produce en los análisis psicológicos del terrorismo, se encuentra en la imposibilidad de dictaminar de forma consistente qué merece denominarse como psicopatía cuando no se ha realizado ningún diagnóstico clínico. Por ejemplo, los argumentos de Konrad Kellen[15] de que Carlos «el Chacal» era un psicópata se basaban únicamente en «lo que dice él sobre sí mismo y sobre sus actos durante las entrevistas». Además, según Silke[16], el énfasis de Pearce en la psicopatía parece basarse en «fuentes secundarias tales como autobiografías, biografías y

entrevistas de terroristas. En un caso, Pearce realiza un diagnóstico de psicopatía basado principalmente en que un individuo lleva tatuajes en el torso». De esta forma, para concordar con el argumento esgrimido con frecuencia por los científicos de que ya se conoce la conducta terrorista en grado suficiente como para persistir en la ingenua expectativa de que existe una «personalidad terrorista» (o «fenotipo», en palabras de Paul Wilkinson), será comprensible que tratemos de explorar en mayor profundidad la base sobre la que se establecen tales afirmaciones, dada la naturaleza de las aseveraciones de Pearce y Kellen.

Tal vez si se diera la oportunidad de examinar a terroristas en un entorno clínico (y provisto de los rigores de un análisis y una investigación psicológica seria), aparecerían pruebas que vinculasen algunos de los que «llaman muchísimo la atención» con trastornos patológicos. Esto parece probable, dada la naturaleza de algunas actividades para cuya ejecución se ha demostrado que tiende a seleccionarse a personas con disposición violenta (por ejemplo, los ataques de castigo del IRA Provisional); las probabilidades aumentarían a causa del elevado número de personas que forman parte de

las mayores organizaciones. A pesar del «atractivo» de esta cuestión (y la sutileza con la que éste influye en las suposiciones comunes sobre aspectos de la literatura conductista, como quedará más claro a lo largo de las siguientes secciones), los movimientos terroristas no deberían verse ni como organizaciones de individuos necesariamente psicópatas por la brutalidad de su comportamiento, ni tampoco debe considerarse especialmente probable que recluten a gente con tendencias psicópatas.

¿Una personalidad terrorista?

Al igual que sucede con las conductas asociadas a la psicopatía, muchos investigadores han centrado sus esfuerzos en las similitudes entre la conducta terrorista y los rasgos predominantes en quienes pueden clasificarse dentro de una serie de tipos de personalidad, o caracterizarse por medio de una serie de rasgos determinados que, supuestamente, son similares hasta cierto punto dentro de distintos grupos terroristas. Existe un corpus concreto de investigación y se utiliza como base del argumento de que el terrorista es, como mínimo, «distinto»

psicológicamente del no terrorista. Los orígenes de esta visión, proceden de una gran escuela de la criminología del siglo XIX conocida como «positivismo», que, inicialmente, se propuso para rebatir la noción de que los criminales actúan por propia voluntad: la perspectiva de que los delincuentes están en posesión de sus facultades y deciden su propia conducta se asienta en un juicio racional sobre si los beneficios de la perpetración de delitos son suficiente compensación para las consecuencias del castigo que se pueda recibir. Por otra parte, el «positivismo» determinista sugiere que las influencias externas a la propia voluntad constituyen un enfoque más apropiado para contemplar al delincuente. Estas influencias se encontrarían, según los positivistas, en factores psicológicos, sociológicos, biológicos (personalidad, entorno y genética, respectivamente) o una combinación de ellos. Por supuesto, podría responderse que la mayoría de los enfoques psicológicos sobre el crimen y la criminalidad pueden considerarse de naturaleza positivista, y éste es ciertamente el caso en lo que respecta a la vasta mayoría de las contribuciones que ha hecho la psicología a la comprensión de quienes se involucran

en actividades terroristas. Aunque parte de esta forma concreta de investigación psicológica ha quedado anticuada (y de forma considerable, en muchos casos), el hecho de que continúe apareciendo como válida (tanto en su naturaleza como en sus resultados) y el de que sus conclusiones sean objeto de desarrollo en otros análisis parecidos de la literatura contemporánea hacen justificable que la estudiemos en cierto detalle para llegar a las conclusiones necesarias sobre su veracidad y su valía en conjunto.

En 1981 diversos investigadores realizaron el mayor estudio hasta la fecha sobre terroristas bajo los auspicios del Ministerio del Interior de la República Federal de Alemania, que encargó al equipo que examinase el caso de más de 227 terroristas germanos[17]. Entre ellos se identificó un primer tipo de líder terrorista de personalidad extremadamente extrovertida y caracterizada por una tendencia a una conducta «inestable, desinhibida, desconsiderada, egocéntrica y poco emotiva»[18]. El segundo tipo de líder terrorista, según el equipo de investigación, eran los neuróticamente hostiles que «rechazan las críticas y son intolerantes, suspicaces, agresivos y defensivos»[19]. Según el análisis que

Crenshaw[20] realiza de este trabajo:

> Bollinger […] miembro del equipo de investigación de la Alemania federal, también observó que algunos de los terroristas entrevistados sentían atracción por la violencia, algo que atribuyó a motivos agresivos inconscientes […] el grupo terrorista representa una salida para las tendencias agresivas que, con frecuencia, tienen su raíz en los conflictos de juventud con los padrastros. La atracción por la violencia también puede ser consecuencia de la identificación con los actos violentos de figuras paternas (una violencia que habían experimentado diversos individuos estudiados); es decir, una identificación con el agresor […] Jäger, por ejemplo, no detectó ningún patrón común en las actitudes respecto a la violencia, ni ambivalencia ni atracción […] algunos individuos expresaron que previamente habían sentido aversión por la agresión. Eran conscientes de la necesidad de justificar su conducta y tenían una sensación de limitación.

Toda investigación en la que los miembros de un mismo equipo den con resultados tan distintos tiene una especial importancia para un debate conceptual sobre la fiabilidad y la validez de los análisis, sobre todo en este caso, dadas las implicaciones que puede tener el papel de la heterogeneidad de los terroristas y del terrorismo. Por el momento, no obstante, esta falta de consenso entre investigadores es tanto más significativa cuanto que, a pesar de la disparidad de resultados, el análisis detallado de los diferentes casos reveló que «la vida comunitaria de la que [los terroristas de la República Federal de Alemania] emergieron era extraordinariamente homogénea»[21].

Para insistir en este mismo punto, las primeras observaciones de Sullwold (otro miembro del equipo de investigación) se asociaron a rasgos que ilustraban narcisismo, como desarrollaron posteriormente su colega Bollinger y, en los años ochenta y noventa, otros autores[22]. Crenshaw[23] revisa los resultados de este estudio alemán y afirma que ciertas deficiencias emocionales ciegan a los narcisistas ante las consecuencias negativas de sus actos. Según el análisis de Crenshaw de los resultados de la investigación, las tendencias narcisistas que se observaron «también poseen una

alta tolerancia al estrés»[24]. Post[25] también apoya las conclusiones de los científicos alemanes y razona que en general:

> el terrorismo atrae a individuos con disposiciones de personalidad concretas. Una característica común a muchos terroristas es la tendencia a externalizar, a buscar culpables externos para sus fallos personales […] Bollinger observó dinámicas de personalidad semejantes a las de casos límite de narcisismo. Le sorprendió especialmente la historia de traumas narcisistas que provocaban una autoestima deficiente y una mala integración de la personalidad. Los terroristas que entrevistó ostentaban un rasgo característico de los individuos con personalidades narcisistas e inadaptadas: la escisión. Descubrió que habían escindido de sí mismos las partes que valoraban negativamente y las proyectaban sobre la sociedad, que, de esta forma, pasaba a ser el blanco de sus agresiones violentas.

Por desgracia, problemas metodológicos restaron

fuerza a los resultados de la investigación original. No sólo sucedía que la mayoría de los terroristas no deseaban encontrarse con los investigadores (dado que el estudio había sido encargado por el estado), sino también que los científicos señalaron que carecieron de cooperación por parte de «las autoridades gubernamentales locales»[26]. Por si esto no fuera suficiente, Crenshaw recuerda que, de hecho, se estaba entrevistando a sospechosos de terrorismo que estaban «detenidos o en juicio, pero todavía no habían sido juzgados. Como a las entrevistas con los investigadores no se aplicaba el derecho de confidencialidad, éstos podrían haber sido citados a declarar para dar pruebas sobre los casos». Deberemos tener en cuenta lo que implican estos problemas cuando examinemos más adelante las tentativas de desarrollar las conclusiones de los primeros trabajos de este tipo.

Mientras tanto, en el contexto de Irlanda, Heskin[27] ha razonado que los terroristas podrían caracterizarse según una construcción de personalidad de un tipo distinto, y ha afirmado que los grupos centrados en un conflicto tienden a ser conservadores en su ideología y estructura organizativa (sea un cuerpo policial o una

organización terrorista) y son propensos a atraer a ciertos tipos de personas. Heskin se basa en que, según se ha demostrado, los individuos autoritarios suelen ser más agresivos que otros con los grupos externos, y ello, siempre según este investigador, puede ser de ayuda para comprender por qué ciertos tipos de personas sienten más atracción por el terrorismo que los demás. Heskin sugiere que el carácter autoritario es común entre los terroristas del IRA Provisional porque, según su opinión, puede ser razonable asumir que los irlandeses en general (tanto del norte como del sur) sean ligeramente más autoritarios de lo normal, dado el temperamento conservador político y religioso tradicional en la isla. Sin embargo, esta hipótesis de Heskin no ha sido corroborada por posteriores estudios empíricos[28].

En una reseña de 1992, Friedland[29] presentó una perspectiva general de explicaciones del terrorismo basadas en la personalidad y en la existencia de cierto grado de «anormalidad» en el terrorista:

> Estas explicaciones sostienen, por ejemplo, que la participación en el terrorismo puede atribuirse a los malos tratos infantiles. Gustav Morf, por otra parte, mantenía que el rechazo

> al padre y a sus valores desempeña un papel dominante en la formación de terroristas. Robert Frank observó que el terrorismo prevalece en las sociedades en las que abundan las fantasías sobre la pureza. Peter Berger atribuyó la conducta terrorista al sentimiento de realización y poder que las personas supuestamente extraen de una dedicación, compromiso y sacrificio absolutos, y de la imposición de sufrimiento y muerte.

Reich[30] también describe escritos reduccionistas similares, algunos de ellos de importancia histórica, como las teorías de Lombroso de que la deficiencia vitamínica (en particular, la pelagra) es la causa del «lanzamiento de bombas»; el psiquiatra David Hubbard, que apuntó la idea de que el funcionamiento defectuoso del oído puede ser común entre los terroristas; y, tal vez el más espectacular sea «Paul Mandel, un bioquímico […] que, tras estudiar los efectos inhibidores del ácido gamma-minobutírico (GABA) y la serotonina sobre la violencia en ratas, extrapoló sus hallazgos al terrorismo». Friedland[31] ofreció un resumen ideal de

estos enfoques:

> Estas teorías promueven la noción de que los terroristas políticos son psicológicamente anormales. En cuanto a soporte empírico, hasta la fecha no existen pruebas fidedignas de que los terroristas sean anormales, locos o encajen en un tipo de personalidad propio. La validez de dichas teorías puede cuestionarse tanto *a priori* como desde el punto de vista empírico. Algunas de ellas, por ejemplo la de Berger, siguen una lógica circular. Además, la mayoría de ellas se basan en una única proposición básica, lo que restringe su capacidad de predicción. Por ejemplo, muchos individuos rechazan los valores de sus padres a cierta edad, pero sólo una cantidad insignificante de ellos se vuelve terrorista.

En general, vistos en el contexto de un estudio científico de la conducta (lo que implica al menos cierto sentido del rigor), estos trabajos son excepcionalmente endebles en su intento de demostrar la presencia de anormalidades psicológicas en los terroristas. Dicho esto, hay que advertir que,

aunque estas perspectivas de limitaciones tan obvias puedan desecharse de entrada, en la literatura persisten tres caracterizaciones muy concretas del terrorista como un individuo psicológicamente «especial». Estas no han sido objeto de la misma reprobación que las más simplistas que acabamos de ver, pero existen muchos motivos para relegarlas a la misma papelera. Estas teorías hacen énfasis en los fenómenos de (a) frustración-agresión, (b) narcisismo (y narcisismo-agresión) y (c) influencias psicodinámicas.

La hipótesis de la frustración-agresión

Friedland, que deja clara su crítica hacia las posturas reduccionistas sobre las características psicológicas de los terroristas, perfila y examina factores que pretenden explicar, en primer lugar, qué condiciones dictan que un movimiento llegue a desear ejercer un cambio social; en segundo lugar, cómo y por qué estos movimientos recurren a la violencia, y en tercer lugar, por qué dicha violencia tiende a experimentar una escalada. Friedland caracteriza la entrada de grupos minoritarios en

conflictos sociopolíticos y su posterior recurso a la violencia (aunque no sea necesariamente debido al conflicto) a consecuencia de un estatus desfavorecido real o imaginario y una respuesta agresiva a la falta de solución de sus agravios. Este modelo ha disfrutado de popularidad en una forma u otra entre muchos comentaristas[32].

Según Tittmar[33], que presentó en 1992 un argumento muy contundente, el terrorismo puede explicarse por medio de una de las interpretaciones psicológicas de la agresión más populares: la hipótesis de la frustración-agresión (FAH, según sus siglas en inglés). La FAH, desarrollada originalmente por Berkowitz[34], describe la respuesta a la frustración o a la imposibilidad de culminar los objetivos personales o sociales de una persona. La respuesta a esta imposibilidad puede presentarse como una situación de «luchar o huir», una alternativa entre una reacción agresiva y defensiva o ninguna reacción en absoluto (es decir, huir física o psicológicamente o tratar de ignorar el problema o al menos intentar minimizar su importancia por medio de la denominada «disonancia», por ejemplo). Aunque Friedland[35] encuentra «muy atractivo» este tipo de explicación, puede criticarse de diversas formas.

Ferracuti[36] rebatió este modelo psicológico y otros derivados de la FAH[37] como explicaciones potenciales de la violencia terrorista y política con el argumento de que «traslada el problema desde el universo social al idiosincrático, y lidia de forma superficial con los motivos y contramotivos. Además, esta teoría es tautológica, al menos en parte, y no explica la conducta de los terroristas "arrepentidos" y de quienes, aunque sientan frustración, se abstienen de participar en actividades terroristas»[38].

La adaptación de la FAH a la comprensión del terrorismo (esencialmente, recordemos, una hipótesis utilizada para explicar la violencia individual) fue, al parecer, «obra de diversos autores con poca consideración aparente por las modificaciones que pudieran ser necesarias al pasar del plano individual al colectivo»[39]. Merari y Friedland[40] sostienen que aunque se hayan identificado «correlaciones con la desestabilización [social]», no puede avanzarse más por este camino para explicar el terrorismo, ya que «el proceso por el que la desestabilización genera terrorismo aún no ha sido determinado». Como observa también el propio Friedland, varios autores criticaron la aplicación de la FAH no sólo por ser una

hipótesis cuestionable en el contexto individual, sino por su «transferencia» al plano colectivo, también señalada por Ferracuti. Según Friedland, un científico concreto ha expresado que la persistencia de la popularidad de la FAH podría deberse a su simplicidad. Aunque sea inusual, Tittmar trató de demostrar que esta teoría podía aplicarse a las motivaciones de los terroristas basándose en la generalización del caso de un solo terrorista fracasado.

La FAH y sus derivados (por ejemplo, la hipótesis de la privación relativa, propuesta inicialmente por Gurr)[41] son y serán de utilidad muy limitada para explicar el terrorismo, tanto en el plano individual como en el colectivo. Incluso la tentativa del propio Friedland de debatir la FAH y las teorías de la privación relativa condujo forzosamente a volver al punto de partida: dada la supuesta influencia que las condiciones «frustrantes» dan a ciertos «miembros privilegiados de la sociedad» (la excepción a la regla de los «terroristas como ciudadanos desfavorecidos», como hemos visto antes), «¿por qué siguen siendo tan pocos los que se involucran en el terrorismo?»[42].

Kampf[43] ha ofrecido hipótesis similares que ponen el énfasis en el atractivo del terrorismo y la violencia extrema para los «intelectuales» y los «jóvenes acomodados» que sienten un «impulso» por cambiar su sociedad, basadas en las condiciones frustrantes de los ambientes sociales conflictivos que, siempre según Kampf, dan pie al terrorismo y al extremismo[44]. De nuevo, la explicación parece atractiva (al menos, en el contexto de las nociones revolucionarias y el fervor ideológico que se da en muchos grupos radicalizados), pero el enfoque de Kampf está muy mal integrado; es demasiado específico de ciertos contextos, y sus nociones sobre la atracción ideológica no contemplan el proceso de implicación de la forma que veremos como óptima en el capítulo 4: dentro de un cuadro de condiciones básicas que configuran el inicio y el mantenimiento de la militancia del terrorista.

En conclusión, ante tales discusiones e interpretaciones mal formuladas y de segunda mano sobre resultados escasamente fiables de estudios psicológicos de individuos terroristas, puede decirse que, en el análisis de por qué un grupo se vuelve terrorista (y por qué ciertas personas se unen al

grupo y, una vez dentro de él, practican violencia terrorista), una teoría como la FAH no constituye una explicación satisfactoria ni siquiera para una determinada proporción de los terroristas, concretamente los desposeídos (calificativo que podría describir el espíritu del resurgimiento del terrorismo en Irlanda del Norte a finales de los sesenta). Y no sólo eso; al estudiar las excepciones a esta norma, tales como los terroristas «acaudalados» —como, por ejemplo, los estudiantes de la Alemania Federal que militaron en la Fracción del Ejército Rojo — o los «intelectuales», llega un punto en el que no hay más remedio que recurrir a predisposiciones «internas», como se ha dicho implícitamente en la literatura. Por todo ello, un marco teórico de trabajo tan poco concluyente como éste no ofrece unas posibilidades precisamente optimistas para abordar el tema que nos ocupa. Además, aun en el caso de que las investigaciones mencionadas no pretendan generalizar a partir de conceptos psicológicos, queda claro que la investigación individual se lleva más allá de los límites de aplicación y que se cae en la trampa de la que advirtió Reich[45]. Los límites de aplicación de la teoría deben ser mucho más explícitos para obtener resultados satisfactorios y, además, las

discusiones secundarias y los intentos de alcanzar y extrapolar resultados a contextos más amplios no deben promoverse de forma poco crítica.

Narcisismo y narcisismo-agresión

A pesar de la antigüedad de un gran número de los estudios psicológicos sobre terrorismo más influyentes, como los antes descritos, ha habido intentos relativamente recientes de resucitar muchos de los conceptos que proponían para postular una personalidad terrorista. La idea del «narcisismo» como un elemento fundamental de las motivaciones terroristas ha gozado de popularidad desde que la propuso el estudio de la República Federal de Alemania ya mencionado[46]. Según Richard Pearlstein[47], un destacado impulsor contemporáneo de esta afirmación:

> El narcisismo puede considerarse como una serie de orientaciones psicoanalíticas, impulsos o patrones de conducta que están sujetos total o principalmente al interés por el

> ego, y no al interés por objetos. El narcisismo también puede verse como una forma de relacionarse el individuo con el mundo externo de los objetos centrada total o muy mayoritariamente en todo aquello que le proporcione suficiente satisfacción, reafirmación del ego o compensación [...] el narcisismo debe definirse como una «herramienta» intrapsíquica reguladora con la que el individuo protege lo propio contra los daños.

Pearlstein ve la teoría del narcisismo-agresión como una sucesora válida de la FAH y cita quince referencias en las que el narcisismo se emplea para explicar por qué la gente se implica en el terrorismo (página 28). Aunque varias de las citas de Pearlstein (por ejemplo, tres artículos de Post) no hagan más que reiterar trabajos anteriores de otros autores (es decir, las investigaciones de Jäger, Schmidtchen y Sullwold), Pearlstein se basa en datos que posteriormente reconoce que sólo contienen «someros indicios de tal interrelación»[48]. Además, en su análisis de los estudios que aparentemente indican la existencia de narcisismo, Pearlstein no hace

referencia a ninguno de los trabajos empíricos o de otros tipos que indican firmemente la ausencia de narcisismo (por ejemplo, ni siquiera cuando se determina clínicamente en una época muy anterior[49]), ni las críticas (conceptuales o de otro tipo) a los estudios que defienden la hipótesis del narcisismo[50]. Tampoco trata Pearlstein de abordar, por ejemplo, el hecho de que Post no pasó de sugerir que la conducta de los terroristas muestra «similitudes» con el narcisismo, y que no llegó a postular que fueran narcisistas. Pearlstein lo expresa con mayor claridad en sus propias conclusiones: «Los determinantes psicológicos o las fuentes del terrorismo político parecen hallarse en el denominado trauma narcisista y en la decepción narcisista»[51]; también asegura que «en el 90% de los estudios de terroristas políticos, la decepción narcisista desempeña un papel psicobiográfico crucial»[52]. En apoyo de ello, Pearlstein presenta un análisis de «nueve estudios del caso de individuos que tomaron la decisión de convertirse en terroristas políticos»[53]. Sin embargo, los problemas que acarrea el basarse en dichos estudios son obvios. Al emplear tan sólo unas cuantas fuentes seleccionadas en las que los

terroristas dan explicaciones de sus decisiones, resulta evidente la dificultad de dar por válida la interpretación de memorias autobiográficas. Acerca de una de ellas (en la que Susan Stern relata su entrada en el grupo terrorista estadounidense denominado Weathermen [los hombres del tiempo]), Pearlstein dice que la terrorista presenta «su vida personal y la naturaleza de su evolución psicológica y psicopolítica» y asegura que Stern «trata de unificar honestamente su vida personal y sus creencias políticas, y lo logra». Los demás casos citados por Pearlstein se basan en fuentes similares, como cartas de terroristas a jueces, informes gubernamentales, artículos periodísticos y otras fuentes secundarias y terciarias. Aunque Pearlstein argumente que su decisión de elegir nueve terroristas de distintos contextos y situaciones sirve para ilustrar la necesidad de reconocer esta heterogeneidad, hace oídos sordos al problema de aceptar sin sentido crítico los datos generados por terroristas a los que han prestado mucha atención diferentes autores y periodistas (en especial Carlos, Ulrike Meinhof —del grupo Baader-Meinhof— y el líder del Symbionese Liberation Army).

Relatos psicodinámicos

Aunque, como sostiene Taylor[54], las teorías psicodinámicas sobre la conducta humana parezcan tener más bien «un papel menguante en la psicología y, en términos generales, hayan sido reemplazadas por enfoques de orientación más empírica», no ha sido así en los análisis psicológicos sobre el terrorismo. La psicología psicodinámica, cuyos orígenes se remontan a la obra de Sigmund Freud, básicamente afirma que la conducta humana sufre una gran —si no total— influencia de diversos deseos latentes e inconscientes originados por conflictos de infancia no resueltos de carácter real o imaginario. En su reseña de 1988, Taylor criticó duramente diversas teorías de orientación psicodinámica que implícitamente constituyen explicaciones basadas en el complejo de Edipo o de Electra de los terroristas. De esta forma, dicho autor critica una perspectiva que ha sido durante mucho tiempo, y posiblemente lo es todavía, la más popular (en cuanto a número total de simpatizantes) para comprender la «personalidad terrorista»[55].

Kellen[56] fue una de las primeras voces que insistieron en aplicar la teoría psicodinámica y, al

examinar el caso del exterrorista de Alemania Occidental Hans-Joachim Klein, asegura:

> Sin que él lo supiera, luchaba contra la autoridad porque, de forma inconsciente, luchaba contra su padre. Klein lo odiaba conscientemente («nunca llamaría "padre" a ese hombre», dice), pero tal vez no tuviera conciencia de que su guerra contra el orden establecido y los defensores de éste pudiera ser una extensión de su lucha interna.

Para apoyar este argumento, Kellen señala el posterior desencanto y la renuncia de Klein a la brutalidad de la violencia del grupo, con su ulterior abandono de la banda. Kellen sostiene que Klein probablemente no sea un buen ejemplo de un «verdadero terrorista», haciéndose eco de la discusión anteriormente citada de Cooper sobre lo que «aparentemente» comporta el ser un «buen» terrorista (es decir, una dedicación inflexible a la destrucción «despiadada» y demás). Describe a Klein como alguien que no es «profundamente fanático en sentido político. Parece un hombre que siempre actuó por impulsos inconscientes de infligir daño y

destrucción al enemigo odiado; en su caso, personas del orden establecido, es decir "figuras paternas"»[57]. Kellen aplica el mismo razonamiento a Carlos «el Chacal», aunque de entrada admite que no es «obvio en las palabras [de Carlos]» que existan unos «impulsos parricidas inconscientes» similares a los que atribuye a Klein[58]. Al parecer, Carlos dijo que su padre era «cruel y poderoso».

Otros investigadores han añadido uno o más elementos de la teoría psicodinámica de otras formas[59], sutiles en algunos casos y no en otros. Pero otro factor que ha atraído a varios investigadores ha sido el proceso de «identificación» o «identidad» que se encuentra arraigado en la teoría psicodinámica, aunque con un énfasis mucho menor en las nociones más estrictamente freudianas. En la corriente principal de la psicología, Erik Erikson[60] ha formulado una teoría de la personalidad en la que la formación de una «identidad» (y, poco después, una identidad «negativa») es crucial para el desarrollo de la personalidad. Erikson postula que el desarrollo del niño se caracteriza por una serie de crisis que, para que la personalidad infantil quede totalmente integrada, deben superarse sucesivamente. Si estos conflictos de la infancia no se resuelven, según

Erikson, se manifestarán en una fase posterior de la vida en forma de problemas psicológicos. A este respecto, Post sostiene, al igual que Kaplan, que la necesidad de «pertenecer» a un grupo (al parecer, sirve cualquier grupo, y, si aparece la oportunidad, el grupo terrorista también) es primordial en la formación de la identidad del terrorista[61], Según la hipótesis de Post, esto se desarrolla mediante las relaciones interpersonales dentro de la estructura, la ideología y las estrategias de los terroristas. Crenshaw[62] y Taylor[63] analizan cómo puede aplicarse al terrorismo dicho proceso de identificación. Crenshaw[64] describe el proceso al interpretar la teoría de Erikson en relación con la motivación de los terroristas:

> En la etapa de formación de la identidad, el individuo busca darle sentido a las cosas, sentirse completo y lo que Erikson […] denomina «fidelidad», una necesidad de tener fe en algo o alguien fuera de sí mismo y de ganarse su confianza. Las ideologías, pues, son guardianes de la identidad. Erikson también sugiere que los entornos políticos clandestinos aprovechan la necesidad de

fidelidad de los jóvenes y las «reservas de ira» de quienes carecen de algo en lo que tener fe. Una crisis de identidad (cuando un individuo con problemas de identidad sufre por cuestiones de ambigüedad, fragmentación y contradicción) hace que algunos adolescentes sean susceptibles al «totalismo» o a identidades colectivas totalistas que prometen certidumbre. En estos colectivos, un joven con problemas no sólo encuentra una identidad, sino también una explicación para sus dificultades y una promesa para el futuro.

Este tipo de explicación descansa enteramente en un marco teórico psicodinámico. También se ha aplicado en el análisis de los terroristas alemanes realizado por el equipo de investigación de la República Federal de Alemania, así como en el estudio de Knutson[65] sobre terroristas estadounidenses. Sin embargo, el proceso de identificación (en sus encarnaciones presentes) es de una utilidad limitada para comprender las motivaciones terroristas. Esto se debe a distintas razones, entre ellas los datos sobre la iniciación de terroristas que impiden la generalización de este

planteamiento. Un modelo de identidad más sofisticado que integre distintos niveles de análisis podría ser beneficioso, en especial con vistas a comprender cómo el sentido de identidad de los terroristas se forma y se desarrolla en respuesta no sólo a su «propio» mundo sino también a los cambios externos (por ejemplo, las tendencias de globalización). Toda reseña de las perspectivas psicodinámicas arrastra problemas prácticos de relevancia como el hecho de que las teorías psicodinámicas son indemostrables y siguen una lógica circular; además, se consideran en posesión de un conocimiento «especial» y se caracterizan por su reticencia a someterse al rigor científico propio del desarrollo de teorías y la comprobación de hipótesis en la psicología contemporánea. Es innegable que, en retrospectiva (especialmente a la vista de las fuentes autobiográficas), algunos casos parecen encajar bien con el modelo de identidad en el que la influencia familiar tiene un peso en la iniciación en el terrorismo, y, aunque esta perspectiva sirva para conceder importancia al papel de la familia, sólo puede aplicarse de forma limitada a la comprensión de los terroristas en general. Además, la utilidad conceptual de las explicaciones psicodinámicas adolece de las

mismas limitaciones y no hace más que añadir confusión a los conocimientos existentes sobre la psicología de los terroristas. Los intentos psicodinámicos de impulsar explicaciones que conllevan una «lógica psicológica» específica de la conducta terrorista son tan vagos y amplios que poseen poco o ningún valor predictivo.

La «normalidad» de la conducta terrorista

En una reseña detallada, Silke[66] dice que «los investigadores más serios de este campo están, al menos nominalmente, de acuerdo en que los terroristas son individuos básicamente normales». En general, esta afirmación cobra validez a la vista de los estudios que dan pruebas de falta de anormalidad, las investigaciones que dan pruebas de que existe tal normalidad (lo que no es exactamente lo mismo) y los avances en el campo de las explicaciones alternativas para las conductas anormales, incluidas las violentas. Al respecto de esto último, cabe decir que la criminología y la psicología forense tienden de forma cada vez más predominante a basarse en el resultado de investigaciones bien establecidas en el campo de

la psicología social para explicar la influencia de los factores situacionales en la conducta violenta[67] y, en particular, por qué la iniciación en conductas extremas (por ejemplo, la adopción progresiva de actitudes y valores extremistas y el apoyo y, posiblemente, la práctica de violencia extrema) no debe necesariamente debatirse con teorías positivistas y suposiciones sobre la «particularidad» psicológica, ni debe conceder una importancia excesiva al papel que desempeñan las personalidades y los diversos rasgos psicológicos.

En primer lugar, es posible identificar pruebas de que los terroristas no necesariamente se caracterizan por el tipo de rasgos psicológicos concretos que han sugerido otros estudios psicológicos de esta área. En su estudio del FLQ (Front de Liberation du Quebec, el canadiense Frente de Liberación del Quebec), uno de los primeros jamás realizados sobre psicología terrorista, Gustav Morf[68] no observó ni registró ningún rasgo de personalidad concreto. Algo parecido puede decirse de un estudio del psiquiatra alemán Rasch[69], que analizó a once hombres y mujeres pertenecientes al grupo Baader-Meinhof. Las conclusiones de Rasch apuntan a una total ausencia de indicios de paranoia, psicopatía, fanatismo u otros

fenómenos psicóticos o neuróticos. De forma similar, Rasch también insistió en la necesidad de ilustrar la presencia de tales «trastornos» (en caso de que apareciesen) dentro de los rigores del análisis y los estudios académicos: la investigación no sólo debe ser válida metodológicamente, sino que debe dar garantías de relevancia estadística y de interpretar los datos de forma cuidadosa de cara a formular cualquier generalización. Como psicólogo, McCauley[70] pone el énfasis en que «ello no implica que no existan patologías entre los terroristas, pero la tasa de patologías diagnosticables, como mínimo, no difiere de forma significativa de la presente en grupos de control de la misma edad y procedencia». Podría entenderse que esta afirmación da pie a continuar buscando «la personalidad terrorista», al menos desde el punto de vista teórico (y que debemos depurar los métodos para llegar a conclusiones más concretas), pero la naturaleza de este estudio sería muy cuestionable, como se deduce de la discusión que desarrollaremos a continuación.

Corrado[71] ha examinado varios estudios sobre terroristas basados en la presencia de anormalidades psicológicas y deficiencias de personalidad, pero no ha logrado encontrar ninguna prueba sólida y

sistemática que los apoyase. Las Brigadas Rojas italianas tampoco eran buenos candidatos para la detección de anormalidad psicológica, sino, según Jamieson[72], todo lo contrario porque «quienes se han enfrentado directamente al terrorismo italiano son los primeros en restar crédito a la idea de que son forajidos sanguinarios». Jamieson ha descrito al típico terrorista italiano como «una persona cuyas ideas están meticulosamente articuladas mediante un cuidadoso análisis y serias reflexiones, que lo ve todo en términos políticos; alguien que, ante todo está "bien preparado"» y se caracteriza, además, por poseer «gran inteligencia, mentalidad abierta y generosidad, en ocasiones con una pizca de exhibicionismo». Jamieson apunta que ha sido imposible clasificar al terrorista italiano en un perfil psicológico o sociológico concreto y, dada su reiterada interacción con miembros del grupo a lo largo de los años, las observaciones de esta investigadora resultan de especial interés.

Los psiquiatras Lyons y Harbinson[73] han observado que, en un estudio comparativo entre 47 «asesinos políticos» y 59 «asesinos no políticos» de Irlanda del Norte, los homicidas politizados procedían en general de entornos más estables y sufrían una

incidencia mucho menor de perturbaciones psicológicas que los «delincuentes comunes». Así, Lyons[74] ha asegurado:

> No es gente anormal desde el punto de vista psiquiátrico […] los asesinos políticos tienden a ser normales en cuanto a inteligencia y estabilidad mental, no presentan problemas psiquiátricos significativos ni enfermedades mentales, ni tampoco abusan del alcohol. No expresan remordimientos porque han racionalizado bien sus actos y creen que luchan por una causa. En general, no desean entrevistarse con un psiquiatra; creen que no les sucede nada malo, pero cooperan de todas formas.

Según Ryder[75], Philip McGarry, un especialista en psquiatría, llegó a una conclusión similar tras trabajar con terroristas encarcelados en Irlanda del Norte: «Las pruebas demuestran que, en términos generales, son personas bastante normales […] la mayoría de asesinos paramilitares no sufren enfermedades mentales».

Elliott y Lockhart[76] han demostrado en su estudio que «a pesar de proceder de entornos socioeconómicos parecidos, los presos menores de edad (en general, condenados por delitos relacionados con el terrorismo) [...] son más inteligentes, han alcanzado cotas educativas más altas, muestran menos indicios de sufrir problemas de desarrollo infantil y han pasado por los juzgados menos veces que los delincuentes juveniles "comunes"». Aunque Taylor[77] ha identificado defectos en el rigor metodológico de Lyons y Harbinson, puede decirse que este tipo de trabajos comparativos son, como el de Elliott y Lockhart, útiles desde el punto de vista conceptual para apoyar en general el razonamiento de que los terroristas son individuos normales o, al menos, que la psicología terrorista no presenta necesariamente patologías concretas.

Basándose en su interpretación del contacto limitado que han tenido varios otros estudiosos con terroristas irlandeses, y también en la prevalencia de explicaciones alternativas de la psicología (social) para explicar la iniciación y la participación en violencia extrema, Heskin[78] ha llegado a la conclusión de que existe poco fundamento para

atribuir psicopatías o, en general, indicios de «anormalidad» a los terroristas irlandeses.

Por último, aunque Crenshaw no sea psicóloga, sus análisis de problemas de este ámbito a menudo son objeto de la envidia de los especialistas en el contexto del análisis y la reseña de investigaciones psicológicas sobre terroristas. En una de sus varias reseñas sobre los primeros estudios sobre el tema, Crenshaw ha concluido que el terrorismo no parece ser resultado de «patologías mentales» y cita varias observaciones para apoyar esta afirmación[79].

Para dar término a esta sección, si se pueden descartar la psicopatía y otras anomalías psicológicas como explicaciones excesivamente simplistas —y, a menudo, provistas de una lógica muy rudimentaria— para un fenómeno complejo, el lector puede preguntarse por qué estas teorías han sobrevivido tanto tiempo en la literatura sobre el terrorismo[80] y porqué estas caracterizaciones tan «simplistas» de los terroristas han sido tan poco cuestionadas (a pesar de la abundancia de programas de investigación detallados en que basar investigaciones psicológicas). Es necesario analizar estos interrogantes, ya que una de las primeras sugerencias de que se estudiasen en mayor detalle[81]

todavía no se ha atendido en la literatura, pese a los constantes recordatorios de que es una asignatura todavía pendiente[82].

Persistencia en la inconsistencia: un examen detallado de la literatura

Pese a las pruebas que dan crédito a la normalidad de los terroristas (y pese a la mala calidad de las investigaciones que indican lo contrario, habiendo no obstante explicaciones alternativas de otros tipos), en literatura psicológica y los estudios actuales la teoría de la «normalidad» psicológica no se ha extendido tanto como sería de esperar a la vista de los trabajos antes citados y, en especial, a tenor de su calidad. A pesar de los defectos observados en la literatura reseñada hasta ahora, las teorías basadas en anormalidades psicológicas persisten incluso en trabajos relativamente modernos[83]. Resultará útil ilustrar con algunos ejemplos la confusión conceptual que presenta la interpretación de muchos resultados de estudios de psicología de terroristas.

En un intento de desarrollar una perspectiva

sociopsiquiátrica del terrorismo y los terroristas, Ferracuti[84] ha apuntado que las teorías predominantes sobre la motivación de los terroristas hablan de las «características generalmente aceptadas [...] [de] la violencia y los impulsos asesinos», pero, basándose en sus observaciones durante el estudio de terroristas italianos de izquierda y extrema derecha, dice que:

> Rara vez sufren anormalidades de personalidad serias. En general, muestran una buena capacidad para soportar el estrés, tanto en la clandestinidad como en el encarcelamiento prolongado, así como habilidad para organizarse en grupos, apoyarse mutuamente y emprender acciones adecuadas de propaganda para difundir sus principios.

Aunque las observaciones de Ferracuti (y, en especial, esta cita concreta) se emplean con frecuencia en defensa de la normalidad de los terroristas, su inconsistencia interna requiere un examen en detalle. Kellen[85], que no parece detectar esta inconsistencia, ha señalado de la siguiente forma

que Ferracuti describe la psicología de los terroristas de extrema derecha: «Aun cuando no sufren trastornos psicopatológicos claros, sus rasgos psicológicos básicos reflejan una personalidad extremista y autoritaria», caracterizada por conductas como una «ambivalencia hacia la autoridad», «perspicacia pobre», «separación emocional de las consecuencias de sus actos», «destructividad» y «adherencia a valores subculturales violentos», entre otros (página 15). El propio Ferracuti ha afirmado que sus observaciones tienen implicaciones «obvias» en el sentido de que «el terrorismo de extrema derecha puede ser muy peligroso no sólo por su ideología, sino también porque su impredecibilidad y su destructividad suelen deberse a psicopatologías»[86]. Por lo tanto, aunque los terroristas no sufran un «trastorno psicopatológico claro», es evidente que «no son normales»: se diferencian en términos psicológicos de los no terroristas por una serie concreta y finita de rasgos de conducta. Las ideas de Ferracuti acerca de la psicología del terrorista aparecen ofuscadas por una falta de claridad conceptual, y existen varios factores que ilustran cómo y por qué es así.

En primer lugar, es obvia la reticencia de Ferracuti

a describir a los terroristas como totalmente «normales» (es decir, no caracterizados de forma clara por rasgos marcados) ni totalmente «anormales», algo que posiblemente se deba a un uso desafortunado del lenguaje. Así, en lo referente a la caracterización psicológica en términos de atribución de personalidad, el terrorista italiano parece encontrarse en alguna zona gris entre ambos extremos; algo ligeramente inferior al citado trastorno «serio» de personalidad. Ferracuti dice luego que su patrón de conducta «refleja» un tipo de personalidad, pero no que los terroristas tengan una personalidad «autoritaria-extremista». No se trata de una crítica pedante, aunque en conjunto con el lenguaje desafortunado antes mencionado, refleja una confusión conceptual dentro de los parámetros teóricos adoptados por Ferracuti. El problema es que dicha investigación está demasiado deseosa de atribuir explicaciones positivistas a la conducta, aunque sostiene que ello no caracteriza la «anormalidad» ni separa al no terrorista del terrorista. Este es simplemente «diferente» y, por lo tanto, no es «anormal». Además, cuando Ferracuti asegura que las implicaciones de sus resultados son «obvias» a partir de la «ideología», la «impredecibilidad» y la

«destructividad» asociadas al terrorismo, parece sugerir que la existencia de alguna «psicopatología» sea una consecuencia inevitable de convertirse en terrorista de extrema derecha. Una vez más, esto debe considerarse de forma muy prudente con respecto a los indicios de brutalización creciente que parecen tener lugar cuando se prolonga la pertenencia al grupo y el compromiso con sus ideales. Esto pone en cuestión, obviamente, la utilidad predictiva del estudio de las personalidades terroristas después de un atentado, sobre todo cuando los «rasgos» estudiados (cuando se estudian de verdad, y no se presuponen, como sugieren Pearlstein, Post y otros) se emplean en razonamientos acerca de por qué hay gente que se inicia en el terrorismo.

Ferracuti admitió más tarde que los intentos de explicar el terrorismo en ciertos niveles eran todavía, incluso por aquel entonces (1982), escasos: «las tentativas de explicar […] el terrorismo […] en el nivel de fenómeno de grupo o el proceso de convertirse en terrorista son poco comunes»[87]. Aunque el propio Ferracuti había sido responsable de anteriores estudios que concluían que los terroristas son diferentes psicológicamente de los no terroristas, sostuvo que «aunque los grupos terroristas puedan

utilizar a individuos mentalmente desequilibrados, dentro de la escala psiquiátrica, lo que posee mayor interés es, por supuesto, el terrorista "normal", el individuo mentalmente sano»[88]. A pesar de este reconocimiento implícito de una ausencia de pruebas que den fe de la anormalidad del terrorista, Ferracuti se resiste a abandonar el argumento de que «el terrorista» no dejaba de estar «tan sólo ligeramente alterado, en la mayor parte de las escalas psiconeuróticas o psicopáticas».

Dada la relativa escasez de estudios psicológicos detallados sobre terroristas, la carencia de claridad conceptual sobre las investigaciones que existen no deja de ser sorprendente. Utilizar tales conclusiones como base para otros estudios y razonamientos puede inducir a errores peligrosos. Como mínimo, dificulta en gran medida el progreso en el campo y abre la puerta a interpretar con gran flexibilidad las conclusiones de estudios como éstos (algo que, en este contexto, no es necesariamente de ayuda).

A Ferracuti, Kellen y Cooper se deben algunos de los primeros, aunque confusos, fundamentos de las presuposiciones de hoy día sobre la psicología de los terroristas. En el mejor de los casos, concluyen que el terrorista está o bien completamente loco (por

ejemplo, Carlos, según Kellen) o bien «medio loco» (loco durante parte del tiempo, como, por ejemplo, los terroristas italianos en el estudio de Ferracuti). Los argumentos de Kellen, como los de Cooper y los de Ferracuti, no parecen abrazar plenamente sus propias implicaciones; esta tendencia nace a partir de análisis directos de sus trabajos originales (y no de reseñas de segunda mano que pasan de puntillas sobre los detalles). Debería quedar claro que las interpretaciones de segunda mano abren una plétora de problemas que son síntoma de algo totalmente distinto. A veces, las inconsistencias de la investigación original son flagrantes; Kellen se da por satisfecho calificando a terroristas como Carlos de psicópatas, pero no deja de criticar a otros «observadores» porque, como hemos dicho antes, «nunca postulan que los terroristas sienten remordimientos por lo que hacen»[89]. De nuevo, estamos ante un detalle que ilustra la confusión conceptual debida a la escasa disposición por llegar a una caracterización firme de los terroristas dentro de los marcos de trabajo adoptados por los investigadores.

Por último, Kellen a menudo habla de los atractivos que hay en la vida de algunos terroristas.

En este sentido, Kellen cita dos afirmaciones de Carlos: «la revolución es el tónico más fuerte[90]» y, con particular énfasis, «me gustan las mujeres». La idea de que la gente se une a grupos terroristas debido a ciertos «atractivos» (aunque no sean obvios) está bien descrita en distintos contextos (tal y como veremos en el capítulo siguiente), pero sería engañoso interpretar que tales atractivos alimentan algún trastorno de personalidad.

La inconsistencia parece empañar buena parte de los estudios psicológicos individuales sobre terroristas, una vertiente de la investigación que, una vez más, no se ha hecho un lugar suficientemente claro en la literatura. Por si la pregunta de «¿quién o qué es un terrorista?» no fuera bastante problemática, existen ahora perspectivas claramente discrepantes entre los investigadores acerca de qué constituye «anormalidad» y qué no, y también sobre si las explicaciones positivistas son una herramienta de análisis válida en este campo dada la ausencia de características de personalidad comunes identificables, e incluso a la vista de la presencia de similitudes entre terroristas y no terroristas (aparte de todos los problemas de generalización de resultados o de extrapolación teórica).

Como también se ha argumentado en el capítulo 2, el problema metodológico es muy importante porque, posiblemente, es el único en el que se da un acuerdo total entre las perspectivas discordantes de los investigadores; por ejemplo, aun cuando el autor del presente libro pueda discrepar de la postura de otros (y/o viceversa), el hecho de que algunas atribuciones de anormalidad y algunas teorías positivistas antes descritas no se basen en análisis de primera mano es un problema real e ineludible. Algunos estudiosos pueden tratar de desarrollar las observaciones originales que el equipo de la República Federal de Alemania realizó sobre terroristas, pero con su inconsistente lógica y sus defectuosos argumentos no pueden registrarse grandes avances por este camino, más allá del uso de modelos psicopatológicos como los descritos en los primeros capítulos; tal vez esto sirva para aclarar por qué al principio de este mismo capítulo era necesario presentar y seguir el sencillo argumento de la «psicopatía», aunque se trate de una idea que debamos descartar al cabo de tan sólo unas pocas páginas. En concreto, Andrew Silke[91] se ha opuesto rotundamente a Jerrold Post y a otros por esto: «Así, aunque por un lado reconozca sin problemas la

ausencia de ninguna "gran" psicopatología, Post [...] se ha apresurado a encaminar la investigación hacia la detección de alguna forma de psicopatología "menor"».

La tendencia a reinterpretar y volver a poner sobre la mesa las conclusiones de anteriores trabajos basados en un «uso» renovado de los datos resta demasiada credibilidad al contexto original en el que se utilizaron. Aunque una conclusión clara de esta reseña (hasta este punto) apunte la necesidad de revisar de forma sistemática y analítica (y no sólo descriptiva) esta literatura, las revisiones que examinen pruebas de «normalidad» y «anormalidad» parecen casi totalmente carentes de sentido, ya que algunos estudios (por ejemplo, el realizado por Crenshaw en 1986) podrían utilizar fácilmente argumentos de los mismos análisis para apoyar cualquiera de las dos perspectivas.

Silke califica estas interpretaciones como «peligrosamente engañosas. Promueven la idea de que los terroristas son, en ciertos aspectos, anormales psicológicamente, pero no llega hasta el punto de atribuirles personalidades clínicas. En definitiva, esta tendencia ha hecho poco más que denostar el terrorismo con un aura de patología»[92].

Silke conjetura que estas perspectivas han «corrompido la psicología del terrorismo. La mayoría de expertos rechaza que los terroristas presenten anomalías psicológicas ostensibles (aunque […] exista una corriente de especuladores que retornan a esta idea). Con todo, continúa reinando la percepción de que los terroristas son anormales en aspectos más sutiles» (página 67).

Las dificultades de la investigación de la «personalidad terrorista»

En una reseña cuyo tono marcadamente crítico se basa en argumentos empíricos, teóricos y conceptuales, Taylor[93] analiza estudios psicológicos que apuntan a una anormalidad de los terroristas y trabajos de inclinación positivista sobre psicología del terrorismo en general, y apunta una explicación sencilla sobre por qué se emplean estas teorías: «Ciertamente, podría decirse que la naturaleza de los actos terroristas ofrece un excelente vehículo para la expresión de paranoia y otras anomalías». En una revisión posterior del mismo material, Silke[94]

también pone el énfasis en el atractivo que reviste el uso de términos como «tipos de personalidades antisociales, narcisistas y paranoicas», que presentan la conducta del terrorista como característica de una personalidad anormal porque se llega a la conclusión obvia de que «los observadores no pueden dejar de percibir los sorprendentes paralelismos entre ambas». Una vez más, un importante inconveniente de estos análisis estriba en que se pueden señalar algunas excepciones a la norma de los terroristas como «personas normales».

Taylor ha advertido de que estas explicaciones psicológicas del terrorismo son atractivas porque dan pie a una categorización sencilla de situaciones complejas. Sin embargo, se puede argumentar que el problema clave de las disquisiciones alrededor del trabajo psicológico sobre terroristas no es el uso potencial de rasgos psicológicos para explicar por qué abrazan el terrorismo. La relevancia del problema quedaría más clara examinando la interpretación de la utilidad de dichos rasgos, cuando se presenten (si es que lo hacen), y, siempre y cuando se registren y verifiquen de forma rigurosa. Éste es uno de los escollos más destacados para los actuales intentos de definir «perfiles» de terroristas: se sabe poco o

nada sobre cómo podría aplicarse de forma práctica la identificación de los rasgos presuntamente comunes de los terroristas.

El propósito de dicha crítica es cuestionar la naturaleza y la dirección de estas investigaciones con la esperanza de que pudiera fomentar que los investigadores concentrasen sus esfuerzos en áreas más fructíferas o, como mínimo, que explicitaran los usos y limitaciones de los conceptos descritos. En la investigación psicológica contemporánea, la evaluación psicométrica identifica y analiza formal y sistemáticamente características de la personalidad haciendo preguntas a un individuo, lo que, según Blackburn[95], reduce la complejidad de las observaciones de la conducta a «clases» de comportamiento más fáciles de clasificar, es decir, a rasgos. Por supuesto, sería necesario tener acceso a grupos de terroristas para tratar de identificar tendencias y de cara a conceder validez a cualquier conclusión basada en rasgos susceptibles de medición psicométrica (tanto si se trabajase dentro de un mismo grupo terrorista como si se estableciesen comparaciones entre grupos distintos). Un problema importante que Blackburn nos recuerda, y que dista de haber sido reconocido en la investigación sobre

terrorismo en general, estriba en la utilidad predictiva de las mediciones de rasgos tal y como las utilizan los psicólogos, especialmente en el contexto de investigaciones que defienden que ciertos tipos de personas tienen más probabilidades que otros de convertirse en terroristas. En la psicología contemporánea está claro que los rasgos no predicen bien el comportamiento en situaciones concretas, y las respuestas, como sugiere Blackburn, que son «supuestamente indicativas del mismo rasgo» no se correlacionan entre ellas de forma significativa[96]. Por supuesto, no se puede esperar que las mediciones de rasgos predigan casos individuales. Los rasgos de personalidad no se pueden inferir a partir de respuestas de conducta aisladas; se supone que una amplia gama de rasgos de personalidad emocional y social presenta cierta estabilidad a lo largo del tiempo y las situaciones (*ibid*.). Pero esta sencilla suposición no se presta demasiado bien a los análisis psicológicos del terrorismo. Merari y Friedland[97] plantean una pregunta conceptual importante en relación con esta cuestión. Resumen la naturaleza de la investigación sobre terrorismo basada en la personalidad de esta forma:

> Análisis de orientación clínica [que] se caracterizan por partir de un pequeño número de casos y por unas conclusiones con frecuencia generalizadas de forma excesiva […] además, aun si fuera posible identificar tales atributos comunes en la personalidad del terrorista, la transformación de dichos datos en una teoría quedaría lastrada por su irreversibilidad predictiva. Esto es, el hecho de que los terroristas compartan ciertos rasgos o características implicaría que cualquier persona dotada de ellos deba convertirse necesariamente en terrorista.

Los autores argumentan que, por lo tanto, esto limita de forma automática la utilidad de los perfiles de terroristas.

También se ha intentado muchas veces desarrollar taxonomías o tipologías, individuales o más amplias, de terroristas. Las teorías más amplias incluyen sistemas de clasificación basadas en sus «motivaciones comunes que parecen llevar a los individuos y los grupos al uso de técnicas terroristas para lograr cambios políticos»[98], además de perfiles socioeconómicos de grupos concretos. Handler, que

defiende el perfeccionamiento de «perfiles» de terroristas estadounidenses de izquierdas y derechas, apunta que aunque «existen pruebas […] procedentes de distintas fuentes […] [de que] ningún estudio ha llegado a resultados concluyentes sobre cómo difiere la pertenencia a estos dos grupos políticos extremistas»[99]. En 1990, Handler ofreció un perfil socioeconómico, que ahora es muy conocido, aplicable a terroristas estadounidenses de izquierda y derecha, y señaló el estudio realizado en la República Federal de Alemania entre 1981 y 1982 como el más importante de los anteriores. Según Handler, el desarrollo de dichos perfiles acabaría conduciendo a una comprensión mejor informada sobre cómo «están organizados estos grupos», y acerca de «diferencias entre las cualidades de liderazgo y las características de los militantes de base, e incluso la importancia del género». El análisis de Handler apunta «claras diferencias socioeconómicas entre los terroristas de izquierda y los de derecha». Sin embargo, para ver hasta qué punto puede ser útil este tipo de investigaciones, lo mejor es desarrollar sus conclusiones.

Entre los intentos de producir un perfil individual de terrorista se encuentra el realizado por Russell y

Miller, que describió al terrorista «típico» como: «Probablemente soltero, varón, de entre veintidós y veinticuatro años, con algo de experiencia universitaria, posiblemente en el campo de las humanidades. Es probable que provenga de una familia de clase media o alta, y que haya sido reclutado para el terrorismo en la universidad, donde habría entrado en contacto por primera vez con las ideas marxistas u otras de tipo revolucionario»[100]. Strentz[101] ofrece un perfil demográfico muy detallado de los «grupos terroristas estadounidenses e internacionales» de izquierdas de los años sesenta y setenta, y proporciona perfiles de terroristas tanto de Oriente Medio como de derechas. Sin embargo, no le falta tiempo en recordarnos que los datos (muy detallados) que presenta en su análisis tienen meramente el interés histórico «de describir cómo eran miembros específicos de grupos concretos, en momentos determinados de etapas precisas, en sus tipos particulares de campaña terrorista». Como se ha afirmado en el capítulo 2, no podemos estudiar el terrorismo fuera del contexto en el que tiene lugar[102].

Taylor[103] coincide en la utilidad de este tipo de retratos compuestos de terroristas: «su utilidad

depende en gran medida de la uniformidad que se suponga que exista entre grupos terroristas, y de la aceptación de características uniformes en esta base de datos de la que se extraen las reseñas». Por supuesto, existen innumerables ejemplos de grupos terroristas (entre ellos los irlandeses, que Taylor utiliza como paradigma, para contrastar con el perfil de Russell y Miller) que disienten marcadamente con las características resultantes de su muestra de 18 grupos terroristas. Esto sugiere claramente que la perspectiva está limitada, y su utilidad debe quedar clara a lo largo de las discusiones presentadas en este capítulo. Blackburn también nos recuerda que los problemas referentes a la utilidad de los rasgos para comprender la conducta son «conceptuales y empíricos en idéntica medida»[104], pero Friedland[105], que desecha la utilidad de los rasgos de personalidad para comprender el terrorismo, concluye que «al criticar la atribución de la conducta terrorista a idiosincrasias o patologías personales, no se postula que las predisposiciones individuales no desempeñen papel alguno en la emergencia de grupos terroristas y en las erupciones de actividades terroristas» (la misma idea que ha expresado McCauley, como hemos visto antes). A su vez, esto

puede dar crédito a la idea de que, por ejemplo, la forma particular que tomen las tácticas terroristas (por ejemplo, la captura de rehenes o el asesinato político) se deba a la influencia de motivos psicológicos, una postura contraria a la de defender que la decisión de convertirse en terrorista pueda ser consciente[106]; pero, de hecho, tal idea no sería más que otra pista falsa. Como bien ha demostrado Drake[107], no hemos hecho más que comenzar a adentrarnos en una investigación muy necesaria sobre cómo seleccionan los terroristas sus blancos. Muchos grupos terroristas, especialmente los de mayor tamaño, como Al Qaeda, que se sirven de redes de apoyo integradas en sus comunidades, planifican cuidadosamente sus atentados, como veremos en detalle en el capítulo 5. Tratar de propagar el miedo sin asumir la «responsabilidad» por las muertes puede ser un problema de primer orden, especialmente para los movimientos étnico-nacionalistas.

Los terroristas no tienen necesariamente una propensión «psicológica» hacia el terrorismo, ni siquiera hacia tipos concretos de terrorismo, y la lógica de su estrategia —que a veces es relativamente sofisticada— debe examinarse con gran

atención para discernir si el terrorismo está más regido por factores de tipo psicológico o estratégico, si es que interviene alguno de los dos. El debate no tiene por qué estar polarizado entre la «opción racional» y la psicológica, en torno a explicaciones estratégicas; desde las perspectivas psicológica, personal y de estrategia organizativa, el terrorismo a menudo parece seguir un proceso racional de toma de decisiones. El intento de oponer ambas posibilidades puede representar una mala comprensión sobre el papel exclusivamente complementario de las perspectivas psicológicas con respecto a las de otras disciplinas, y viceversa. Las dimensiones psicológica y estratégica son fáciles de observar a partir de lo que dicen los terroristas de sí mismos. Las siguientes declaraciones de un miembro del Army Council del IRA Provisional, que habló con el autor de la ruptura del primer alto el fuego de su organización en 1996, constituyen una buena ilustración de las consideraciones tácticas y estratégicas del movimiento[108]:

> Diría que desde la ruptura del primer alto el fuego, la campaña ha sido muy […] restringida, me imagino. Creo que era

inevitable que [la tregua de 1994-1996] se terminara, porque los ingleses no movían ficha. La mayoría de la gente no lo hacía, pero había que leer entre líneas y mirar la táctica, la estrategia […] de los británicos, los republicanos y los nacionalistas en general. Pero ahora puede verse que, desde nuestro punto de vista, la estrategia de los británicos era prolongar la tregua sin dar nada a cambio durante tanto tiempo como fuera posible, por si así se acababa produciendo desunión y división en el movimiento republicano en general. Y el movimiento republicano tiene que verlo como que la prioridad, o el objetivo, es entrar en negociaciones lo antes posible para poder negociar cambios políticos en la Constitución. Y para lograrlo, necesitamos un consenso nacionalista […] como, por ejemplo, un firme consenso nacionalista entre el gobierno dublinés, el SDLP y otros partidos políticos nacionalistas, que, en realidad, sería mucho más fuerte que el que pudiera ofrecer el IRA desde el punto de vista militar. Si los británicos se dieron cuenta de ello, estaban en una situación de la que era imposible salir

ganando. Digo que, en cierto sentido, si se quebrase la tregua del IRA, se debilitaría automáticamente el consenso nacionalista, ¿verdad? Por otro lado, creían que si podían prolongar el alto el fuego, el IRA se iba a dividir y, por tanto, el nacionalismo irlandés se quedaría sin «dientes», y creo que no teníamos otra opción. Sin duda creíamos que iban a apaciguarnos con una serie de falsas promesas que nunca iban a cumplir. Con respecto a reemprender las operaciones militares para mantener la presión, la unidad y la fuerza del nacionalismo irlandés, que no cabe duda de que siempre ha sido efectivo, en aquel momento concreto era el camino correcto para nosotros porque estaba claro que los británicos no hacían nada. Espero que estemos en posición de hacerlo, y no tengo la menor duda de que podremos mantener bajo presión a los británicos con, eh, operaciones de «calidad» y no de cantidad. Espero que sea así, ¿entiende qué quiero decir? Hacer las cosas de forma más quirurgica, ¿sabe? Pero, claro, quiero decir, siempre es difícil formarse un juicio correcto, ¿sabe? A partir de aquí, la

cúpula directiva en este momento sigue el pulso de todo lo que pasa, y disponen de cosas, de información que, eh, determina qué acciones van a emprender. Y, por supuesto, continuamos preocupados por las labores de inteligencia. La gente a la que más seguimos la pista ahora es la que mueve hilos desde atrás. En los tiempos anteriores al alto el fuego, digamos, quiero decir, por ejemplo, John McMichael habría sido uno de nuestros objetivos, y todos los que estaban en los escuadrones de acción de la UDA, los escuadrones de la muerte, como quieran llamarlos. Todos los que entre bambalinas han promovido sus actividades habrían sido blancos nuestros, y McMichael habría sido uno de ellos. Obviamente habría sido uno de ellos porque, para nosotros, los organizaba y no sólo para que fueran activos, sino para que fueran efectivos. Así que esa habría sido la razón por la que gente como David Ervine y Billy Hutchinson, esta gente, que anteriormente habían sido buenos líderes militares, si entiende qué quiero decir, esto lo puede tener muy claro. Hasta el mismísimo día

en que empezó la tregua, habrían estado en los primeros lugares de nuestra lista de objetivos. Y, en cuanto al alto el fuego, si las cosas se van abajo, en una crisis, probablemente serán los primeros en caer.

Los elementos «no psicológicos» del terrorismo pueden no ser siempre tan obvios, no sólo por cómo se conforme y determine la conducta individual y colectiva dentro de una organización terrorista (lo que afecta, por ejemplo, a cómo deba entenderse la escalada y el declive del compromiso personal, de la violencia e incluso de campañas completas de violencia), sino también para los análisis de por qué la gente se une a organizaciones terroristas.

En relación con esto, tiene una gran importancia la cuestión planteada por Crenshaw que mencionábamos al principio de este capítulo. Es la integración de distintos niveles de análisis lo que ha resultado difícil, especialmente en las discusiones orientadas a dar importancia al papel de la personalidad en los análisis. Sin embargo, la mayoría de investigadores no ha dejado de ignorar este problema. El ejemplo que acabamos de ver del miembro del IRA Provisional ilustra la gran dimensión

estratégica presente en las decisiones internas (en relación con la conducta de la organización, la selección de blancos, etc.), pero hay que subrayar que ello no refleja de qué naturaleza ni de qué tipo son las razones por las que la gente se enrola en movimientos terroristas, ni por qué los terroristas se comportan (de forma voluntaria u obligatoria) como lo hacen una vez que forman parte de un grupo. Se trata de una cuestión crucial, tal y como se ha reconocido desde hace tiempo en la literatura criminológica, y como también veremos en el capítulo siguiente.

Tanto el trabajo de Taylor en solitario[109] como el que ha firmado conjuntamente con Quayle[110] son mucho más directos en su crítica de las obras que tratan de ofrecer una explicación general para el terrorismo. Taylor sostiene que, después de todo, los trabajos psicológicos existentes sobre el terrorismo ofrecen poco más que «razonamientos de sentido común» repletos de «conceptos amplios que, una vez examinados, no son fáciles de traducir en conceptos psicológicos más detallados»[111]; como señala el citado autor, dichas explicaciones adolecen de una «falta de especifidad» y de no resolver por qué tan poca de la gente expuesta a las condiciones que

supuestamente generan el terrorismo acaba iniciándose en él. En el capítulo siguiente ofreceremos una respuesta para este interrogante.

Otro problema importante sobre la validez de las perspectivas psicológicas existentes sobre el terrorismo radica en que dista de reconocerse de forma adecuada la inmensa heterogeneidad del terrorismo. El pensamiento sobre la conducta terrorista continúa presentando un énfasis en el reduccionismo, pero nuestro punto de vista continuará probablemente situado en el individuo terrorista y no en el estudio de sus aspiraciones o su estrategia global. Esto pone de relieve la necesidad de incorporar análisis más detallados sobre los problemas y las dificultades que plantea la heterogeneidad del terrorismo, y confirma la necesidad de estudios de casos detallados y específicos de contextos determinados (desde mi punto de vista, incluso antes de sugerir estudios comparativos de ámbito psicológico). Cuando se tienen en consideración factores culturales, también cobran fuerza los argumentos sobre la heterogeneidad. Está claro que los analistas occidentales tienen una comprensión o un conocimiento muy escaso de las diferencias básicas

sociales, culturales y de otros tipos que existen entre Europa Occidental, Oriente Medio y Asia y que son relevantes de cara a una gran variedad de problemas e incluso a ciertas teorías formuladas por la investigación occidental (y, concretamente, las suposiciones en las que se basa dicha investigación, algo en lo que no se piensa ni se cuestiona).

Una consecuencia importante de esto, según Merari y Friedland[112], es que a causa de la heterogeneidad del terrorismo no hay «ninguna buena razón *a priori* para suponer que los distintos grupos terroristas tengan gran cosa en común». Ello también podría explicar el fracaso de los intentos de llegar a una teoría psicológica «coherente y bien fundamentada» sobre las causas del terrorismo[113]. Los problemas conceptuales de definición tampoco son de ninguna ayuda en esta cuestión, pero los esfuerzos por formular una teoría de la conducta terrorista (en cualquier forma) deben tener en cuenta y dar cabida a la heterogeneidad del fenómeno y a la de las motivaciones individuales que los propios terroristas puedan ofrecer como explicaciones. Los investigadores deben reconocer en la heterogeneidad un factor emergente que no sólo predomina en todo el espectro de grupos terroristas sino también en el

interior de ciertos grupos. Esta es, tal vez, otra razón potencial y muy útil para analizar los estudios del terrorismo históricos y biográficos dentro de un contexto psicológico.

Conclusiones

Algunas de las disquisiciones de nivel técnico más elevado, aunque no por ello menos necesarias, que se han presentado en este capítulo sugieren que la calidad y el rigor de las investigaciones que defienden la anormalidad de los terroristas son tan pobres que sus proposiciones se fundamentan en bases empíricas, teóricas y conceptuales muy poco sólidas. A pesar de ello, muchos autores en la comunidad de investigación y análisis continúan creyendo que los terroristas (y, en algunos casos, incluso sus simpatizantes) son «diferentes» o especiales desde el punto de vista psicológico y, desgraciadamente, esta visión continuará siendo difícil de cuestionar directamente mientras se carezca de investigación básica y pura sobre actividades terroristas elaborada por psicólogos. Resulta desalentador que una de las pocas cosas que están

claras sobre esta cuestión sea probablemente la falta de claridad práctica y conceptual con la que se entiende y utiliza el término «anormalidad» (incluso dentro del mundo académico); es posible que ello sea consecuencia de la multidisciplinariedad de la investigación sobre el terrorismo y de los propios investigadores. Sin embargo, también es significativo que los psicólogos que han hecho aportaciones no han abordado de forma sistemática los problemas conceptuales que giran en torno a la utilidad de la medición de rasgos. La investigación psicológica sobre terrorismo haría bien en ponerse al corriente de problemas como, por ejemplo, los que ha puesto sobre la mesa el psicólogo forense Blackburn; si los psicólogos describiesen y perfilasen la relevancia y la utilidad de los rasgos de personalidad y, de forma más general, el papel de cualquier «psicología individual del terrorismo», podrían aportar algo al estudio del terrorismo y al complejo proceso por el que ciertas personas «se vuelven» terroristas.

Llegados aquí, vale la pena resumir algunas afirmaciones básicas:

(1) Las teorías sobre el terrorismo (sobre todo en el nivel individual) basadas en rasgos de personalidad son insuficientes para comprender por

qué la gente se involucra en actividades terroristas. Aunque tal vez sea muy obvia, se trata de una afirmación necesaria a tenor de la dirección que ha emprendido parte de la literatura contemporánea. Ello no equivale exactamente a decir que las teorías psicológicas no puedan explicar en absoluto por qué la gente adopta el terrorismo (por correcta que pueda ser esta aseveración), porque el problema del «concepto de la personalidad» debe aislarse de forma temporal en lo que respecta a su presunta importancia explícita e implícita. Aunque la hipótesis de la frustración-agresión (y sus implicaciones sobre los actores cuya conducta trata de explicar) y sus derivados se han abierto camino en diversas teorías sobre el terrorismo procedentes del ámbito de las ciencias políticas, siguen sin reconocerse los problemas conceptuales que comporta (desde la perspectiva de la psicología contemporánea); y no sólo es necesario dar fe de estos problemas, sino también plantearse si tales teorías son útiles en absoluto. Esta afirmación es también un reflejo de la atención que debe prestarse a las advertencias de Crenshaw sobre la integración de los niveles de análisis.

(2) Las explicaciones del terrorismo en función de

rasgos de personalidad son insuficientes por sí mismas para comprender por qué algunas personas se convierten en terroristas y otras no, o, de forma más general, por qué la gente se une a grupos terroristas. Esta afirmación no es la misma que la del punto anterior, y hace referencia al atractivo inherente, pero peligroso, de poner demasiado énfasis en la «cobertura de necesidades» y la postura psicodinámica, y, por las mismas razones conceptuales por las que pueden criticarse otras perspectivas basadas en rasgos de personalidad (y, en conjunto, las interpretaciones de tipos y rasgos de personalidad en todo este contexto), tales hipótesis son susceptibles de las mismas objeciones; en la corriente principal de la psicología contemporánea, las teorías basadas en rasgos no tratan de aglutinarlo todo y explicar todas las conductas, por lo que no deben cometerse estos mismos errores al aplicar dichos modelos al terrorismo (que, para un profano, parecerían comportar una conducta discreta y exenta de complejidad), algo que deberían tener en cuenta los futuros intentos de desarrollar perfiles individuales de terroristas. Dada la naturaleza de la investigación de la personalidad terrorista, parte de los estudios adolecen de esta simplicidad, mientras

que la mayoría de ellos se alinean (intencionadamente o no) con una idea tan rudimentaria como la de «naturaleza frente a educación», tanto para explicar el terrorismo como para dar cuenta de por qué la gente se afilia a grupos terroristas; la investigación sobre el terrorismo que se basa en conceptos de personalidad debe ser explícita en cuanto a sus aspiraciones, la utilidad que pretende tener y sus límites de aplicación.

(3) Las teorías existentes sobre el terrorismo basadas en rasgos de personalidad que tratan de explicar por qué algunas personas se vuelven terroristas y otras no (suponiendo que todos los demás factores situacionales sean más o menos similares) adolecen de tantos problemas conceptuales, teóricos y metodológicos que no sólo constituyen hipótesis muy poco sólidas, sino que también presentan defectos internos, inconsistencias y una falta de comprensión de conceptos psicológicos básicos. Como ilustrará el capítulo siguiente, tal vez haya que diferenciar entre por qué la gente se introduce en el terrorismo y cómo lo hace. En realidad es imposible responder a por qué cada cual elige su profesión (ya sea la de terrorista, la de contable u otra) y, en la mayoría de casos, se debe a

una serie de factores idiosincráticos y, con frecuencia, accidentales. Sin embargo, es posible estudiar y comprender en términos de desarrollo cómo se produce el proceso subsiguiente, que no puede analizarse mediante teorías que presupongan la posesión de ciertos «rasgos» o cualidades.

(4) En relación con esto, es necesario contemplar con cautela los intentos de definir perfiles de terroristas, incluso en sentido general. Para que estas perspectivas puedan impulsarse de forma seria sería necesario avanzar en la comprensión del papel que desempeña la personalidad en la conducta terrorista, con independencia de si el autor de este libro está de acuerdo o no con este planteamiento. En la psicología contemporánea, no se intentan hacer inferencias sobre la personalidad a partir de incidencias de conducta individuales, de reuniones aisladas con personas ni de otras observaciones informales sobre la conducta de las personas. El análisis de personalidad es algo que se deriva de métodos de solvencia contrastada (por ejemplo, pruebas psicométricas) y, aun en este caso, constituye sólo el primer paso hacia una explicación de una conducta. El siguiente paso consiste en reconocer la naturaleza instrumental del terrorismo

dentro de una perspectiva psicológica, englobando de esta forma la dimensión emocional y la instrumental.

El propósito de estas afirmaciones no pasa necesariamente por opinar sobre la naturaleza de las teorías psicológicas sobre la motivación o la personalidad, sino que más bien consiste en arrojar algo de luz conceptual y teórica sobre la utilidad general de la investigación psicológica «individual» sobre terroristas y las direcciones políticas que están emprendiendo las investigaciones actuales (por mencionar una, los ejercicios de definir perfiles de terroristas). La conclusión más positiva a la que se puede llegar es que la investigación sobre personalidades terroristas, si debe continuar (como probablemente sucederá), haría bien en, al menos, asumir las limitaciones que han caracterizado las conclusiones de gran parte de los trabajos de este tipo.

En un comentario más práctico, todavía no existen suficientes casos de estudio sobre terroristas con adecuado nivel de detalle para dar pie a análisis psicológicos y, tal vez, incluso a reseñas exhaustivas de la literatura. Incluso las tentativas de examinar la literatura al mismo tiempo que se defienden unas

posturas determinadas (por ejemplo, como hemos hecho en este capítulo) pueden ser acusadas de generalizar excesivamente para apoyar una perspectiva arraigada en el conocimiento popular (por ejemplo, afirmar que si los miembros del IRA Provisional parecen «normales» y los de la Yihad Islámica palestina también lo parecen, entonces los terroristas parecen ser gente normal). La generalización de comparaciones entre elementos heterogéneos (por no hablar de la generalización sobre qué se considera «pertenecer» a un grupo terrorista) es una trampa peligrosa para quienes no estén familiarizados con la lógica necesaria para efectuar análisis longitudinales (por ejemplo, los que examinan casos aislados a lo largo de un periodo de tiempo para ver si aparecen cambios importantes y, en caso afirmativo, cómo y por qué lo hacen). La necesidad de estudios longitudinales en la investigación sobre el terrorismo cobra relieve con los sencillos problemas detectados en los trabajos de investigación de psicología social, que, por ejemplo, presentan «efectos de primacía». Para llegar a conocer a alguien hace falta tiempo y muchas interacciones, y también debe recordarse que las primeras impresiones son las más fuertes y

duraderas. Por tanto, los escasos encuentros en el trabajo de campo tienen un impacto mucho más sutil que el que puedan pensar a veces los investigadores. Si los primeros terroristas con los que se entrevista un estudioso son «normales», éste puede formarse una visión más positiva de otros terroristas con los que trate más tarde.

Esta es una afirmación importante, ya que socava la trascendencia de la detección de factores de personalidad (es decir, las perspectivas positivistas en general) para la comprensión y la explicación del terrorismo. Como mínimo, pone en cuestión la utilidad de los estudios que siguen esta línea. Una gran parte de los primeros (pero todavía muy prominentes) trabajos sobre «psicología» del terrorismo tiene problemas de confusión conceptual, y la validez de dichas teorías dista mucho de estar establecida. Los trabajos descritos anteriormente no evidencian un poder discriminatorio claro sobre las posibilidades de sus resultados. Pretenden abarcar demasiado, ya que tratan de ofrecer explicaciones sobre por qué la gente se enrola en el terrorismo que también den cuenta de la existencia de violencia terrorista. De hecho, es muy posible que en ello haya influido una falta de comprensión y apreciación de la compleja naturaleza

del fenómeno. Como ilustra la discusión de esta sección, ciertos procesos concretos pueden caracterizar varias partes de la «vida» del terrorista (es decir, su iniciación y su militancia sostenida en la organización). Por desgracia, la literatura sobre terrorismo todavía no refleja esto, salvo en contadas excepciones.

Por último, a pesar de que su prevalencia avanza lentamente, gran parte de la literatura psicológica individual examinada en este capítulo, y que continúa siendo citada por los investigadores sobre el terrorismo, se caracteriza por su antigüedad. Para intervenir de forma eficaz en los proyectos de investigación de una área en que la multidisciplinariedad no sólo tiene un papel complementario, sino también necesario, la psicología hará bien en abordar la complejidad del terrorismo (y la que caracteriza a las preguntas que deben hacerse) de una forma mucho más clara en diversos frentes, y hará bien asimismo en comenzar a explorar de forma más sistemática algunos de los problemas que preocupan a los políticos y, en definitiva, a la opinión pública. En caso contrario, se correría el riesgo de perjudicar no sólo los estudios sobre el terrorismo, sino también la percepción sobre la contribución de

la psicología a este complejo campo (desde las perspectivas descritas en este capítulo). No es buena señal que gran parte (aunque, afortunadamente, no toda) la literatura psicológica que se ha publicado desde el 11-S haya resucitado la idea de que los terroristas son personas necesariamente anormales, pero, en cualquier caso, estas posturas deben continuar siendo cuestionadas.

Los tres capítulos siguientes ponen en tela de juicio dichas teorías tratando de centrar el enfoque en perspectivas distintas, formular preguntas diferentes y sugerir la búsqueda de otros tipos de resultados.

4

Convertirse en terrorista

Una de las consecuencias de los análisis desarrollados en el capítulo 3 es que no sólo existe confusión acerca de qué implica una teoría psicológica sobre el terrorismo, sino que incluso, en algunos de los análisis críticos más simples del concepto del terrorismo, los datos que ofrece esta disciplina se emplean de forma embrollada e inconsistente. A causa de esta confusión, podría parecer que el desarrollo de una psicología del terrorismo es un objetivo inalcanzable. Tal vez deberíamos explorar otras vías en las que el conocimiento de los procesos psicológicos nos sirva para mejorar nuestra comprensión del terrorismo (y todo lo que éste conlleva). En cualquier caso, es

obvio que ello sugeriría la necesidad de desarrollar una comprensión más sofisticada sobre el proceso de iniciación o implicación en el terrorismo.

Teniendo esto en mente, en este capítulo y los siguientes se presenta un enfoque distinto para comprender al terrorista, que consiste en reconocer que la mejor forma de considerar la entrada en el terrorismo es como un «proceso» y en que hay que presentar desde una nueva perspectiva las ventajas que puedan derivarse de esta consideración. Por medio de una serie de distinciones cruciales que estableceremos a lo largo de estos capítulos, podremos ver la realidad de la entrada en las organizaciones terroristas y, además, dispondremos de una base conceptual a partir de la cual será posible desarrollar otros tipos de análisis y, en términos más prácticos, identificar los puntos de intervención más obvios para las iniciativas antiterroristas y de prevención de la violencia política en el sentido más amplio posible.

Este capítulo y los siguientes presentan, pues, las bases para un posible modelo del terrorismo como proceso que, además, puede apartar el debate de discusiones complejas y estériles sobre la definición del terrorismo como alguna suerte de suceso

abstracto y orientarlo hacia las conductas identificables y los historiales personales, sus posibles consecuencias y los resultados que se asocian al terrorismo. Otro aspecto que tal vez tenga una importancia especial en esta fase del análisis es que dicho modelo del terrorismo como proceso trata de extraer un significado de las teorías psicológicas que no dependa de definiciones estrictas procedentes de otras teorías, ni de definiciones que necesiten ser tan generales que acaban careciendo de significado y de utilidad práctica para nadie.

En otro nivel, este enfoque representa una perspectiva muy distinta a la de los análisis tradicionales del terrorista porque se hace hincapié en considerar la iniciación en el terrorismo como un proceso compuesto dividido en fases diferenciadas que llevan a «convertirse» en terrorista, «ser» terrorista —o lo que podría describirse como (a) mantenerse involucrado en el terrorismo y (b) participar en delitos de terrorismo— y abandonar el terrorismo. A la luz de algunas de las conclusiones del capítulo 1 y de los peligros de considerar siempre patológica la actividad terrorista, tal vez sería más útil reinterpretar la expresión «convertirse en terrorista» como «implicarse o comenzar a involucrarse en la

práctica del terrorismo». Para quienes estén familiarizados con la criminología teórica, este tipo de distinciones no será nuevo. En concreto, estas distinciones han demostrado ser útiles para comprender qué factores influyen y limitan la participación en la delincuencia juvenil[1], pertenencia a bandas[2] y otras actividades delictivas. Sin embargo, su aplicación al terrorismo casi no se ha desarrollado hasta la fecha[3].

Clarke y Cornish[4] han desarrollado la teoría de la elección racional o RCT (Rational Choice Theory) de la conducta delictiva, que, aunque se deriva de conceptos económicos, básicamente trata de integrar distintas fases de la toma de decisiones y aplicar estos conceptos a la criminología[5]. Aunque esta teoría es de una sencillez engañosa, permite integrar de forma muy clara lo que de otra forma parecería complejo. Clarke y Cornish defienden que los delincuentes, al igual que el resto de la población, persiguen su propio beneficio cuando toman decisiones que, hasta cierto punto, son «racionales» o resultan de sopesar compensaciones. Además, dicha teoría no se centra en distinguir entre delincuentes y no delincuentes, sino en los actos

delictivos y sus características. Por último, se efectúa una distinción importante entre la implicación en delitos y la participación en episodios delictivos concretos (o delitos[6]). Clarke y Cornish razonan básicamente que en el cómo y el por qué una persona llega a entrar en la esfera de la delincuencia (o quizás está «abierta» a conductas criminales) intervienen unos tipos determinados de decisiones que son distintos a los que determinan por qué una persona decide cometer un delito concreto. Estas nociones se han desarrollado bien en la literatura criminológica, aunque su verdadero potencial conceptual todavía no se ha explotado; los intentos de aplicar la teoría de la elección racional a problemas de planificación y al control de la delincuencia han perjudicado bastante su desarrollo. Fuera de la criminología contemporánea, en cambio, estas nociones no se han traducido en medios para comprender el terrorismo.

Distinciones cruciales

Al emplear nociones centradas en la criminología como punto de partida, disponemos de algunas formas interesantes y útiles para hacer avanzar los

análisis psicológicos del terrorismo. Como hemos visto, la falta de claridad conceptual en la literatura psicológica individual conlleva el riesgo de que, al hablar de por qué alguien se convierte en terrorista, tal vez se continúe considerando su implicación como un «estado» individual o un «trastorno», y no como algo (es decir, «involucrarse y hacer cosas») que, por distintos motivos, alguien intenta lograr y mantener. Este capítulo y los siguientes no se proponen demostrar que los factores individuales en sí mismos sean útiles o permitan realizar predicciones, sino señalar que es posible progresar si se identifican los factores que dan lugar al inicio y mantenimiento de la conducta terrorista hasta llegar a la perpetración de atentados. La importancia de estas distinciones es enorme. Resulta fácil ver que, aunque las preguntas que se formulan parezcan válidas, igualmente pueden confundir y desorientar nuestra comprensión del asunto. Por mucho que se planteen con el más noble de los propósitos, las preguntas vagas y poco útiles sobre la iniciación en el terrorismo (por ejemplo, «¿qué hace a un terrorista ser terrorista?») pueden, de hecho, ser un intento implícito de responder a algunas o todas de las siguientes preguntas al mismo tiempo.

1. ¿Por qué quieren algunas personas entrar en un grupo que practica violencia terrorista? (Para responder, deberá recurrirse a lo que declaren algunos terroristas en entrevistas o autobiografías, con el fin de complementar el desarrollo de teorías plausibles y verificables.)
2. ¿Cómo llegan a involucrarse estas personas? (La distinción entre esta pregunta y la anterior será fundamental para tratar de llevar adelante la investigación.)
3. ¿Qué tareas realizan cuando se convierten en miembros del grupo? (Aunque en esta pregunta puede ocultarse la suposición de que existen criterios para determinar que alguien pertenece a un grupo cuando ha alcanzado un determinado «estado» o posición.)
4. ¿Cómo y por qué cambia la posición de una persona en la organización terrorista?
5. ¿Cómo y por qué «asimila» la persona los valores y normas del grupo, y cómo y por qué se «acomoda» a circunstancias y condiciones que no esperaba antes de su entrada? (¿Y cómo y por qué diferentes miembros

«asimilan» y se «acomodan» en distintos grados? ¿Se debe ello a características individuales o a los procesos que cada individuo experimenta tras su reclutamiento?)

6. ¿Cómo y por qué cometen los miembros ciertos actos violentos? (Es decir, ¿se «endurecen» a causa de la experiencia?)
7. ¿Cómo y por qué influyen en otros miembros en distintas fases de su participación y de la de los demás? (¿Y cómo y por qué influyen otros en ellos?)
8. ¿Cómo y por qué acaban deseando o viéndose impelidos a abandonar las actividades terroristas, pasar a otras actividades no violentas, pero relevantes, o salir totalmente de la organización?

Es importante y relevante de cara a la formulación de estrategias de respuesta orientadas a cualquiera de las fases del proceso señalar que cada una de estas preguntas (a) hace referencia a problemas no necesariamente relacionados entre sí y (b) tiene respuestas que no necesariamente influyen unas en otras. Este razonamiento es coherente con la perspectiva de la elección racional y, además, se deriva de los mismos problemas que han entorpecido

el avance de la criminología durante mucho tiempo; todas estas preguntas pueden, por ejemplo, ilustrar la confusión que rodea a interrogantes como «¿qué hace a un criminal?» o «¿qué hace a un delincuente?».

La explicación de por qué la gente pueda desear involucrarse en el terrorismo puede guardar poca relación, pues, con la de qué es lo que hacen (o se les permite hacer, como veremos) cuando son terroristas, o cómo llegan a participar y a mantenerse implicados en operaciones terroristas concretas. Del mismo modo, el por qué permanecen los terroristas integrados en una organización puede tener poco o nada que ver con los motivos que les acaben llevando a no participar más en operaciones terroristas, a abandonar la organización terrorista o incluso a desentenderse totalmente del movimiento social en el que ésta se integra (como veremos en el capítulo 7, aún no se ha determinado cómo establecer prioridades siquiera en los proyectos bien enfocados y estructurados dentro de estrategias antiterroristas concretas).

La conferencia sobre «Root Causes of Terrorism» (Causas últimas del terrorismo), celebrada en Oslo en junio de 2003[7], abordó problemas similares a éstos.

Los terroristas saben muy bien cómo identificar y publicitar lo que perciben como agravios legítimos, pero hasta ahora se habían hecho pocos esfuerzos por averiguar los vínculos existentes entre las causas del terrorismo y la aparición de éste. Normalmente el terrorismo emerge en asociación con las siguientes «causas últimas»[8]:

- Falta de democracia, libertades civiles y respeto a la ley.
- Estados débiles o fallidos.
- Modernización rápida.
- Ideologías extremistas de tipo religioso o secular.
- Antecedentes históricos de violencia política, guerras civiles, revoluciones, dictaduras u ocupaciones.
- Hegemonía del poder y reparto desigual de éste.
- Gobiernos corruptos o ilegítimos.
- Factores externos poderosos que mantienen en el poder a un gobierno ilegítimo.
- Represión por parte de fuerzas de ocupación extranjera o potencias coloniales.
- Experiencias de discriminación basada en

orígenes étnicos o religiosos.
- No integración en el estado de grupos disidentes o clases sociales emergentes.
- Experiencias de injusticia social.
- Presencia de líderes ideológicos carismáticos.
- Sucesos desencadenantes.

No entraremos ahora en un repaso de la historia del terrorismo, ya que es algo que se ha hecho numerosas veces con gran detalle en otras obras. Sin embargo, para los propósitos que nos ocupan y los razonamientos que desarrollaremos más adelantes, es necesario prestar atención a algunas cuestiones importantes. Existe la creencia popular de que si se solventan las «causas últimas» del terrorismo, se reduce en gran medida la amenaza de la violencia política, ya que es un esfuerzo aparentemente razonable por resolver el problema. Muchas organizaciones terroristas aseguran combatir las injusticias cometidas contra una comunidad; cuando el estado responde con dureza a la amenaza terrorista, muchas veces genera simpatías por la violencia política. Esta interpretación de los hechos supone una relación causa-efecto ingenua y simplista que, en realidad, no existe. No debemos suponer que la identificación de las causas últimas del terrorismo

nos permita creer que los terroristas son actores pasivos. Sabemos que el terrorismo a menudo se basa en «agravios virtuales» o imaginarios; las organizaciones terroristas pueden llegar a ser muy hábiles para alterar la identidad y la naturaleza de las injusticias «reales» que se identifiquen en un momento u otro de la historia y presentarlas siempre desde una óptica positiva conjuntamente con sus otras demandas públicas. Una lista representativa de las injusticias denunciadas por grupos terroristas sumaría miles de elementos. Los asistentes a la conferencia de Oslo coincidieron en que estos factores deben verse como condiciones previas que, según Björgo[9], «allanan el terreno para el terrorismo a largo plazo [...] y producen una amplia gama de resultados sociales, uno de los cuales es el terrorismo. Las condiciones previas no bastan por sí mismas para provocar la aparición de terrorismo».

Al analizar críticamente la utilidad y la relevancia de identificar las causas últimas del terrorismo, no se trata de minimizar la gravedad de los problemas; está claro que éstos deben resolverse, aunque no a consecuencia de su asociación con el terrorismo. Las disquisiciones que tratan de justificar el terrorismo únicamente en la pobreza o los conflictos civiles

pasan por alto los atributos fundamentales del terrorismo que se han visto en el capítulo 1, a saber, que se trata de una estrategia disponible para cualquier grupo, sean cuales sean su historia y su motivación política. Técnicamente, el terrorismo puede provenir de cualquier lugar y cualquier grupo social. La existencia de las condiciones previas y la falta de solución para ellas eleva el riesgo de que surjan movimientos terroristas, lo que, en combinación con sucesos desencadenantes, como episodios de brutalidad policial, masacres u otras provocaciones, hace mucho más probable que se opte por el terrorismo para influir en el curso de los acontecimientos o detenerlo, lo que de paso comporta la aparición de otros efectos del terrorismo. Es más apropiado considerar dichas causas últimas o raíces del terrorismo como condiciones previas o factores potencialmente desencadenantes del terrorismo. Las nociones de causalidad no sirven de ayuda y presuponen cierto valor predictivo que distorsiona la complejidad del terrorismo y de los factores estratégicos en que se basa la decisión de adoptar el terrorismo como táctica específica o como estrategia general de protesta violenta. Como veremos en el capítulo 6, en el contexto del abandono

del terrorismo, una característica de las campañas terroristas a la que se ha prestado poca atención es que normalmente se mantienen por causas que difieren significativamente de las que dieron pie a la formación del grupo en sus orígenes.

Para avanzar más en esta argumentación, es importante señalar que las causas últimas aparecen sobre todo cuando se trata de responder a los porqués antes formulados (por ejemplo, ¿por qué se convierte alguien en terrorista?). En contraste, las cuestiones alrededor de «cómo» pueden dar una idea más clara de los factores que influyen para que las personas se involucren en actividades terroristas.

A menos que estas distinciones se realicen de forma explícita, es posible que al preguntar cuáles son las causas últimas del terrorismo en realidad tratemos de forzar que una sola teoría explique tanto las posibles «rutas por las que un individuo llegue al terrorismo, evolucione en el interior del movimiento y acabe saliendo de éste» como la respuesta a otras preguntas; además, tal vez sea necesario diferenciar entre cómo y por qué una persona se une a un grupo terrorista que ya existe, y cómo y por qué una persona se une a un grupo que desea crear una organización terrorista o, al menos, a un grupo que

acaba optando por el terrorismo como táctica dentro de su estrategia. En otras palabras, si no hacemos las preguntas correctas no llegaremos a respuestas útiles. De la misma forma, la pregunta «¿cómo se puede evitar el terrorismo?» puede ser igual de compleja que la de «¿qué causa el terrorismo?».

Estas distinciones también son relevantes para apartarse de los intentos de explicar el cómo y el porqué que han recurrido a los mismos razonamientos que ha propuesto la literatura psicológica, como se ha descrito en el capítulo anterior. Una vez más, estas teorías tienden a suponer que el terrorismo refleja la existencia de un movimiento social atípico o una amenaza homogénea derivada de un origen igual de homogéneo. En cambio, podemos comenzar a concebir la entrada en el terrorismo como un proceso susceptible a y limitado por, entre otras cosas, factores psicológicos y estratégicos en cada una de las fases y grados de implicación que examinemos. La concepción del terrorismo como un proceso refleja su complejidad, pero ayuda a priorizar las preguntas que es necesario formular y a enfocar mejor las decisiones políticas y la asignación de recursos, que, en definitiva, constituyen la respuesta al terrorismo.

Respuestas a por qué algunas personas se convierten en terroristas

Aunque en el capítulo 3 se haya dejado claro que las explicaciones de los terroristas sobre sus actividades deben escucharse con más atención para tener una idea de cómo llegan a implicarse en el terrorismo (y, de paso, evitar los diagnósticos que solían emitir los primeros estudios), el análisis de casos individuales resulta útil no para inferir rasgos de personalidad, sino para identificar paralelismos en el desarrollo de la implicación en un grupo terrorista. Por evidente que parezca, para entender por qué ciertas personas se involucran en actividades terroristas hay que preguntar, si es posible, a quienes pertenecen o han pertenecido a este tipo de organizaciones. Como se ha visto en el capítulo 2, es posible reunirse con terroristas y hablar con ellos (y, a tenor de la literatura especializada, cada vez parece ser menos dificultoso). Un alto cargo del IRA Provisional aceptó entrevistarse con el autor de este libro, y a continuación se cita un extracto de sus declaraciones relevante para avanzar en el tema que nos ocupa. La pregunta que se le había hecho era sencilla: «¿por qué se unió al IRA?»:

Crecí en una familia apolítica. Mi madre votaba a los republicanos, pero eso era todo. Mi padre era apolítico y casi nunca votaba, al menos de forma fija, supongo. Creo que probablemente mi primera aproximación a todo esto llegó cuando iba a la escuela primaria. Siempre me interesó muchísimo la historia de Irlanda, y esta inquietud duró varios años, hasta entrar en secundaria. La historia que nos enseñaban en aquellos tiempos era fascinante. Nos explicaban la historia de Brian Boru, la huida de los condes (de 1607), hasta la Rebelión de 1916, por supuesto. Siempre me había interesado enormemente la historia, pero hasta que surgieron los problemas en los seis condados no […] me encontré […] siendo consciente, y cada vez más y más […] comprometido. Bien, supongo que nuestra idea del conflicto, o nuestra politización, es algo que va creciendo durante toda la vida. Ya sé que varía, claro, pero, para mí, ver a los B Specials [una fuerza de policía paramilitar de reserva de Irlanda del Norte] y la RUC [Royal Ulster Constabulary, el servicio de policía de Irlanda del Norte] apaleando a nacionalistas

en plena calle en Derry fue un factor determinante para que me alistase en el movimiento republicano. Cuando comencé a asistir a manifestaciones republicanas y cosas así, se despertó en mí un tipo de compromiso, creo, en mi conciencia. Un compromiso que después me dediqué a cultivar. Tardé un tiempo, pero sí, me involucré entonces como, eh, activista republicano. Para mí, «terrorismo» es una palabra fea, y nunca […] me he considerado terrorista, pero, eh, sigo siendo activista hoy día. Dicho esto, siempre he creído que lo que fue mi motivación emocional del principio de alguna forma se convirtió en una comprensión más amplia del conflicto. Y también, el hecho de que hoy no tendría la misma respuesta emocional que tuve entonces […] ahora es más profunda, no sé si me entiende. Diría que hoy día aún continúa evolucionando.

Este individuo fue condenado por diversos intentos de asesinato, intento de secuestro, posesión de armas y pertenencia a organización ilegal, y fue excarcelado en 1994 por el gobierno británico dentro

del acuerdo para la liberación adelantada de prisioneros. En el momento de la entrevista ya había cumplido dos condenas largas en prisión (y, a pesar de ello, continúa viéndose a sí mismo y a su militancia en el IRA Provisional como parte de un proceso de politización «que aún continúa», detalle sobre el que volveremos más tarde). Distintos aspectos de estas declaraciones sugieren las siguientes conclusiones:

1. Los sucesos que experimentó indirectamente tuvieron para él suficiente importancia para percibirlos como catalizadores de su entrada en el IRA Provisional. Sin embargo, esto sólo parece cobrar importancia en el contexto de las actividades que ya realizaba (es decir, su participación en manifestaciones en Irlanda del Norte) junto con algunas de sus experiencias escolares anteriores (las lecciones y sus percepciones sobre la historia de Irlanda), además de lo que él identifica como un estado emocional (una «sensibilidad» emocional), que podría sugerir que la disposición aumenta en combinación con los factores anteriores.
2. Parece darse una profunda sensación de

moralidad personal y de identificación con las víctimas del conflicto.

3. Las circunstancias y referencias a las condiciones sociopolíticas generales se describen de una forma muy básica y simplista.
4. En relación con (2) en concreto, parece asociarse una necesidad urgente de acción y una sensación de que las acciones de respuesta son inevitables.

Catalizadores como factores primarios de la implicación

Quienes se involucran en el terrorismo suelen dar por supuesta la existencia de un suceso «catalizador» de su militancia; en el caso que acabamos de ver, fue asistir a la violación de los derechos civiles de la población nacionalista de Irlanda del Norte. Se trata de una descripción alternativa de los posibles factores desencadenantes en general y refleja un esfuerzo por señalar acontecimientos concretos que «empujaron» al individuo hacia el contacto con el grupo terrorista. Un ejemplo conocido en Irlanda del

Norte fueron los sucesos que dieron en conocerse como el Bloody Sunday o Domingo Sangriento. El 30 de enero de 1972, el Regimiento de Paracaidistas del ejército británico abrió fuego contra los participantes en una manifestación por los derechos civiles que las autoridades del momento habían declarado ilegal y mató a trece civiles desarmados. Esto impulsó a muchos republicanos irlandeses a tratar de militar en el IRA Provisional.

En el recuerdo, dichos acontecimientos poseen un gran significado para los entrevistados, pero aunque algunos puedan haber tenido cierta experiencia personal de la represión de una forma u otra, para otros ésta no tiene por qué ser una experiencia próxima, ni siquiera real; en el caso de la persona antes entrevistada, la experiencia del sufrimiento de otros era más distante. Lo que es real, no obstante, parece ser algo que podría caracterizarse como una sensación de identificación colectiva con las víctimas y, a menudo, una dedicación férrea y resuelta a la preservación de la memoria del acontecimiento en concreto. Con todo, tratar de identificar sucesos catalizadores que unifiquen unos factores «impulsores» podría ser engañoso. Podría ser más útil analizar cómo y por qué ciertas personas

se sienten afectadas individualmente y experimentan dichos sucesos como catalizadores hacia un compromiso mis firme (más adelante analizaremos la idea de que tal predisposición pueda explicarse con la existencia de ciertas experiencias de aprendizaje o socialización).

Si nos basamos únicamente en versiones personales no contrastadas procedentes de entrevistas u otras fuentes, como autobiografías, corremos un riesgo muy real de que los análisis otorguen una importancia excesiva a determinados aspectos de la vida del terrorista, o al significado de los supuestos acontecimientos catalizadores. En especial en las autobiografías ciertos episodios suelen recordarse con mucha mayor claridad y lujo de detalles que las fases de la evolución y socialización graduales que condujeron hacia la militancia y la participación en actividades relacionadas con el terrorismo. Tal vez las personas tengan tendencia a emplear hechos concretos como factores explicativos y, con la ventaja de contar con perspectiva histórica, responsabilicen de parte de su historia a fuerzas externas. De esta forma se reduce su responsabilidad personal, algo que sirve de gran ayuda para minimizar la incomodidad que puedan sentir cuando se les

confronta con las consecuencias de sus propios actos. La tendencia a culpar a los enemigos del comportamiento propio refleja un sesgo de atribución de responsabilidad que funciona como un poderoso mecanismo de control para tratar de legitimar la propia conducta en el pasado y el posible comportamiento futuro.

Para apreciar mejor la relevancia de esta cuestión, Cordes[10] y Taylor y Quayle[11] han logrado identificar en la percepción propia de estos sujetos ciertos puntos comunes que ayudan a comprender el desarrollo de la militancia en el terrorismo; estos puntos reflejan la importancia del uso del lenguaje por parte de los terroristas en general[12]. Taylor y Quayle[13] han señalado que los terroristas consideran su participación en la violencia como una «reacción que ha sido provocada», necesaria como «defensa» contra un «enemigo». Con independencia de la naturaleza del grupo, esta razón siempre se presenta para justificar la militancia. Por supuesto, es imposible verificar si estas personas habrían esgrimido estas justificaciones si no hubieran militado en una organización y hubieran formado parte de un grupo terrorista. La entrevista reseñada anteriormente ilustra algo que se sabe bien: muchos

terroristas activos se politizan y radicalizan cada vez más con el paso del tiempo dentro de la organización, y tal vez especialmente cuando están en prisión.

Aunque los terroristas aprendan a justificar con habilidad su participación en actividades terroristas como una reacción defensiva, pocas veces hablan con la misma locuacidad acerca de los atractivos y las ventajas asociados a la pertenencia a un grupo terrorista (por ejemplo, estatus, poder, sentimientos de identidad y camaradería, sensaciones personales de emoción y excitación que acompañan al nuevo rol, adoración por parte de la comunidad de simpatizantes y, en algunos casos aislados, incluso ganancias económicas).

El terrorista de la entrevista anterior hace referencia a la «conciencia» y a un despertar político y moral que le llevan a considerar casi obligatorio el recurso a las armas en defensa de su gente; estos argumentos hacen referencia a una sensación de legitimidad que para muchos terroristas se encuentra arraigada en una identidad y una responsabilidad colectivas. La legitimidad no aparece como justificación individual, sino siempre en el nivel del grupo o de la comunidad víctima de la injusticia. Al decir esto no estamos poniendo en duda la

«sinceridad» de las declaraciones individuales en general, sino que pretendemos recordar que ello puede reflejar otra característica de la implicación en el grupo terrorista o, en un nivel más básico, otro sesgo de juicio que ayuda a justificar la conducta previa del terrorista.

En otro nivel, las motivaciones con las que una persona justifique la violencia y su participación en ella pueden, según Cordes[14], ser más indicativas del uso interno de la propaganda y el control ideológico en la organización que de la integridad de declaraciones. Esto implica que en ocasiones será difícil, si no totalmente imposible, saber cuándo las explicaciones en primera persona sobre la entrada en un movimiento terrorista se derivan de las experiencias vividas por la persona y cuándo responden a una «verdad» que ha aprendido durante su tiempo en la organización. A la vista de declaraciones que parecen dignas de crédito, puede ser plausible asumir que un terrorista se marca desde el principio unos objetivos «fraternales y no egoístas»[15], pero es más probable que tales declaraciones procedan del aprendizaje adquirido en el curso de la militancia. Lo que permite comprender la importancia que puede tener la retórica que los

terroristas repiten con frecuencia y a la que en muchas ocasiones hacemos caso omiso por considerarla irrelevante. Los terroristas revelan datos sobre sí mismos, según Cordes, a través de la propaganda (en un esfuerzo por persuadir a otros, que a nivel del conjunto del grupo se traduce en declaraciones, comunicados, etcétera), pero también mediante iniciativas de «autopropaganda» que se identifican en ocasiones mucho más contadas y que tienen el objetivo de convencerse y recordarse a sí mismos la rectitud de sus actividades. Queda claro, pues, que no se pueden aceptar los sentimientos fraternales como motivaciones para involucrarse en un movimiento a menos que se considere todo el contexto general de los problemas.

Las declaraciones de quienes aseguran haberse sentido «empujados» al terrorismo por fuerzas externas se caracterizan con frecuencia por el escaso o nulo papel de los atractivos que acercan a los individuos hacia la lucha armada. Los miembros de movimientos terroristas entrevistados por Burgess, Ferguson y Hollywood[16] han ilustrado este hecho de forma clara; ninguno de ellos «ha justificado en creencias personales su participación en protestas pacíficas o violentas». Esto sólo cobra relieve

cuando se analizan con atención las declaraciones o se enfocan de una forma más crítica las entrevistas. El grado en que el control ideológico y la auto-propaganda puedan haber afectado a un terrorista determinado está en función de su falta de propensión a reconocer la existencia de diversas compensaciones reales e imaginarias por unirse al grupo terrorista y de formar parte de algo que conlleva toda una serie de beneficios como los descritos anteriormente. La verdadera trascendencia de los acontecimientos vividos o asumidos como catalizadores debe, pues, contemplarse con cautela: puede que sean importantes básicamente para quien ya esté realizando alguna actividad afín a la ideología del grupo, como, por ejemplo, participar en una manifestación pacífica. De hecho, la importancia global de los sucesos catalizadores como factores desencadenantes sólo puede entenderse en el contexto de otras características de las descripciones ofrecidas por los activistas. En los terroristas entrevistados por Taylor y Quayle, concretamente, la idea de que sencillamente «no había otra elección» era una justificación común para la iniciación en un movimiento terrorista. Las frecuentes referencias a que la violencia era una respuesta inevitable —de

hecho, una forma de autodefensa— a unas condiciones sociales son comunes a todos los grupos terroristas; en los grupos fundamentalistas, este tipo de explicaciones posee una dimensión de conspiración especialmente importante, que normalmente se legitima con referencias claras al grupo o comunidad que es víctima de violencia. Estos problemas se abordarán en mayor detalle en el capítulo 5; por el momento, baste decir que, cuando los propios terroristas señalan la especial importancia de unos sucesos concretos, suelen otorgarles una importancia y un significado que pueden ocultar toda una serie de otras razones personales que tal vez hayan ejercido una influencia directa en el momento de decidirse a entrar en el grupo terrorista.

La identificación: un atractivo y un producto de otras ventajas de la militancia

Algunos autores denominan «señuelos» a los atractivos de pertenecer a un grupo terrorista. Es posible que un terrorista no los mencione en una entrevista o en su autobiografía, ya sea por olvido o por reticencia a admitirlo. Dichos señuelos pueden

considerarse ventajas positivas para quien estrecha los lazos con el grupo terrorista, y pueden ser numerosos, aunque su significado variará en función de cada persona y de la importancia que ésta les conceda.

Es importante entender bien el contexto colectivo para identificar el origen de lo que crea y sostiene tal legitimidad. En este contexto, Post[17] traza una distinción útil para clasificar a los grupos terroristas. En lugar de desarrollar una tipología basada en métodos y motivaciones, este investigador identifica dos grandes tipos en función de sus relaciones con el entorno: Post asegura que cada tipo puede ejercer influencias psicológicas en sus miembros de una forma distinta y, en consecuencia, puede atraer a sus militantes de diferentes formas según el tipo de recompensas que éstos puedan esperar. El primer tipo es el grupo «anárquico-ideológico». Estas organizaciones suelen ser pequeñas y están cosagradas a hacer la revolución y derrocar al régimen político o social, principalmente por motivos ideológicos. Los viejos movimientos terroristas europeos de izquierdas como la Fracción del Ejército Rojo alemana y las Brigadas Rojas italianas serían el ejemplo típico de esta clase de grupo terrorista en el

pasado. Sus miembros se caracterizan por lo que Post describe como una «alienación» de sus familias o comunidades inmediatas.

El segundo tipo de grupo terrorista es el «nacionalista-separatista». El IRA Provisional, con su larga tradición histórica de resistencia contra Inglaterra y el gobierno británico, es un buen ejemplo, en el que la implicación de parientes (como el padre, los tíos, primos, etcétera) de los miembros ha sido un elemento muy presente. Es importante señalar que los miembros de estas organizaciones no están distanciados de sus familias o de las comunidades cuyos intereses aseguran defender. Sin embargo, Post hace un razonamiento importante al respecto de esto: en el contexto de las circunstancias locales, la decisión de involucrarse en protestas violentas, y la implicación en un sentido más general, puede verse como un rito que marca una madurez o una consolidación de la identidad personal dentro de la comunidad general. Este hecho se ha descrito bien en el contexto de la Franja de Gaza y Cisjordania, donde los mártires de Hamas, del Movimiento Islámico de resistencia y otras organizaciones gozan de una alta estima en su comunidad. Hassan[18], que ha entrevistado a muchos militantes de esta región,

describe qué sucede en los barrios palestinos:

> Las aves verdes de los terroristas suicidas aparecen en carteles y grafitis: el lenguaje de la calle. Los calendarios se ilustran con el «mártir del mes». Los mártires aparecen en el Paraíso en pinturas, bajo una bandada de pájaros verdes. Este símbolo se basa en un dicho del profeta Mahoma según el cual los pájaros verdes del Paraíso llevan hasta Alá el alma de los mártires.

Post y Denny[19] realizaron muchas entrevistas a 35 miembros encarcelados de diversos grupos palestinos, especialmente de Hamas y de su brazo armado Izz a-Din al-Qassam. Se sorprendieron ante las similitudes entre las «trayectorias» que conducen al terrorismo, aspecto que pareció especialmente destacable a los investigadores, dada la amplia variedad de antecedentes personales y orígenes de los entrevistados:

> Los héroes de juventud de los terroristas islamistas eran figuras religiosas como el Profeta o el islamista radical wahabí Abudllah

> Azzam; para los terroristas seculares, los ídolos eran héroes revolucionarios como Che Guevara o Fidel Castro. La mayoría de ellos tenía educación secundaria y, algunos, universitaria. En su mayoría, los individuos señalaron que pertenecían a familias respetadas en la comunidad. Todos apuntaban que su familia les apoyaba en su compromiso con la causa.

Estos modelos sirven tanto como fuente de legitimidad para justificar las reacciones violentas (como veremos en el capítulo siguiente, lo que el terrorista percibe como la autoridad desempeña un papel excepcional en el mantenimiento de su compromiso) como para facilitar la entrada en el grupo en general y la participación en actos de violencia. En el análisis de Post y Denny, el contexto social parecía ser la fuente de mayores incentivos a la hora de convertirse en terrorista (a través de la aprobación tanto implícita como explícita de parientes y conocidos), pero las ventajas de involucrarse en el terrorismo quedaron muy claras en las entrevistas de los investigadores a activistas encarcelados:

Quienes perpetraban atentados armados eran considerados héroes y sus familias obtenían una gran cantidad de asistencia material, como la construcción de casas nuevas para reemplazar las destruidas por las autoridades israelís como represalia.

Y:

Toda la familia hizo tanto como pudo por el pueblo palestino, y se ganó un gran respeto por ello. Todos mis hermanos están en la cárcel. Uno cumple cadena perpetua por sus actividades en los batallones de Izz a-Din al-Qassam.

Como describen Post y Denny, la entrada en Fatah o Hamas aumentaba el estatus de los posibles reclutas:

Se trata a los reclutas con un gran respeto. Un joven que pertenecía a Hamas o Fatah merecía una mayor consideración que uno que no pertenecía a ningún grupo, y recibía mejor tratamiento que éste.

Datos similares aparecen en las conversaciones mantenidas con los activistas de Irlanda del Norte. Burgess, Ferguson y Hollywood[20] entrevistaron a un activista que hizo referencia a la importancia asociada a la pertenencia a la resistencia activa:

> Los ídolos de nuestra comunidad lo eran porque lucharon por algo […] En cuanto tus padres, tu profesor y el cura desde el pulpito dicen «Son hombres buenos: libran una lucha justa», rápidamente asimilas que los luchadores son importantes y que lo que dicen tiene que ser verdad. Así, de pronto ya estás al borde de apoyar algo que está en contra del gobierno.

Como antes hemos mencionado brevemente, este estatus no sólo se adquiere dentro del círculo inmediato de los activistas, sino que se extiende a toda la comunidad simpatizante, lo que constituye una ventaja adicional que muy probablemente influye en que el terrorista permanezca en la organización. No sólo se obtiene el beneficio de ser aceptado en el grupo, sino también el estatus y la emoción de saber

el significado que se otorga a su papel dentro de la comunidad. Ello también puede ser un poderoso atractivo parcial para los espectadores.

El entorno comunitario en el que se produce la entrada en el terrorismo puede variar enormemente, en función de la naturaleza del grupo terrorista y de su relación con la comunidad a la que asegura representar. Ocasionalmente, se dan situaciones inusuales en las que la implicación en la contienda se produce de forma contradictoria con el espíritu de asociación voluntaria al grupo. Silke[21] describe que, en algunos casos, y concretamente en las comunidades unionistas de Irlanda del Norte, no sólo era poco corriente que un joven no entrase en los grupos paramilitares locales, sino que de hecho existía una especie de reclutamiento forzoso:

> La UDA obliga a chicos de diecisiete años a entrar en su organización. Si te metes en problemas, te dicen que entres en la UDA. El año pasado, un amigo de diecisiete años de mi hijo lo hizo. Ahora no puede salir. No se atreve a hablar sobre el tema. En general, uno sabe que, si no entra, está perdido.

Esto es inusual y, normalmente, refleja unas condiciones locales concretas o un clima específico en el que por motivos operativos hay que ampliar el concepto de «militancia» (es improbable que los reclutas forzosos de diecisiete años se encarguen de ninguna tarea importante para el gobierno de la organización o el logro de sus objetivos), pero el ejemplo de Silke es importante y suscita indirectamente preguntas sobre qué significa la militancia en general.

En un nivel aún más personal, la sensación de aprobación por parte de otra persona querida puede catalizar la socialización y convertirla en una conducta más extrema. Recordemos al miembro del IRA Provisional citado en el capítulo 3 que afirmaba que «de hecho, tuve mucha suerte de que mi esposa compartiese mis convicciones [políticas]». Según cuáles sean las influencias culturales y la historia del grupo en cuestión, sufrir una herida (ya sea real o imaginaria) puede considerarse como una consecuencia de la militancia que no es negativa, sino positiva. Atran[22] sostiene que los palestinos con frecuencia «invocan a la religión para otorgar a los traumas personales un significado social positivo», por lo que una herida no se ve como un

castigo sino como una «condecoración».

El siguiente extracto corresponde a un exmiembro de la UDA entrevistado por Crawford[23], que expresa un deseo de iniciarse en las actividades alimentado por el apoyo de su esposa:

> Mi esposa y yo salimos a pasear por Agnes Street hacia el final de Shankill Road [una zona ultraprotestante]. El ambiente al final de Shankill era inquietante, muy tenso. Podíamos ver que pasaba algo malo. Había mujeres cuchicheando en grupos o solas en la puerta de su casa, pero no se veían niños ni hombres. Preguntamos a una de las mujeres qué había pasado, y dijo: «Los católicos estuvieron aquí anoche tirando piedras y cócteles molotov para quemarnos» […] En la zona había habido muchas tensiones sectarias y todo el mundo sabía desde hacía tiempo que habría problemas. Entonces [la mujer de la puerta] nos dijo, bastante orgullosa, «nuestros hombres han ido allí [a Bombay Street] y van a arreglarles las cuentas [a los católicos]». Me volví hacia mi mujer y le dije «tengo que ir». Pensaba que tal vez diría que

no, pero no lo hizo. Se limitó a asentir. La señora dijo «ve, majo, no te preocupes por ella, estará bien aquí conmigo». «Ve y haz lo que tienes que hacer; te estará esperando aquí cuando vuelvas».

Aunque, en el recuerdo de este individuo, los sucesos que siguieron a su decisión inicial son el catalizador de su implicación en actividades terroristas, es posible que la aprobación implícita de su mujer, junto con los comentarios de la segunda señora, hayan catalizado su participación en aquel momento y circunstancias determinadas. Sin acceso a declaraciones más completas, no sabremos si este tipo de influencias interviene también en otros momentos y vías de entrada en el terrorismo, pero no por ello deja de ser posible identificar su aparición en los primeros pasos hacia lo que puede acabar convirtiéndose en un compromiso muy estrecho con el grupo.

Otra característica social relevante de las declaraciones personales es que la participación en las actividades terroristas experimenta un crecimiento gradual. En su mayor parte, la forma en que las personas se «convierten» en terroristas refleja un

proceso gradual de compromiso creciente. Se trata de una característica común (aunque no siempre explícita) para muchas personas involucradas en el terrorismo, y, al examinar con atención los testimonios, se percibe que el proceso de implicación se caracteriza por una marginación lenta, pero real, de la sociedad convencional y hacia el extremismo. En las entrevistas a terroristas unionistas de Irlanda del Norte realizadas por Kellen[24] y Taylor[25], aparece un patrón consistente en que al irse involucrando una persona en las actividades de la organización no sólo se iban estrechando sus lazos sociales e ideológicos con ésta, sino que también surgía una desilusión creciente acerca de las soluciones alternativas que corría paralela con la participación en actos que culminaban en su transformación en terrorista. Lo que se considere como una alternativa puede variar de forma considerable, y no necesariamente será identificable, pero la percepción de la persona en cuestión es real y tangible, y le permite realizar este juicio.

Esta sensación de que la entrada en el terrorismo puede componerse de una serie de pasos incrementales (cada uno de los cuales, tomado de forma aislada, parece desprovisto de importancia) es

muy poderosa. Como vimos en el capítulo 3, la tendencia a dejar que el drama que reina alrededor de los atentados condicione nuestra idea de la implicación en el terrorismo puede llegar a nublar nuestro juicio sobre dicho proceso.

Progresión, ritmo, oportunidad y «*timing*»

Al examinar algunas de las características de estas organizaciones sale a la luz un factor que condiciona el ritmo de implicación en el terrorismo. En concreto, ciertos datos muy interesantes de Irlanda del Norte revelan aspectos del papel que desempeñan los líderes terroristas en cómo se abre la vía de entrada a nuevos reclutas. En el caso del IRA Provisional, algunas personas dan a conocer sus intenciones de acceder al grupo, pero pasan varias semanas hasta que el recluta potencial es aceptado por la organización[26]. Cuando llega este momento, el recluta no se embarca necesariamente en las actividades del «servicio activo» durante cierto tiempo. En el seno de la organización deben cubrirse puestos de distintos tipos; uno de ellos es el mencionado servicio activo, que requiere cierto grado

de entrenamiento y disciplina de tipo militar en cuestiones como el manejo de armas, explosivos, etcétera. Las expectativas de cumplir este cometido pueden influir en que un recluta potencial desee entrar en la organización, pero éste puede encontrarse realizando trabajos que revistan mucho menos interés y prestigio; es decir, existen pruebas de que se da un proceso gradual incluso una vez que se es miembro del IRA Provisional, ya que un individuo que entre en la organización con la idea de llegar al servicio activo puede pasar un tiempo dedicándose, por ejemplo, a transportar armas. Puede verse obligado a demostrar su valor para el grupo encargándose de tareas mucho menos importantes (aunque, de forma indirecta, igual de relevantes) antes de ascender a una categoría considerada más prestigiosa, si es que llega a hacerlo, ya que es la cúpula directiva quien toma estas decisiones. Para entenderlo mejor, podemos recordar la entrevista al miembro del IRA Provisional antes mencionado, que decía que su evolución como republicano irlandés todavía estaba en marcha. Aunque está claro que esta persona ya no interviene en operaciones peligrosas del servicio activo, su papel en el Sinn Fein ha cobrado importancia desde su liberación.

La documentación de los movimientos terroristas ofrece una perspectiva interesante, aunque insólita, sobre cómo se asignan los cargos en su seno. El siguiente extracto corresponde a la *Guía de Irlanda para periodistas*[27] antes referenciada, y ha sido escrito por el director de inteligencia del IRA Oficial para su distribución exclusiva entre sus oficiales de inteligencia regionales.

SEGURIDAD INTERNA Y ORGANIZACIÓN

A. 1. Reclutamiento. Esta es una fase vital para el movimiento y para el nuevo recluta, cuya importancia no aprecian suficientemente los oficiales de reclutamiento y otros responsables de la captación de nuevos miembros para todas las ramas del movimiento. La edad, dirección y cualquier otra información fácil de obtener sobre el recluta debe notificarse al oficial de inteligencia al mando en todos y cada uno de los casos; éste debe estudiar el valor presente y futuro del solicitante para el movimiento en función de su ocupación, circunstancias familiares, aficiones, relaciones con otros

grupos y asociaciones, y cualquier habilidad o conocimiento que le otorgue un mayor potencial como miembro secreto que en otra posición. No hace falta explicitar cuáles son las categorías de empleo en la organización.

2. Seguridad. Deben revisarse exhaustivamente los antecedentes de cada recluta para determinar si es apto para convertirse en miembro de la organización, no sólo desde el punto de vista de la seguridad, sino también, y no menos importante, para averiguar su viabilidad política/militar (es decir, si aceptará nuestra política o estará dispuesto a aprender a comprender y aceptar esta política).

Y en una sección posterior:

Cada oficial de inteligencia al mando debe preparar un *dossier* completo de cada miembro en el que se detalle su ocupación, contactos en servicios vitales tanto privados como de propiedad y control público. Este *dossier* debe ponerse a disposición del

director de inteligencia si es necesario. Dicha información es vital para construir una red completa y eficiente en la que se explote al máximo el potencial de información de cada una de las ramas del Movimiento.

Estos ejemplos dan una idea de que las cualidades y el nivel de experiencia de los nuevos reclutas se identifican hasta el punto de que pueden determinar o, al menos, influir mucho en el papel que se les asigne.

Las autobiografías de terroristas[28] también revelan características como las antes descritas. Caracterizan una implicación lenta y gradual en el terrorismo que se plasma en un compromiso personal creciente con las actividades relacionadas con el grupo en cada etapa sucesiva. De hecho, estas autobiografías constatan la existencia de un proceso de socialización gradual y progresión en la implicación, no sólo entre miembros del mismo grupo sino también entre movimientos terroristas de distintos tipos. McCauley y Segal[29] ilustran que, bastante antes de convertirse en los líderes de la Fracción del Ejército Rojo, Ulrike Meinhof y Horst Mahler estaban involucrados en el activismo contra

la proliferación nuclear y en la «Federación de Estudiantes Alemanes Socialistas», respectivamente. Muchos miembros del IRA Provisional de Irlanda del Norte proceden de las filas del Sinn Fein (y algunos vuelven a ocupar cargos en el Sinn Fein a partir de cierto punto), mientras que en España, Clark[30] señala en su estudio de ETA que no sólo aparece un cuadro de socialización gradual que conduce a una implicación creciente, sino que existen ambigüedades en la definición de qué significa ser un etarra:

> El proceso por el que se reclutan nuevos miembros suele ser lento y gradual, y es difícil decir cuándo cruza exactamente un joven el umbral de la pertenencia a ETA […] el proceso por el que un joven vasco se transforma en miembro de ETA es largo y lleno de rodeos en el que se prueban otras alternativas. Incluso el propio reclutamiento sigue un proceso gradual al que muchos etarras potenciales se resisten durante meses o incluso años, antes de acabar cediendo a la llamada a filas.

En Italia, las entrevistas de Alison Jamieson[31] con la exmiembro de las Brigadas Rojas Adriana

Faranda revelan una información excepcional y proporcionan una versión inusualmente lúcida del proceso de iniciación en el terrorismo. Jamieson explica que Faranda entró en política hacia 1968, cuando estudiaba en Roma. Cuando Jamieson le dijo a Faranda que en una ocasión la había oído describir su implicación como algo casi «necesario», la respuesta fue:

> Las cosas nunca llegaron a estar así de claras. Muchísimos otros vivían en Roma al mismo tiempo que yo: chicos de mi edad que no estaban igual de involucrados que yo, ni en la lucha política ni en las elecciones tomadas en los años siguientes. Supongo que en realidad era así como vivía yo los acontecimientos del momento, mi propio punto de vista sobre los problemas, las crisis, las esperanzas y las expectativas que teníamos, además de los sucesos que determinaron aquella trayectoria particular […] hubo muchos pequeños pasos que me condujeron adonde acabé llegando […] no fue ningún gran salto en el sentido real de la palabra. No fue más que otra etapa […] fue una elección.

Las palabras de Faranda son especialmente importantes porque revelan por qué, en cierto nivel, las preguntas acerca de la motivación (las preguntas «¿por qué…?») formuladas en términos de comprender la implicación en el terrorismo son básicamente imposibles de responder (por ejemplo, «supongo que en realidad era así como vivía yo los acontecimientos del momento»). Además, son indicativas de por qué cualquier trayectoria de este tipo se compone de lo que Faranda describe como «muchos pequeños pasos». Esta exterrorista añadió más tarde en la entrevista que, aunque veía su implicación como una serie de «muchos pequeños pasos», reconoce que más tarde se dio cuenta de que había alcanzado un «punto de no retorno». Veremos que ésta es la realidad de la implicación progresiva y la analizaremos en los dos capítulos siguientes. Por el momento, no obstante, cabe señalar que alcanzar un punto de «no retorno», o llegar a ser «miembro», no parece ser el fruto de un camino definido claramente, sino que podría caracterizarse ritualmente: tal vez por medio de la participación en una operación concreta, a partir de la cual la línea virtual entre las actividades de apoyo y la «acción directa» dejaría de ser ambigua.

De nuevo en Irlanda del Norte, White y Falkenberg White[32] entrevistaron a un veterano del IRA Provisional que mencionaba un proceso de «educación» en relación con sus inicios en el movimiento:

> Bueno, es… una progresión, ¿sabe? Al entrar, te dan tareas menos difíciles. Después, al acumular experiencia te ascienden y alguien cubre el sitio que has dejado. Y bueno, luego alguien… es probable que detuviesen o encarcelasen a alguien, o sea que se daba este tipo de progresión junto con el entrenamiento militar hasta que uno acababa participando activamente en operaciones […] Supongo que en total dura seis o siete meses.

Billig[33] describe al miembro de la Fracción del Ejército Rojo llamado «Rolfe», que empezó en la organización como correo y algunos años más tarde había ascendido hasta el servicio activo e intervino en el secuestro y asesinato del empresario alemán Hans Martin Schleyer. Por su parte, Jamieson[34] descubrió procesos similares (aunque más formales)

en las Brigadas Rojas. En esta organización, los intentos de infiltrarse entre los obreros industriales y fundar un movimiento de izquierdas a principios de los setenta dieron lugar a un proceso en el que se fomentaba un movimiento gradual hacia la ilegalidad. Jamieson describe la situación en las fábricas milanesas:

> Un simpatizante recibía el encargo de distribuir documentos propagandísticos de las BR por su departamento de la fabrica, o se encargaba de guardar material, dinero o incluso armas en su casa. Después tal vez le pidieran que hiciera pintadas en la fabrica, dejase mensajes intimidatorios en las oficinas o en el domicilio de los directivos. Esto se conocía como «acciones ilegales individuales».

El «verdadero salto cualitativo», describe Jamieson, llegaba con la preparación del individuo para la acción armada, después de que se siguiera su evolución en una serie de «pruebas».

Otra ventaja para el individuo que va dando los «pequeños pasos» es, en ocasiones, el aprendizaje

de ciertas habilidades, aunque se limiten a la adquisición de la capacidad verbal e intelectual para defender el uso de la violencia y justificarlo diciendo que las circunstancias han hecho inevitable la reacción contra amenazas externas. No debe subestimarse la importancia de esta cuestión, ya que es un factor que suele influir mucho en el mantenimiento prolongado de actividades terroristas. Además, puede insuflarse en el recluta una sensación de control y poder alimentada por la educación formal, el entrenamiento y su aceptación informal por parte de miembros más experimentados. Clark[35] ha señalado que el reclutamiento y la implicación progresiva en ETA siempre van asociados a un mayor apoyo social. Muchas veces, un miembro (normalmente de mayor edad) será la única fuente de apoyo social para el recluta, en una especie de sistema de «compañeros por parejas».

Una vez más, es importante no interpretar estas ventajas como indicativo de alguna deficiencia previa o algún trastorno de personalidad, sino como factores que reafirman la conducta e ilustran el atractivo de entrar en las actividades que se ofrecen o se presentan como accesibles al individuo en alguna fase del proceso. Tal vez no sean totalmente

evidentes o accesibles para un recluta potencial, pero acaban siendo obvias para quien entra en la organización. Y, en general, algunos reclutas potenciales tienen una percepción muy clara de las repercusiones positivas que puede tener su implicación, pero para hacerlas realidad y disfrutarlas plenamente puede ser necesaria una dedicación larga. Esta cuestión será abordada en el contexto del abandono del terrorismo (en algunos casos, las expectativas anteriores a la militancia en la organización pueden acabar siendo irreales, idealistas o inalcanzables).

Considerando todo esto, el conjunto del movimiento terrorista y su entorno parece estar en constante cambio y componerse de actividades, compromisos y grados de militancia de niveles muy distintos. Como describen McCauley y Segal[36], algunos miembros «comienzan a enterarse [...] otros se involucran más, otros están comprometidos firmemente y otros van sintiendo un menor compromiso, y otros están abandonando el movimiento». Desde esta perspectiva podemos ver que los perfiles de terroristas (basados en la identificación de características individuales entre quienes ejercen ciertas funciones) siempre estarán

muy limitados si no tienen en cuenta los variados factores que influyen en cómo y por qué dicha función ha sido atractiva y ha estado al alcance de una persona concreta que formaba parte del grupo terrorista. La cantidad total de terroristas activos de una organización en un momento dado está determinada por toda una serie de factores internos y externos que influyen en el grupo, la organización en general y la cúpula directiva. Desde la perspectiva de la lucha antiterrorista, está claro que es necesaria una capacidad para calibrar las amenazas y riesgos sin tener que regresar a ideas obsoletas como la de contar los miembros activos en función de criterios restringidos y mal informados.

Identificaremos una última característica del compromiso creciente de una persona en un grupo terrorista: los pasos que conducen a una mayor implicación tienen asociados diferentes niveles de prestigio. Como ya hemos visto, existe una gran variedad de cargos y funciones en un grupo terrorista, incluso si es pequeño, y cada una de las posiciones y funciones lleva asociada una carga ideológica. Por problemas de seguridad, existe un número limitado de puestos de servicio activo del IRA Provisional (es decir, los que consisten en

colocar bombas o disparar armas de fuego) y en puestos de terrorista suicida en el caso de Hamas o la Yihad Islámica; las organizaciones deben mantener al mínimo el riesgo de que los cuerpos antiterroristas exploten fallos de seguridad. Sin embargo, limitar las oportunidades de alcanzar estos puestos también tiene un gran valor psicológico. Las entrevistas realizadas por Hassan[37] a miembros de á-Qassam revelaron que, al aceptar a poca gente para las operaciones suicidas, «otros miembros se decepcionan. Tienen que aprender a ser pacientes y esperar la llamada de Alá». Para insistir en la afirmación anterior de que el número de terroristas (es decir, personas implicadas directamente en actividades violentas) es pequeño en relación con el conjunto del movimiento, la cúpula directiva de los grupos terroristas muchas veces añade un valor psicológico a ciertos puestos muy visibles, aparte de la «recompensa» que constituye aceptar a un recluta como miembro. Ello es importante para hacer atractivos ciertos puestos; después de todo, si —dejando a un lado los problemas de seguridad y las cuestiones organizativas— estos puestos estuvieran al alcance de todo el mundo, su prestigio disminuiría de forma acusada. Si aparecen problemas más

generales de militancia «hinchada», según ha señalado Zawodny[38], pueden —aparte de provocar problemas de seguridad— ir en detrimento de la credibilidad tanto a ojos de los enemigos como a los de los amigos.

Apertura a la socialización en el terrorismo: de la personalidad a la predisposición

A continuación, abordaremos otra cuestión destacada. Las condiciones que supuestamente generan terrorismo y los factores que desencadenan este fenómeno violento se aplican a un número muy grande de individuos, todos los cuales conocen de una forma u otra las recompensas potenciales y los atractivos de la militancia en la organización. Entonces, ¿cómo es que sólo unos pocos emprenden el camino de la militancia y acaban convirtiéndose en terroristas al cruzar la línea entre ser un mero simpatizante y participar en actividades como miembro del grupo?

Esta pregunta no sólo ha dado lugar a investigaciones del tipo descrito en el capítulo 3, sino que continúa presente en algunos de los trabajos

empíricos más valiosos que se han elaborado recientemente. Por ejemplo, Barber[39] investigó a 900 adolescentes varones palestinos de religión musulmana y descubrió que, durante la primera Intifada (1987-1993), la participación en la violencia era alta, especialmente en forma de lanzamiento de piedras entre los varones (81%), mientras que dos terceras partes fueron objeto de ataques físicos y disparos. Más del 80% de los entrevistados por Barber reconocieron haber realizado suministros a los activistas, y un porcentaje similar acudió a visitar a las familias de los mártires fallecidos. Con todo, muy pocos de estos jóvenes tienen probabilidades de convertirse en activistas operacionales de alguno de los principales grupos terroristas. En Irlanda del Norte, incluso en las manifestaciones antes descritas, la cantidad de gente implicada directamente con el IRA Provisional fue mínima. La pregunta obvia es ¿por qué?

Dados los datos extraídos de algunas de las entrevistas anteriores, podría ser útil identificar factores que indiquen una mayor «disposición» en cierta gente a la «militancia» que en otra. Por supuesto, sería tentador explicar tal diferencia en función de algún rasgo de personalidad, pero la

realidad guarda una mayor relación con experiencias de aprendizaje individuales e idiosincráticas (y, básicamente, impredecibles).

A falta de investigación empírica sistemática, estas preguntas no pueden responderse completamente de forma fiable, y al tratar de hacerlo se corre el peligro de incurrir en razonamientos de lógica circular. Sin embargo, existen formas de desarrollar posibles respuestas a partir de la consideración de un conjunto de factores que detallamos a continuación. Se trata de experiencias y percepciones que podrían denominarse «inductores de predisposición».

(1) La experiencia del individuo, el grado y la naturaleza de algún tipo de participación previa comprometida (por ejemplo, lanzamiento de piedras contra las fuerzas de seguridad, manifestaciones que hayan producido experiencias vividas como miedo o excitación, etcétera), la extensión del conocimiento previo del grupo o la historia del conflicto, la exposición a los atractivos asociados a la militancia, etcétera.

(2) De forma más específica, la naturaleza y la cantidad de experiencias tempranas del individuo relevantes en relación con el conflicto (por ejemplo,

agresiones de las fuerzas de seguridad sufridas en propia carne o por miembros de la comunidad con la que se identifica el individuo, ya sea la población musulmana, palestina, republicana irlandesa, etcétera).

(3) El contexto de la comunidad y su importancia para el individuo, especialmente en relación con el valor otorgado a la implicación (por ejemplo, podríamos recordar los datos de las entrevistas realizadas por Post y Denny a militantes que concedían importancia al estatus que alcanzaban los militantes en su comunidad).

(4) La naturaleza y el grado de socialización adulta, que puede influir tanto en su apertura a una militancia firme como a los deseos de acogerle por parte del grupo. Por ejemplo, muchos terroristas suicidas son varones solteros de alrededor de veinte años de edad; esta información demográfica puede ser reveladora sobre las oportunidades que la militancia abre para quienes carecen de obligaciones y responsabilidades familiares. Al parecer, Hamas y la Yihad Islámica evitan elegir a jóvenes casados como mártires potenciales y están más dispuestos a seleccionar y «preparar» a solteros que no tengan que mantener a una familia[40]; es probable que el

grupo sea consciente de que la gente joven es más receptiva emocionalmente y que, junto con otros factores, ello puede influir en hacerla más susceptible a los atractivos de la militancia. Por otro lado, no parece que esto haya supuesto un problema para la cúpula directiva del IRA Provisional: «Las esposas de los militantes nunca me han parecido un lastre, ¿sabe? Me parece una gran ayuda tener el apoyo de tu esposa y tu familia, ¿sabe? Diría que estar casado puede ser un estorbo en algunos casos, según el apoyo que te den tu mujer y tu familia»[41]. La importancia de los lazos emocionales del recluta se puede percibir de forma distinta en función de si estos lazos existen ya en el momento del reclutamiento, o si se desarrollan durante una militancia prolongada (aunque los dirigentes consideren un obstáculo —desde el punto de vista de la seguridad y las sospechas, una persona sin lazos emocionales es menos problemática—, pueden ver con buenos ojos que un miembro desarrolle una relación de pareja cuando ya está comprometido con la organización, puesto que ya se habrá amortizado al menos en parte la «inversión» inicial). Naturalmente, también será relevante el hecho de si los dirigentes tienen en mente un puesto determinado para un

recluta concreto en el momento de su captación.

(5) Un sentimiento de insatisfacción o desilusión con las actividades y la imagen del individuo en su entorno. Este factor puede explicar en parte por qué algunos activistas pacíficos evolucionan hacia actos más violentos, y también en qué puede basarse el cambio de puesto de una persona cuando ya es miembro. El sentimiento de insatisfacción se ha interpretado con frecuencia en los análisis como una vulnerabilidad o un defecto de personalidad, pero sería más apropiado y más útil considerarlo como un factor que puede hacer al individuo más influenciable en cualquier coyuntura; en relación con los riesgos del reclutamiento desde el punto de vista de los dirigentes, el punto 3 es especialmente importante. Antes hemos visto que los líderes terroristas confieren un valor psicológico a la militancia para que quien la alcance goce de ciertas ventajas (por ejemplo, prestigio en la comunidad, importancia a los ojos del grupo o —en el caso de los dirigentes terroristas, religiosos, etc.— gran valoración cuando se disfruta de una influencia importante en el grupo).

(6) La naturaleza y la variedad de oportunidades y alternativas a unirse al movimiento. Por ejemplo, la naturaleza de la militancia siempre estará determinada

por alguna capa de dirigentes que funcionarán como resultado de factores internos y externos. Por otro lado, desde la perspectiva del recluta potencial, el temor a represalias de las fuerzas de seguridad puede frenar el salto a actividades ilegales y limitar hasta cierto punto su implicación. En ello pueden influir distintos factores, como las experiencias anteriores y la socialización, tal y como ilustran los puntos 1 y 2, que, por ejemplo, pueden traducirse en miedo a perder el empleo, con las consecuencias familiares y económicas que ello pueda conllevar.

Aunque algunos de estos puntos o todos puedan ser relevantes para los terroristas potenciales, su identificación debe considerarse una hipótesis de trabajo. Estos factores pueden ayudar a comprender por qué la aparente reserva homogénea de «miembros potenciales» expuestos a influencias internas y externas similares produce tan sólo una pequeña cantidad de gente que está abierta a una militancia activa. En este sentido, tal vez sea más adecuado considerarlos como factores de «riesgo» potenciales que pueden emplearse para establecer perfiles individuales o de grupo mucho mejores que los que hoy tratan de utilizarse para explicar mucho más de lo que pueden explicar.

Sin embargo, sigue siendo imposible comprender los factores que influyen en la decisión de involucrarse en el terrorismo fuera del contexto social y organizativo en el que vive el individuo. Debemos recordar, con todo, que estos factores pueden considerarse relevantes en todas las fases y coyunturas por las que pasa lo que podemos considerar la «implicación» del individuo (es decir, desde las actividades claramente legales, como una manifestación pública, hasta las ilegales).

Afirmaciones cruciales

Para desarrollar un modelo del terrorismo como proceso, identificar las claves de cómo se involucra la gente puede ser más valioso que preguntarse por qué lo hace. Básicamente, debemos abandonar las esperanzas de llegar a una respuesta sencilla, y probablemente ingenua, sobre las motivaciones de los terroristas. Taylor y Quayle[42] han comprendido bien esta complejidad en su descripción del terrorismo como:

> A este respecto no difiere de ninguna de las demás cosas que hace la gente. En un sentido, la decisión de dedicarse al terrorismo es como cualquier otra que se tome sobre la vida […] Preguntarse por qué una persona ocupa una posición determinada social, profesional o incluso familiar es una forma fácil, pero engañosa, de plantear un interrogante imposible de responder. Lo que podemos hacer, sin embargo, es identificar los factores de cualquier situación concreta que nos ayuden a comprender por qué se realizan determinadas elecciones en la vida. Este mismo análisis es aplicable al desarrollo del terrorista.

Los factores personales, situacionales y culturales que aparecen en distintas declaraciones y que revelan aspectos del cómo y por qué se implica la gente en un movimiento terrorista normalmente son muy amplios y no parecen guardar ninguna relación práctica: en la mayoría de casos no hay un catalizador claro, ni mucho menos único, que conduzca a involucrarse (y, cuando un individuo señala un catalizador de este tipo, hay que interpretar con

cautela su importancia porque muchas veces camufla los aspectos positivos que conlleva la militancia y, en general, ofrece una imagen incompleta del conjunto de factores que influyen en la decisión de implicarse), y no puede sugerirse si no lo apuntan las declaraciones de los propios terroristas. Está claro que cuando se examinan declaraciones de activistas de todo el mundo se observan diferentes características, con distintos grados de compromiso, control ideológico, etcétera. A veces ello refleja lo bien o mal que articula su discurso cada activista, si ha verbalizado abiertamente la justificación de sus actividades; también suelen observarse declaraciones encuadradas en unas referencias dogmáticas de ideología o espiritualidad tan elaboradas que traslucen poca o ninguna noción de que el activista haya sido consciente de su implicación en el terrorismo[43].

Otro punto en común es una socialización gradual hacia el terrorismo, en la que la implicación se caracteriza por incrementos graduales en el compromiso. En combinación con este hecho, los factores de nivel de grupo tienen una gran importancia de cara a identificar los aspectos positivos de la iniciación en el movimiento, y en

general se observa que la frontera entre los distintos grados de implicación es en muchos casos más psicológica que física (aunque, como veremos en el próximo capítulo, las operaciones terroristas pueden llevar asociado un ritual destinado a garantizar el compromiso con el grupo y sus actividades); la pertenencia al grupo lleva asociado cierto prestigio, especialmente ciertos puestos dentro de él.

Además, existen muchos aspectos positivos de la entrada en el movimiento que suelen pasarse por alto o interpretarse mal: el aprendizaje rápido de algunas habilidades, cierta sensación de poder, de tener un propósito en la vida y de ser importante, una mejor sensación de control que parece reflejar los efectos comunes del control ideológico y la auto-propaganda, el uso de ciertos pasos concretos en el escalafón de la militancia como símbolo de prestigio, una sensación tangible de aceptación en el grupo y, en combinación con todo ello, la adquisición de un estatus real dentro de la comunidad, que muchas veces se expresa en forma de identificación con la comunidad de simpatizantes. Una vez más, hay que señalar que todos y cada uno de estos factores puede influir en el individuo durante cualquiera de las fases de su militancia (como quedará claro en los dos

capítulos siguientes).

Aunque, como ya se ha visto al principio de este capítulo, no es difícil identificar unas condiciones generales para el desarrollo de un ambiente que dé lugar a actividades terroristas, es muy poca la gente que participa en ellas. Se han descrito factores que pueden servir de ayuda para comprender por qué algunas personas muestran mayor predisposición que otras hacia la militancia (incluso dentro de un mismo grupo de gente en el que todos sus miembros hayan vivido las mismas condiciones que supuestamente pueden generar terrorismo); sin embargo, la capacidad predictiva de tales factores no puede comprobarse sin una labor de investigación más desarrollada.

La complicada realidad de lo que implica «convertirse en terrorista» justifica que ésta se estudie pensando en ella como un proceso. La complejidad de las biografías, los problemas asociados a dar por sentada la sinceridad de las declaraciones, etc., puede ser abrumadora, pero podemos identificar ciertas características psicológicas básicas de qué implica convertirse en terrorista. La militancia debe entenderse como un desarrollo que se basa en aspectos atractivos y

positivos cuya importancia varía en función de cada individuo, de cada grupo y de la relación entre ambos y el entorno que los rodea. La realidad es que en la socialización que conduce a un individuo a involucrarse —intencionadamente o no— en un movimiento terrorista pueden influir muchos factores, que a menudo se combinan de formas tan complejas que puede resultar difícil delinearlas.

El capítulo siguiente extiende el análisis a las influencias del grupo y la organización sobre el miembro que aparecen cuando se intensifica la militancia y, en especial, cuando empieza su participación en operaciones terroristas.

5

Ser terrorista

Si bien en cierta forma es difícil distinguir claramente entre el proceso de «convertirse en terrorista» y el de «ser terrorista», se puede caracterizar el segundo como una militancia prolongada o, en términos más tangibles, se puede identificar a través de la participación en actividades terroristas concretas. En el contexto de la delincuencia ordinaria, los sistemas legales solamente se aplican a quienes han cometido un delito; en el contexto del terrorismo, el problema es que en muchas ocasiones la cuestión no es lo que haya hecho una persona, sino que se desplaza hacia una noción general de pertenencia, asociación o afiliación a un grupo.

Desde el 11-S, el problema de identificar al terrorista se ha vuelto extremadamente confuso, y algunas de sus características han pasado de forma inadvertida a estar en primera línea del debate político. Donald Rumsfeld, secretario de Defensa de Estados Unidos, sugirió formular un «nuevo vocabulario» para la «guerra contra el terrorismo» y la doctrina de «lucha preventiva» de la administración Bush[1]. Sería peligroso pasar por alto cómo impacta el uso del lenguaje en la identificación del terrorismo y los terroristas, ya que se trata de una cuestión de enorme importancia que tiene el potencial de mejorar o entorpecer mucho nuestra comprensión de los procesos que comporta.

De hecho, vale la pena analizar más a fondo este concepto. La relación entre el terrorista y su entorno es primordial para comprender la relevancia de nuestro análisis sobre qué o quién es un terrorista, y ello se ha puesto de relieve a menudo desde el 11-S. Una vez más, la cuestión no es tanto la legitimidad de la propia etiqueta de «terrorista» como la gestión y la envergadura del problema. En los días posteriores a los atroces atentados de Al Qaeda, el presidente Bush pronunció una serie de discursos importantes para lograr el apoyo de la opinión pública

estadounidense y mundial a su futura campaña. En una misma semana, se repitieron en varios discursos presidenciales unas advertencias muy importantes: «cualquiera que dé cobijo a un terrorista o que promueva el terrorismo tendrá que rendir cuentas», «hablamos de quienes les han dado alimentos, techo y un refugio», «es otro tipo de batalla [...] otro tipo de campo de batalla», «si le das refugio a un terrorista, ayudas a un terrorista, escondes a terroristas, eres igual de culpable que los terroristas»[2]. Dado que en aquel momento se produjo un claro abandono público de las negociaciones políticas, podría decirse que en el corazón de tales ideas se hallaba la creencia en que ciertos tipos de protesta o discrepancia no son legítimos. De la misma forma, esto revela un cambio en el concepto de la «conducta terrorista» que amplía la noción de quiénes son terroristas y qué hacen. Aunque tal vez no fuera la intención de los discursos de Bush, la pregunta «¿qué es un terrorista?» se formuló de forma muy clara y concreta, y los objetivos de la lucha antiterrorista pasaron de pronto a ser mucho más específicos, tanto antes como durante la guerra al terrorismo y la segunda guerra del Golfo.

Esta desviación de la idea del terrorismo como consistente en «hacer algo» hacia la de que también es una asociación o una forma indirecta de ayudar a alguien genera confusión en la definición y en el concepto de qué es la implicación en el terrorismo. Los recientes hechos de la base de Guantánamo lo ilustran bien.

Estas distinciones, si pueden llamarse así, son tal vez características de las formas en que pueden concebirse posibles respuestas legales a hechos identificables. La tendencia de las leyes a considerarse a sí mismas absolutas puede que haya exagerado la confusión en la definición, lo que produce una confusión aún mayor al respecto de distinguir entre cuándo «es» alguien un terrorista y cuándo no.

Implicación intensificada y prolongada

Aquí puede ser útil recordar la dirección del modelo que se ha elaborado en estos capítulos del terrorismo como proceso. En concordancia con la mencionada teoría de la elección racional, desarrollaremos ahora el postulado de que los

factores que influyen en por qué la gente mantiene su condición de militante de una organización terrorista pueden distinguirse de las razones que les llevaron a unirse a ella, y también de las razones por las que algunos militantes abandonan la militancia y el terrorismo, así como de los factores que influyen en la perpetración de actos de terrorismo concretos.

En un análisis rápido de los factores que impulsan a enrolarse en un grupo terrorista, resulta obvio que el terrorismo es un proceso de grupo. El grupo desempeña un papel importante en la configuración de los procesos de conducta inherentes a la transformación de un individuo en terrorista, pero tal vez aún más en promover la prolongación de la militancia y en fomentar la participación en la violencia. El contexto inmediato a la militancia del individuo es determinante (o, como mínimo, muy influyente) en la participación en atentados terroristas y en la toma de las decisiones anteriores y posteriores a los atentados. Además, la participación en atentados terroristas puede pesar mucho en cómo se desarrolle y evolucione la militancia de un individuo, y en cómo reaccione éste ante esas evoluciones. Podemos, pues, estudiar si la complejidad de los actos de terrorismo puede servir

para comprender los roles y las tareas de quienes se involucran directa o indirectamente en él.

Este capítulo examinará dos dimensiones importantes de esta militancia. En primer lugar, consideraremos la conducta terrorista en sí misma y las influencias que pueden intervenir en su actividad. En segundo lugar, trataremos de identificar los factores relevantes que dan lugar a algunas de las características psicológicas y sociales o las consecuencias de participar en actividades terroristas y, en general, mantener la condición de militante.

El ciclo de un atentado: examen inicial de la conducta terrorista

Una de las ideas centrales de los análisis presentados en este libro hasta ahora ha sido, como acabamos de subrayar una vez más, que el terrorismo es una actividad compleja y, por tanto, para comprenderlo no se puede soslayar dicha complejidad. Hay que considerar que cada atentado o incidente terrorista que se examine es, en cierto sentido, único, y posee su propio contexto dinámico y su propia lógica. De la misma forma, también

podemos concebir los incidentes terroristas en general como parte de un progreso en la historia del grupo terrorista a través de una serie de etapas, con una historia natural desde su concepción hasta su consumación. Pensar de esta forma en los «sucesos» puede ser de ayuda para comprender mejor las cuestiones implicadas. De forma similar, los incidentes terroristas no tienen lugar en el vacío, sino dentro de unas coordenadas organizativas, políticas y sociales que pueden influir en la naturaleza, la dirección y la extensión de una actividad determinada del grupo. A partir de aquí, trataremos de caracterizar la historia natural de un acto terrorista en forma de proceso o de una serie de fases. Al hacerlo, presentaremos informalmente las características más destacadas de estos incidentes; después procederemos a desarrollar el marco de trabajo analítico más formal propuesto hasta hoy, que se basará en identificar qué procesos de relaciones psicológicas y sociales propios del «ser» terrorista acompañan al incidente y son consecuencia de él.

Para empezar, pocas veces es cierto que un terrorista lleve a cabo un atentado de forma aislada. Excepto en los grupos más pequeños de disidentes, el terrorismo tiende a ser una actividad organizada en

la que interviene cierto número de personas que desempeñan distintos papeles y funciones, algunos relevantes de cara a la operación y otros meramente de apoyo. En algunos de los movimientos más grandes, como Al Qaeda, Hamas o ETA, existe una importante especialización de funciones en la coordinación, organización y ejecución de cada acto, y también en la utilización del atentado dentro de los objetivos generales organizativos y políticos del grupo (como, por ejemplo, demostró Al Qaeda de forma bastante dramática con las bombas de la estación madrileña de Atocha el 11 de marzo de 2004, atentado al que en adelante se hará referencia como «11-M»). Para tratar de comprender este hecho, podemos considerar la historia natural de un incidente terrorista como un proceso dividido en distintas fases que se analizarán por separado.

Se pueden identificar cuatro fases concretas:

(A) Decisión y búsqueda: selección de blanco y «preterrorismo»
(B) Preparación o actividad «preterrorista»
(C) Ejecución del atentado
(D) Actividades posteriores al atentado y análisis estratégico

(A) Decisión y búsqueda: selección de blanco y «preterrorismo»

La selección del blanco concreto de un atentado y la identificación de los medios necesarios para llevarlo a cabo conforman el primer paso importante del ciclo del atentado terrorista. Los blancos no son aleatorios, sino siempre deliberados. Esto puede ser más evidente cuando se ataca a una personalidad política importante (por ejemplo, el movimiento de los Tigres Tamiles de Sri Lanka ha asesinado a dos jefes de estado) o a los miembros o las propiedades de una institución simbólica (es decir, soldados, agentes de policía, una embajada o un banco extranjero). Puede no ser tan evidente cuando la víctima individual no posee ningún significado especial y ha tenido la mala suerte de estar donde ha estallado una bomba.

Veamos una serie de ejemplos para ilustrar la variedad posible de blancos seleccionados. En verano de 1996 estallaron una serie de bombas en distintos lugares turísticos de España. El 20 de julio una bomba hirió a 35 turistas de vacaciones en el aeropuerto de Reus (Tarragona). También estallaron otras bombas que no dejaron heridos, una de ellas en la taquilla de entrada a la Alhambra de Granada. En la

costa del sur los terroristas detonaron bombas de menor potencia, precedidas por los correspondientes avisos para evitar que se produjeran víctimas. Por una parte, estos atentados contra la importante industria turística española se enmarcan dentro de la campaña de treinta años de ETA contra el gobierno español, pero también debe tenerse en cuenta el contexto del ascenso al poder de la derecha en el país, y deben entenderse como un intento de forzar negociaciones entre ETA y el gobierno.

Al mismo tiempo que en lugares de interés turístico se producían estos atentados de motivación abiertamente política, en la localidad vasca de Ordizia miembros de ETA mataron a tiros al empresario de la construcción Isidro Usabiaga. Le dispararon en el rostro, el abdomen y la pierna cuando volvía a casa de una fiesta popular. Este atentado no estaba vinculado a los realizados contra la industria turística; las autoridades locales del momento dijeron que Usabiaga había entrado en la lista negra de ETA por negarse a pagar el denominado «impuesto revolucionario», una táctica de extorsión que forma parte de los medios de financiación del grupo.

Este atentado ilustra otro aspecto de la violencia terrorista: las prioridades no pasan tanto por

perseguir los objetivos políticos del movimiento (aunque puede contribuir a alcanzarlos haciendo proliferar el miedo) como por satisfacer sus necesidades internas y, concretamente, la financiación. Así, en estos ejemplos podemos ver dos grandes factores que influyen en la selección del blanco: el contexto político y las necesidades de la organización.

Mantener en marcha una organización terrorista es una empresa costosa. Se ha estimado que el IRA Provisional, por ejemplo, necesitaba unos ingresos anuales de varios millones de euros para mantener su organización. Otros grupos terroristas de menor envergadura tienen menores necesidades financieras, pero la obtención de armas, el soporte de los diversos rangos de miembros, etc., siempre presentan problemas financieros y logísticos. El IRA Provisional desarrolló una sofisticada variedad de actividades para procurarse ingresos, entre los que hay al menos un ejemplo claro de escolta armada a un cargamento internacional de drogas, así como operaciones de contrabando de tabaco, procesamiento ilegal de gasoil y blanqueo de dinero en Irlanda del Norte, Estados Unidos y la República de Irlanda. Entre las operaciones se cuenta la compra de empresas

legítimas con dinero negro; estas empresas funcionan luego de forma comercial y producen beneficios «legítimos» que revierten en la organización terrorista, aunque también pueden explotarse por medios fraudulentos para maximizar los beneficios y evitar los impuestos hasta que quiebran, se abandonan o se venden. Entre estas empresas «legítimas» ha habido compañías privadas de seguridad y agencias de taxi de Belfast. También ha habido al menos dos compañías de taxi dublinesas, empresas de construcción, tiendas, restaurantes, servicios de mensajería, hostales y establecimientos de automóviles y maquinaria; por último, el IRA Provisional también ha regentado *pubs*: en un momento u otro, al menos uno en la ciudad estadounidense de Boston y pequeños locales de los condados de Dublín, Donegal y Cork, además de otros desperdigados por el país. Una de las fuentes de ingresos más conocidas ha sido el robo a mano armada. Estas actividades realizadas en Irlanda del Norte, la República de Irlanda e Inglaterra han desempeñado durante mucho tiempo un papel primordial en la obtención de dinero en metálico del IRA Provisional, miembros del cual han llevado a cabo diversos atracos bastante audaces en bancos

de la República de Irlanda para financiar la organización.

Un tipo especial de blancos para las organizaciones terroristas es el que sirve para mantener su propia integridad y su control. Los grupos terroristas reconocen la necesidad de ejercer y mantener la disciplina y de preservar la seguridad. Esto puede ser importante en relación con la organización de operaciones, con mantener el control de una localidad o base de operaciones determinada o con la protección contra la infiltración de informadores en la organización. Todos los grupos experimentan problemas de disciplina, y su respuesta siempre pasa por algún tipo de castigo dentro de la organización. En Irlanda, tanto el IRA Provisional como las organizaciones terroristas unionistas han desarrollado elementos internos de seguridad y unidades especiales para atender los problemas de este tipo. Las organizaciones terroristas más pequeñas o menos complejas pueden no disponer del mismo grado de especialización que se da en las irlandesas, pero ejercen dicha función de una forma u otra.

El hecho de que puedan elegirse distintos tipos de blancos con propósitos diferentes, a veces al

mismo tiempo, indica hasta qué punto es el terrorismo contemporáneo una actividad planificada (algo que la situación de Irak posterior a la invasión estadounidense ilustra de forma espectacular). Esto también pone de relieve la importancia de la cúpula directiva en la toma de decisiones estratégicas, el análisis de en qué punto se encuentra la organización y cómo puede alcanzar sus objetivos. Estos se dividen en distintos niveles en función de sofisticados análisis políticos, por un lado, y necesidades de la organización, por el otro. En los grandes grupos terroristas, los dirigentes pueden tener acceso a recursos intelectuales y de planificación considerables (como sucedía claramente en Irlanda) ya sea directamente a través de sus miembros o, lo que es más frecuente, por medio de sus simpatizantes. Cualesquiera que sean las necesidades, sin embargo, para el cumplimiento de los objetivos a largo plazo es importante que toda cúpula directiva resuelva la adquisición de recursos a corto plazo y su asignación a distintos elementos de la organización que pueden entrar en conflicto. Los objetivos a corto plazo, en términos prácticos, son la obtención de mano de obra y recursos. A este respecto, al menos, el terrorismo contemporáneo

tiene mucho en común con la organización de una gran empresa en la que los objetivos financieros se sustituyesen por aspiraciones sociales y políticas.

Una vez más, puede ser útil recurrir a conceptos de la literatura criminológica para poner en contexto esta fase y la siguiente del proceso del terrorismo. Esta primera etapa del ciclo del terrorismo corresponde en muchos sentidos a lo que Maurice Cusson[3] ha denominado la fase de «búsqueda» en su análisis estratégico del delito. La siguiente fase del ciclo terrorista, que aquí denominaremos preparación, equivale a la que Cusson llama «situación predelictiva» y define como «el conjunto de circunstancias externas inmediatamente precedentes y circundantes del episodio delictivo que hacen el delito más o menos difícil, arriesgado y rentable». El proceso de búsqueda consiste básicamente en evaluar y seleccionar. En el caso del terrorismo, puede diferir en parte del delito en dos grandes aspectos: en que persigue objetivos políticos y no financieros, y en que, al ser complejos, los movimientos terroristas suelen ostentar una mayor especialización de funciones que la presente en la mayoría de actividades delictivas.

El uso del término «búsqueda» para caracterizar

esta fase pone de relieve una característica concreta de la relación entre el movimiento terrorista y su entorno. Los servicios de seguridad constituyen el factor que más limita la libertad de acción de los terroristas en el entorno. La interacción recíproca entre terroristas y servicios de seguridad que se da en la fase de «búsqueda» y en la posterior etapa «predelictiva» es un elemento importante en el desarrollo de las tácticas terroristas. Las oportunidades para cometer atentados (como sucede en otros delitos, como las agresiones sexuales) no se dan de forma inadvertida, sino que se desarrollan activamente. La «búsqueda» de situaciones predelictivas apropiadas implica un seguimiento deliberado de los sistemas de protección de los blancos para buscar puntos débiles que explotar.

Para resumir los puntos más importantes, podemos afirmar que:

1. Excepto en las organizaciones terroristas más pequeñas, los atentados son actos de violencia planificados y calculados.
2. Un entorno de dirigentes de algún tipo toma decisiones y marca la dirección de las actividades.
3. La selección de blancos de los terroristas

debe considerarse en el contexto general de las necesidades y los objetivos de la organización que ha cometido el atentado, y en términos de la crítica social y política de la organización terrorista y las restricciones operativas impuestas por las fuerzas de seguridad.

4. El propio acto puede tener un propósito que sea abiertamente crítico o delictivo; muchos blancos individuales o materiales pueden tener un valor directo de tipo político o simbólico (civiles ajenos al conflicto, sus propios militantes, militantes de una organización rival), lo que refleja la compleja dinámica del contexto de la organización terrorista.
5. En términos estratégicos y criminológicos, esta etapa puede caracterizarse como fase de «búsqueda» para una situación predelictiva apropiada que, en este contexto, podría denominarse «preterrorista».

(B) Preparación o actividad «preterrorista»

Tras identificar un blanco (o, lo que es lo mismo, culminar con éxito una fase de búsqueda), el ciclo pasa a la fase de preparación o predelictiva (o tal vez «preterrorista»). En este punto, se deben poner en marcha los preparativos necesarios para explotar el atentado potencial y para hacer posible la ejecución del acto, sea del tipo que sea. Los procesos antes descritos de toma de decisiones ponen de relieve las funciones políticas y de estrategia del mando central de la organización. La preparación de un ataque comporta problemas logísticos y organizativos. Esta fase puede verse como la etapa táctica de un atentado terrorista, en la que, tras fijar un objetivo estratégico, deben identificarse las elecciones y actividades a decidir para llevar a cabo la operación. En la práctica, ambas fases pueden fundirse entre sí, pero es posible identificar por separado las funciones que deben cumplir.

Todo atentado terrorista tiene aspectos financieros, logísticos y de inteligencia. En términos logísticos, alguien tiene que hacer todo lo que haga posible ejecutar el atentado, tiene que saber qué hacer, y tiene que disponer del armamento o equipamiento necesario para hacerlo. La forma más simple de un atentado puede ser un ataque

oportunista como, por ejemplo, disparar de forma improvisada contra un vehículo de la policía a su paso por una zona. Incluso este tipo de atentado requiere algún tipo de estrategia para expresar la intención que hay tras el ataque. La función de inteligencia que hay detrás de un atentado de este tipo será limitada —tal vez sirva cualquier vehículo policial o militar—, pero incluso en este caso sería prudente contar con algún tipo de estructura que avise de la presencia del vehículo en la zona y que preste protección contra un posible segundo vehículo que pudiera acudir en ayuda del primero. Para llevar a cabo el atentado es necesario que al menos una persona posea un arma y sepa utilizarla. Lo que implica la existencia de dos funciones claras: una de gestión de personal (hace falta que alguien haya recibido el entrenamiento necesario para ejecutar el atentado) y otra logística que suministre un arma en buenas condiciones.

En operaciones mucho más complejas, como los ataques del 11-S y el 11-M, estas funciones son mucho más importantes y especializadas: por norma general, como es de esperar, los atentados contra blancos muy concretos están sometidos a muchos más requisitos de inteligencia que los más generales.

Aunque aún sea prematuro analizar la preparación del 11-S por parte de Al Qaeda, podemos identificar muchos otros precedentes en los que tenemos un conocimiento más completo de los hechos. Los preparativos para el espectacular asesinato de Alfred Herrhausen en noviembre de 1989 por parte de la Fracción del Ejército Rojo, por ejemplo, duraron dos meses y comportaron unas actividades de vigilancia complejas y sistemáticas. La bomba hizo explosión cuando el movimiento del automóvil de Herrhausen interrumpió un haz de luz generado por una célula fotoeléctrica colocada a un lado de la calzada. En este caso, la identificación de un punto potencial para colocar una bomba en un coche es menos compleja que, por ejemplo, los preparativos de Al Qaeda para el 11-S, pero aun así requiere una preparación.

La gestión de personal tiene dos funciones generales: la identificación de un individuo o un equipo apropiado para encargarse del atentado, y la constatación de que sepa qué tiene que hacer. Según el caso, las necesidades de gestión de personal pueden limitarse a encontrar una persona que no caiga en el pánico y que tenga la sangre fría necesaria para cumplir la misión. Las operaciones complejas pueden conllevar el reclutamiento de una serie de

especialistas para llevar a cabo el atentado. La selección de terroristas suicidas constituye un problema de gestión de personal diferente y altamente especializado.

En otras ocasiones, la función de personal puede pasar por la colocación de terroristas «durmientes» en puestos de trabajo de la zona donde vaya a atacarse al blanco para «activarlos» cuando sea necesario. Los atentados del IRA Provisional en el Reino Unido efectuados poco después de que dicha organización anunciase el fin de la tregua el 9 de febrero de 1996 parecieron ser obra de personas sin conexión directa con el IRA Provisional. Esta gente fue reclutada, entrenada y ubicada en su lugar para su uso futuro, un proceso que implica un alto grado de organización. El 18 de febrero de 1996 salió a la luz un buen ejemplo de ello cuando Edward O'Brien, un miembro de veintiún años del IRA Provisional procedente de la República de Irlanda, murió a causa de la bomba que transportaba en un autobús de Londres. Al parecer, no se trataba de una operación suicida, y el explosivo detonó de forma prematura. Era la cuarta bomba de una campaña iniciada tras el fin del alto el fuego. O'Brien no era un miembro del IRA Provisional conocido por las fuerzas de

seguridad británicas, y, lo que tal vez sea más sorprendente, ni siquiera su familia sabía que militase en la organización. Sus familiares se enteraron de su pertenencia a ella cuando un oficial de «bienestar social» del IRA Provisional les visitó en su vivienda de Gorey (condado de Wexford) poco después de la explosión. Ni sus vecinos de Londres ni sus amigos y conocidos parecían estar al corriente de ninguna circunstancia sospechosa en relación con el apartamento en el que residía, a pesar de que la policía encontró más tarde instrumentos para preparar bombas en el jardín y debajo del suelo de la casa. O'Brien se había trasladado de Irlanda al Reino Unido en 1994 y comenzó a organizar los preparativos para una campaña de bombas. Además, vale la pena señalar que esto sucedió durante la tregua del IRA Provisional en suelo británico.

El segundo elemento de gestión de personal implica entrenamiento. La mayoría de organizaciones terroristas dispone de algún tipo de capacidad de entrenamiento, e incluso hay pruebas de entrenamiento terrorista estructurado y formal, no sólo a nivel local (por ejemplo, el IRA Provisional ha trabajado con diversos campos de entrenamiento en territorio de la República de Irlanda, especialmente en

lugares como Kerry, al suroeste del país), sino especialmente cuando la campaña terrorista cuenta con el apoyo de la política exterior o de seguridad de un estado. La atención sobre este tipo de «patrocinadores» del terrorismo se multiplicó tras el 11-S con las incursiones lideradas por Estados Unidos en Afganistán e Irak. La veracidad o falsedad de los datos sobre bases terroristas y campos de entrenamiento es difícil de comprobar, y desde que se emplearon pruebas fraudulentas para justificar la invasión de Irak, este tipo de información debe contemplarse de forma aún mucho mis crítica. Sin embargo, no cabe duda de que existe cierto grado de soporte internacional y colaboración en recursos de entrenamiento entre organizaciones terroristas. Por ejemplo, es un hecho conocido que miembros del IRA Provisional han participado en entrenamientos junto con organizaciones palestinas, mientras que el grupo filipino Abu Sayyaf («el portador de la espada») parece haber recibido entrenamiento de Al Qaeda. Recientemente, se cree que el IRA Provisional ha suministrado entrenamiento y formación en selección de blancos a las FARC colombianas. Estos vínculos son indicativos de un nivel de organización y competencia cuyas consecuencias prácticas no se

aprecian suficientemente. También implica la existencia de una fuente de recursos financieros para mantener tanto las bases como el desarrollo de dichas actividades.

Los requisitos de entrenamiento presentes en esta fase del ciclo terrorista ponen de relieve la importancia del desarrollo de habilidades técnicas. El mantenimiento de un arma tal vez no sea una tarea muy compleja, pero el montaje y la colocación de una bomba requieren una mayor pericia. El diseño, la fabricación y la comprobación de una bomba, un paso más del proceso, puede llegar a ser muy complicado. Además, es probable que el explosivo tenga que estar hecho para que lo pueda colocar y activar una persona distinta de la que lo ha fabricado (como suele suceder en las operaciones suicidas). Para ello hacen falta unas habilidades técnicas considerables, amén de equipamiento y explosivos.

Para llegar a ser un montador de bombas competente no necesariamente hay que asistir a un curso de entrenamiento subversivo muy sofisticado. Cualquiera con acceso a Internet puede conseguir sin problemas instrucciones para fabricar estos artefactos, desde dispositivos simples hasta granadas o explosivos complejos. Es muy fácil

conseguir instrucciones relativamente sencillas para montar una bomba con una tubería metálica, como las que han empleado terroristas unionistas en Irlanda del Norte. La efectividad de este tipo de explosivos como arma terrorista quedó muy clara durante los Juegos Olímpicos de 1996 en Atlanta: murieron dos personas y hubo más de un centenar de heridos. El acceso a este tipo de información hace que para cualquier grupo disidente (político o no) sea relativamente sencillo construir este tipo de bombas, hecho que refleja su creciente uso en Estados Unidos. En 1989, el FBI informó de que se habían cometido o intentado cometer 1.699 actos delictivos con bombas. En 1994, esta cifra había ascendido a 3.163. Se produjeron muchos más intentos fallidos. Muchas de estas bombas eran dispositivos sencillos similares al que estalló en Atlanta.

El desarrollo de una capacidad técnica sofisticada puede extenderse a veces en direcciones inesperadas, hasta el punto de que los terroristas pueden acabar fabricando y produciendo su propia munición. En septiembre de 1988, la Royal Ulster Constabulary (la policía de Irlanda del Norte) descubrió en una granja cercana a Ballynahinch (condado de Down) la mayor fábrica ilegal de

armamento jamás hallada en Irlanda del Norte y, posiblemente, en Europa occidental. Pertenecía a la organización terrorista unionista Ulster Defence Association (UDA), y, en el momento de su desarticulación, estaba a punto de finalizar la fabricación de 800 subfusiles ametralladores basados en el diseño israelí del Uzi. Treinta armas estaban terminadas y, en las pruebas posteriores, demostraron ser totalmente funcionales. Sorprendentemente, se ha prestado poca atención a estos hechos en las obras sobre la actividad terrorista en Irlanda del Norte, pero sugieren que la UDA cuenta con una pericia técnica considerable. El IRA Provisional posee una capacidad similar, aunque menos localizada, para producir explosivos y dispositivos propulsores utilizados para fabricar morteros y armas que disparan cohetes.

En resumen pues, dentro de la fase de preparación podemos identificar:

1. La necesidad de identificar blancos, vigilarlos y evaluar los riesgos.
2. La identificación y selección de personal apropiado.
3. Requisitos de entrenamiento general y preparación específica para las características

del blanco.
4. Funciones de diseño, construcción y fabricación de los dispositivos necesarios.
5. Comprobación y preparación de los dispositivos.

Repetimos una vez más que, en términos estratégicos y criminológicos, esta fase puede denominarse «predelictiva» o «preterrorista».

(C) Ejecución del atentado

La ejecución del atentado terrorista —ya pase por detonar explosivos, disparar armas de fuego, secuestrar a alguien u otra actividad— es la única fase de todo el ciclo para la que está prevista una dimensión pública. Pero incluso el propio acto puede concebirse como la sucesión de una serie de pasos, de los cuales sólo uno es la detonación, el tiroteo o la actividad de la que se trate. El atentado presenta ciertos requisitos logísticos que se diferencian de los preparativos generales en que, básicamente, son a corto plazo. Otro elemento muy importante de esta fase son las necesidades de seguridad; debe evitarse

la detección antes de llevar a cabo el atentado, mientras se prepara el equipamiento, se ejecuta la acción y las actividades posteriores que sean necesarias, como la escapada de los terroristas o la destrucción de pruebas comprometedoras. Estos requisitos logísticos y de seguridad determinan y configuran el proceso de llevar a cabo el atentado.

Para analizarlo en mayor detalle, veamos el ejemplo de un atentado con bomba. Si los componentes de la bomba (temporizador, detonador, explosivos) están disponibles, el primer paso consiste en transportarlos al lugar elegido para la explosión. Las bombas pequeñas diseñadas para herir a los transeúntes o para inutilizar un medio de transporte pueden trasladarse a mano. Las bombas grandes requieren algún otro tipo de transporte, normalmente un vehículo. En agosto de 1998, el IRA Real (un grupo escindido del IRA Provisional) colocó una bomba hecha con explosivos caseros en el centro de la localidad de Omagh cuyo peso se estima en más de doscientos kilos. Está claro que una bomba de estas características provoca problemas de transporte, aunque sólo sea por su tamaño. También presenta problemas de seguridad para los terroristas que deban transportarla por la vía pública sin ser

detectados. Para una acción breve como un tiroteo, un coche robado con matrícula falsa es un transporte para los terroristas relativamente seguro. En el caso de los preparativos de la bomba de Omagh, dos miembros del IRA Real sustrajeron un turismo modelo Vauxhall Cavalier en la localidad de Carrickmacross. El robo de un vehículo puede denunciarse, pero es improbable que sea detectado en el breve espacio que toma un atentado con armas de fuego. Por contra, una bomba como la de Omagh comporta una fase de preparación relativamente más prolongada que, por ejemplo, los frecuentes atentados con coche bomba acaecidos en Irak entre mayo y julio de 2004 y, por lo tanto, existen más posibilidades de detectar un vehículo robado. Una bomba de este tamaño debe prepararse en un lugar razonablemente seguro y luego transportarse al escenario del atentado. En este caso, un exfabricante de bombas del IRA Provisional que vive cerca de la frontera irlandesa mezcló los explosivos en una granja con la ayuda de otros tres hombres; una semana antes del atentado, prepararon una versión de pruebas de la bomba y la detonaron en una zona montañosa. En algunas circunstancias, por supuesto, los terroristas pueden adquirir un vehículo de forma legal.

En el caso de un atentado con arma de fuego, el proceder de las distintas organizaciones terroristas puede variar, pero el factor determinante en el proceso siempre es la seguridad. En el caso del IRA Provisional, cuentan con un procedimiento bien desarrollado para mantener el arma separada del individuo que la usará hasta el momento del atentado. De hecho, es probable que la desmonten y oculten por separado las piezas, muchas veces en casas de simpatizantes, y que solamente se ensamblen cuando vaya a tener lugar el atentado. Después de éste, el arma se aleja del escenario, se desmonta y se oculta, con lo que el terrorista queda libre de dicha prueba incriminatoria. En algunos casos, el terrorista puede no saber quién va a ser la víctima hasta el momento del atentado. Tal vez le notifiquen que tiene que hacer un trabajo, pero no necesariamente le explicarán cuál. Las organizaciones que no están muy bien estructuradas tal vez no sigan métodos tan elaborados, pero sí los mismos principios generales.

Todo esto evidencia que el propio ataque es el único elemento de todo el proceso hasta aquí descrito que está concebido para ser público. No obstante, por muy bien preparado que esté todo, los

encargados de la misión deben tener en cuenta la situación del momento. La colocación de la bomba o el disparo del arma tienen que adaptarse a la situación inmediata en la que se encuentre el terrorista. Los dos miembros del IRA Real que transportaron la bomba en el automóvil Vauxhall hasta Omagh fueron acompañados por otros dos hombres en un segundo coche que iba delante por si había controles policiales en la carretera. Ambos coches se mantenían en contacto por medio de teléfonos móviles.

El FBI ilustró bien cómo se enseña a los terroristas a adaptarse a la situación del momento cuando anunció que había descubierto cinco páginas escritas a mano en árabe en una maleta que pertenecía a Muhammad Atta, el líder de los secuestradores del 11-S. La maleta de Atta no se cargó en el vuelo que salió del aeropuerto de Logan; se encontró en Portland (estado de Maine), donde Atta subió al vuelo Boston-Los Angeles que más tarde se estrelló contra el World Trade Center. Este documento era una guía sobre cómo debe comportarse un secuestrador antes y a lo largo del vuelo; hacía referencia a conductas rituales dirigidas a reforzar la determinación de los terroristas y

mantener la concentración durante las fases finales del atentado. El documento enseña a comprobar el equipaje de los miembros del equipo, su indumentaria, su documentación, etc., y en concreto hace referencia a lo que se debe hacer si algún pasajero opone resistencia:

> Si a alguno de vosotros Dios le concede la oportunidad de ofrecerle un sacrificio, debe aprovecharla como una ofrenda en nombre de su padre y su madre, puesto que a ellos se lo debes. No estéis en desacuerdo entre vosotros; escuchad y obedeced.

La palabra árabe utilizada para el «sacrificio» es «zhabiha», procedente del sustantivo «zhabihatun», un término árabe coloquial que significa la matanza de un animal. La orden de invocar a zhabiha y no a «qatala» (cualquier tipo de acto de matanza), explica Raufer[4], sugiere la importancia del ritual:

> Significa cortar la vena yugular de un animal o un ser humano. Se trata de una muerte ritual: la que Abraham estaba a punto de dar a su hijo, al que iba a sacrificar siguiendo las

> órdenes de Dios. Es un acto que requiere proximidad física; se comete con una cuchilla, y tiene que correr la sangre. Es imposible realizarlo desde […] lejos con ningún otro tipo de arma.

En el vuelo de Atta, el vuelo 11 de American Airlines, cuatro de los secuestradores degollaron a un pasajero de primera clase que durante el vuelo estaba sentado cerca de ellos. Por cierto, «zhabiha» también fue la palabra utilizada en la decapitación ritual grabada en vídeo de los contratistas estadounidenses Nicholas Berg y Paul Johnson acontecida en Irak en 2004.

Así pues, el atentado sigue necesariamente una lógica determinada por la situación inmediata, como el paso de transeúntes, la posibilidad de que haya otro vehículo aparcado en el lugar señalado, la resistencia de la víctima, etcétera. Con todo, debemos apuntar que en esta fase el rango de decisiones posibles se limita a seguir adelante con el atentado o abandonarlo.

Dentro de esta fase del ciclo terrorista, podemos identificar los siguientes factores:

1. Las demandas logísticas de montar el dispositivo y la mano de obra necesaria en el escenario del atentado.
2. El mantenimiento de vigilancia y medidas de seguridad para la operación.
3. La dinámica del propio atentado, que está condicionada tanto por la situación del momento como, si se da el caso, las vías de escape disponibles.
4. Si ha lugar, el procesamiento de las armas después del atentado.

(D) Actividades posteriores al atentado y análisis estratégico

Inmediatamente después del atentado, los terroristas tienen que darse a la fuga (excepto, obviamente, en el caso de un tipo de operación muy concreto: el atentado suicida). El análisis de atentados apunta que la escapada es el principal factor que determina si se llevará a cabo o no un atentado, y las principales condiciones de la situación determinan el lugar concreto y las características del atentado. La comunicación con

una carretera para escapar en vehículo, el acceso a una área segura, la disponibilidad de cobertura para escapar a pie y la ausencia de patrullas policiales en la zona son factores que determinan cómo se realizará el atentado. La lógica que hay detrás de todo ello aparece con claridad cuando se analizan los detalles de una acción terrorista.

Una vez que el atentado se ha realizado, los terroristas se han fugado del escenario y las armas se han trasladado a un lugar seguro, el último elemento del proceso es la destrucción de las pruebas. Esto implica quemar cualquier coche que se haya robado para utilizarlo como transporte, incinerar las ropas que se hayan llevado durante la acción y darse un baño para eliminar del cuerpo cualquier prueba corporal o residuo químico. En general, las organizaciones terroristas prestan mucha atención a la posible identificación de pruebas forenses, y ponen en práctica procedimientos muy estrictos para destruir o dificultar la detección de pruebas en un examen físico de las personas implicadas.

En general, pocas veces se analizan de esta forma los detalles de los atentados; de hecho, sólo existe un ejemplo reciente de este tipo de análisis, el de Silke[5] sobre la bomba de Shankill del 23 de octubre

de 1993, que quitó la vida a diez personas incluyendo al terrorista. A continuación se expone el ejemplo de un atraco a mano armada realizado por el IRA Provisional en la República de Irlanda, en el que podrá apreciarse cómo se combinan muchos de estos elementos hasta culminar en un análisis estratégico con importantes resultados sobre las necesidades internas y externas de una organización terrorista.

Un ejemplo: el asesinato del detective Jerry McCabe

A las 6:50 de la mañana del viernes 7 de junio de 1996, los detectives Jerry McCabe y Ben O'Sullivan, pertenecientes a la Oficina Especial del An Garda Siochana (la policía de la República de Irlanda), se encontraban vestidos de paisano en un coche totalmente desprovisto de distintivos policiales cuando la furgoneta de correos que escoltaban se detuvo frente a la oficina postal del pueblo de Adare, en el condado de Limerick. El conductor de la furgoneta, William Jackson, estaba llevando el correo —entre el que había pagos de pensiones y subsidios de desempleo— de la furgoneta a la oficina, cuando oyó que otro vehículo se estrellaba contra el de los

detectives. Tres hombres con el rostro cubierto e indumentaria militar saltaron de un todoterreno Mitsubishi Montero y se apostaron a ambos lados del coche de policía. Los detectives no se habían movido de sus asientos cuando los enmascarados abrieron fuego con sus rifles de asalto rusos AK-47 Kalashnikov. McCabe recibió ocho impactos de bala y murió en el asiento del coche. Los asaltantes huyeron de inmediato en el todoterreno y dejaron atrás el botín de cien mil libras que transportaba la furgoneta.

Mientras operaban urgentemente a O'Sullivan en el hospital regional de Limerick, se establecieron controles de carretera en todo el condado; en la búsqueda de los asesinos de McCabe también participaron helicópteros de las fuerzas aéreas. Por la tarde, los *gardai* (policías de la An Garda Siochana) descubrieron en dos vehículos dispositivos incendiarios que apuntaban a la participación del IRA Provisional. Se encontró un Mitsubishi Lancer en un callejón junto a una granja abandonada, a menos de dos kilómetros del pueblo de Granagh, cercano a Adare. Parece que habían llevado el Lancer hasta allí y lo habían abandonado lejos de las miradas de la gente. En el telediario de las 18:00 horas del mismo

día, la policía informó sobre los dispositivos incendiarios utilizados por los cuatro asaltantes, sobre el todoterreno con el que habían embestido al coche y sobre el vehículo abandonado en circunstancias sospechosas. Todos estos datos, junto con el uso de rifles automáticos Kalashnikov y la naturaleza paramilitar del atentado, se consideraban indicativos de una única posibilidad: la autoría del IRA Provisional.

El IRA Provisional no tardó en distanciarse del atentado cuando la policía expresó sus fuertes sospechas sobre su responsabilidad. Una persona llamó a las oficinas de la radiotelevisión irlandesa y, utilizando un código conocido del IRA Provisional, realizó el siguiente comunicado: «Ninguno de nuestros voluntarios ni unidades ha intervenido de ninguna forma en el incidente de Arare de esta mañana [...] no ha habido absolutamente ninguna implicación del IRA Provisional». También se recibió un comunicado escrito firmado por «P. O'Neill. Oficina de Publicidad Irlandesa Republicana, Dublín». Los periodistas describieron esta respuesta como un «ejercicio de control de daños» en vistas del posible impacto del asesinato en el frágil proceso de paz de Irlanda del Norte. Inicialmente, se creyó

que el asesinato se debía a un asalto que se había torcido. Pero más tarde, cuando se descubrió que los atacantes habían ignorado el importante botín, la policía comenzó a especular con que la banda tal vez tuviera una «siniestra misión de asesinato puro» contra los dos detectives. Salió a colación que ambos eran amigos del exministro de Justicia irlandés, el político Des O'Malley, que declaró: «Que no se llevasen el dinero me hace pensar si su objetivo principal era asesinar a los policías».

El lunes 10 de junio, los periodistas de *The Irish Times* Jim Cusack y Suzanne Breen informaron de que fuentes republicanas de Belfast habían confirmado que «la unidad de Munster dirigida por militantes veteranos del IRA estaba detrás del atentado»[6]. Las mismas fuentes afirmaron que dichos hombres formaban una unidad aprobada oficialmente por el IRA Provisional y no pertenecían a ninguna escisión. Según una de las fuentes, «son activistas veteranos del IRA respetados en el movimiento republicano» y que su «evidente acceso a armas del IRA» muestra que no eran rebeldes externos al movimiento. Añadió que parecían no haberse preocupado por cómo pudiera afectar su atentado al proceso de paz: «No creo que las dificultades de Gerry Adams sean lo que

más les preocupe [...] han hecho lo que han creído que tenían que hacer». Esta misma fuente señaló que el *Libro Verde* del IRA Provisional prohíbe a los miembros del movimiento disparar contra los *gardai*. Cusack y Breen citaron que diversas fuentes republicanas explicaron que «es improbable que se apliquen medidas disciplinarias duras contra los dirigentes de la unidad. Los miembros del IRA implicados tienen demasiado rango. No hay ninguna posibilidad de que el Consejo del Ejército ordene la ejecución [de los miembros del IRA Provisional]». Los periodistas informaron también de que, según una fuente del Sinn Fein, si el IRA lamentase lo sucedido y explicase que fue una operación que había salido mal «habría una gran agitación política [...] nuestra relación con Dublín [el gobierno irlandés] sufriría graves problemas».

El domingo 23 de junio, la policía dictaminó finalmente que el ataque se había debido a un «intento fallido de robo» y que había sido aprobado por el Comandante de Operaciones del Mando Sur del IRA Provisional en Dublín. El mismo día, la periodista del *Sunday Independent* Veronica Guerin explicó que el Sinn Fein había reunido apoyos que tanto necesitaba durante la reciente tregua de

diecisiete meses, pero que, según sus propias fuentes en la policía, había «perdido mucho terreno con el asesinato de Jerry McCabe, y será difícil de recuperar»[7]. Algo que demostró una llamada anónima a la policía irlandesa que indicó dónde se encontraba una gran fabrica secreta de bombas del condado de Laois, en la República de Irlanda, lo que representó un duro golpe para el IRA Provisional.

Después de cometer un robo, el IRA Provisional suele organizarse de forma que el botín lo guarde una persona (no necesariamente un miembro de la unidad que ha realizado el atraco) y a veces lo conserve para financiar los costes locales de la organización. También puede ser que pase por las manos de una cadena de encargados que lo guardarán para blanquearlo más tarde. Los ingresos semanales que recibe de sus superiores un miembro de una unidad son bajos, y aunque se sabe que varían de una zona a otra, no basta para sustentar a una familia. El sueldo del IRA Provisional es un mero complemento para los subsidios sociales y para los sueldos de un trabajo a tiempo parcial o completo, y varía de un miembro a otro en función de su puesto en las operaciones. Por tanto, la perspectiva de ganar más dinero era tentadora. Parece que esta unidad concreta no

parecía demasiado preocupada por las repercusiones que tendría este tipo de actividad en nadie, ni en la organización a la que estos miembros aseguraban representar, ni entre el público de simpatizantes en general (uno de los cuales fue quien reveló a la policía la existencia de la fábrica de Laois). En relación con los asaltos del IRA Provisional, las fuerzas de seguridad nunca saben si un robo es una maniobra de financiación de una unidad (ya sea para sufragar sus actividades locales, para llenarse los bolsillos o para hacer una contribución al departamento financiero de la organización) o si ha sido un acto no autorizado por el grupo terrorista, aun cuando se cite el propósito de «reunir fondos para el Movimiento». De hecho, algunos dirigentes del IRA Provisional han hecho referencia a la tendencia de sus voluntarios a «ir a por todas» (es decir, cometer robos sin el permiso de sus superiores). Pero, como describe el informante del IRA Provisional Martin McGartland, «la mayoría de los hombres del IRA que manejan ingresos de alguna fuente parecen guardar una meticulosa contabilidad. También se han dado ejemplos de castigos físicos a los pocos que han utilizado fondos de la organización para sus propios fines. Estos no sólo se

ganan una paliza, sino también el desprecio de sus compañeros, sus amigos y muchas veces hasta sus familias»[8]. Otro antiguo miembro del IRA Provisional, asesinado en enero de 1999, Eamon Collins, explicó cómo su «imagen romántica» de la campaña republicana se vino abajo cuando, con ocasión de un atentado con bomba en Warrenpoint (condado de Down), su compañero «desvalijó la caja […] restó todo brillo a la operación e hizo que los del IRA pareciéramos delincuentes comunes».

Las maniobras de control de daños del Sinn Fein posteriores al atentado de Adare ilustraron qué piensa de estos asaltos la cúpula dirigente. En retrospectiva, es fácil para los dirigentes tildar de «no autorizado» o «disidente» el comportamiento de sus subordinados, ya sea cierto o no que éstos han actuado sin permiso. Esta posibilidad resulta especialmente útil en momentos delicados, como se demostró en más de una ocasión durante la tregua de 1994-1996; por ejemplo, cuando el IRA Provisional negó haber autorizado un robo en Newry (condado de Down) en el que uno de los suyos mató a un trabajador de correos de avanzada edad. El teórico revolucionario Regis Debray[9] ha señalado que cuando las organizaciones terroristas dejan de tener

objetivos políticos definidos el movimiento puede continuar existiendo, pero sus actividades tienden a concentrarse en otras cosas que saben hacer bien. Para organizaciones terroristas como el IRA Provisional, estas actividades suelen ser atracos, incrementos en el nivel de ataques de castigo como forma de «violencia redirigida» y otros actos delictivos. En el caso del incidente de Adare, sólo al cabo de una semana salió a la luz que el comandante de operaciones del Mando Sur de la organización había autorizado la operación desde Dublín. Aunque la cúpula directiva hubiera conocido tal autorización antes, la Oficina de Publicidad del IRA Provisional habría negado igualmente la responsabilidad de la organización; los dirigentes del IRA Provisional tenían que negar el conocimiento de su organización sobre los planes para Adare hasta que la policía revelase las pruebas que poseía.

El comandante de operaciones del Mando Sur del IRA Provisional había autorizado el atraco, al parecer, sin el consentimiento expreso de sus superiores, que se enfurecieron por su decisión. A todos los efectos, pues, el atentado de Adare constituía una acción no autorizada cometida por activistas veteranos del IRA Provisional, no por un grupo escindido de la

organización. El comandante de operaciones en cuestión, del que antes del episodio de Adare ya se había dicho que estaba «dejando que en Dublín las cosas quedasen fuera de control», continuó en su puesto del Mando Sur hasta septiembre de 1996, cuando lo reemplazó otro hombre elegido por el Consejo del Ejército y el Mando Norte.

El atentado de Adare, que es un ejemplo de un grave fallo organizativo, supuso todo un revés para los dirigentes de la organización, que siempre se han enorgullecido de mantener el control y la disciplina en sus filas, y constituyó una fuente de graves problemas políticos para el Sinn Fein. Aunque los fallos de comunicación son comunes en las organizaciones clandestinas, la importancia de este caso concreto estriba en que es uno de los pocos que provocó no sólo movimientos internos en el grupo, sino también cambios de otros tipos. Aún no se conocen todos los detalles, pero a consecuencia de ello se establecieron más zonas regionales de mando bajo el estrecho control de jefes de confianza con mucha experiencia en la organización. Este cambio tenía el objetivo de garantizar que no se aprobasen más ataques como el intentado en Adare durante el alto el fuego. Al parecer, se intensificó el

control sobre ciertos grupos concretos de las unidades, y desde entonces los miembros tienen que rendir muchas más cuentas a sus jefes regionales.

En otro nivel, el *Libro Verde* del IRA Provisional revela otro importante factor estratégico que limita su radio de acción. La sección titulada «Orden General n.º 8» desautoriza explícitamente las operaciones militares contra el «Estado Libre», es decir la República de Irlanda:

> Los Voluntarios tienen totalmente prohibido emprender acción militar alguna contra las fuerzas de los 26 Condados [la República de Irlanda] bajo ninguna circunstancia. La importancia de esta orden en la actual situación es crucial […] En todo momento, los Voluntarios deben dejar claro que el objetivo político del Ejército [el IRA Provisional] es expulsar de Irlanda a las fuerzas de ocupación británicas.

De hecho, la Orden General n.º 8 parece un recordatorio para que los miembros del IRA Provisional ubicados en la República o que se desplacen a la República para sus operaciones

intenten no llamar la atención. Desde la perspectiva de los dirigentes del IRA Provisional, la zona del Mando Sur engloba una población cuya pasividad general ante las actividades de la organización debe explotarse al máximo. Para el IRA Provisional, las repercusiones de asesinar a un agente de policía irlandés fueron muy graves y variadas; el apoyo pasivo de la población (que se da con frecuencia en zonas de toda Irlanda) se resistió, así como su comunidad de simpatizantes activos. En ésta se engloban desde los simpatizantes generales que, por ejemplo, pueden dejarse convencer para ocultar un coche robado, hasta los más radicales, que puedan llegar a convertirse en terroristas. Tras el asesinato del policía irlandés, la asistencia práctica que recibió el IRA Provisional se vió mermada considerablemente. A lo largo del difícil proceso de paz se han dado muchos debates emotivos sobre en dónde se ubica el nivel «aceptable» de violencia terrorista y, claramente, el asesinato del detective de policía irlandés lo traspasó.

El análisis de los hechos de Adare permite hacer una evaluación estratégica de las consecuencias del incidente que también arroja luz sobre el origen del ciclo. En suma, pues, en la fase del ciclo posterior al

atentado, podemos identificar:

1. Los factores de situación que condicionan la fuga de las personas implicadas en el atentado.
2. La destrucción de las pruebas.
3. La evaluación posterior al atentado.

Consecuencias psicológicas y el contexto de los atentados terroristas

¿Es legítimo tratar de separar o tratar de forma distinta los procesos psicológicos que inciden en el terrorista cuando se ha convertido en miembro de la organización y cuando participa en atentados? Después de todo, como hemos dicho desde el capítulo 3, los factores del grupo y de la organización influyen en el individuo en todas las fases de su militancia. Se podría llegar a decir que, en términos psicológicos, la percepción de dichos factores de grupo y organización constituye el mayor condicionante para el contexto de los actos del terrorista. Sin embargo, en aras de la claridad separaremos por un momento lo relacionado con los

«actos» de los procesos de naturaleza más abiertamente psicológica que atraviesa el terrorista cuando (a) intensifica o prolonga su militancia, algo normalmente simbolizado y catalizado por (b) la participación en actividades terroristas.

Las dimensiones del nivel de grupo y organización de las actividades terroristas son obvias y reflejan la naturaleza general de los factores y los problemas que pueden influir en el individuo. La mayoría de organizaciones terroristas desarrollan reglas y normas formales, y en el caso de algunos grupos (por ejemplo, las Brigadas Rojas y el IRA Provisional), la adherencia general a ellas ha sido muy importante para la supervivencia del movimiento.

Una de las bases organizativas más importantes es la de imponer la solidaridad en las filas y la más estricta obediencia a la autoridad. Desde la perspectiva de los dirigentes, es primordial que los miembros de la organización cumplan los cometidos que se les encarguen. Mantener la motivación, el compromiso y la disciplina es crucial para el grupo terrorista, y, como hemos visto en los ejemplos anteriores, si se falla en este aspecto pueden surgir problemas; es probable que la preocupación por

salvaguardar la disciplina proceda de alguna experiencia anterior cuyas consecuencias se hayan analizado detenidamente.

Para mantener la disciplina hace falta entrenamiento, pero a falta de las capacidades de los ejércitos convencionales, debe aplicarse al terrorista, de forma aún más directa, explícita e inmediata, la influencia social para garantizar la conformidad, la solidaridad y el compromiso incuestionable con los ideales del grupo, así como la ejecución de las órdenes (sobre todo cuando exista la menor duda o confusión sobre qué tiene que hacer o ha hecho el recluta).

Obediencia a una autoridad

El psicólogo Stanley Milgram[10] ha demostrado con una serie de experimentos hoy célebres que, en las circunstancias apropiadas, una serie de personas elegidas al azar son capaces de ser crueles. Dichas circunstancias, según la explicación de Milgram, consisten principalmente en que una figura de autoridad imparta órdenes para que se cumplan ciertas funciones. Milgram organizó un experimento

sencillo con dos individuos. Uno recibió el papel de «profesor», mientras que otro (que en realidad era cómplice de Milgram) sería el «alumno». El primero le encargaba al segundo una tarea de aprendizaje sencilla, en la que al principio éste tenía buenos resultados, pero gradualmente (siguiendo instrucciones de Milgram) lo iba haciendo peor, de forma que el «profesor» tenía que participar en una actividad que, según le indicaba Milgram, haría que el «alumno» mejorase; la actividad consistía en aplicar descargas eléctricas cada vez más intensas en función de la capacidad del alumno para responder correctamente las preguntas. Las descargas eléctricas eran ficticias, pero el alumno recibía una indicación para saber cuándo debía fingir dolor, para el creciente desagrado del profesor. Si el alumno no respondía correctamente la pregunta, el profesor tenía que aplicarle otro calambrazo.

En su mayoría, los profesores se mostraban reticentes y estaban visiblemente consternados, pero continuaban con las descargas cuando Milgram, como figura de autoridad, les ordenaba: «El experimento requiere que siga usted adelante». Lo alarmante es que algunos profesores llegaron a aplicar descargas tan fuertes que, de ser reales,

habrían matado al alumno. Uno de los numerosos aspectos interesantes de este experimento es que los individuos empleados por Milgram no eran ni sádicos ni personas que actuaban mecánicamente; se considera establecido que la mayoría de ellos estaban genuinamente preocupados por la salud de los «alumnos»[11], y que les desagradó participar en el experimento. No obstante, dos terceras partes del total de «profesores» cumplieron las instrucciones de Milgram.

Los experimentos de Milgram sobre la obediencia a la autoridad son útiles porque ilustran de modo dramático que, para que una persona siga una conducta extrema, que en este caso comportaba la aplicación (ficticia) de un sufrimiento intenso, no necesariamente debe encontrarse en un estado mental patológico. Milgram demostró el extraordinario poder de la «situación», en la que la responsabilidad individual por inflingir dolor pasa a un segundo plano porque es más importante obedecer a la autoridad. Este trabajo, de hecho, responde a un intento por explicar la participación voluntaria en el genocidio perpetrado por los nazis durante la segunda guerra mundial.

Kelman[12] ha identificado dos formas distintas en

las que funciona la obediencia a la autoridad dentro de las instituciones. Según Kelman, algunas personas no esperan que se las juzgue responsables de las consecuencias de sus actos porque se consideran «agentes y extensión de las autoridades y, por lo tanto, protegidas por ellas por definición». No es infrecuente, explica Kelman, que los miembros de este grupo lleguen a una identificación excesiva con las autoridades y exageren la lealtad debida. En el caso de los experimentos de Milgram, muchos de los «profesores» no dudaron en adoptar el papel de subordinados cuando llegaron las dudas y la incomodidad, y se dirigieron a Milgram para decirle que sería responsabilidad de éste si las cosas «salían mal» porque ellos no serían culpables de nada. Otro tipo de individuo propenso a acatar la autoridad hasta el extremo puede ser la persona que, aunque crea que no tiene más alternativa que obedecer, piense que es casi totalmente ajeno a la fuente de autoridad. En el contexto de los resultados de Milgram, esto puede parecer inusual; en este caso se descubrió que los profesores dejaban de participar mucho antes en ausencia de la figura de autoridad. La perspectiva de «avanzar» hacia algún objetivo colectivo, a pesar de la ausencia inmediata de la

figura de autoridad, a menudo puede insuflar entusiasmo a quienes quieren tener buenos resultados con la esperanza de que llegue alguna recompensa tangible, aunque sea distante. De hecho, en ocasiones la sensación de «soledad» experimentada al realizar estos actos de forma autónoma puede verse como algo digno de alabanza, ya que quien lo hace está «por encima» de quienes se encuentran en las condiciones en las que normalmente se cometerían (es decir, de quienes siguen las órdenes directas de una autoridad que se encuentra presente). Kelman señalaba que Heinrich Himmler alababa en el Arbeitslager a los responsables de las operaciones de exterminio por su «valentía y su devoción al deber con la realización de actos repugnantes»[13].

Sin embargo, existe una diferencia importante entre las condiciones creadas mediante experimentos psicológicos y la vida en un grupo terrorista. Naturalmente, podemos suponer que para los «profesores» de un experimento psicológico marcharse del laboratorio será más fácil de lo que sería para un terrorista debutante abandonar el grupo en el que tanto le ha costado entrar. El terrorista no sólo se ha «preparado» en muchos sentidos para

actuar contra el enemigo, sino que el recluta ya tendrá una idea de qué significa su militancia en términos prácticos. El *Libro Verde* del IRA Provisional lo dice de la forma más explícita posible en su capítulo «Qué significa ser voluntario»:

> Todos los reclutas que entren en el IRA jurarán obedecer todas las órdenes que les den sus superiores y las autoridades del IRA. Ello se interpretará de forma literal: se obedecen todas las órdenes, gusten o no. Las órdenes e instrucciones pueden ser desagradables a veces para el voluntario, pero eso es lo que implica y lo que significa ser voluntario: tener capacidad para aceptar órdenes y cumplirlas de la mejor forma posible.
>
> Ser voluntario implica actuar de modo militar y práctico. En el ASPECTO MILITAR, después del entrenamiento inicial se espera que los voluntarios libren una guerra militar de liberación contra una fuerza superior en número. Ello comporta el uso de armas y explosivos. Veamos primero las armas. Cuando los voluntarios se entrenan en el uso de

armas, tienen que comprender bien que las armas de fuego son peligrosas y que su función principal es la de matar personas. No es nada fácil blandir un arma y salir a asesinar a una persona si no se posee una fuerte convicción sobre lo que lo justifica. El IRA y sus motivaciones se basan en unas convicciones muy firmes que justifican sus actos. Son éstas las que unen al IRA en una fuerza, y antes de que ningún voluntario se una al IRA debe poseer estas firmes convicciones, que deben tener la fuerza suficiente para permitirle matar a alguien sin sufrir dudas ni remordimientos. Lo mismo puede decirse del uso de explosivos. Toda la gente que desee unirse al IRA debe ser plenamente consciente de que, cuando la lucha se cobra vidas, pueden ser también las suyas. Si sales a abrir fuego sobre soldados tienes que ser consciente de que también pueden dispararte. Al unirse al IRA son peligrosas las ideas románticas sobre la guerra de guerrillas y la propia imagen mental de una guerra de guerrillas. No existe ningún tipo de romanticismo en ninguna clase de

guerra y, en cuanto a las ideas sobre las guerras de guerrillas, no tienen absolutamente nada de romántico ni de agradable. La vida en un ejército clandestino es extremadamente dura, cruel y plagada de desilusiones. Por eso, antes de que alguien decida alistarse en el IRA, debe considerarlo todo concienzudamente[14].

Como organización, el IRA espera tu adhesión completa e incondicional. Entrará en todos los aspectos de tu vida. Invadirá la intimidad de tu casa, te apartará de tu familia y tus amigos; en otras palabras, exigirá una consagración total[15].

Adriana Faranda, de las Brigadas Rojas, explica:

Cuando te comprometes con un proyecto a largo plazo que te absorbe totalmente tienes que aceptar ciertas reglas. Por ejemplo, aceptas que cuando haya discordancias políticas seguirás lo que diga la mayoría. Apoyas a los demás en una especie de pacto de obediencia. Incluso cuando no estás de acuerdo tienes que aceptar las cosas y llegar

hasta el final[16].

Una característica muy real de los grupos terroristas es la imprecisión sobre dónde está la puerta de salida de las operaciones. Un miembro de la Yihad Islámica palestina con funciones organizativas ofrece, en una entrevista con Hassan[17], una idea del tipo de presiones a las que se enfrenta dentro del movimiento una persona con respecto a los temas aquí descritos:

> Le preguntamos a este joven, y nos preguntamos nosotros mismos, ¿por qué tiene tantas ganas de convertirse en una bomba humana? ¿Cuáles son sus verdaderos motivos? Nuestras preguntas están dirigidas ante todo a que el muchacho tenga claras sus verdaderas razones y la firmeza de su compromiso. Incluso si forma parte del grupo desde hace mucho tiempo y siempre ha querido convertirse en un mártir, es necesario que tenga muy claro que en estas operaciones no hay vuelta atrás.

De cara a obedecer a la autoridad, es muy importante el grado de creencia de la persona en la capacidad de la autoridad para aceptar la responsabilidad última de ordenar que la acción se lleve a cabo. Para el voluntario del IRA Provisional, la autoridad moral, legal y ética para dictar actividades contra el enemigo descansa en el Consejo del Ejército de la organización, la cúpula directiva del movimiento:

COMPROMISO

El compromiso con el movimiento republicano es la firme creencia de que su lucha política y militar está justificada moralmente, que la guerra también lo está, que el IRA es el representante directo del parlamento Dail Eireann de 1918 y que, por tanto, constituye el gobierno legal y legítimo de la República de Irlanda, que tiene autoridad moral para aprobar leyes y reivindicar jurisdicción sobre el conjunto geográfico de Irlanda, sus aguas territoriales, su espacio aéreo, sus recursos minerales, sus medios de producción, distribución y comercio y toda su población,

con independencia de sus creencias y lealtades.

Esta creencia, este hecho ético, debe dar fuerza moral a todos sus voluntarios y miembros de todas las ramas del Movimiento Republicano. El IRA y sus dirigentes son el gobierno legítimo de la República de Irlanda; todos los demás parlamentos o asambleas que reivindiquen el derecho a hablar por el pueblo irlandés y aprobar leyes en su representación son asambleas ilegales, gobiernos títere de potencias extranjeras y herramientas de una fuerza de ocupación. Los voluntarios deben creer con firmeza, sin dudas ni reservas, en que, como miembros del IRA, todas las órdenes y acciones emitidas y dirigidas por la Autoridad del Ejército son las órdenes y acciones legales y legítimas del gobierno de la República de Irlanda. Éste es uno de los pilares más importantes del Movimiento Republicano: la firme creencia en que todas las operaciones y acciones del IRA son las acciones legítimas y legales del gobierno de todos los irlandeses.

SUPERIORIDAD MORAL

> Como representante legal del pueblo irlandés, el IRA tiene justificación moral para emprender una campaña de resistencia contra las fuerzas extranjeras de ocupación y sus colaboradores domésticos. El cumplimiento de los dictados del gobierno legal por parte de todos los voluntarios está justificado moralmente; los voluntarios son el ejército legal y legítimo de la República de Irlanda, que se ha visto obligado por unas fuerzas muy superiores a actuar en la clandestinidad. Todos los voluntarios deben contemplar al ejército británico como una fuerza de ocupación.

Deshumanización y justificación

Estos pasajes pueden describirse como parte integrante de la «ideología» del grupo (aunque en el sentido psicológico, y vista como «contenido» y no como proceso, puede delatar la relativa falta de sofisticación de las declaraciones de los terroristas), pero en ellos también deben verse ciertas

características superficiales de lo que podría llamarse la «deshumanización» del enemigo. Ello es importante en el compromiso militante con la comunidad especial a la que ahora pertenece el terrorista. Un efecto de la pertenencia a esta comunidad es la adquisición de un nuevo lenguaje que no sólo otorga un contexto ideológico para las actividades del terrorista, sino que también ofrece los elementos básicos que éste necesita para desplazar y difuminar la responsabilidad de sus actos. El IRA Provisional pone el énfasis explícitamente en este aspecto táctico y describe la necesidad y las ventajas de que el terrorista pueda justificar las actividades que realiza:

> TÁCTICA
>
> La defensa va antes que el ataque […] Lo que esto significa es que antes de pasar a la ofensiva política o militar hay que tomar el máximo número posible de precauciones defensivas para tener garantizado el éxito; por ejemplo, no defendemos una Irlanda Unida que sea incapaz de justificar nuestro derecho a vivir en este estado y no en un territorio

partido. No empleamos la violencia revolucionaria sin ser capaces de ilustrar que no podemos recurrir a otros medios. Dicho en términos más sencillos y cotidianos, no diremos que vayamos a intensificar la guerra si no tenemos capacidad para cumplirlo; no montamos una operación sin asegurarnos antes de que hemos tomado las precauciones defensivas necesarias en lo referente a inteligencia, seguridad, buen estado de las armas, disponibilidad de munición y capacidad de los voluntarios para manejarse en un interrogatorio si los capturasen, etcétera; y por supuesto, debe verificarse que la propia operación beneficia y no perjudica a nuestros simpatizantes.

Esta capacidad para articular su discurso es algo en lo que pusieron el énfasis los miembros de Hamas entrevistados por Hassan al hablar de los candidatos a operaciones suicidas que ya formaban parte del grupo:

Si [la venganza] es la única motivación de los candidatos, su martirio no será aceptable para

> Alá. El objetivo de una operación es dar una respuesta militar, no expresar el resentimiento de una persona. El honor y la dignidad son muy importantes en nuestra cultura y, cuando nos humillan, respondemos con cólera.

De esta forma, no sólo queda imbuido de prestigio el martirio (como ya hemos visto en el capítulo anterior), sino que también se asocia un valor a aprender a racionalizar y justificar la «respuesta militar». En cierto momento, las Brigadas Rojas italianas limitaron la militancia a únicamente quienes tuvieran una comprensión satisfactoria de la ideología y la documentación del grupo; en Irlanda del Norte, hay suficientes pruebas circunstanciales de que el *Libro Verde* es relativamente fácil de conseguir, algo que con toda probabilidad hacen los reclutas potenciales antes de tratar de entrar en el IRA Provisional o militar en él.

Otro aspecto común de esta racionalización y normalización es la referencia a la legitimidad de las tácticas concretas que pone en práctica el grupo, mediante una especie de legitimidad «por comparación»[18]:

NOTA SOBRE LA GUERRA CONVENCIONAL

La guerra convencional tiene lugar cuando un régimen moviliza todos sus recursos de personal, materiales, técnicos y financieros para aplastar al enemigo, tanto desde el punto de vista civil como material y militar. Así, las grandes potencias que nos tildan de terroristas, inhumanos, carniceros y matones han utilizado bombas de dispersión, napalm y armas atómicas contra la población civil de sus enemigos y, sólo en los últimos sesenta años, han provocado la muerte de centenares de millones de civiles y han sumido a los supervivientes en el sufrimiento, el hambre, las enfermedades y la deshumanización.

Los actos del terrorista, en comparación, pueden parecer el menor de los males casi insignificante. Esto es común en la «moralidad» terrorista.

Rutinización y desindividualización

Hannah Arendt[19] ha explicado con gran detalle que aunque el desprecio de Adolf Eichmann por los judíos era evidente nunca los odió ciegamente y, al igual que muchos de sus compañeros, trataba con ellos de forma «rutinaria, con seriedad profesional»[20]. En un análisis de cómo puede entenderse esto en el contexto del genocidio, Kelman[21]. al igual que Kurt Lewin, ha sugerido que no hay que fijarse tanto en los presuntos factores que intensifican el impulso hacia la violencia como en los que restan poder a las fuerzas que restringen la violencia.

En concreto, Kelman explica que un proceso de «rutinización» cumple dos funciones básicas para el individuo: (1) hace falta menos esfuerzo para tomar decisiones conscientes y deliberadas, lo que reduce la probabilidad de situaciones en que el individuo deba hacer un planteamiento moral; y (2) para el individuo es más fácil evitar las implicaciones de sus actos al «concentrarse en los detalles de lo que hace y no en su significado». No resulta difícil ver que esto mismo puede darse en los grupos terroristas, dado el lenguaje explícito que se emplea en el *Libro Verde* del IRA Provisional y en otros documentos.

El propio Milgram coincide en que diversos

factores permitían a los individuos que estudió distanciarse de los efectos de sus actos sobre las víctimas. La proximidad física a la víctima es uno de ellos (siempre es más fácil justificar un asesinato desde la distancia), pero Milgram señaló en concreto que los profesores se involucraban mucho en los aspectos técnicos de su tarea, «intentaban ser competentes en ella, atribuían la responsabilidad del procedimiento a los sujetos del experimento[22]» y, por lo tanto, según Heskin, su «preocupación moral disminuía de forma correspondiente». Milgram ha descrito el proceso como «contraantropomorfismo» para ilustrar cómo sus individuos comenzaban a «negar el elemento humano presente en un procedimiento institucionalizado»[23]: todas las reacciones normales ante el sufrimiento de otros se reprimían «en el nombre de [...] la investigación científica» (*ibid*.).

Sabemos que el tipo y el grado de conformidad y obediencia son susceptibles a distintos factores. Tal vez el más relevante de ellos sea la naturaleza del grupo. Los movimientos terroristas son ilegales y secretistas; debido a los riesgos, las amenazas y la escasez de oportunidades para atacar sus objetivos, ejercen un grado excepcional de presión interna

sobre sus miembros. La conformidad siempre se refuerza cuando el grupo está más cohesionado y es más unánime; lo que dificulta desobedecer las órdenes, especialmente cuando las dicta un miembro de mayor rango y autoridad. Otra propiedad común de la pertenencia al grupo, no obstante, es que en sí misma puede conducir a una relajación de los mecanismos de freno contra conductas impulsivas o inusuales, que en condiciones normales se reprimirían o no llegarían a reconocerse. La «desindividualización» es un término formal con el que se denomina el proceso por el que «se debilitan las restricciones sociales y se liberan las tendencias impulsivas y agresivas cuando la persona pierde su identidad individual, normalmente a consecuencia de su pertenencia a un grupo grande o debido a la ocultación de su identidad de una forma u otra»[24]. La desindividualización permite comprender por qué gente que normalmente no sería agresiva puede llegar a sumarse a una protesta política violenta o a formar parte de un grupo de saqueadores de escaparates, por ejemplo. Dworetsky[25] explica cómo es posible llegar a encontrarse

tan inmerso en los acontecimientos y en el

sentimiento de formar parte del grupo que perdemos la individualidad. Una vez que ésta mengua, perdemos la conciencia de quiénes somos y cuáles son nuestros valores. A su vez, esto nos vuelve más impulsivos y sensibles al estado emocional en que nos encontramos, y, hasta cierto punto, menos capaces de regular nuestra propia conducta. La reducción de la individualidad también hace que nos preocupemos menos por lo que puedan pensar de nosotros los demás y por lo que puedan hacernos. Nos preocupa más responder como parte del grupo.

Las características de la desindividualización son obvias en diferentes puntos del proceso del terrorismo, y como se describe en los anteriores ejemplos extraídos del *Libro Verde*, pueden desempeñar un papel a la hora de reforzar la disposición de un voluntario del IRA Provisional para seguir las órdenes y participar en una operación, aunque después del atentado también pueden influir en él para minimizar su sensación de responsabilidad, sus dudas y la falta de confianza en la justificación moral de lo que acaba de hacer. En algunos

terroristas, justo después de intervenir en su primera operación, pueden darse sentimientos de culpa o depresión, pero al final se disipan a través de los procesos descritos. Además, podemos ver cómo funciona la desindividualización en un nivel más básico y práctico. Silke[26] ha descubierto que el uso de máscaras por parte de terroristas de Irlanda del Norte se asocia de forma significativa al incremento del nivel y la variedad de las agresiones acontecidas en la escena del delito. Además, las heridas inflingidas a las víctimas tienden a ser más graves que las causadas por quienes no llevan máscara.

Parte del proceso de deshumanización comporta otro uso del lenguaje que se da con frecuencia en los entornos militares convencionales. En el discurso militar abunda lo que Bandura[27] describe como «expresiones paliativas». Es normal que se enseñe a los soldados que digan que disparan contra «blancos» u «objetivos» y no contra «personas». No debe subestimarse la importancia del poder de las palabras para ejercer control e influencia sobre la conducta: estos términos no distan mucho de los que utilizaron los responsables del bombardeo de los presuntos pisos francos de los terroristas de Fallujah a mediados de 2004, que a menudo provocaron la

muerte de civiles ajenos al conflicto. Estos objetivos solían ser las víctimas de lo que se describía como armamento «desplegado concienzudamente».

Los siguientes extractos ilustran el esfuerzo por legitimar y promover la deshumanización (de forma no muy distinta al ejemplo antes descrito, en el que se comparaba la guerra convencional con las tácticas del IRA Provisional). En concreto, en el ejemplo del IRA Provisional se observa que desplazar la legitimidad al contexto de la identidad colectiva puede ser una influencia muy poderosa:

> LOS BRITÁNICOS Y EL VOLUNTARIO DEL IRA[28]
>
> Las diferencias más obvias entre el voluntario del IRA y los británicos, aparte del hecho de que éstos son unos extranjeros armados, desprovistos de justificación moral o histórica para estar aquí, se encuentran en el apoyo, la motivación y la libertad de iniciativa personal. Todo aquello en que se apoyan los británicos, sus viviendas, armas, sueldos, etc. [...] se financia a través de impuestos obligatorios. La población que paga estos impuestos

nunca ha expresado ni se le ha pedido que exprese por medios democráticos su voluntad de estar aquí a sus expensas. Todo el apoyo que recibe el voluntario del IRA es espontáneo y procede de su gente.

Los británicos, aparte de los elementos aventureros, no tienen motivos para estar aquí. Sencillamente obedecen órdenes y vienen. Un miembro del IRA lo es por su propia decisión; sus convicciones son lo único que le impulsa a afiliarse, y sus objetivos son la libertad política y la justicia económica y social para su gente. Aparte de los pocos minutos que en toda su carrera pasa recibiendo un ataque un ocupador británico, éste no dispone de libertad ni iniciativa personal. Le dicen cuándo debe dormir, dónde dormir, cuándo levantarse, dónde pasar el tiempo libre, etc.

El voluntario del IRA actúa la mayor parte del tiempo por su propia iniciativa, excepto cuando está cumpliendo una misión militar concreta, y por tanto debe asumir esta responsabilidad de forma que su conducta no pueda servir de ayuda a los ocupadores

británicos en su intento de separarnos de nuestra gente.

Pocas veces tenemos ocasión de ver que Al Qaeda denigra a sus enemigos de forma similar a ésta. En marzo de 2003, este grupo emitió el quinto y el sexto documento de una importante serie destinada a identificar y aclarar el contexto y el objetivo de sus actividades y, más concretamente, a promover la aparición de combatientes muyahidines en Irak. Saif Al-Adel, antiguo oficial de las fuerzas especiales egipcias, entró en Al Qaeda a través de la Yihad Islámica egipcia (que dirigía Ayman Al-Zawahiri, mano derecha de Osama Bin Laden). El siguiente extracto corresponde a un artículo titulado «Mensaje a nuestra gente en Irak, en el Golfo y, en general, a nuestra Ummah islámica: la Resistencia Islámica contra la invasión estadounidense de Kandahar, y lecciones aprendidas de ella»[29]:

Diferimos totalmente de nuestro enemigo en la guerra psicológica. Nuestro enemigo se dedicaba a mentir sobre sí mismo, exagerar su poder [diciendo que] no lo derrotarán y que la gente no durará más de una semana, porque

su enorme poder podía hacer milagros. Por la poca fe que tenían en su deteriorado nivel de combate, los cruzados tenían que tratar de aterrorizar al rival; mientras tanto, nosotros trabajábamos en unir a todos con su Dios y su relación con El, y El es fuerte y poderoso. Por eso nuestra estrategia consiste en formar al musulmán que cree en los secretos divinos y que sabe que el Libro de Alá contiene actos que sólo Alá el Todopoderoso comprende.

De hecho, no sufrimos mucho psicológicamente por la simple razón de que no hacemos obligatorio que los jóvenes asistan a los campos de entrenamiento. Abrimos los ojos de nuestra nación ante los problemas y, en consecuencia, los jóvenes han dado un paso adelante para luchar por la dignidad del islam y de los musulmanes, armados con la esperanza de convertirse en mártires.

Ésta es la verdadera motivación que hay tras la heroica lucha de los muyahidines y su capacidad para llevar a cabo tareas extremadamente difíciles.

En combinación con las ideas invocadas por el error fundamental de atribución (descrito en el capítulo 3), estas cuestiones forman la base de un potente sesgo en la forma de explicar y racionalizar el comportamiento propio, y también retratan desde un ángulo negativo la motivación y la conducta de otros (y sugieren implícitamente las cualidades negativas inherentes al «enemigo»).

En consecuencia, se produce una denigración del enemigo y, al mismo tiempo, se esquiva la responsabilidad por cualquier actividad que pueda ser necesaria contra él. El conjunto de estos procesos explica cómo se pueden derribar las barreras contra la militancia, pero, desde la perspectiva individual, también pueden formar la base de herramientas psicológicas importantes y de un lenguaje especial con el que racionalizar, normalizar y justificar la participación en actividades terroristas ante uno mismo y los demás.

Actividad social

Un último condicionamiento que cabe identificar por su relación con algunas de las propiedades de los

procesos que hemos descrito es el de las implicaciones sociales de la participación del terrorista en operaciones y otras actividades. Una característica inconfundible del terrorista es que interviene más que otras personas en actividades relacionadas con el terrorismo, y que, por consiguiente, participa menos en las actividades relativas a la anterior vida del terrorista (es decir, la anterior a su afiliación). Esta dinámica tiene distintos grados de importancia en función de la naturaleza de cada célula o cada grupo concreto, pero en general se aplica a todos y cada uno de los miembros de un movimiento terrorista.

En concreto, existen cuestiones de seguridad relevantes para casi todo aquello que comporta ser un terrorista. La realidad de lo que significa esto es muy tangible. El *Libro Verde* explica:

> El aspecto más importante de cualquier organización, partido, grupo o ejército es la seguridad. La seguridad une y da confianza a todas las personas que forman parte de una organización. Como sucede con una cadena, su máxima resistencia es la de su eslabón más débil, por lo que todos los voluntarios deben

considerarse a sí mismos como eslabones de una cadena organizada y recordar que la continuidad de la lucha, el objeto de la resistencia y la confianza en la victoria dependen de ellos. Cualquier debilitamiento del individuo debilita al conjunto de la organización, por lo que los voluntarios tienen que ser conscientes de su propia seguridad en todo momento […]

Así, lo más importante es la seguridad, y eso significa que: NO DEBES HABLAR EN PÚBLICO NI EN LUGARES PRIVADOS; NO EXPLIQUES A TU FAMILIA, AMIGOS, NOVIA NI COMPAÑEROS DE TRABAJO QUE ERES MIEMBRO DEL IRA: NO EXPRESES OPINIONES SOBRE TEMAS MILITARES. EN OTRAS PALABRAS, NO DIGAS NADA a nadie. No asistas a manifestaciones ni protestas públicas. No te dejes ver en compañía de republicanos conocidos ni frecuentes lugares republicanos conocidos. Tu obligación principal es seguir siendo desconocido para las fuerzas enemigas y el público[30].

Para los miembros de las Brigadas Rojas, llevar una doble vida significaba superar problemas sociales y psicológicos. La «intensificación» del compromiso sería obvia:

> Cuando el [miembro] acostumbrado a pasar la noche con su mujer o su novia en casa, o jugando a cartas con sus amigos en el bar, comenzaba a ausentarse cada vez más para asistir a «reuniones» no explicadas y comenzaba a realizar y recibir llamadas telefónicas de «amigos» sin mencionar sus nombres, las acusaciones de participar en actividades sospechosas o de infidelidad solían presionarles para ofrecer una explicación. En los primeros tiempos, las Brigadas Rojas tendían a ser flexibles con esto y dejaban a discreción de cada miembro cuánto podía explicarle a su pareja, y en algunos casos la desaprobación o la sorpresa hacía imposible continuar la militancia[31].

Queda claro que la intensificación de la militancia en el terrorismo puede provocar el cambio progresivo de un tipo de relaciones sociales hacia otras. Lo que

encuentra el individuo en el grupo terrorista, no obstante, son otras personas que tienen experiencias similares y cuyas relaciones se estrechan gracias a que comparten estas experiencias pasadas, amenazas y actos ilegales resultantes de la formación de relaciones cuyo único objetivo es garantizar una aprobación mutua continuada y normalizar el compromiso con el grupo y sus actividades.

Ningún terrorista participa en operaciones militares de forma ininterrumpida, pero sí que mantiene actividades relevantes (de cara al terrorismo, se entiende) que no vulneran la ley ni guardan relación con atentados, aunque esto último no puede afirmarse con certeza. En algún sentido, estas actividades no son terroristas, pero para alguien que haya participado en atentados pueden convertirse en factores de primer orden. En Irlanda del Norte, los acontecimientos conmemorativos constituyen rituales de una importancia excepcional, ya sean ocasiones musicales, desfiles u otras actividades. A veces los rituales pueden adoptar la forma de grandes ocasiones: en abril de 2002, más de cuatrocientas familias de miembros difuntos del IRA Provisional se congregaron en un hotel para cenar con los dirigentes del grupo terrorista y otros

republicanos notorios con el objetivo de conmemorar y honrar a sus caídos. Cada miembro fallecido del IRA Provisional estuvo representado por cuatro parientes, a los que se hizo entrega de una placa grabada y un libro conmemorativo especial en representación de la organización.

Conclusiones

La fase de «ser» un terrorista puede considerarse una cristalización de lo que le sucede al individuo que se compromete gradualmente con el terrorismo hasta llegar a participar en atentados. Antes hemos identificado los factores concretos de un atentado importantes para comprender las problemáticas que inciden en el terrorista; recordemos que los factores relevantes que influyen en el proceso son: que se aprenden rápidamente ciertas habilidades, se encaja en un rol, se adquiere un lenguaje especial, se acepta y se abraza progresivamente dicho rol (y se integra correspondientemente a las fantasías personales), se intensifica la sensación de control e importancia personal y se alcanza un estatus a través del prestigio que confiere la militancia. Al igual que en la

fase de «convertirse» en terrorista, la realidad de la participación en el terrorismo refleja un proceso racional, consciente y voluntario.

El proceso que hace que el individuo continúe siendo terrorista es específico de cada fase, y no está necesariamente relacionado con las razones por las que al principio se acerca al grupo terrorista ni, como veremos, a las que le puedan empujar a abandonarlo. Los procesos sociales y de grupo tienen una fortísima influencia, y la conformidad implícita y explícita, el cumplimiento de las órdenes y la obediencia tienen un especial peso en el proceso que conduce a un militante activo a continuar siéndolo. En los grupos terroristas no se toleran fácilmente las discrepancias, y las condiciones de grupo a menudo se vuelven agobiantes; pero, para cada activista, la participación en actividades terroristas es una forma de incrementar su compromiso psicológico o continuar el proceso de intensificar la militancia.

Para desarrollar la metáfora del «análisis de riesgo» o «gestión de riesgo» sugerida en el capítulo 4, podemos identificar los procesos que se dan en el terrorista individual durante esta fase también como posibles puntos de peligro. Para un terrorista, pues, se podrían citar (sin seguir ningún orden concreto):

1. El trabajo para adquirir y articular un lenguaje interno «especial» de (a) explicación y (b) racionalización, fuertemente arraigado en el contexto sociopolítico en el que aparece la violencia del grupo.
2. A consecuencia de (1), una sensación creciente de poder, control y alerta defensiva.
3. Fruto de la mayor participación en las actividades, una progresiva participación en actividades de riesgo.
4. Probable desarrollo de fantasías personales y devoción por ellas.
5. En relación concretamente con la perpetración de actividades terroristas, un debilitamiento de las inhibiciones en relación con las conductas violentas (algo en lo que influye mucho la presencia del grupo).
6. A raíz de la intensificación de la militancia en general y de la participación en actividades terroristas en particular, un incremento de actividades sociales de orientación muy concreta (el terrorismo) y, a consecuencia de ello,
7. un descenso general de las actividades sociales no orientadas al terrorismo.

En el capítulo anterior vimos que las causas por las que se implican las personas en el terrorismo tienden a ser complejas, difíciles de determinar (ya que los factores individuales varían de forma importante de un caso a otro) y bastante difusas; muchas preguntas sobre por qué la gente se convierte en terrorista son imposibles de responder completamente. Sin embargo, los factores que intervienen en la aparición de episodios de terrorismo son más pequeños, identificables y predecibles, y tienen que ver básicamente con las circunstancias del contexto inmediato del individuo, como las del entorno, las oportunidades, el contexto político, la relación con los dirigentes y demás.

A partir de ello se puede realizar otra afirmación importante; los factores que intervienen en los sucesos de terrorismo están sujetos a cierto grado de control por parte de las fuerzas de seguridad, a diferencia de los que intervienen en cómo se «convierte» alguien en terrorista. Estos últimos, que se remontan a un pasado distante, tienen que ver con el historial personal de cada individuo y sus experiencias personales idiosincráticas, y son mucho más difíciles de cambiar.

En este capítulo también hemos visto que es

posible identificar una serie de factores cruciales para el mantenimiento de la condición de militante por parte del individuo. Dichos factores pueden concebirse en términos de «gestión de riesgo» porque indicarían posibles puntos de peligro para una persona que ha pasado por la fase inicial de involucrarse en el terrorismo. Reconocer los peligros potenciales de un individuo no necesariamente ofrece un medio para reducir dichos peligros, pero en ciertos contextos abordar estos factores puede tener ventajas prácticas. Si contemplan algunos de estos factores de cara a la planificación de interrogatorios, por ejemplo, pueden contribuir a comprender mejor a una persona. Esto no es nada nuevo en la psicología forense (por ejemplo, en el trato con agresores sexuales), donde se han explorado en profundidad los conceptos de peligrosidad, pero aún no se ha investigado esta senda en el contexto de la implicación y la participación en actividades terroristas.

En el capítulo siguiente, llegaremos a la última área de actividad que consideraremos dentro del modelo que estamos desarrollando. El capítulo 6 trata de los factores que pueden conducir al individuo a apartarse o abandonar el terrorismo.

6

Abandonar el terrorismo

En el capítulo anterior hemos visto que las implicaciones de considerar el terrorismo como un proceso de grupo son evidentes: las propiedades psicológicas de la pertenencia a un grupo poseen un enorme potencial para atraer a nuevos miembros y para prolongar su afiliación a la organización mediante un compromiso duradero. La conformidad extrema y la obediencia estricta son los puntales que emplean los dirigentes para mantener en marcha una organización difícil, secreta y sobre todo, ilegal. Por este motivo, el mantenimiento de dicha conformidad es primordial, e infundir entre los miembros un propósito y una sensación de unidad y dirección — cosa que, por otra parte, es catalizado por la

existencia de un enemigo claramente identificable—lo facilita. También hemos visto que la distinción entre el «convertirse» en terrorista y el «ser» un terrorista es una cuestión básicamente psicológica, aunque tener en cuenta la participación en atentados resulta útil: cualquier obstáculo que le impida al todavía terrorista debutante reafirmar su identidad dentro del grupo se supera con la participación en la actividad a la que se otorga más valor en la organización.

La fase final del modelo del terrorismo como proceso es el abandono, es decir, la cuestión de cómo y por qué abandona alguien el terrorismo y las actividades terroristas. Antes de empezar, no obstante, debemos decir que éste podría ser el capítulo más breve de este libro por un motivo muy sencillo: sabemos muy poco sobre qué sucede para que un terrorista deje atrás el activismo. Es obvio que la comunidad investigadora internacional se ha concentrado durante demasiado tiempo en los factores relacionados con la iniciación en el terrorismo, a expensas del conocimiento de otras áreas. Esto se debe a un motivo desalentador: los investigadores poseen una percepción ambivalente sobre los temas relacionados con el abandono del

terrorismo. Para muchos estudiosos, los terroristas y sus organizaciones dejan de ser «relevantes» de alguna forma, o deja de ser necesario estudiarlos, en cuanto ya no están involucrados en el terrorismo; no puede hallarse mejor indicativo de qué factores determinan la dirección de las investigaciones. De hecho, James Dingley[1] ha sugerido que la desaparición de todas las campañas terroristas sería muy perjudicial para los académicos que estudian el terrorismo. De ser esto cierto, tal estrechez de miras por parte de los investigadores sobre cuál «debería» ser nuestra área de estudio (únicamente los terroristas activos, es de suponer) nos conduciría a desechar valiosas oportunidades disponibles, por ejemplo, para los académicos que antes de las recientes iniciativas de paz no se habrían planteado la posibilidad de entrevistar a personas involucradas en actividades terroristas.

Como se ha descrito en el capítulo 2, hablar con activistas está hoy al alcance de nuestra mano[2], y el desaprovechamiento de vías de investigación valiosas es algo que acabará reflejándose en los futuros análisis sobre nuestro conocimiento acerca de la conducta terrorista. Este problema persiste desde que comenzaron a cobrar impulso las

iniciativas investigadoras sobre el terrorismo a principios de los años ochenta, pero, si los estudiosos prestasen atención a los problemas teóricos y a los vacíos de la literatura, nuestro conocimiento y comprensión de los procesos del terrorismo serían más completos. Aunque sólo sea para ampliar nuestra perspectiva sobre el tema por el momento, y para completar la fase final del modelo aquí desarrollado, recordemos que, pese a que se realice con la mejor de las intenciones, más investigación sobre un mismo tema no necesariamente ofrece un mayor conocimiento, y la necesidad de estudiar los problemas del abandono del terrorismo —aunque sea de forma especulativa— es importante.

Punto de partida: comprender por qué termina el terrorismo

Antes de abordar el tema en el que se concentra este capítulo —los factores que intervienen en el abandono del terrorismo— debemos analizar la naturaleza de los procesos generales que son relevantes al respecto. La literatura sobre terrorismo

ha estudiado cada vez más los factores generales que han contribuido al lento declive de las formas tradicionales del terrorismo desde el fin de la Guerra Fría y el cambio de naturaleza y dirección que han registrado muchas de las campañas terroristas más intratables del mundo.

Los ejemplos de terrorismo ideológico y revolucionario de toda Europa han contribuido a la visión que el mundo tiene sobre el «terrorista» anterior al 11-S, y entre ellos se cuentan las Brigadas Rojas italianas, la Fracción del Ejército Rojo alemana y numerosos otros grupos marxistas antiimperialistas nacidos en gran parte del espíritu rebelde de finales de los años sesenta. Los últimos «terroristas rojos» de Europa son, sin duda, el grupo griego 17 de Noviembre; aunque el terrorismo de tipo ideológico no haya logrado adaptarse al cambio de los tiempos y a la opinión pública, los movimientos etniconacionalistas —aliados con brazos políticos cada vez más expertos e influyentes— han superado mejor el examen del tiempo. En el caso del IRA Provisional, por ejemplo, los factores que han contribuido a que durante un periodo notable haya sido uno de los grupos más intratables han sido: su base popular, su capacidad de adaptación táctica,

estratégica y organizativa (a menudo aprendida a partir de malas experiencias), su respaldo financiero y el éxito de su brazo político (el Sinn Fein); su inquebrantable creencia en que la victoria es inminente y el abandono gradual de la ideología ofensiva marxista que tuvo en su momento han contribuido a hacer del movimiento republicano una fuerza política atractiva y eficaz en Irlanda, y su gradual entrada en una amplia gama de actividades (tanto legales como ilegales) que, en muchos casos, no suelen asociarse al terrorismo le han ayudado a sobrevivir. El reciente ascenso del Sinn Fein en toda Irlanda es fruto directo de la explotación que el movimiento ha realizado de la complacencia del gobierno y de que no se ha comprendido que la estrategia del Sinn Fein y el IRA Provisional es a largo plazo. Aunque el proceso de paz irlandés ha sido objeto de muchos comentarios, con frecuencia ingenuos, desde que comenzó a principios de los años noventa, se pueden identificar algunos principios generales para comprender mejor cómo se ha estructurado en el tiempo el descenso de las actividades terroristas y políticas del IRA Provisional desde principios de la década de los ochenta. Algunos de ellos son:

- La constatación de que el terrorismo era, en sí mismo, insuficiente para hacer realidad las aspiraciones del grupo (lo que, desde el ascenso del Sinn Fein, condujo a un uso de atentados terroristas más táctico y selectivo).
- Una gradual disposición del gobierno británico a entrar en conversaciones secretas con los republicanos acerca de cómo terminar el conflicto o, como mínimo, acordar treguas para promover alternativas a la violencia.
- Desde principios de los años noventa, los éxitos en la lucha antiterrorista y una mayor beligerancia de las campañas terroristas unionistas contra el movimiento republicano y contra la comunidad nacionalista norirlandesa en general, que contribuyeron a que la opinión pública ansiase desesperadamente estabilidad para la región.

Pese al fin de la primera tregua del IRA Provisional (que en gran parte se debió a acusaciones de mala fe: probablemente nunca sabremos si para los republicanos la tregua fue un respiro que se tomaron o un movimiento genuino por lograr un acuerdo de paz), en los años que han pasado desde que se dieron los primeros pasos hacia

la paz se ha hecho una serie de concesiones a todos los movimientos paramilitares y sus brazos políticos, lo que ha acabado contribuyendo a la mayor implicación de los movimientos en el proceso político y al declive general de las actividades que normalmente asociamos al terrorismo: los asesinatos con bombas y armas de fuego. No tendría sentido describir aquí los entresijos del laberíntico proceso de paz y la delicada coreografía de concesiones y contrapartidas concedidas por los distintos bandos; pero un acontecimiento reciente ha reafirmado las causas para cuestionar qué sucede con los miembros de un movimiento terrorista cuando sus actividades llegan a su fin.

En las semanas posteriores a los atentados del 11-S, se convocó una rueda de prensa en la antigua sede del Sinn Fein de Belfast. Los dirigentes del partido, Gerry Adams y Martin McGuinness, anunciaron que la entrega de las armas del IRA Provisional (que, según todos los detractores del movimiento republicano, constituía el principal obstáculo para la estabilidad política de la región) iba a dejar de ser un objetivo lejano para convertirse en una realidad actual. Fuera del bando republicano, ello fue percibido por muchos como una prueba (si es que fue

necesaria alguna vez) de que los acontecimientos internacionales pueden eclipsar la acritud autosuficiente con la que el IRA Provisional exige credibilidad política sin entregar las armas, y también puso en evidencia que, como se ha dicho en el capítulo 2, el Sinn Fein y el IRA Provisional responden a las presiones. Todas las partes acogieron positivamente el comunicado y nadie cuestionó que el Sinn Fein finalmente había comenzado a ganarse un sitio en el proceso político. De cara al público, los dirigentes pintaron un cuadro en el que el IRA Provisional estaba salvando el proceso de paz: el punto muerto de las conversaciones se superaba gracias a la «valentía» del IRA Provisional. Sin embargo, las disensiones en el seno del movimiento fueron claras y demostraron al mundo exterior que, antes de la rueda de prensa, el revolucionario paso que se iba a dar había sido revelado de forma muy limitada a la militancia de la organización. Al término del acto público, Adams fue acogido por sus propios seguidores con abucheos y gritos de «Nos has vendido, Gerry», lo que representaba a la nueva e incómoda realidad a la que se enfrentaban los republicanos, cuyo compromiso se había reafirmado hasta entonces con promesas de

«Ni un gramo [de explosivos], ni una bala».

Aunque esto no constituya más que un cortísimo intervalo de una época de una campaña terrorista, planteó una serie de preguntas muy claras para los investigadores. Hay interrogantes que responder sobre qué le sucede a la gente que abandona el terrorismo; sobre qué influye en que lo abandone voluntaria o involuntariamente; y también sobre qué implicaciones tienen dichos procesos. Una cuestión más general, que es especialmente relevante aquí dada la complejidad del concepto de «militancia» en un grupo terrorista, es qué significa «abandonar» el terrorismo. Dejar atrás el terrorismo puede comportar el abandono de todas las normas sociales, valores, actitudes y aspiraciones compartidas que con tanto cuidado se forjan durante la militancia en un grupo terrorista. Por otra parte, también puede conllevar cierto grado de adhesión a estos valores y actitudes, pero sin participar en actividades terroristas. Cuantos más problemas se consideran, más claro queda que, para comprender mejor cómo y por qué abandonan la lucha armada algunos terroristas, hay que tener en cuenta las variadas y complejas razones que condicionan cómo y por qué se han involucrado antes en el terrorismo y cómo y por qué permanecen

en la organización durante un tiempo. Algunas de estas razones que pueden contribuir a explicar dicha permanencia podrían considerarse también como motivos que pueden inhibir o cerrar las vías de salida, ya sean psicológicas (por ejemplo, desencanto con algún aspecto del grupo) o físicas (como la captura a manos de las fuerzas de seguridad). Para complicar aún más las cosas, las razones pueden clasificarse en las de origen voluntario (por ejemplo, la decisión de que hay algún asunto personal más importante que continuar formando parte del grupo) y las de origen involuntario (por ejemplo, un terrorista puede verse obligado a abandonar a causa de factores externos como la entrega de las armas, o alguna iniciativa legal, y ello puede provocar la descomposición de la organización y, potencialmente, un rechazo de los ideales del grupo). Así, ya disponemos de dos categorías generales posibles en las que podemos considerar las influencias que «obligan» o «atraen» a una persona al abandono del terrorismo.

Las semillas del alejamiento psicológico

En los dos capítulos anteriores hemos visto que

los miembros de un grupo terrorista deben superar o adaptarse a unas barreras psicológicas ganándose la confianza, el respeto y un lugar dentro de la organización. En caso de que no lo consigan, nacerán las semillas de lo que cabría denominar el alejamiento psicológico, y diversos factores influirán directa o indirectamente en que consideren la idea de abandonar (o incluso les animarán a hacerlo).

En el capítulo 4 hemos visto que pertenecer a un grupo terrorista puede ofrecer recompensas como una gran emoción, estatus, objetivos vitales y admiración, además de lo que McCauley y Segal[3] denominan «solidaridad mutua y sentimientos de camaradería»; en el capítulo 5 hemos descrito la importancia excepcional que cobran estas compensaciones ante las nuevas demandas a las que se enfrenta el terrorista recién reclutado. En el contexto de una vida clandestina, estas ventajas pueden llegar a ser muy interesantes. Pero la valoración de dichas ventajas casi nunca es muy directa, y, en cambio, el posible lado negativo queda patente en muchas memorias y autobiografías de terroristas que han abandonado sus organizaciones.

Por ejemplo, Michael Baumann, exmiembro del movimiento alemán 2 de Junio[4], reflexiona sobre la

influencia negativa que ejercía el poder del grupo:

> El grupo se cierra cada vez más. Cuanto mayor es la presión externa, te unes más con los compañeros, cometes más fallos, más presión revierte en el interior [...] esta desquiciada concentración durante todo el día, éstas son las cosas que al final acaban fatal, cuando en el grupo ya no hay sensibilidad, sino sólo concentración, una presión total por lograr objetivos que no deja de aumentar y empeorar.

Paradójicamente, el aumento de la seguridad intensifica a menudo la presión por protegerse de la infiltración, o incluso produce disputas internas. En febrero de 1969, la policía japonesa descubrió 14 cuerpos en las montañas nevadas de los alrededores de Tokio. Se dedujo que todos ellos eran miembros del Ejército Rojo japonés que habían sido torturados y asesinados por sus compañeros a causa de luchas internas sobre cuestiones ideológicas.

Algunos ceden a las presiones y otros no. Una vez más hay que decir que, desafortunadamente, hay muy pocos datos fiables sobre este tema, aunque

sabemos que hay terroristas que piden formalmente permiso para «salir» tras decidir que aquella vida no es para ellos. Los casos de los que se tiene conocimiento parecen indicar que ello no constituye ningún problema porque se asume de forma implícita que el miembro «no hablará». Las Brigadas Rojas italianas (al respecto de las cuales Jamieson[5] ofrece tal vez la mejor perspectiva sobre los factores que influyen en el abandono del terrorismo) parecen haber reconocido la importancia de identificar de entrada a los que puedan acabar abandonando: «Cuando un grupo de combate entraba en acción, se llevaba a uno o, como máximo, dos "novatos" para que le cubrieran y para poner a prueba sus nervios y su rendimiento bajo presión»[6]. Así las Brigadas Rojas adoptaron una especie de herramienta psicométrica de selección de personal consistente en analizar el comportamiento en circunstancias extremas.

Para muchos de los que albergan dudas, no obstante, abandonar no es tan fácil. Después de todo, no importa en qué fase de formación o de trabajo como terrorista se encuentre la persona; la organización siempre tratará de amortizar su inversión, y tal vez no le baste con la promesa de que

el terrorista mantendrá la boca cerrada. Los dirigentes del grupo Baader-Meinhof no dudaron en ningún momento en aclarar que «quien forme parte del grupo tiene que resistir, tiene que ser fuerte»[7], y más adelante amenazaban con que la única forma de salir del grupo era «con los pies por delante». Del mismo modo, Spire[8], un exmiembro del Partido Comunista francés, describe el miedo al ostracismo y la marginación cuando «uno pone en duda la ideología [...] o las creencias en boga». Spire describió en detalle sus propios intentos de racionalizar «la falta de fe, la opresión y los crímenes políticos» porque sentía «terror ante la idea de que sus queridos camaradas y compañeros le marginaran»[9]. Adriana Faranda, de las Brigadas Rojas, también reflexiona sobre las presiones asociadas a la militancia y las consecuencias negativas psicológicas y sociales de su prolongación[10]:

> La decisión de entrar en las Brigadas Rojas —pasar a la clandestinidad y dar por terminadas las relaciones con tu familia, con el mundo en el que habías vivido hasta el día anterior— es una elección que afecta a toda tu vida, tu

existencia cotidiana. Significa que decides consagrarte de la mañana a la noche a problemas de política, organización y lucha; dejas de tener una vida normal: cultura, cine, niños, educar a los hijos, todo lo que llena la vida de los demás. Estas cosas se dejan de lado, se ignoran porque sencillamente dejan de existir. Y cuando te aíslas de la sociedad, incluso de las cosas más normales, de las formas habituales de ocio, dejas de sentir hasta las emociones más básicas. Te vuelves abstraído, ausente. A la larga, comienzas a sentir que eres distinto. ¿Por qué? Porque lo eres. Te transformas en alguien cerrado y triste, porque te falta toda una parte de la vida, porque sabes que la vida es más que solamente política y trabajo político.

Otra presión importante que puede acabar catalizando el paso (psicológico o físico) de salir es la incómoda constatación de que las aspiraciones y esperanzas iniciales que se perseguían a través de la militancia están muy lejos de la realidad cotidiana de las obligaciones y las responsabilidades que implica el nuevo rol. Brockner y Rubin[11] han desarrollado la

noción de las «trampas psicológicas»: situaciones en las que una persona, tras optar por un camino (como el de unirse o pertenecer a un grupo terrorista) del que espera alguna recompensa (en el sentido más general posible), descubre que para alcanzar el objetivo hace falta una «inversión» de algún tipo continua y repetida durante cierto intervalo de tiempo. En el sentido psicológico, esta «inversión reiterada» probablemente será imprescindible para mantener el compromiso de la persona, pero el objetivo final continuará encontrándose muy lejos. Brockner y Rubin señalan que, en alguna parte de este proceso, es inevitable llegar a una «tierra de nadie» de indeterminación cuando uno ve que ya ha realizado una inversión cuantiosa sin haber hecho realidad el objetivo que esperaba.

En este punto, la persona experimenta una crisis de indecisión y llega a una encrucijada. Sumada a otras circunstancias, la inversión de tiempo, energías y esperanza puede parecer demasiado grande (sobre todo en combinación con las intensas presiones que conlleva la condición de militante) para seguir adelante sin que aparezca ningún objetivo al alcance de la mano. Por otra parte, el alejamiento puede comportar el abandono de todo lo que se ha hecho

hasta entonces, y el individuo puede sentirse comprometido a justificar, aunque sólo sea ante sí mismo, la inversión realizada hasta el momento[12]. La trampa que se establece de esta forma engloba «la espiral de radicalización que tan a menudo se observa en miembros de grupos terroristas»[13].

Rubin[14] identifica tres propiedades fundamentales de las trampas: (a) la capacidad para atraer o embaucar a su víctima para que cometa unos actos que pueden tener un importante coste social y psicológico para ella; (b) la construcción de la trampa sólo permite tomar decisiones que conduzcan a entrar más en ella; y (c) los intentos de escapar sólo sirven para intensificar la potencia de la trampa[15]. La añoranza de la vida normal de antes, con contacto social, y la posibilidad de caminar por la calle o de vivir una relación amorosa son factores personales normales que, en cualquier fase del proceso, pueden volverse preeminentes; tal vez el origen y la consecuencia de ello se encuentren en un estado emocional que produzca un mayor anhelo de estas posibilidades. Ello puede dar comienzo, cuando menos, al alejamiento psicológico (probablemente en el momento en que surgen las dudas). El camino que elija el miembro del grupo terrorista a partir de

entonces estará sujeto a estas y otras influencias.

Otras influencias psicológicas

Post[16] subraya las distintas implicaciones de las presiones del grupo sobre la toma de decisiones en su seno. En la mayoría de grupos que toman decisiones, el juicio individual tiende a quedar «suspendido y subordinado al proceso del grupo»[17]. El ansia de consenso se produce en situaciones en las que se da una gran cohesión, y se interfiere en la capacidad del grupo para tomar decisiones importantes. En estos casos, parece que la necesidad de los miembros para tomar decisiones por unanimidad pasa a una posición preeminente sobre sus motivaciones para defender de forma realista decisiones alternativas que tal vez sean más apropiadas[18]. El grupo se ciega a la posibilidad de que su decisión pueda no ser la mejor, lo que, en realidad, puede impedirle alcanzar sus objetivos. Post señala que, cuando esto sucede, el grupo puede confundir sus deseos con la realidad hasta un grado extremo, aunque también pone el énfasis en que los

procesos que conducen a tomar decisiones de este modo tan erróneo son muy sencillos: cuando entramos en un grupo y salen a relucir opiniones en una conversación, podemos tratar de buscar aprobación expresando acuerdo con dichas opiniones para así mostrar un mayor compromiso con el ideal del grupo y, por tanto, dejar patente nuestra lealtad[19].

Sin embargo, a menudo puede suceder otra cosa: que algunos de los ideales políticos que condujeron a entrar en el grupo terrorista tengan que supeditarse o ponerse en duda a causa de personalidades individuales o de un ambiente agobiante dentro de la organización (que, en muchos casos, será el resultado de una personalidad individual) que puede dar pie a una enorme disensión, se exprese ésta abiertamente o no. En una entrevista realizada por el autor de este libro a principios de 1999 puede encontrarse un buen ejemplo de ello. El fragmento de la entrevista, aunque sea breve, ilustra cómo pueden entrar en juego la obediencia, la necesidad de consenso y la influencia de una minoría, todo lo cual puede acabar provocando un cambio de dirección en el grupo y contribuir al desencanto de un miembro con respecto al movimiento:

Se convocó la reunión, y todos sabíamos que habría problemas. Nos dijeron que teníamos que asistir y creo que a bastantes compañeros les dijeron que les iban a reprender delante de todo el mundo. [El dirigente] llegó y pidió orden. Habló con cada uno de nosotros y quería informes. Cuando llegó a mí, yo era el último, y tenía que soltarlo. Le dije que nuestra situación militar era pésima y que, a menos que hiciésemos algo rápido al respecto, por no hablar de la falta de fondos, nos saldría el tiro por la culata. Tenía una fe enorme en aquel hombre, pero él no quería ver cómo eran las cosas en realidad. Por eso dije que teníamos que elegir a un jefe de intendencia que tuviera total responsabilidad para obtener y gestionar las cosas que necesitábamos, ¿sabe? Eso no le gustó, porque, como he dicho, su idea de la organización es que era «fantástica» y que no había problemas. Cuando terminó la reunión, uno de los muchachos me alcanzó en la escalera, [uno que] nunca me ha caído bien, pero ¡me estrechó la mano! Me dijo, «enhorabuena, eso había que decirlo». Nadie

más lo habría hecho si yo no llego a abrir la boca.

La importancia de lo que dice este entrevistado se puede apreciar si se contrasta con otros datos relevantes. La organización a la que pertenecía era el IRA Oficial, un movimiento que desapareció a principios de los años setenta porque no logró desarrollar una presencia política efectiva. Este entrevistado, uno de los fundadores del grupo, dejó el movimiento y acabó emigrando:

> Me fui [al campo] durante unos años, de tan cabreado que estaba con todo. Nos habíamos organizado para propugnar el socialismo. Y sé que he ofendido a mucha gente [risas], especialmente porque repetíamos como loros cualquier declaración del partido que llegará de Moscú, pero [el líder] se buscó sus propios problemas por no estar en contacto con el ambiente en el terreno, y después de eso nunca arreglé las cosas con él […] Es amargante que […] creas en ello, creas en el movimiento y en, eh, los ideales socialistas del principio supongo. Renuncié a mi casa, mi

coche […] hubo gente que renunció a sus granjas, y, al final, ¿para qué? Discutir todo el rato sobre armas, porque no teníamos dinero.

La desilusión de esta persona parece haberse fraguado durante un tiempo, y la comparación con las entrevistas de Alison Jamieson[20] con Faranda revelan algunas similitudes inequívocas. Faranda describió su «disociación» de las Brigadas Rojas de esta forma:

Un proceso que maduró de forma muy gradual […] no es un salto traumático, sino más bien un millar de pequeñas etapas. Pero lo engloba todo; razonamiento, valoraciones, preguntas que no sólo ponen en cuestión una acción, una forma de llevar a cabo la lucha armada, un proyecto revolucionario, sino todo. Ponen en cuestión la propia revolución; el marxismo, la violencia, la lógica de la animadversión, del conflicto, de la relación que tiene uno con la autoridad, una forma de solucionar los problemas, de enfrentarse a la realidad y enfrentarse al futuro […] No he dado un gran salto traumático. No es como si fuera una

persona un día y otra distinta al siguiente.

Lo que también es significativo en estas declaraciones es que indican un proceso gradual de alejamiento similar al que caracteriza la iniciación en el terrorismo.

En otros casos, no obstante, se producen sucesos catalizadores concretos, al menos aparentemente, que caracterizan un viraje brusco hacia el alejamiento psicológico. Sean O'Callaghan, el exterrorista del IRA Provisional que al cabo del tiempo fue el informante más importante de las fuerzas de seguridad irlandesas y británicas sobre su antigua organización, describe uno de sus recuerdos más importantes de cuando era un joven miembro del IRA Provisional[21]:

> Procedo del sur, de una familia republicana, e influyeron mucho en mí los pogromos de Belfast de 1969 y la huida hacia el sur de muchísimos refugiados nacionalistas. Entré en el IRA Provisional a los quince años, acabé en East Tyrone y me quedó muy claro que la campaña de la organización sobre el terreno era extremadamente sectaria. Eso empezó a

preocuparme. Una vez, en 1975, estaba en un piso en Monaghan con unos ocho o diez más del IRA de East Tyrone que estaban fugados. Salió una noticia en televisión. Una mujer policía había muerto en la explosión de una bomba en Bangor. Una persona, que más tarde fue jefe de estado del IRA durante muchos años, se volvió hacia mi y dijo: «Espero que estuviera embarazada y que hayamos tenido dos por el precio de una». Yo había crecido en una especie de ambiente nacionalista romántico en lo más profundo del sur, y no estaba preparado para vérmelas con este odio y este fanatismo.

O'Callaghan asegura que este momento fue el que provocó no sólo que se cuestionase su participación en el movimiento, sino también que más tarde se decidiera a hacerle daño al movimiento convirtiéndose en informante. Por supuesto, es imposible generalizar a partir de ejemplos individuales, pero, como sucede con la importancia con la que se recuerdan episodios pasados (para caracterizar tanto la iniciación como la salida), su verdadera relevancia tiende a surgir cuando

provocan algún tipo de «disposición» o apertura de miras hacia el abandono del terrorismo. Es probable que O'Callaghan ya albergara dudas sobre su adhesión al movimiento antes de que tuviera lugar el momento aquí reseñado, que pareció reafirmar sus deseos de marcharse.

En resumen, por lo tanto, podemos aventurar la identificación de factores que parecen contribuir al alejamiento psicológico:

1. Influencias negativas debidas a una militancia muy intensa y prolongada (por ejemplo, la influencia de presiones psicológicas insoportables del grupo y la organización) y, en consecuencia,
2. cierto cambio de prioridades (por ejemplo, anhelo de un estado psicológico o social —real o imaginario— que el miembro echa en falta, o que poseía antes de su militancia, a menudo a raíz del cuestionamiento de su prolongada inversión psicológica y social en una militancia cuya falta de compensaciones parece evidente).
3. Un desencanto progresivo con respecto a los planteamientos que se siguen (por ejemplo, con los fines políticos —como ha ilustrado el

ejemplo del exmiembro del IRA Oficial—, o con las tácticas operativas y las actitudes que se asocian a ellas, como en la declaración de O'Callaghan).

Alejamiento físico

En muchos sentidos, es fácil identificar las razones para lo que podría denominarse alejamiento físico. Las conductas de alejamiento relevantes y sus antecedentes pueden considerarse como «físicas» cuando un terrorista cambia de rol y se aparta de las oportunidades para participar en actos violentos; ahora bien, esta variación no necesariamente debilita su compromiso con el grupo. Muchas veces puede aparecer un alejamiento físico de la actividad propiamente terrorista sin que su apoyo al grupo varíe ni disminuya. En realidad, en algunos casos el alejamiento físico del terrorismo (entendido como el proceso de apartarse de la participación en actos violentos) puede implicar alguna de las siguientes consecuencias, o cualquier combinación de ellas:

- Captura por las fuerzas de seguridad, con

posible encarcelamiento (o, si no, traslado del miembro forzado por los dirigentes a un puesto en el que corra menos riesgo de ser detenido).

- Traslado forzado a otro puesto por desobedecer órdenes: como mínimo, será relegado al ostracismo; también es posible la ejecución, aunque si hay circunstancias atenuantes puede ser que sencillamente se dictamine un traslado forzoso.
- Incremento de actividad en «otras tareas» en las que el trabajo desempeñado hasta entonces no tenga aplicación (por ejemplo, si se trabajaba en una especialidad relacionada directamente con la perpetración de delitos terroristas como explotar las capacidades técnicas del miembro para preparar equipamiento), o mayor implicación en actividades políticas (a menudo a consecuencia del encarcelamiento, que, irónicamente, para algunos constituye una consolidación definitiva de su identidad dentro del colectivo).
- Expulsión del movimiento (por uso indebido de armas, dinero, etc., o por algún acto

irrespetuoso que se castigue con la exclusión, pero no con la ejecución).

- Como en el caso del alejamiento psicológico, un cambio de prioridades.

La diferencia crucial entre el alejamiento físico y el psicológico estriba en que el terrorista puede continuar con su puesto en el movimiento, pero más tarde puede cambiar de rol en función de unas nuevas circunstancias personales (por ejemplo, cambiar a actividades auxiliares o de apoyo por el hecho de contraer matrimonio o tener hijos): puede continuar interviniendo en actividades relacionadas con el terrorismo, pero no en atentados propiamente dichos. El otro origen posible de este cambio de puesto puede encontrarse en la cúpula directiva, que puede otorgar una mayor importancia a las actividades políticas en los meses anteriores a unas elecciones. En términos sencillos y prácticos, ello puede significar que un terrorista activo se ponga a distribuir carteles o a organizar mítines políticos.

Una fuente vital de datos para formular hipótesis sobre los procesos de alejamiento es el análisis de las implicaciones de los problemas organizativos a los que se enfrentan los dirigentes a la hora de promover la captación de nuevos miembros y dificultar toda

forma de alejamiento, especialmente el psicológico.

Problemas organizativos

Las organizaciones terroristas, como hemos visto hasta ahora, no sólo deben ofrecer incentivos para captar miembros, sino que también deben promover «menos palabras y más acción[22]» para fomentar la militancia prolongada de sus activistas. Citando a Carlos Marighella, Crenshaw señala que «la acción crea la vanguardia» y describe a los terroristas como «individuos que suelen estar impacientes por entrar en acción»[23]. Los líderes terroristas de Irlanda del Norte han tenido que capear con el problema de disuadir los propósitos de alejamiento en épocas en que la organización atravesaba dificultades importantes. Los dirigentes del movimiento republicano irlandés Gerry Adams y Martin McGuiness también participaron directamente en las negociaciones de 1975 para un alto el fuego de gran calado. Esta tregua (que más bien fue una serie de pequeñas treguas) proporcionó escasos réditos políticos de cara a la consecución de una Irlanda

unificada, pero provocó la aparición de importantes fuentes de problemas y una debilitación del apoyo de la comunidad que la política antiterrorista del momento no supo aprovechar. Parece que Gerry Adams ha reconocido dichas fuentes de problemas: «Cuando la lucha se limitaba al conflicto armado, prolongar la tregua significaba que no había ningún tipo de lucha. Sólo había confusión, frustración y desmoralización, todo ello debido a lo que yo llamo "política para espectadores"»[24].

Este comentario indica claramente los problemas sufridos por los republicanos irlandeses cuando trataron de cambiar la orientación de su organización, pero también refleja la necesidad de reorientar la «lucha» hacia un frente más general en las circunstancias de aquellos tiempos: otro desafío al que se ha enfrentado el IRA Provisional después de los sucesos del Acuerdo de Viernes Santo de 1998, y un problema que puede haber contribuido al transvase de militantes hacia un grupo escindido radical, el IRA Real.

De todo esto se deriva una lección: cuando desaparece el objetivo de atacar violentamente a un enemigo claro, es peligroso dejar que la organización pierda la dirección y la capacidad operativa. En

términos de psicología organizativa, ello tiene sentido; cualquier organización, terrorista o no, puede perder rápidamente la dirección cuando cambia su actividad básica, a menos que se designe algo deliberadamente para controlarla y mantenerla. Regis Debray[25], al que hemos hecho referencia anteriormente, ha señalado que cuando las organizaciones terroristas dejan de tener un objetivo político pueden continuar existiendo, pero derivando hacia otras actividades que saben hacer bien; que en el caso de los grupos terroristas, suelen ser atracos (como ya hemos visto en el capítulo 5) y otras actividades delictivas. Durante la tregua aumentó drásticamente la cantidad de asaltos de castigo republicanos, y este incremento se mantuvo tras el fin del alto el fuego, cuando la campaña del IRA Provisional estaba inicialmente limitada al Reino Unido. Muchos de los asaltos fueron extremadamente salvajes y produjeron graves heridas y daños físicos a sus víctimas. Se dijo que estas operaciones estaban destinadas contra traficantes de drogas y delincuentes comunes, pero algunos de los asaltados parecían tener también vínculos políticos. Todas las organizaciones térroristas de Irlanda del Norte emplean operaciones de castigo, que a menudo

son de un salvajismo atroz, para controlar a sus miembros recalcitrantes y para intimidar a la comunidad. Parece probable que el incremento de operaciones de castigo acontecido desde el inicio de la tregua y al final de ésta se debe tanto a factores de mantenimiento y control como a la preservación del orden en sus respectivas comunidades. Los castigos también son un indicador visible de que los grupos terroristas continúan existiendo en sus comunidades y que pueden tomar medidas para resolver los problemas de desorientación o falta de actividad en sus filas.

Una segunda forma en que el IRA Provisional ha tratado de preservar la solidaridad en sus filas durante el alto el fuego ha sido continuar con las actividades de entrenamiento y de preparación de atentados. Hay pruebas que indican que durante este periodo el IRA Provisional y las organizaciones unionistas han continuado adquiriendo armamento y preparándose para cometer atentados. Una gran ironía al respecto de la euforia que rodeó a la visita del presidente estadounidense Bill Clinton a Irlanda del Norte es que, de hecho, en aquella época se estaba preparando en detalle el atentado con bomba de Canary Wharf, que marcó el fin de la tregua. Así,

el IRA Provisional (y, en menor grado, los paramilitares unionistas) parece haber mantenido su capacidad para cometer actos violentos durante la tregua. Sin embargo, puede argumentarse que, por parte del IRA Provisional, ello compromete necesariamente las posibilidades de éxito del alto el fuego y, por supuesto, queda en tela de juicio su disposición a intervenir en un proceso de paz. Toda esta dinámica puede ser relevante para comprender la naturaleza de las campañas prolongadas de tipo etniconacionalista en general y para entender por qué, pese al descenso de la violencia más visible (como los atentados con bomba), la continuación del conflicto de baja intensidad es importante para mantener unido al movimiento[26].

Las implicaciones de abandonar

Hasta aquí, este capítulo se ha centrado en identificar las influencias que puedan conducir a abandonar el terrorismo. Sin embargo, las implicaciones de abandonar ilustran hasta qué punto es complejo este asunto. Los terroristas que abandonan una organización (ya sea voluntaria o

involuntariamente) no siempre agradecen precisamente hasta qué punto ello afecta a su vida a partir de su salida. Las presiones psicológicas que siguen al exterrorista allá adonde vaya pueden ser tan intensas que acaben convenciéndole para que se entregue. Por ejemplo, Kuldip Singh, antiguo miembro de la Fuerza de Liberación de Jalistán, se entregó a la policía en 2000 por delitos cometidos en 1991. Según los informes policiales, la confesión de Singh obedece a su deseo de comenzar una nueva vida después de su juicio. El mismo año, Hans Joachin Klein, antiguo compañero de armas de Carlos «el Chacal», fue juzgado veinticinco años después de participar en el famoso atentado organizado por Carlos contra el consejo de ministros del petróleo de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo), realizado en 1974, y tras huir de las autoridades durante toda la vida. También en 2000, Fusako Shigenobu, fundadora de la Fracción del Ejército Rojo japonesa, fue detenida en el oeste de Japón al cabo de más de veinticinco años de vivir en la clandestinidad. La protección frente al enemigo puede no bastar para mantener en el seno del grupo a los miembros de la organización durante la fase inicial, pero poca o ninguna protección poseen

contra los implacables intentos de las fuerzas de seguridad y los servicios de inteligencia para llevarlos ante la justicia.

Las fuerzas de seguridad muchas veces tratan de convencer a exactivistas para que les den pruebas contra un movimiento terrorista. Esto puede contribuir a forzar la salida del grupo de algún miembro. Sean O'Callaghan desempeña regularmente un valioso trabajo educativo para promover una mayor conciencia sobre los peligros relacionados con el IRA Provisional. Eamon Collins, otro informante del IRA Provisional, ha proporcionado pruebas (al igual que O'Callaghan) en el juicio contra un presunto dirigente de la organización. La credibilidad del gobierno es crucial para promover la deserción de activistas dentro de una posible estrategia antiterrorista, pero las tácticas de muchos gobiernos han ostentado un gusto más bien dudoso cuando han asegurado buscar *supergrasses* (supersoplones) en Irlanda del Norte[27], o *pentiti* en Italia[28].

Los gobiernos británico e irlandés han tratado de fomentar la deserción de republicanos irlandeses reiterando que no ven la entrega de las armas del IRA Provisional como una «rendición». De hecho, ésta es una estrategia del IRA Provisional para «salvar la

cara», con la que sus dirigentes pueden tratar de reducir gradualmente la intensidad de la campaña en todos los frentes excepto el político. Sin embargo, la reinserción de terroristas en la sociedad plantea problemas de cierta entidad. A pesar del enorme progreso que se ha realizado, en Irlanda del Norte, el perdón no es algo fácil de ver; aunque la violencia terrorista de más alto nivel haya pasado a la historia, la violencia civil y el sectarismo puro que han destruido lentamente las iniciativas de paz en las comunidades no son signos de esperanza.

Aun si toda la organización comienza a disolverse, sus miembros pueden seguir caminos de lo más variados. Algunos pueden evolucionar hacia otras actividades ilegales como el crimen organizado[29], una opción que resulta más fácil para los individuos que hayan participado en actos similares cuando formaban parte de la organización (en el contexto de la financiación, por ejemplo). En tales circunstancias, el individuo puede tratar de seguir usando el nombre de guerra del movimiento para confrontar las amenazas de los grupos rivales. Otros pueden tender al aislamiento social y a sufrir los problemas psicológicos resultantes (depresión, toxicomanía, etcétera), mientras que otros pueden

integrarse en el mundo laboral y llevar una vida normal con nuevas relaciones sociales.

Con frecuencia, la percepción sobre la existencia de salidas viables puede ser el reflejo de: (a) el grado de implicación de la persona en el grupo (que, por ejemplo, puede clasificarse en muy parcial, parcial o total); (b) hasta qué punto su identidad y su soporte psicológico proceda únicamente del propio grupo, y (c) que el terrorista crea o no que su militancia (que puede haber durado toda su vida) en el grupo ha valido la pena. Tras el anuncio de la entrega de armas, muchos republicanos irlandeses han hecho un profundo examen de conciencia; según algunos analistas de seguridad, si no se ha producido un desplazamiento masivo de militantes es, posiblemente, porque en los demás grupos disidentes de Irlanda parece reinar la confusión (en el caso del IRA Real) o una excesiva «motivación ideológica» (en el del IRA de la Continuidad).

Comprender el abandono del terrorismo

En esta fase, sería demasiado ambicioso proponer una discusión exhaustiva sobre el abandono del

terrorismo desde una perspectiva individual. Si de los ejemplos anteriores ha surgido alguna impresión concreta, seguramente es la de que nuestra comprensión de la «salida del terrorismo» es, con toda probabilidad, demasiado simplista y precisa un estudio más sofisticado que ostente los mismos niveles de complejidad que la espinosa combinación de factores que impulsan y atraen a los individuos hacia el terrorismo. Sin embargo, decir esto no implica devaluar el modelo del proceso racional que se está desarrollando, sino que se trata simplemente de expresar que la fase del abandono del terrorismo es la menos conocida.

En las disquisiciones anteriores, hemos analizado el abandono del terrorismo desde una serie de niveles: en muchos casos, el «final» del terrorismo es un proceso que, para una organización terrorista, se inicia y avanza durante un periodo significativo de tiempo y, a menudo, nace a partir de la constatación de que la violencia terrorista por sí misma raramente logra, si es que alguna vez lo hace, sus objetivos. En el caso del IRA Provisional, el desarrollo conjunto de lo que el veterano republicano Danny Morrison describió como la «estrategia de la urna y la metralleta» —la búsqueda de los objetivos políticos

del movimiento con un uso cada vez más selectivo de la táctica de la «lucha armada»— probablemente fue el pistoletazo de salida para el proceso que recientemente ha culminado en la entrega de las armas.

En este punto, tal vez sea demasiado obvio sugerir que es necesario investigar más, pero, dada la carencia de datos básicos a partir de los que pueda superarse en el futuro la fase meramente especulativa, debe perdonársenos que hagamos un llamamiento a estudiar más en esta área concreta. La mayoría de los ejemplos citados en este capítulo proceden de Irlanda del Norte, algo que quizá no sea sorprendente puesto que es el movimiento terrorista más estudiado en este momento (prácticamente no existen datos sobre estos temas en relación con movimientos como Al Qaeda). Con todo lo dicho hasta ahora, hemos tratado de ilustrar algunos de los problemas relevantes para el estudio del abandono del terrorismo, pero existen muchas preguntas por responder, y la siguiente lista puede representar un modesto comienzo para este proceso. No se pone el énfasis en identificar implicaciones útiles para el frente político ni el de seguridad, sino en ilustrar principios psicológicos inherentes al estudio sobre el

abandono del terrorismo como un tema de investigación importante en sí mismo.

- Analizar y comprender la naturaleza y la variedad de los roles que desempeñan los terroristas dentro de sus organizaciones para promover (ya sea momentáneo o a largo plazo) el descenso de la actividad táctica, la estratégica o incluso una campaña entera.
- Explorar las medidas que puedan haber tomado las organizaciones terroristas para preparar psicológicamente a sus filas para un descenso de las actividades del grupo (y su disolución al final).
- Analizar qué pueden decir la documentación y los manuales de entrenamiento de los terroristas sobre el abandono de los miembros de las organizaciones.
- Estudiar qué les sucede a los militantes cuando la actividad terrorista de su organización cesa temporalmente (durante las treguas, por ejemplo) y qué pasos se dan para mantener la unidad en el grupo.
- Estudiar la vida de exterroristas que viven fuera de la estructura de su antigua organización. ¿Qué efectos psicológicos tiene

el aislamiento del grupo? Este tema puede considerarse desde diversos niveles —personal, familiar, etc.— y estudiarse en función de las presiones que se ejercen sobre el individuo según cuál sea el clima político, el ambiente social o el momento interno de la organización.

- Estudiar los factores que conducen a un abandono parcial de actos específicos a ciertos individuos —como el abandono voluntario de la participación en operaciones (por ejemplo, atentados con bomba o con arma de fuego)— para participar voluntariamente en otras actividades (por ejemplo, políticas, organizativas, financieras, etc.).
- Estudiar cómo y hasta qué punto los exterroristas expresan arrepentimiento y qué hacen (si se da el caso) para combatir el malestar.
- Analizar comparativamente las experiencias de terroristas que han abandonado el activismo involuntariamente (por ejemplo, terroristas encarcelados, militantes que han sido trasladados a otras áreas o los afectados

por la desintegración de su organización, etc.), y las de distintas formas de extremismo político.

- Examinar la posibilidad de que distintos puestos y funciones en el seno de las organizaciones terroristas muestren diferentes tasas de desgaste en relación con el abandono voluntario (por ejemplo, comparar entre recaudadores, pistoleros, colocadores de bombas, organizadores, actores políticos, etc.). ¿Cuáles son las implicaciones psicológicas del desempeño de ciertas funciones en la organización? ¿Hay puestos más propensos que otros a motivar el abandono voluntario? Esto serviría, de paso, también para que las investigaciones psicológicas centradas en los perfiles de «terroristas» pudieran reenfocarse hacia la elaboración de perfiles para los puestos y las funciones de las organizaciones terroristas.

Conclusiones

Los datos más accesibles para construir un

modelo del abandono del terrorismo proceden de fuentes autobiográficas, y no especialmente modernas. La investigación básica sobre estas fuentes debe fomentarse; como ha quedado claro al principio de este libro, aún no se han explotado bien, al igual que sucede con otros tipos de material primario sobre terroristas, lo que resulta especialmente decepcionante a la luz de los recientes avances en el frente de la «grounded theory» (metodología basada en el uso y el análisis de datos empíricos, sin ningún recurso a teorías preconcebidas) y en el de los análisis más tradicionales, aunque también más valiosos. Sin embargo, hay que analizar con prudencia el valor de los datos procedentes de estas fuentes. En lugar de buscar la parte de «verdad» que haya en ellas, sería más prometedor tratar de identificar procesos comunes. Ello tendría ventajas importantes sobre los vagos intentos de construir «perfiles» de personalidad de terroristas con unos objetivos no menos vagos.

El trabajo a partir de fuentes autobiográficas siempre comportará una serie de problemas, el más obvio de los cuales es la escasez de material. La investigación de primera mano, principalmente

mediante entrevistas, es necesariamente limitada, a causa de diversos problemas prácticos entre el que se encuentra el temor por la seguridad personal. Aunque estos temas se han abordado en el capítulo 2, hay que reiterar que este tipo de investigación es posible, y las experiencias de un pequeño número de estudiosos ha demostrado que las organizaciones terroristas tienden, en general, a cooperar y facilitar el trabajo de los científicos (con la condición, por ejemplo, de que pueda servirles para llegar a una audiencia más amplia); en el contexto del abandono del terrorismo, es posible separar a los candidatos a entrevistas en distintos grupos, según si su alejamiento del terrorismo ha sido físico o psicológico; voluntario o involuntario, y en función de si pueden considerarse «arrepentidos» o no (para el entrevistador, esta última dimensión contiene implicaciones directas de cara al estilo de las preguntas y a las estrategias de interrogatorio). En este punto, debe tenerse en cuenta lo que ha dicho James Dingley sobre las posibilidades futuras de investigación del conflicto de Irlanda del Norte: es irónico que, si bien las entrevistas son más asequibles que nunca en el momento de la disolución de las organizaciones terroristas, se continúen

desperdiciando estas oportunidades como si no fueran ya pertinentes para la investigación contemporánea.

Tratar de responder por qué la gente abandona el terrorismo en términos sencillos no hace honor a la impresionante complejidad de la cuestión y a las posibles suposiciones subyacentes. Por este motivo, se trata de un interrogante tan difícil de contestar conceptual y pragmáticamente como el de «¿por qué se convierte alguien en terrorista?». La salida del terrorismo puede ser el resultado de circunstancias que estén fuera del control del activista, o, como sucede con la entrada en el terrorismo, puede parecer una decisión que se toma por distintos motivos personales, sociales y laborales. Si el terrorismo es un producto de su época y sus circunstancias, esta idea puede aplicarse a las decisiones que toman los terroristas y a los procesos que influyen en cómo se ven a sí mismos[30]. Desde una perspectiva individual, dejar el terrorismo debería considerarse un proceso revestido de la misma complejidad que los que ya se han estudiado de forma más que suficiente al respecto de la fase inicial. Si en algún momento futuro se cree necesaria una taxonomía de los factores que contribuyen al abandono del terrorismo

(algunos de los cuales se han sugerido aquí), los investigadores tendrán que aceptar los procesos dinámicos que influyen en la conducta individual con respecto a todas las fases, roles y funciones del grupo terrorista.

7

Análisis, integración y respuesta

Al inicio de este libro se señaló que quienes buscan un «manual» práctico para comprender o «tratar» con el problema del terrorismo quedarían decepcionados. Además, los seis capítulos anteriores tal vez hayan dejado claro que quien esté interesado en el potencial de una psicología del terrorismo también puede quedar decepcionado y quizás incluso sorprendido por la falta de avances en el área. Sería fácil frivolizar y no hacer justicia a los difíciles estudios que se han emprendido para lograr una mayor comprensión general de este complejo campo, pero los hechos deben afrontarse de forma explícita: aunque podamos desarrollar modelos potenciales de conducta terrorista (como se ha demostrado en los

tres capítulos anteriores), y si bien ya podemos abordar el conocimiento del terrorismo de formas más accesibles y directas, los avances de la investigación psicológica no son satisfactorios. Existe una grave carencia de datos imprescindibles para dar forma a las teorías y también para poner a prueba incluso las hipótesis más básicas. En consecuencia, tras haber (a) revisado la literatura psicológica, y (b) sugerido nuevas formas de comprender el terrorismo desde las perspectivas psicológica y criminológica, sería fácil formar conclusiones prematuras (y más fácil aún reconocer la derrota y contentarse con decir que, en realidad, poco o nada puede hacerse), y por ello en esta tesitura debemos proceder con gran cautela.

La historia del terrorismo y la lucha antiterrorista enseña muchas lecciones valiosas. Si optamos por ignorarlas, debemos ser conscientes de las consecuencias. Una de estas lecciones de los capítulos anteriores es que tanto quienes emplean el terrorismo como los afectados por él pueden poseer opiniones inconsistentes y ambiguas sobre la naturaleza del terrorismo y el uso de la violencia política en general. En las primeras secciones de este libro hemos visto que la estrategia del terrorismo parece estar sembrada de paradojas: los terroristas se

proponen llamar la atención del público o, al menos, eso se deduce de sus actividades observables, y a menudo lo hacen por medio de la perpetración de actos ofensivos y atroces. Sin embargo, este mismo proceder dificulta que el estado se plantee negociar con ellos, por no hablar de llegar a un pacto.

Contradicciones similares a éstas abundan en los análisis de la lucha antiterrorista; en ningún momento ha sido tan evidente como en el curso de la guerra al terrorismo de Estados Unidos. Por muy conscientes que seamos de que ciertas respuestas a los movimientos terroristas sólo sirven para acrecentar el apoyo con el que cuentan en su liza con el estado, para los gobiernos es absurdo e inhumano tratar a los terroristas de un modo distinto al reservado para los cobardes. Naturalmente, siempre es más fácil tratar de impedir nuevos atentados con un «castigo» inmediato que buscar alguna forma de quizás (a) corregir la conducta terrorista o (b) constatar de forma objetiva en qué se sustenta el terrorismo en cualquier punto del proceso (es decir, qué consecuencias esperan obtener de su conducta).

Esta idea puede parecer inusual porque, de forma implícita, la larga historia del terrorismo y los no menos largos debates a su alrededor nos han

mostrado de distintas formas cómo es probablemente mejor no responder al terrorismo (en cada uno de los niveles del problema). La cuestión, así, de pronto deja de ser «¿cómo hay que luchar contra el terrorismo?» para convertirse en «¿por qué no lo hacemos de formas que a todos nos parecen más apropiadas y cuya efectividad está probada?».

Tarde o temprano habrá que debatir otro tema controvertido e incómodo: el terrorismo puede ser complejo, pero ya no es posible escurrir el bulto con el argumento de que es misterioso e incomprensible. Sin ánimo de contradecir esta afirmación, no obstante, otra realidad igual de válida es que aún estamos muy lejos de comprender el terrorismo. En parte, los analistas académicos son culpables de ello por partir de cierto nivel de ideología política, pero, además, la imposibilidad de ponernos de acuerdo en cuál es la naturaleza del terrorismo refleja confusión y falta de priorización de objetivos. Al igual que sucede con el anterior punto, resulta irónico que nuestras respuestas políticas al terrorismo no hagan más que prolongar los problemas que tratamos de paliar o mantener bajo control.

Con todo, en los actuales debates sobre el terrorismo se pueden identificar tres posibles puntos

de partida para llegar a respuestas a este tipo de problemas, y los tres son relevantes con respecto a los problemas por los que se ha guiado la investigación psicológica:

1. La persona que se involucra en actividades terroristas es diferente o especial en el sentido psicológico (este argumento siempre ha recibido fuerza cuando la percepción del «terrorismo» se limita a los atentados, ya sean con bomba o de otro tipo); y, en relación con ello:
2. La etiqueta «terrorismo» es engañosa y no hace más que sesgar nuestra percepción y, por omisión, nuestra comprensión del problema. Esto no tiene nada que ver con los argumentos sobre la pretendida legitimidad de la resistencia armada por parte de un grupo político insurgente o cualquier otro argumento «moral» relacionado, sino que hace referencia al problema conceptual que se ha subrayado a lo largo de todo este libro: si se utiliza un concepto más amplio para pensar en el terrorismo, éste pasa a englobar muchas otras actividades y personas (algo que ha quedado muy claro a partir de la descripción

del capítulo 5 del ciclo de incidentes terroristas, de cuya compleja cadena de sucesos sólo vemos el resultado final).

3. Y, por último, pese a que debamos admitir que «la verdad es que no sabemos suficiente», no dejamos de suponer que un factor «causal» del terrorismo sea la conexión entre las condiciones generales y las percepciones individuales de dichas condiciones, una área que podría entenderse en relación con las características del control ideológico.

La tendencia a dar por buena la primera afirmación ha dado lugar a tentativas de identificar rasgos comunes en el terrorista: supuestas características mentales o internas comunes a quienes se involucran en el terrorismo. Como hemos visto en el capítulo 3, muchos autores han supuesto (y continúan suponiendo) que dichas características desempeñan un papel importante en la predisposición de un supuesto «tipo» de persona a la violencia terrorista y a su organización. En el siglo XXI, las ideas sobre personalidad y perfiles simplistas deben contemplarse como un recurso en el que buscan socorro los estudios pobres que emplean de forma anómala el análisis psicológico con el objetivo

de postular juicios supuestamente bien formados y comprobables. La obsesión por persistir en esta línea de trabajo debe verse como un despilfarro de oportunidades.

La idea del «perfil terrorista», que aparenta asentarse un terreno más sólido, puede ser atractiva o incluso seductora para las administraciones porque simplifica un proceso de enorme complejidad y hace posibles unas respuestas de sencillez engañosa. Con todo, es obligado constatar que no resulta útil y conlleva de forma implícita unas suposiciones también engañosas sobre qué hace falta para afrontar el problema; es interesante que a finales de 2004 salieran a la luz suposiciones erróneas de un tipo similar acerca del supuesto papel que las finanzas terroristas desempeñan en la limitación de la actividad terrorista: tratar de resolver el problema en un sentido financiero es casi totalmente inútil de cara a «prevenir» el terrorismo). Desde la apreciación de la heterogeneidad del concepto del terrorismo y de quienes toman parte en él en todos los niveles, y desde una revisión cuidadosa de la investigación, está claro que muchos de los rasgos o características personales que tratan de identificarse como pertenecientes al terrorista no son específicos de éste

ni sirven para distinguir entre «tipos» de terroristas (aun dentro de un mismo grupo, y no digamos entre grupos diferentes). Los caminos que conducen al terrorismo, lo recorren o llevan a salir de él tampoco son distintos en un sentido psicológico de los que aparecen con respecto a otros tipos de movimientos sociales, ni —como se ha descrito en los capítulos 4, 5 y 6— son tales características necesariamente homogéneas o comunes entre movimientos terroristas: y eso sin tener en cuenta el hecho de que, en los movimientos extremistas de mayor envergadura, los atentados terroristas representan un elemento limitado (aunque público y cargado de dramatismo) de una actividad mucho más amplia. En la literatura psicológica actual no se ha dejado de sugerir e interpretar implícitamente que muchos de los atributos psicológicos supuestamente característicos de los terroristas constituyen deficiencias psicológicas o sociales. Ya hemos profundizado en esta cuestión en el capítulo 3, pero permítasenos concluir que, si bien para los políticos estas teorías parecen formas atractivas y plausibles de simplificar lo que en realidad es un conjunto interactivo y complejo de circunstancias idiosincráticas y sucesos que dan forma a las

actitudes individuales (y, por ende, las conductas), en realidad confunden y limitan nuestra comprensión del fenómeno, aun cuando en su momento resulte difícil apreciarlo. Sencillamente, no existen características del terrorista fáciles de identificar *a priori* que permitan determinar probabilísticamente, de forma válida, fiable y aplicable a un intervalo significativo de tiempo, el riesgo de que una persona o un grupo social determinados se involucren en actividades terroristas.

Buena parte del problema ha radicado en una preocupación dogmática por el término «terrorismo». Por un lado, hemos visto que esta etiqueta sesga la naturaleza y el alcance de los análisis de los estudiosos y de la propia comprensión de los amplios fenómenos que dan lugar a la violencia política y emergen de ella. Donde han fracasado totalmente los análisis psicológicos, sin embargo, es en la identificación clara de las conductas asociadas a todas las fases del proceso del terrorismo, es decir, en términos de la conducta de quienes entran en una organización terrorista, permanecen en ella como miembros activos y la abandonan. Sea cual sea la etiqueta aplicada a quienes adoptan este tipo de conducta, no cambian ni sus comportamientos ni las

formas en que se desarrollan: permanecen constantes. El proceso de convertirse en terrorista comporta una serie de conductas acumulativas e incrementales que culminan en un compromiso creciente, sostenido y ferviente con el grupo. Lo importante, sin embargo, es que con independencia de los cambios políticos a corto plazo —o, como hemos visto después del 11-S, con independencia de los intentos políticos de alterar fundamentalmente nuestras ideas sobre qué y quién es un terrorista— la conducta básica del terrorista no varía. Lo que ha cambiado son las percepciones de los políticos acerca de dónde y en qué grado deben centrarse las políticas de control. El hecho añadido de que la lucha antiterrorista rara vez se basa en pruebas ni en resultados garantiza que las conductas terroristas a las que se presta atención no cesarán de cambiar, sin que los especialistas entiendan demasiado bien o en absoluto qué factores provocan tales cambios (naturalmente, suponemos que los cambios se deben a causas internas del grupo terrorista, algo que normalmente se formula en términos de que «el terrorismo está cambiando»).

Además, y ya fuera del contexto legal, el problema real que debemos plantearnos no es —

aunque sea sorprendente— «¿qué es el terrorismo?», sino cómo influyen y alteran el panorama político los grupos desafectos (o los «perezosos», o los que carecen de apoyos amplios, o cualquier organización provista de una gran motivación con respecto a un único problema). El factor crucial en ello es el valor instrumental que pueda tener la violencia para tal organización en unas coordenadas determinadas de tiempo y espacio, y su uso encaja limpiamente en los marcos de trabajo de optimización identificados de forma colectiva en los capítulos 4, 5 y 6. La violencia —incluso la extrema violencia— está al alcance de todo el mundo; como se ha dicho tan a menudo, es claramente uno de los mayores instrumentos de democratización de la sociedad. El uso de la violencia es, pues, únicamente un aspecto del «juego de herramientas», y la cuestión crítica es si resulta útil o no para una organización extremista concreta. El IRA Provisional lo reconoció a principios de los ochenta cuando se desarrolló su doble frente con el Sinn Fein como cara «pública». El paso siguiente consiste en tratar de comprender qué significa «instrumental» en el contexto de cada organización terrorista; en ello intervienen, por supuesto, sus intenciones, pero también cobran relieve otros problemas de todo tipo.

Uno de los desafíos que el terrorismo representa para el estado es que socava el monopolio que éste ejerce de la violencia instrumental; recordemos cómo el presidente estadounidense George W. Bush trató de deslegitimar todo desafío al estado diciendo que quien «apoye» al terrorismo es también un «terrorista»).

Todas estas cuestiones reflejan de forma muy clara un problema endémico en la lucha antiterrorista. Con demasiada frecuencia se adoptan medidas antiterroristas prácticas de escasa relevancia con respecto a la realidad del terrorismo y de dónde se origina, cómo se desarrolla, etcétera. Esta afirmación no debería interpretarse como una crítica cínica de las políticas de seguridad ni de los servicios de inteligencia (temas que no se analizan en detalle en esta obra), pero no deja de ser cierto que las fuerzas de seguridad y los servicios de inteligencia pocas veces responden a la «amenaza terrorista» estratégicamente de forma que les permitan desarrollar su propia agenda. Los problemas sobre la obtención de pruebas no son exclusivos del terrorismo dentro del contexto delictivo, por supuesto, pero las sensibilidades políticas que emergen tras un atentado terrorista (con el 11-S como

ejemplo más claro) hacen posible unas discusiones sobre cambiar las reglas, el lenguaje y el propio significado del terrorismo que, en otro nivel, nunca se plantearían para resolver problemas como, por ejemplo, el robo de automóviles. Es fácil llegar a un difícil interrogante: el proceso político es casi totalmente ineficaz en tantos aspectos de la lucha antiterrorista que trata de localizar la solución del problema en otra parte, como en las fuerzas de seguridad o los servicios de inteligencia. Aquí se forma un círculo vicioso: la policía acepta como suyo el desafío para así incrementar sus recursos y su importancia, pero acaba descubriendo que tampoco puede resolverlo. Como las fuerzas de seguridad no reconocen su incapacidad para solventar el problema, vuelve a buscarse la solución en los puntos débiles de la estructura y los sistemas del estado; en otras palabras, el problema acaba adquiriendo un tinte político, y la frustración a menudo acaba llevando al gobierno a reconocer que la guerra contra el terrorismo es imposible de ganar. Una vez más, la selección léxica es una denota en sí misma, ya que refleja cómo se concibe el problema. Para salir del círculo vicioso, debe estarse dispuesto a replantear las visiones tradicionales y cómodas de que la mejor

solución para el terrorismo está en las fuerzas de seguridad.

Por tanto, deben establecerse prioridades. ¿Qué debemos hacer? Si el objetivo global de las discusiones sobre lucha antiterrorista es la prevención, el punto de partida consiste en aceptar que —en virtud de los principios analíticos descritos en los capítulos 4, 5 y 6, por ejemplo— la prevención sólo puede entenderse en función de la posición y el momento en que se encuentre el fenómeno del terrorismo. El recuento de terroristas muertos o encarcelados dice relativamente poco sobre el progreso de una campaña antiterrorista (lo que constituye un buen ejemplo de lo mal que se entiende en todo el mundo la evolución en Irak en 2004); por el mismo motivo, el fusilamiento de sospechosos de terrorismo, la violación de los derechos humanos y la corrupción del proceso democrático (y del propio lenguaje político) nunca funcionarán porque no hacen más que dar alas a la violencia política al prolongar la legitimación del «imperativo» que conduce a una organización al terrorismo.

El terrorismo como proceso

Un análisis del terrorismo como proceso, como el que se ha hecho en este libro, podría contribuir a desarrollar la comprensión de las teorías psicológicas sobre el terrorismo (aunque sólo sea para determinar cuáles sean las más útiles conceptualmente) y, tal vez, de los estudios sobre este tema en general. Aquí se han desarrollado algunas perspectivas cuyas implicaciones tal vez sea útil intentar identificar.

Si tratásemos de resumir el análisis colectivo y las conclusiones de los capítulos 4, 5 y 6, podríamos correr el riesgo de simplificar el «mensaje» de forma excesiva. Por ejemplo, se podría expresar una conclusión diciendo que, en términos de comprender el desarrollo, el mantenimiento y el declive de la participación en actividades terroristas, debe considerarse que el terrorismo es básicamente un proceso de tipo organizativo y de grupo. Con todo, esta afirmación puede ser equívoca si se toma de forma aislada, y plantea el riesgo de simplificar el debate en exceso (por ejemplo, tratando de aislar los factores psicológicos de los estratégicos y/o ideológicos). Tal vez resulte más útil arropar esta conclusión con términos que reflejen el proceso que se ha descrito. Por ejemplo, a partir del análisis desarrollado a lo largo de los capítulos 4, 5 y 6:

- Disponemos de una forma clara y no ambigua de identificar puntos clave del peligro y el análisis del riesgo para tanto la iniciación en el terrorismo (capítulo 4) como la participación prolongada en él (es decir, el mantenimiento de actividades relevantes en términos terroristas) y la intervención en atentados terroristas (capítulo 5), así como el abandono del terrorismo (capítulo 6).
- Podemos apreciar y comprender el significado de los cambios de actitud, pensamiento y conducta como factores que influyen en la escalada del compromiso y la participación en el terrorismo como el resultado de influencias sociales, organizativas y de grupo que favorecen una actividad terrorista sostenida y prolija y desalientan las actividades sociales de ámbito general no relacionadas con el terrorismo.
- También podemos establecer con claridad la naturaleza de la relación entre las actividades relevantes como terrorismo y otras formas de actividades políticas y sociales, tanto legales como ilegales.

Una perspectiva basada en el terrorismo como

proceso es valiosa por muchos otros motivos, aunque todavía no se han considerado en toda su extensión todas sus implicaciones sociopolíticas, tal vez porque, aunque parezcan relativamente sencillas de ver o incluso obvias en algunos sentidos (al menos, cuando se conoce el terreno), su análisis directo resulta esquivo en muchos círculos. Un análisis desde este punto de vista pone inmediatamente en perspectiva psicológica el hecho de que las disparidades en perfiles, orígenes individuales y vías de llegada al terrorismo pueden enfocarse para oponer resistencia a las operaciones antiterroristas (algo que, desde la perspectiva de los terroristas, ejerce una función psicológica vital para mantener la solidaridad interna y la cohesión en unas circunstancias de constante peligro, amenaza y estrés). Es extremadamente importante constatar que un modelo del terrorismo como proceso no invalida necesariamente las disparidades entre los orígenes y demás, sino que su verdadero valor estriba en que permite entender cómo personas de orígenes y características distintas entran en dicho proceso de diferentes formas y, en consecuencia, lo atraviesan de distintos modos. Esto constituye un problema de importancia crítica para futuros estudios.

En términos ligeramente más prácticos, sin embargo, puede ayudarnos a trazar distinciones entre fases del proceso y a desarrollar enfoques políticos, como se ha argumentado antes. La trascendencia de este marco de análisis no debería subestimarse, dado su potencial para contribuir a la vertiente política. De los problemas relacionados con el «ciclo de incidentes» terroristas se deriva un ejemplo muy obvio de ello. En el capítulo 5 hemos identificado una trayectoria y una lógica para los actos de terrorismo que, vistos en detalle, han revelado ciertas características circulares (aunque no por ello menos útiles). Por ejemplo, aunque podamos identificar paralelismos entre cómo suceden y se desarrollan los atentados y otras formas de actividades delictivas (por ejemplo, ciertos robos), es obvio que, al analizar los resultados posibles de un atentado, el terrorista no sólo piensa en cómo terminará el episodio: además de los planes de escapada, el análisis también guarda una relación muy importante con la propia decisión de cometer el acto en cuestión. Es evidente que este factor interviene en la decisión que debe tomarse antes de perpetrar el ataque (y cualquier incidente posterior). Lo que resulta obvio en el caso de los atentados suicidas, en los que no se da ningún

análisis posterior en términos de cómo escapar.

Otra cuestión que puede parecer obvia aquí y que debe tenerse en cuenta en la evaluación política de la contribución potencial de la investigación psicológica: los problemas relacionados con las «características psicológicas» de los terroristas pueden ser relevantes de cara a la selección de personal y otros problemas organizativos, pero, por otro lado, está claro que desempeñan un papel escaso o nulo en el tipo de análisis que sugiere el planteamiento de trabajo del ciclo de incidentes. Se trata de una cuestión conceptual importante que debería estudiarse en mayor profundidad y que, irónicamente, puede resultar una forma práctica de poner de relieve las limitaciones de las teorías sobre el terrorismo basadas en la personalidad, que, consideradas a la luz del análisis de atentados, quedan desprovistas de propósito y de significado.

Un análisis más general permite ver que en el marco de trabajo del ciclo se encuentra ausente la distinción entre el «incidente» y la «inclinación» (o la «predisposición») asociados al terrorista. Cualesquiera que sean las razones por las que en una persona determinada hayan llegado a aparecer inclinaciones delictivas o terroristas (debidas,

podemos suponer, a diversas influencias de tipo social, psicológico, religioso, fisiológico, individual o de grupo), un enfoque centrado en objetivos delictivos y terroristas supone que se han dado las condiciones previas necesarias para conducir a una persona a preparar este tipo de actos y participar en ellos. Por lo tanto, esto guarda relación con el proceso en virtud del que se expresa y se cumple (o no) el acto terrorista, y no con los orígenes de tal actividad y con el proceso en virtud del que una persona determinada se involucra en actividades terroristas. Hacer la distinción entre una «inclinación» y un «incidente» marca un importante avance conceptual a partir del que puede desarrollarse mucho mejor una política y una práctica para alterar los acontecimientos y las situaciones, y no a las personas (muy posiblemente el objetivo que, implícitamente, persiguen las teorías basadas en la personalidad, a pesar de que resulte casi obvio que es inalcanzable).

Debe añadirse un postulado más: dado que, como hemos visto en el capítulo 5, cada atentado es particular y tiene lugar en un contexto propio, el análisis de los atentados e incidentes debe ser específico de cada uno de ellos. Las disquisiciones

que se han hecho hasta aquí han dejado bien claro que la categoría del «terrorismo» es demasiado amplia como para ser significativa. Es muy posible que algunos miembros activos de los movimientos terroristas seleccionen sus objetivos de forma oportunista, y también pueden participar en incidentes ilegales muy distintos en lugar de centrarse en una única actividad. Sin embargo, el proceso que da lugar a un atentado terrorista concreto es necesariamente específico de este incidente, porque se da en el contexto y en las circunstancias de una situación particular. Esto tiene implicaciones importantes de cara al desarrollo de la planificación de operaciones; dicho de forma simple: no existe ningún plan, ni ninguna estrategia, antiterrorista que pueda aplicarse a todas las situaciones. En relación con esto, es importante plantearse si existen o no series de actos terroristas que aparezcan juntas, o si en realidad cada uno es idiosincrático y completamente único. Es importante desarrollar estudios de casos de atentados para tratar de identificar las características de cada incidente dentro de un marco de trabajo que estudie los acontecimientos como un ciclo.

Aunque existan signos de que las perspectivas

sobre esta cuestión estén comenzando a ser objeto de más análisis críticos que nunca, los problemas de perspectiva continúan reflejando la complejidad y la amplia variedad de las actividades relacionadas con el terrorismo. Otro problema obvio y significativo que aún está por resolver es la integración del análisis; por ejemplo, ¿qué relación hay entre los grandes problemas sociales (que supuestamente son «las raíces del terrorismo») y los problemas individuales de orden menor? Por una parte, encontramos una serie de problemas sociopolíticos que parecen ser relevantes de alguna forma para la aparición de un conflicto entre grupos y sociedades o en el seno de éstas. Por otra parte, ciertas características individuales ponen en movimiento acciones, pero con frecuencia malinterpretamos su relevancia a causa de innecesarias tensiones entre disciplinas de estudio y de malas representaciones de las distintas perspectivas (tanto dentro como fuera del mundo académico): como puede suponer cualquier persona mínimamente interesada en la psicología de la conducta terrorista, las características individuales son importantes dentro del proceso que da lugar al terrorismo. Gran parte de la investigación psicológica efectuada hasta ahora responde a un interrogante

predecible: dada la amplitud de las condiciones que suponemos que generan conflictos, ¿cómo es que tan pocas personas optan por el terrorismo? Es interesante que pocas veces se formule la pregunta empírica inversa: ¿cómo es que son tantas las que no optan por el terrorismo? Plantear las cuestiones de distintas formas genera problemas y retos diferentes para el tipo de análisis que realicemos. Tal vez no será necesario decir que la respuesta a tales preguntas continuará variando enormemente en función del tipo y el nivel de actividad que se considere como «terrorismo». En ciertos sentidos, estas ideas no son nuevas (como acordaran los criminólogos), pero sí lo son en cuanto que términos en los que concebir el terrorismo. No todos los individuos seguirán el proceso acumulativo inherente a la iniciación en el terrorismo: muchas veces invertimos bastante tiempo en decidir si los casos «inusuales» (por ejemplo, las personas que se convierten en terroristas durante un intervalo de tiempo muy corto, y parecen llegar a la fase de «implicación» con poca exposición a las conductas y cambios relacionados con la implicación en el terrorismo) anulan o invalidan teorías concretas. Una vez más, este ejercicio no resulta de ayuda y pone de relieve limitaciones en el pensamiento.

¿Qué podemos hacer? Lo que queramos hacer

A partir de esta discusión el panorama puede parecer deprimente. ¿Cómo podemos avanzar? Parte de la solución no es difícil de identificar. En mi opinión, las soluciones tanto para gestionar el problema del terrorismo como —si es que, por un momento, pueden separarse ambas cosas— para comprenderlo pasan por la necesidad de que prioricemos núestros objetivos. ¿Qué queremos hacer? Si para un gobierno el objetivo principal es eliminar a los terroristas, la respuesta es obvia, como podemos ver hoy día en numerosos lugares del mundo. Si el objetivo es «comprender» el terrorismo, necesitamos tener claro de dónde procede y cómo se origina, se desarrolla y cesa. Para lograr este objetivo —y, de esta forma, quizás buscar cómo se puede aplicar a la política la comprensión del terrorismo— debemos aceptar abiertamente las realidades de nuestros propios actos destinados a suprimir el terrorismo. A menudo, como se ha razonado al principio de este capítulo, la política antiterrorista no logra sino promover más apoyo para el terrorismo, y la respuesta de los terroristas refuerza en los agentes de la política antiterrorista la idea de que sólo existe

una forma para resolver el problema. Y así se sienta la base para un ciclo de violencia.

En este contexto es imperativo reconocer en qué condiciones sociales, políticas y psicológicas es más probable que aceptemos respuestas contra el terrorismo que a largo plazo sean más perjudiciales que beneficiosas. En el clima inmediatamente posterior al 11-S (y, en ciertos círculos, es posible que también hoy día), un analista que hablara de «comprender el terrorismo» probablemente habría sido acusado de proponer «perdonar» de alguna forma a los terroristas y de simpatizar con su situación. Por supuesto, nuestra afirmación jamás debería implicar tal identificación con los agresores, pero este hecho refleja una realidad de la violencia política: los terroristas con frecuencia justifican en una victimización los actos de violencia que suelen cometer en nombre de una comunidad. El terrorismo no deja de ser un problema social y un proceso social, y aunque la comunidad que el terrorista afirma «representar») muchas veces desautorice tal representación en el momento en que se ha cometido una atrocidad terrorista, puede anidar simpatías por los objetivos de los terroristas. No deben reforzarse estas simpatías con respuestas al terrorismo que más

tarde podrían lamentarse. Esta importante dinámica debe comprenderse y asumirse, porque contiene la clave para debilitar y dar fin a las actividades terroristas.

Es desafortunado que incluso en la disciplina de la psicología perviva el discurso polarizado sobre el terrorismo. El problema continúa considerándose o bien complejo y misterioso, o bien claro y diáfano. Con frecuencia, lo que condiciona la toma de postura en uno u otro sentido es el acceso a información o una visión del mundo concreta debida a las experiencias, formación y orígenes personales. Una sola palabra o una expresión en la presentación de un documento puede bastar para delatar una orientación política o la alineación con un bando, y, dado el ingente volumen de material que produce una auténtica «industria del terrorismo», resulta fácil que nuestra ignorancia nos conduzca a tildar de irrelevante o de errónea una contribución determinada a la literatura. Una vez más, en el meollo de la cuestión se encuentra el problema de calibrar el valor de las cosas. Una forma de avanzar hacia un sistema para determinar la calidad de la investigación académica y para establecer las prioridades necesarias para los análisis de inteligencia a corto y

medio plazo sería exigir que tanto el mundo académico como el político demuestren que sus respectivas teorías son relevantes mutuamente y aplicables en la práctica. Los académicos tienen la responsabilidad de demostrar que sus análisis son relevantes en el mundo real, y, en concreto, los analistas de inteligencia tienen la de reconocer el valor de la información que recopilan, clasifican y archivan de forma rutinaria. Como se ha dicho antes, para que la colaboración entre ambos mundos pueda ser útil, probablemente sea imprescindible que se reconozca el valor de la información fiable y contrastada. A menudo, la información no se llega a compartir tanto como se debiera a causa de la desconfianza mutua, las sospechas y, en ocasiones, malas experiencias previas, aparte, claro está, de las cuestiones de seguridad nacional. Sin embargo, la mayoría de las veces la causa se halla en cuestiones básicas de poder y control. Pero la colaboración puede ser beneficiosa para ambas comunidades; ¿cómo pueden beneficiarse de una cooperación creciente entre sí? El mundo académico probablemente tendrá que dar el primer paso demostrando la relevancia de sus teorías, mientras que los encargados de responder al problema del

terrorismo deben expresar sus necesidades y sus preocupaciones de forma consistente y apropiada. En pocas palabras, ninguno de los dos mundos puede ser de utilidad para el otro, ni para el conjunto de la sociedad, a menos que sepan qué se necesita, se desea y, en la práctica, se puede ofrecer desde el otro lado.

Conclusiones

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 y la guerra contra el terrorismo ilustran hasta qué punto el drama y las emociones que rodean al terrorismo pueden dificultar la concepción de una estrategia coherente y sistemática para prevenir futuros atentados y corregir las causas últimas del terrorismo y sus factores desencadenantes. Paul Wilkinson ha dicho a menudo que el terrorismo es un problema demasiado importante como para dejárselo a los políticos, y sus palabras nunca habían sido tan importantes como hoy. Es hora de que los investigadores académicos comiencen a hacer suyo el problema en formas nunca exploradas hasta ahora, y, además, es hora de que comencemos a analizar de

forma crítica qué contribución pueden hacer nuestros análisis. Este libro espera haber argumentado bien su impulso de una investigación sobre la conducta terrorista que se base en datos empíricos, independientes y objetivos. A menos que la investigación psicológica sobre el terrorismo comience a desarrollarse sistemáticamente, es improbable que llegue a ofrecer las perspectivas y las demostraciones necesarias para auxiliar de forma apropiada y fiable al diseño de políticas. Los problemas (tanto propios de la investigación como de otros ámbitos) descritos extensamente en alguno de los capítulos de este libro no son insuperables —digámoslo claramente por última vez— y la investigación psicológica, pese a su falta de visión de futuro, tampoco ha sido una total pérdida de tiempo. Esto es, no lo habrá sido si es que aprendemos a partir de los errores cometidos y dedicamos tiempo a considerar las implicaciones que comportan los enormes vacíos que presenta nuestro conocimiento. En términos sencillos, nos encontramos en una fase preparadigmática.

Si la investigación académica lucha siempre en varios frentes tras la guerra contra el terrorismo, la investigación psicológica se encuentra aún más

atrasada, y las predicciones probabilísticas acerca de un campo de batalla terrorista concreto no implican que los investigadores académicos posean cualidades parapsicológicas: la dura realidad es que debemos admitir que no podemos apreciar el valor de las herramientas conceptuales que ya contamos en nuestro haber. Por lo tanto, tal vez deberíamos estudiar en mayor detalle dónde nos encontramos exactamente y adonde deseamos llegar al final del camino.

Bibliografía

Adams, G., *Before the Dawn: An Autobiography*, Heinemann/Brandon, Londres, 1996 (hay trad. cast., *Antes del amanecer: autobiografía*, Txalaparta Argitaletxea, Tafalla, 1997).

Alexander, Y. y K. A. Myers (eds.), *Terrorism in Europe*, Croom Helm, Londres, 1982.

Anderson, J. K., «Terrorism», en www.gocin.com/probe/terror.htm.

Anderson, S., «Making a Killing», *Harper's Magazine*, 288 (1 de febrero de 1994).

Arendt, H., *Eichmann in Jerusalem: A Report on The Banality of* Evil, Viking, Nueva York, 1963 (hay trad, cast., *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal*, Lumen, Barcelona, 2001).

Atran, S., «Social Science Review: Genesis of Suicide

Terrorism». *Science*, 299 (7 de marzo de 2003), pp. 1.534-1.539.

Baeyer-Katte, W, D. Claessens, H. Feger y F. Neidhart (eds.), *Analysen Zum Terrorismus 3: Gruppeprozesse*, Westedeutcher Verlag, Darmstadt, 1982.

Bandura, A., «Mechanisms of Moral Disengagement», en W. Reich (ed.), *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind*, Cambridge University Press, Nueva York, 1990 (hay trad, cast., *Orígenes del terrorismo: psicología, ideología, teología, estados mentales*, Pomares-Corredor, Barcelona, 1994).

Barber, B., *Heart and Stones: Palestinian Youth from the Intifada*, Palgrave, Nueva York, 2003.

Bartalotta, G., «Psicologia Analitica e Terrorismo Politico», *Rivista di Psicologia Analitica*, 12, 24 (1981), pp. 21-30.

Baumann, M., *Terror or Love?: Bommi Baumann's Own* Story *of His Life as a West German Urban Guerrilla*, Grove Press, Nueva York, 1979.

Beck, A., «Prisoners of Hate», *Behavior Research and Therapy*, 40, 3 (2002), pp. 209-216.

Berkowitz, L., «Some Aspects of Observed

Agression», *Journal of Personality and Social Psychology*, 12 (1965), pp. 359-369.
Billig, O., «Case History of a German Terrorist», *Terrorism*, 7 (1984), pp. 1-10.
Birrell, D., «Relative Deprivation as a Factor in Conflict in Northern Ireland», *Sociopolitical Review*, 20 (1972), pp. 317-343.
Björgo, T. (ed.), *Terror from the Extreme Right*, Frank Cass, Londres, 1995.
—, (ed.), *Root Causes of Terrorism: Findings from an International Expert Meeting in Oslo 9-11 June 2003*, Norwegian Institute of International Affairs, Oslo.
Blackburn, R., «Psychopathy and Personality Disorder in Relation to Violence», en K. Howells y C. R. Hollin (eds.), *Clinical Approaches to the Mentally Disordered Offender*, Wiley, Chichester, RU, 1989, pp. 61-88.
Bowyer-Bell, J., *The Secret Army: The IRA 1916-1979*, Academy Press, Dublin, 1979.
—, *The Dynamics of the Armed Struggle*, Fank Cass, Londres, 1998.
—, *The IRA: 1968-2000*, Frank Cass, Londres, 2000.
British Broadcasting Corporation, *Third World War: Al Qaeda* (emitido el 24 de febrero de 2004).

Brockner, J. y J. Z. Rubin, *Entrapment in Escalating Conflicts*, Springer-Verlag, Nueva York, 1985.

Bruce, S., *The Red Hand: Protestant Paramilitaries in Northern Ireland*, Oxford University Press, Oxford, 1992.

Brunet, L., «Le Phenomene terroriste et ses effets sur les object internes», *Revue Quebecoise de Psychologie*, 10, 1 (1989), pp. 2-15.

Burgess, M., N. Ferguson e I. Hollywood, «From Individual Discontent to Collective Armed Struggle: Personal Accounts of the Impetus for Membership or Non-membership in Paramilitary Groups», borrador inédito, Departament of Psychology, Liverpool Hope University College, Liverpool, 2003.

Burton, F., *The Politics of Legitimacy: Struggles in a Belfast Community*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1978.

Cairns, E., «Social Identity and Intergroup Conflict: A Developmental Perspective», en J. Harbison (ed.), *Crowing Up in Northern Ireland*, Stranmillis College, Belfast, 1989, pp. 115-130.

—, «Understanding Conflict and Promoting Peace in Ireland: Psychology's Contribution», *Irish Journal of Psychology*, 15, 2-3 (1994), pp. 480-

493.
—, y G. Mercer, «Social Identity in Northern Ireland», *Human Relations*, 37, 12 (1984), pp. 1.095-1.102.
—, y R. Wilson, «Stress, Coping, and Political Violence in Northern Ireland», en J. P. Wilson y B. Raphael (eds.), *International Handbook of Traumatic Stress Syndromes*, Plenum Press, Nueva York, 1992, pp. 365-376.
Carroll, R., «Beatings Take On New Form - Victim Loosed Like An animal», *Irish News* (10 de diciembre de 1996).
Clare, S., «Ceasefire Was Never Genuine - IRA Killer», *Press Association Newswire* (9 de diciembre de 1996).
Clark, R. P., «Patterns in the Lives of ETA Members», *Terrorism*. 6, 3 (1983), pp. 423-454.
—, *The Basque Insurgents: ETA 1952-1980*, University of Wisconsin Press. Madison, 1983.
Clarke, L., *Broadening the Battlefield: The H-BIocks and the Rise of Sinn Fein*. Gill and Macmillan, Dublin, 1987.
Clarke, R. V. G. y D. B. Cornish, «Modeling Offenders' Decisions: A Framework for Research and Policy», en M. Tonry y N. Morris (eds.), *Crime and Justice: An Annual Review of Research*,

vol. 6, University of Chicago Press, Chicago, 1985.

Collins, E. (junto con M. McGovern), *Killing Rage*, Granta, Londres, 1997.

Coogan, T. P., *The IRA*, HarperCollins, Londres, 1995.

—, *The Troubles: Ireland's Ordeal 1966-1995 and the Search for Peace*. Hutchinson, Londres, 1995.

Cooper, H. H. A., «The Terrorist and the Victim», *Victimology*, 1, 2 (1976), pp. 229-239.

—, «What is a Terrorist?: A Psychological Perspective». *Legal Medical Quarterly*, 1 (1977), pp. 16-32.

—, «Psychopath as Terrorist», *Legal Medical Quarterly*, 2 (1978), pp. 253-262.

—, «Whither Now? Terrorism on the Brink», en J. D. Elliott y L. K. Gibson (eds.), *Contemporary Terrorism: Selected Readings*, International Association of Chiefs of Police, Maryland, 1978, pp. 269-284.

—, «Voices from Troy: What Are We Hearing?», en *Outthinking the Terrorist - An International Challenge: Proceedings of the 10th Annual Symposium on the Role of Behavioral Science in Physical Security,* Defence Nuclear Agency.

Washington, DC., 1985.
Cordes, B., «Euroterrorist Talk About Themselves: A Look at the Literature», en P. Wilkinson y A. M. Stewart (eds.), *Contemporary Research on Terrorism*, Aberdeen University Press, Aberdeen, 1987, pp. 318-336.
Corrado, R. R., «A Critique of the Mental Disorder Perspective of Political Terrorism», *International Journal of Law and Psychiatry*, 4, 3-4 (1981), pp. 293-309.
Crawford, C., *Inside the UDA: Volunteers and Violence*, Pluto, Dublin, 2003.
Crelinsten, R. D., «Terrorism as Political Communication: The Relationship Between the Controller and the Controlled», en P. Wilkinson y A. M. Stewart (eds.), *Contemporary Research on Terrorism*, Aberdeen University Press, Aberdeen, 1987, pp. 3-23.
Crenshaw, M., «An Organisational Political Aproach to the Analysis of Political Terrorism», *Orbis*, 29, 3 (1985), pp. 465-489.
—, «The Psychology of Political Terrorism», en M. G. Hermann (ed.), *Political Psychology: Contemporary Problems and Issues*, Jossey-Bass, Londres, 1986, pp. 379-413.

—, «Questions To Be Answered, Research To Be Done, Knowledge To Be Applied», en W. Reich (ed.), *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind*, Cambridge University Press, Nueva York, 1990, pp. 247-260 (hay trad, cast., *Orígenes del terrorismo: psicología, ideología, teología, estados mentales*, Pomares-Corredor, Barcelona, 1994).

—, «Current Research on Terrorism: The Academic Perspective», *Studies in Conflict and Terrorism*, 15, 1 (1992), pp. 1-11.

Cusson, M., «A Strategic Analysis of Crime: Criminal Tactics as Responses to Precriminal Situations», en R. V Clarke y M. Felson (eds.), *Routine Activity and Rational Choice*, Transaction, New Brunswick / New Jersey, 1993, pp. 295-304.

Dartnell, M., «A Legal Inter-Network for Terrorism: Globalisation, Fragmentation and Legitimacy», en M. Taylor y J. Horgan (eds.), *The Future of Terrorism*, Frank Cass, Londres, 2000, pp. 197-208.

Debray, R., *Revolution in the Revolution*, MR Press, Nueva York, 1967 (hay trad, cast., *Revolución en la revolución*, Cuadernos de la Revista Casa de

las Américas, n.º 1, La Habana, 1967).

Dillon, M., *The Enemy Within: The IRA's War Against the British*, Doubleday, Londres, 1994.

Dingley, J. C., «Peace Processes in Northern Ireland: Squaring Circles?», *Terrorism and Political Violence*, 11, 3 (1999), pp. 32-52.

Drake, C. J. M., *Terrorist' Target Selection*, Macmillan, Londres, 1998.

Dworetsky, J. P., *Psychology*, West Publishing, St. Paul, Minnesota, 1991[3]. *Economist*, «What is Terrorism?» (2 de marzo de 1996), en www.economist.iconnect.net/issue/02-03-96/sfl.html (14 de diciembre de 1999).

Erikson, E., *Identity, Youth and Crisis*, Faber and Faber, Londres, 1968 (hay trad, cast., *Identidad: juventud y crisis*, Taurus, Madrid, 1992).

Evans, R. H., «Terrorism and Subversion of the State: Italian Legal Responses», *Terrorism and Political Violence*, 1, 3 (1989), pp. 324-352.

Farrington, D., «Explaining the Beginning, Progress and Ending of Antisocial Behavior from Birth to Adulthood», en J. McCord (ed.), *Facts, Frameworks and Forecasts: Advances in Criminological Theory*, vol. 3, Transactional Publishers, New Brunswick, 1992.

Ferracuti, F., «A Sociopsychiatric Interpretation of Terrorism», *The Annals of the American Academy (AAPSS),* 463 (1982), pp. 129-140.

—, «Ideology and Repentance: Terrorism in Italy», en W Reich (ed.), *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind*, Cambridge University Press, Nueva York, 1990, pp. 59-64 (hay trad, cast., *Orígenes del terrorismo: psicología, ideología, teología, estados mentales*, Pomares-Corredor, Barcelona, 1994).

—, y F. Bruno, «Psychiatric Aspects of Terrorism in Italy», en I. L. Barak-Glantz y C. R. Huff (eds.), *The Mad, The Bad and The Different: Essays in Honor of Simon Dinitz*, Heath, Lexington, Massachusetts, 1981, pp. 199-213.

Friedland, N., «Becoming a Terrorist: Social and individual Antecedents», en L. Howard (ed.), *Terrorism: Roots, impacts, Responses*, Praeger, Nueva York, 1992, pp. 81-93.

—, y A. Merari, «The Psychological Impact of Terrorism: A double-Edged Sword», *Political Psychology*, 6, 4 (1985), pp. 591-604.

Gilmour, R., *Dead Ground: Infiltrating the IRA*, Little, Brown and Company, Londres, 1998.

Gordon, A., «Terrorism and Computerised Databases: An Examination of Multidisciplinary Coverage», *Terrorism and Political Violence*, 7, 4 (1995), pp. 171-177.

—, «Research Note: The Spread of Terrorism Publications - A Database Analysis», *Terrorism and Political Violence*, 10, 4 (1998), pp. 192-196.

—, «Terrorism Dissertations and the Evolution of a Speciality: An Analysis of Meta-Information», *Terrorism and Political Violence*, 11, 2 (1999), pp. 141-150.

Gurr, T. R., *Why Men Rebel*, Princeton University Press, Princeton, 1970.

Hacker, F. J., *Crusades, Criminals, Crazies: Terror and Terrorism in our Time*, W. W. Norton, Nueva York, 1976.

Handler, J. S., «Socioeconomic Profile of an American Terrorist: 1960s and 1970s», *Terrorism*, 13 (1990), pp. 195-213.

Harnden, T., *Bandit Country*, Hodder and Stoughton, Londres, 1999.

Hassan, N., «Letter from Gaza: An Arsenal of Believers —Talking to the Human Bombs», *The New Yorker* (19 de noviembre de 2001).

Hassel, C., «Terror: The Crime of the Privileged - An

Examination and Prognosis», *Terrorism*, 1 (1977), pp. 1-16.
Heskin, K., *Northern Ireland: A Psychological Analysis*, Gill and Macmillan, Dublin, 1980.
—, «The Psychology of Terrorism in Northern Ireland», en Y. Alexander y A. O'Day (eds.), *Terrorism in Ireland*, Croom Helm, Kent, 1984, pp. 85-105.
—, «Political Violence in Northern Ireland», *Journal of Psychology*, 119, 5 (1985), pp. 481-494.
Hirschi, T., «On the Compatibility of Rational Choice and Social Control Theories of Crime», en D. B. Cornish y R. V. G. Clarke (eds.), *The Reasoning Criminal: Rational Choice Perspectives on Offending*, Springer-Verlag, Nueva York, 1986.
Hoffman, B., «Why Terrorist Don't Claim Credit», *Terrorism and Political Violence*, 9, 1 (1997), pp. 1-6.
—, *Inside Terrorism*, Victor Gollancz, Londres, 1998 (hay trad, cast., *A mano armada: historia del terrorismo*, Espasa, Madrid, 1999).
—, y D. Claridge, «The Rand-St. Andrews Chronology of International Terrorism and Noteworthy Domestic Incidents 1996», *Terrorism and Political Violence*, 10, 2 (1998),

pp. 135-180.
Horgan, J., «Issues in Terrorism Research», *The Police Journal*, 50, 3 (1997), pp. 193-202.
—, «The Case for Firsthand Research», en A. P. Silke (ed.), *Research on Terrorism: Trends, Achievements and Failures*, Frank Cass, Londres, 2004, pp. 30-56.
—, «Social and Psychological Characteristics of Terrorism and Terrorists», en T. Björgo (ed.), *Root Causes of Terrorism*, Routledge, Londres, 2005).
—, y M. Taylor, «The Provisional Irish Republican Army: Command and Functional Structure», *Terrorism and Political Violence*, 9, 3 (1997), pp. 1-32.
—, y M. Taylor, «Playing the Green Card: Financing the Provisional IRA - Part 1», *Terrorism and Political Violence*, 11, 1 (1999), pp. 1-38.
—, y M. Taylor, «Playing the Greed Card: Financing the Provisional IRA - Part 2», *Terrorism and Political Violence*, 15, 2 (2003), pp. 1-60.
Jager, H., G. Schmidtchen y L. Sullwold, *Analysen Zum Terrorismus 2: Lebenslauf-Analysen, Westdeutcher Velag*, Opladen, 1982.
Jamieson, A., *The Heart Attacked: Terrorism and*

Conflict in the Italian State, Marian Boyars, Londres, 1989.

—, «Entry, Discipline and Exit in the Italian Red Brigades», *Terrorism and Political Violence*, 2, 1 (1990), pp. 1-20.

—, «Identity and Morality in the Red Brigades», *Terrorism and Political Violence*, 2, 4 (1990), pp. 508-520.

Jenkins, B. M., «The Future Course of International Terrorism», en P. Wilkinson y A. M. Stewart (eds.), *Contemporary Research on Terrorism*, Aberdeen University Press, Aberdeen, 1987, p. 583.

Johnson, P. W. y T. B. Feldmann, «Personality Types and Terrorism: Self-Psychology Perspectives», *Forensic Reports*, 5 (1992), pp. 293-303.

Kampf, H. A., «Terrorism, The Left-Wing, and The Intellectuals», *Terrorism*, 13, 1 (1990), pp. 23-51.

Kaplan, A., «The Psychodynamics of Terrorism», en Y. Alexander y J. M. Gleason (eds.), *Behavioural and Quantitative Perspectives on Terrorism*, Pergamon, Elmsford, Nueva York, 1981, pp. 35-51.

Keane, F., «IRA Sniper Kills Nine in One Area», *Sunday Tribune* (16 de enero de 1994), p. A8.

Kearney, R., «Myth and Terror», *The Crane Bag*, 2, 1-2 (1978), pp. 273-285.

Kellen, K., *Terrorists: What Are They Like? How Some Terrorists Describe Their World and Actions: Rand Publication N-1300-SL*, Rand, Santa Monica, California, 1979.

—, *On Terrorists and Terrorism: A Rand Note N-1942-RC*, Rand, Santa Monica, California, 1982.

—, «Ideology and Rebellion: Terrorism in West Germany», en W. Reich (ed.), *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind*, Cambridge University Press, Nueva York, 1990, pp. 43-58 (hay trad, cast., *Oríge-nes del terrorismo: psicología, ideología, teología, estados mentales*, Pomares-Corredor, Barcelona, 1994).

Kelman, H. C., «Violence Without Moral Restraint: Reflection on the Dehumanisation of Victims and Victimisers», *Journal of Social Issues*, 29, 4 (1973), pp. 25-61.

Kent, I. y W Nicholls, «The Psychodynamics of Terrorism», *Mental Health and Society*, 4, 1-2 (1977), pp. 1-8.

Khaled, L., *My People Shall Live: The Autobiography of a Revolutionary*, Hodder and

Stoughton, Londres, 1973.
Knowles, G. J., «Dealing Crack Cocaine: A View from the Streets of Honolulu». *FBI Law Enforcement Bulletin*, 65, julio (1996), p. 7.
Knutson, J., «Social and Psychodynamic Pressures Toward a Negative Identity: The Case of an American Revolutionary Terrorist», en Y. Alexander y J. M. Gleason (eds.), *Behavioural and Quantitative Perspectives on Terrorism*, Pergamon, Elmsforth, Nueva York, 1981, pp. 105-150.
Lacqueur, W., *Terrorism*, Weidefeld and Nicolson, Londres, 1977.
—, «The Futility of Terrorism», en J. D. Elliott y L. K. Gibson (eds.), *Contemporary Terrorism: Selected Readings*, International Association of Chiefs of Police, Maryland, 1978, pp. 285-292.
—, «Reflections on Terrorism», *Foreign Affairs*, 65, 1 (1986), pp. 86-100.
Lanceley, F. J., «The anti-Social Personality as Hostage Taker», *Journal of Political Science and Administration*, 9 (1981), p. 28.
Lasch, C., *The Culture of Narcissism*, W. W. Norton, Nueva York, 1979 (hay trad, cast., *La cultura del narcisismo*, Andrés Bello, Barcelona, 1999).

Lee, R. M., *Dangerous Fieldwork*, Sage, Nueva York, 1995.

Lewin, K., «Group Decision and Social Change», en T. M. Newcomb y E. L. Hartley (eds.), *Readings in Social Psychology*, Holt, Nueva York, 1947.

Linn, R., «Terrorism, Morality and Soldiers' Motivation to Fight - An Example from the Israeli Experience in Lebanon», *Terrorism*, 11, 2 (1988), pp. 139-149.

Lyons, H. A. y H. J. Harbinson, «A Comparison of Political and Non-Political Murderers in Northern Ireland 1974-1984», *Medicine, Science and the Law*, 26 (1986), pp. 193-198.

MacStiofain, S., *Memoirs of a Revolutionary*, Gordon Cremonisi, Londres, 1975.

Maguire, M., *To Take Arms: A Year in the Provisional IRA*, Quartet, Londres, 1974.

Mallin, J., «Terrorism as a Military Weapon», en J. D. Elliott y L. K. Gibson (eds.), *Contemporary Terrorism: Selected Readings*, International Association of Chiefs of Police, Maryland, 1978, pp. 117-128.

McCauley, C., «Terrorism, Research and Public Policy: An Overview», *Terrorism and Political Violence*, 3, 1 (1991), pp. 126-144.

—, y M. E. Segal, «Social Psychology of Terrorist Groups», en C. Hendrick (ed.), *Review of Personality and Social Psychology 9*, Sage, Beverly Hills, 1987, pp. 231-256.
—, y M. E. Segal, «Terrorist Individuals and Terrorist Groups: The Normal Psychology of Extreme Behavior», en J. Groebel y J. H. Goldstein (eds.), *Terrorism*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 1989, p. 45.
McGartland, M., *Fifty Dead Men Walking*, Blake, Londres, 1997.
Merari, A., «A Classification of Terrorist Groups», *Terrorism*, 1, 3-4 (1978), pp. 331-346.
—, «Academic Research and Government Policy on Terrorism», *Terrorism and Political Violence*, 3, 1 (1991), pp. 88-102.
—, y N. Friedland, «Social Psychological Aspects of Political Terrorism», en S. Oskamp *(ed.), Applied Social Psychology Annual 6: International Conflict and National Public Policy Issues*, Sage, Londres, 1985, pp. 185-205.
Milgram, S., «Behavioral Study of Obedience», *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 67 (1963), pp. 371-378.
—, «Some Conditions of Obedience and

Disobedience to Authority», en I. D. Steiner y M. Fishbein (eds.), *Current Studies in Social Psychology*, Holt, Nueva York, 1965.

Miller, A. H., «Book Review», *Terrorism and Political Violence*, 1, 3 (1989), pp. 391-396.

Miller, B. M., *The Language Component of Terrorism Strategy: A Text-Based Linguistic Case Study of contemporary German Terrorism*, tesis doctoral inédita, Georgetown University, Washington, D. C., 1987.

Monaghan, R., «Animal Rights and Violent Protest», *Terrorism and Political Violence*, 9, 4 (1997), pp. 106-116.

—, «Single Issue Terrorism: A New Phenomenon?», documento presentado en el *European Association of Psychology and Law / American Psychology and Law Joint Annual Conference*, Dublin, 6-9 de julio de 1999.

Morf, G., *Terror in Quebec - Case Studies of the FLQ*, Clark, Irwin, Toronto, 1970.

O'Callaghan, S., «Shots in the Propaganda War», *Sunday Times - Book Supplement* (22 de septiembre de 1996), p. 9.

—, *The Informer*, Bantam, Londres, 1998.

O'Toole, F., «The Premature Life of Gerry Adams»,

Irish Times - Weekend Section (28 de septiembre de 1996), p. 9.

Olsson, P. A., «The Terrorist and The Terrorized: Some Psychoanalytic Consideration», *Journal of Psychohistory*, 16, 1 (1988), pp. 47-60.

Oots, K. L., «Bargaining With Terrorists: Organisational Considerations», *Terrorism*, 13 (1989), pp. 145-158.

Pearce, K. I., «Police Negotiations», *Canadian Psychiatric Association Journal*, 22 (1977), pp. 171-174.

Pearlstein, R., *The Mind of the Political Terrorist*, Scholary Resources, Wilmington, 1991.

Pluchinsky, D., «Terrorist Documentation», *Terrorism*, 14 (1991), pp. 195-207, 241-252.

—, «The Terrorism Puzzle: Missing Pieces and No Boxcover», *Terrorism and Political Violence*, 9, 1 (1997), pp. 7-10.

Post, J. M. «Notes on a Psychodynamic Theory of Terrorist Behaviour», *Terrorism, 7* (1984), pp. 241-256.

—, «Rewarding Fire With Fire: The Effects of Retaliation on Terrorist Group Dynamics», *Terrorism*, 10 (1987), pp. 23-35.

—, «Group and Organizational Dynamics of Political

Terrorism: Implications for Counterterrorist Policy», en P. Wilkinson y A. M. Stewart (eds.), *Contemporary Research on Terrorism*, Aberdeen University Press, Aberdeen, 1987, pp. 307-317.

—, «Terrorist Psycho-Logic: Terrorist Behavior as a Product of Psychological Forces», en W. Reich (ed.), *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind*, Cambridge University Press, Nueva York, 1990, pp. 25-40 (hay trad, cast., *Orígenes del terrorismo: psicología, ideología, teología, estados mentales*, Pomares-Corredor, Barcelona, 1994).

—, E. Sprinzak y L. M. Denny, «The Terrorist in their Own Words: Interviews with 35 Incarcerated Middle Eastern Terrorist», *Terrorism and Political Violence*, 15, 1 (2003), pp. 171-184.

Rapoport, D. C., «Introduction», en D. C. Rapoport (ed.), *Inside Terrorist Organisations*, Frank Cass, Londres, 1988, pp. 1-10.

—, «To Claim or Not to Claim: That is the Question —Always!», *Terrorism and Political Violence*, 9, 1 (1997), pp. 11-17.

Rasch, W., «Psychological Dimensions of Political

Terrorism in the Federal Republic of Germany», *International Journal of Law and Psychiatry*, 2 (1979), pp. 79-86.

Raufer, X., «Terreur en Algerie: Le GIA comme OVNI: Organisation Violence Non Indentifiee», *Notes d'Information de Laboratorie MINOS*, Centre des Hautes Études de L'Armament, París, 1996.

—, «Al Qaeda: A Different Diagnosis», *Studies in Conflict and Terrorism*, 26, 6 (2003), pp. 391-398.

Reich, W., (ed.), *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind*, Cambridge University Press, Nueva York, 1990 (hay trad, cast., *Orígenes del terrorismo: psicología, ideología, teología, estados mentales*, Pomares-Corredor, Barcelona, 1994).

—, «Understanding Terrorist Behavior: The Limits and Opportunities of Psychological Enquiry», en W. Reich (ed.), *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind*, Cambridge University Press, Nueva York, 1990, pp. 261-279 (hay trad, cast., *Orígenes del terrorismo: psicología, ideología, teología, estados mentales*, Pomares-Corredor, Barcelona, 1994).

Reid, E. F., *An Analysis of Terrorism Literature: A*

Bibliographic and Content Analysis Study, tesis doctoral inédita, University of South Carolina, 1983.

Reuters World Service, «Algerian Press Describes Bus Slaughter», Reuters Group plc., 12 de diciembre de 1996.

Richardson, L., «Terrorist as Transnational Actors», en M. Taylor y J. Horgan (eds.), *The Future of Terrorism*, Frank Cass, Londres, 2000, pp. 209-219.

Ryder, C., *Inside the Maze: The Untold Story of the Northern Ireland Prison Service*, Methuen, Londres, 2000.

Schmid, A. P., «Defining Terrorism: The Response Problem as a Definition Problem», en A. P. Schmid y R. D. Crelinsten (eds.), *Western Responses to Terrorism*, Frank Cass, Londres, 1993, pp. 7-13.

—, «Terrorism and the Use of Weapons of Mass Destruction: From Where the Risk?», en M. Taylor y J. Horgan (eds.), *The Future of Terrorism*, Frank Cass, Londres, 2000, pp. 106-132.

—, y J. Graaf, *Violence as Communication: Insurgent Terrorism and the Western News Media*, Sage,

Londres, 1982.
—, y A. J. Jongman (eds.), *Political Terrorism*, North Holland Publishing Company, Amsterdam, 1988[2].
Silke, A. P., «Cheshire-Cat Logic: The Recurring Theme of Terrorist Abnormality in Psychological Research», *Psychology, Crime and Law*, 4 (1998), pp. 51-69.
—, «Becoming a Terrorist», en A. P. Silke (ed.), *Terrorist, Victims and Society: Psychological Perspectives on Terrorism and Its Consequences*, Wiley, Londres, 2003, pp. 29-53.
—, «Beyond Horror: Terrorist Atrocity and the Search for Understanding —the Case of the Shankill Bombing», *Studies in Conflict and Terrorism*, 26 (2003), pp. 37-60.
—, «Deindividuation, Anonymity, and Violence: Findings from Northern Ireland», *Journal of Social Psychology*, 143, 4 (2003), pp. 493-499.
—, (ed.), *Research on Terrorism: Trends, Achievements, Failures*, Frank Cass, Londres, 2004.
Sluka, J., *Hearts and Minds, Water and Fish: Support for the IRA and INLA in a Northern Irish Ghetto*, JAI Press, Greenwich, CT, 1989.

Spire, A., «Le Terrorisme Intellectuel», *Patio*, 11 (1988), pp. 150-158.

Strentz, T., «A Terrorist Psychological Profile: Past and Present», *FBI Law Enforcement Bulletin*, abril (1987), pp. 13-19.

Swain, J., «Ramadan Killers Leave 250 Dead in City of Blood», *Sunday Times* (26 de enero de 1997), p. 17.

Taylor, M., *The Terrorist*, Brassey s, Londres, 1988.

—, *The Fanatics*, Brassey's, Londres, 1991.

—, y J. Horgan, «Future Developments of Terrorism in Europe», en M. Taylor y J. Horgan (eds.), *The Future of Terrorism*, Frank Cass, Londres, 2000, pp. 83-93.

—, y J. Horgan (eds.), *The Future of Terrorism*, Frank Cass, Londres, 2000.

—, y E. Quayle, *Terrorist Uves*, Brassey's, Londres, 1994.

Thackrah, R., «Terrorism: A Definitional Problem», en P. Wilkinson y A. M. Stewart (eds.), *Contemporary Research on Terrorism*, Aberdeen University Press, Aberdeen, 1987.

Tittmar, H., «Urban Terrorism: A Psycological Perspective», *Terrorism and Political Violence*, 4, 3 (1992), pp. 64-71.

Tololyan, K., «Narrative Culture and Terrorism Motivation», en J. Shotter y K. J. Gergen (eds.), *Texts of Identity - Inquiries in Social Construction Series*, Sage. Londres, 1989, pp. 99-118.

Turco, R., «Psychiatric Contributions to the Understanding of International Terrorism», *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 31, 2 (1987), pp. 153-161.

Unites States Departament of State, *Patterns of Global Terrorism: 1996*, Government Printing Office, Washington, DC, 1997.

Veness, D., «Single Issue Terrorism», documento presentado en la *51st International Criminological Conference*, Varsovia, 3 de septiembre de 1995.

Vinar, M. N., «La Terreur, Le Politique, La Place d'un Psychanalyste», *Patio*, 11 (1988), pp. 43-51.

Walsh, D. P. J., «The Impact of the Antisubversive Laws on Police Powers and Practices in Ireland: The Silent Erosion of Individual Freedom». *Temple Law Review*, 62, 4 (1989), pp. 1.099-1.129.

Wardlaw, G., *Political Terrorism: Theory, Practics and Counter-Measures*, Cambridge University

Press, Cambridge, 1989[2] (hay trad, cast., *Terrorismo politico: teoría, táctica y contramedidas*, Servicio de publicaciones del EME, Madrid, 1986).

Watzlawick, P., «The Pathologies of Perfectionism», *Et Cetera*, 34, 1 (1977), pp. 12-18.

White, R. W, «Issues in the Study of Political Violence: Understanding the Motives of Participants in Small Group Political Violence», documento presentado en la *Future Developments in Terrorism Conference*, University College, Cork, 3-5 de marzo de 1999.

—, y T. Falkenberg White, «Revolution in the City: On the Resources of Urban Guerrillas», *Terrorism and Political Violence*, 3, 4 (1991), pp. 100-132.

Wilkinson, P., «Foreword - Terrorism: An International Research Agenda?», en P. Wilkinson y A. M. Stewart (eds.), *Contemporary Research on Terrorism*, Aberdeen University Press, Aberdeen, 1987, pp. XI-XX.

Zawodny, J. K., «Internal Organizational Problems and the Sources of Tensions of Terrorists Movements as Catalysts of Violence», *Terrorism*, 1, 3-4 (1978), pp. 277-285.

Índice analítico[1]

abandonar el terrorismo, 197-218
alejamiento físico, 209-210
alejamiento psicológico, 202-209
implicaciones, 211-215
investigación, 197-198, 214-218
organización de grupos, y la, 210-213
presiones de los grupos, y las, 202-204
Abu Sayyaf (grupo terrorista filipino), 167
actitudes ante el terrorismo, 30-34
actividad social de los terroristas, 190-194
Adams, Gerry, 60, 69, 85, 200-201, 211
Afganistán, 167
Al-Adel, Saif, 190
Al Qaeda, 27, 30, 55, 114
atentado a las «torres gemelas» de Nueva York (11-S), 165-166

atentado al tren de Madrid (11-M), 110, 160
deshumanización de, 189-191
Al Qassam, 149
Al Zawahiri, Ayman, 190
An Phoblacht, 76
análisis de la personalidad, 121
«anárquico-ideológico», grupo, 138
Anderson, J. K., 41
Animal Liberation Front (ALE Frente de Liberación de los Animales), 34
aprendizaje y/o adquisición de ciertas habilidades terroristas, 148-149, 154-155
Arendt, Hannah, 187
Argelia, 45
armas de los terroristas, las, 35-36, 167-169
ataques terroristas (*véase* ciclo de un atentado, el)
atentado del 11 de septiembre (Nueva York, 2001), 26-27, 30-31, 34-35, 54-56, 170-172, 231-232
grupos dinámicos del terrorismo, 67-68
identificación de los terroristas, 157-158
personalidad de los terroristas, 84-85
Atlanta, Juegos Olímpicos de (1966), 168
Atran, S., 142
Atta, Mohammed, 68,171-172
autobiografías de los terroristas, 69-70, 134-135, 216-

autopropaganda de los terroristas, 136
ayuda/relación con terroristas, 158

Baader-Meinhof, grupo terrorista alemán, 99, 103, 203
Bali (Indonesia), 83
Bandura, A., 189
Barber, B., 150
Baumann, Michael, 69-70, 202
Berg, Nicholas, 172
Berger, Peter, 94
Berkowitz, L., 95
Billig, O., 147
bin Laden, Osama, 67
bin Nurhasyim, Amrozi, 83
Björgo, T., 130
Blackburn, R., 110-114
Blida (Argelia), 45
bombas, 35, 167-171
Bosnia, 42-45, 50
Bowyer-Bell, Joe, 72-74, 79
Breen, Suzanne, 174-176
Brigadas Rojas italianas, 106-107, 138-139, 186-187
abandono, 203-204
compromiso, 192-194
«normalidad» del terrorista, 102-103

obediencia a los superiores, 182-183
preparación del terrorista, 145-148
Brockner, J., 204
Bruce, Steve, 72
Burgess, M., 140
Burton, Frank, 72
Bush, George W., 157-158

Cairns, E., 56
Canary Wharf (atentado con bomba, Irlanda del Norte), 212
carácter autoritario de los terroristas, 93
Carlos, «el Chacal», 89, 99-100, 108, 213
Carroll, R., 86
Central Intelligence Agency, 30
Che Guevara (*véase* Guevara, Che)
ciclo de un atentado, el, 159-180, 226-228
actividad después del atentado, 173
ejecución del atentado, 169-172
preparación del atentado, 164-170
proceso de búsqueda, 163-165
selección del blanco del atentado, 160-165
Clark, R. P., 145, 148
Clarke, R. V. G., 126
Clinton, Bill, 212
Clutterbuck, Richard, 73

Collins, Eamon, 69-70, 77, 176, 213
compromisos de los grupos terroristas con las causas ideológicas, 88, 106-107, 192-194
complejidad del terrorismo, 159-160, 220-221
confrontación bélica convencional, 37, 39-40
Congreso del Partido Conservador (Gran Bretaña), atentado en el, 28
Contemporary Research on Terrorism, 57
contexto social y cultural del terrorismo, 116-117, 151-152, 154-155, 228-231
Contras nicaragüenses, las, 32-34
convertirse en terrorista, 125-155, 222-223
aceptación de funciones, 149
aprender la técnica, 147-149, 154-155
ciclos catalizadores, 133-138, 154-155
contexto social, 151-152, 154-155, 230-231
cuidado de las fuerzas exteriores, 135-138
experiencias vividas, 151-153
identificación con el grupo o la comunidad, 137-143, 147-148
IRA Provisional, en el, 132-134
modelo del terrorismo, 125-126, 153-154, 227-228
predisposición a, 149-153, 154-155, 227-228
proceso gradual para, 145-151, 154-155
prueba para, 159-161

reclutamiento/organización de cada grupo, 142-146, 152-153
variedad de alternativas, 152
(*véase también* ser terrorista; grupos y movimientos terroristas)
Coogan, T. P., 77
Cooper, H. H. A., 63, 87, 89, 100, 108
Cordes, B., 135-136
Cornish, D. B., 126
Corrado, R. R., 194
Crelinsten, Ronald, 58, 60-61
Crenshaw, M., 79, 91-93
autobiografías de los terroristas, 69-72, 80-82
desvinculación, y, 210-211
dificultad en la investigación de la personalidad, 116-117
formación de la identidad, 100-101 normalidad de los terroristas, y, 105
crímenes y el terrorismo, los, 25, 34-35, 59-60, 161-162
criminal, qué hace a un, 128-132
criminalidad, causas de la, 129
«positivismo» de la voluntad propia, 91, 103-104
Rational Choice Theory (RTC), 126
Crossmaglen, condado de Armagh, 42
cuerpos antiterroristas, 31, 219-221, 222-225, 230-231

Cusack, Jim, 175-176
Cusson, Maurice, 163
datos para los estudios psicológicos, 68-69, 70-72
Debray, Regis, 177, 211
definición y características del terrorismo y de los terroristas, 58-59, 159-160, 220-221
Della Porta, Donatella, 72
Denny, L. M., 139-140
Departamento de Estado (Estados Unidos), 82
deshumanización del enemigo, 185-191
desindividualización en los grupos terroristas, 189
Dingley, James, 198, 217
Direct Action Against Drugs (Acción Directa Antidroga), 60
disciplina en los grupos o movimientos terroristas, 161-164, 179-180, 187-189
Doherty, Martin, 86
Domingo Sangriento en Derry 61, 77-78, 133-134
Drake, C. J. M., 114
Dworetsky, J. P., 188

Eichmann, Adolf, 187
Ejército Rojo japonés, 203, 213-214
Elliot, J. D., 105
Enniskillen (Conmemoración del atentado con bomba de 1987), 48

entrenamiento de los terroristas, 166-167
entrevistando a terroristas, 71-79
en la cárcel, 74-75
Erikson, Erik 101
Ervine, David, 116
España, 160-161 (*véase también* ETA) estadísticas, 28-31
Estados Unidos, 99-100, 113-114
Estados y gobiernos, 38-39, 224-225
estrategias usadas por los terroristas, 39-41, 50-51
patrocinadores del terrorismo, 167
utilización de la violencia, 26-27, 60-61
ETA (organización terrorista vasca), 38, 64, 78, 80, 145-146, 148
Alhambra de Granada, atentado en la, 161
objetivos de, 160-161
Ordizia, atentado en, 161
Reus, atentado en el aeropuerto de, 161

Falkenberg White, T., 147
Faranda, Adriana, 146-147, 182-184, 203, 207
FARC (colombianas), 38, 167
fascinación por los grupos terroristas, 137
Ferguson, N., 140
Ferracuti, F., 81-82, 95-97, 105-109
financiación del terrorismo, 162

francotiradores, 43
Frank, Robert, 94
Frente de Salvación Islámica, 46
Freud, S., 99
Friedland, N., 27-30
    personalidad del terrorista, 94-97, 111-114
Front de Liberation du Quebec
(Frente de Liberación del Quebec, FLQ), 103
frustración-agresión, hipótesis de la, 95-97, 119-120

Gilmour, Raymond, 68-70
Ginebra, Convención de, 38-39, 49-50
genocidio, 187-188
Gordon, Avishag, 58
Gran Bretaña e Irlanda del Norte, 114-116
Groupe d'Intervention de Gendarmes Nationales (Grupo de Intervención de la Gendarmería Nacional, GIGN), 31
Grupo 17 de Noviembre, Grecia, 191, 199
Grupo Islámico Armado (GIA), 40, 45
grupos terroristas individuales y sus movimientos, 127-128, 135-137, 143, 148-149, 159-160, 179-180
    ataques terroristas, y los, 159-160
Guantanamo, bahía de, 158
Guerin, Veronica, 175
guerra psicológica, 27-30, 40-46

Guerra Santa Islámica, 39-40, 59-60
guerra y terrorismo, 36-37, 40-41, 45-51, 157-159, 186-188, 220-221, 231-232
Guevara, Che, 31
Gurr, T. R., 96

habituación al terrorismo, 28-29, 41-42
Hamas palestino, 38, 59-60, 138-139, 186-187
entrevistas con militantes de, 139-140
Guerra Santa Islámica, 138-139, 151, 183-184
Hizbollah, 139
Intifada, 85, 150
Izz a-Din al Qassan, 139
Organización para la Liberación de Palestina (OLP), 69
Handler, J. S., 111-114
Harbinson, H. J., 104-105
Hassan, N., 139, 149, 183, 186
Haya, La, Convención de, 38, 49
Herrhausen, Alfred, 166
Heskin, K., 33-34, 59, 89, 93, 188
heterogeneidad del terrorismo y los terroristas, 62-65, 91-92, 116-117, 221-222
psicología individual, y la, 116-119
Himmler, Heinrich, 182
Hoffman, B., 33-35, 38, 44

Hollywood, I., 93
Horgan, J., 43, 50
Hubbard, David, 94
Hutchinson, Billy, 116

identificación de los diferentes grupos y/o comunidades terroristas, 138-139, 147-148
ideologías de derecha o izquierda del terrorismo, 114-115
inclinación hacia el terrorismo, 150-153, 154-155, 227-228
influencias familiares en el terrorismo, 103
Informe Anual sobre Terrorismo Global de 1966, 50, 63
investigación, 55-59, 60-61, 68-82, 90-92, 230-232
abandono del terrorismo, 197-199, 214-218
actitud de los terroristas, 73-74
dificultades en la investigación de la personalidad, 110-123
entrevistas a los terroristas, 70-79, 92-93, 198-199
métodos de la, 67-72
psicológica, inexistencia de la, 105-111
terroristas alemanes, de los, 91-93, 109-110
IRA Oficial, 207
A Reporter's Guide to Ireland (Guía de Irlanda para periodistas), 73, 143-146

IRA Provisional, 28, 36-45,
abandonar el, 210-213
acontecimientos conmemorativos, 193-194
Acuerdo del Viernes Santo de 1998, 211
alto el fuego de 1994-1996, 114-115, 199-200
asesinato en Garda de Jerry McCabe, 172-180
ataques de castigo, 85-87, 210-213
autoridad moral, 184-185
compromiso, 183-185
decomiso de armas, 67-68, 199-202, 213-215
desindividualización, 188-190
dirigentes, 65-68, 176-179
entrenamiento, 166-167, 211-213
financiamiento, 161-162
guerra, 46-49, 186-188
historia, 62-64
identificación de los terroristas, 184-187
intento de asesinato de Margaret Thatcher, 28
investigación, 73-82, 92-93
Libro Verde, 182
«nacional-separatista», grupo, 181-183
obediencia a la autoridad, 181-183
razones para la implicación, 132-134, 145-146
reclutamiento, 142-147, 151-152
selección del personal, 165-167

Sinn Fein, 198-202
supervivencia, 198-202
IRA Real, 170-171, 211
Irak, 166-167, 170-171
combatientes muyahidines, 190
Fallujah, 189-190
Irlanda, República de, 36, 75-77
Adare, condado de Limerick, 173
Dáil Éireann (gobierno irlandés, 1918), 39
Kerry, 167
republicanos, 42-44
(*véase también*, Irlanda del Norte; IRA Provisional; Sinn Fein)
Irlanda del Norte, 29, 36, 60
acontecimientos conmemorativos, 193
activistas, 140-142
Ballynahinch, condado de, 168
Crossmaglen, condado de Armagh, 42
Enniskille, (atentado con bomba), 47
proceso de paz, 199-202
Royal Ulster Constabulary, 168
terrorismo en los años sesenta, el, 96-97
terroristas unionistas, 88, 199-200
UDA (Ulster Defence Association), 116, 140-142, 168
UVF (Ulster Volunteer Force), 81 violencia

estatal/antiestatal, 61

Jackson, William, 173
Jäger, H., 92
Jalistán, Fuerza de Liberación de, 213
Jamieson, Alison, 72, 104, 146-147, 207
Jemaah Islamiyah, 83
Jenkins, B. M., 27, 33
Johnson, Paul, 172
Jongman, A. J., 33
justificación de la actividad terrorista, 184-188

Kampf, H. A., 97
Kaplan, A., 101
Keane, F., 42
Kelman, H. C., 181, 187
Kellen, Konrad, 70, 72-73, 89, 100, 106-109
Kerr, Alex, 81 Khaled, Leila, 69
Klein, Hans-Joachim, 100, 213
Knutson, J., 102
Kosovo, 44

Lacqueur, W., 73-74
Lee, R. M., 78
Lewin, Kurt, 187
Liberté, 45

líderes, 65-66, 111-112, 179-180
Linn, R., 39
logística de los atentados, 169-171
Lyons, H. A., 104

MacStiofain, Sean, 69
Madrid (atentado al tren con bomba, 11/3/2004), 110, 160
Mafia italiana, 34
Maguire, Maria, 69
Mahler, Horst, 145
Mallin, J., 69
Manchester (atentado con bomba, 1996), 36
Mandel, Paul, 94
mantenimiento del terror, 42
Maringhella, Carlos, 69, 210
Minimanual of the Urban Guerilla (Pequeño manual de la guerrilla urbana), 69
Marsella (rescate de rehenes en el aeropuerto, 1994), 31
martirios, 148-149, 151-152, 186-187
McCabe, Jerry, 173-180
McCauley, C., 103, 114, 145, 202
McGarry, Philip, 104
McGartland, Martin, 69-70, 176
McGuinness, Martin, 200, 211

McMichael, John, 116
medios de comunicación, informaciones de los, 53-55
Meinhof, Ulrike, 99, 145
Merari, Ariel, 27, 63, 96, 112
métodos del terrorismo, 35-37, 219-220
Milgram, Stanley, 180-181, 188
Miller, A. H., 56-57
Milliken, George, 81
Morf, Gustav, 94, 103
Morrison, Danny, 215
Movimiento 2 de Junio alemán, 69, 202-203
Baader-Meinhof, grupo terrorista, 99-104, 203-204
estudiantes, 96-97
Fracción del Ejército Rojo alemana, 138, 145, 166
investigación sobre los terroristas alemanes (1981), 91, 101-102, 111-113
Movimiento Islámico de resistencia, 139
movimientos y grupos terroristas, 25-27, 67-68
compromiso de los, 87-89, 106-107
desindividualización de los, 187
disciplina de los, 161-164, 179-180, 187-189
financiamiento de los, 161-162
función de los miembros de los, 148-149, 159-161
identificación de los, 138-139
individualización de los, 127-128, 135-137, 137-143,

148-149, 159-160, 179-180
líderes de los, 65-68, 111-113, 179-180
niveles de actividad de los, 148-149
organización y reclutamiento en los, 142-146, 152-153, 179-180
personalidad, formación de la, 100-102
propaganda, 135-137
(*véase también* convertirse en terrorista; ser terrorista)
muyahidines, combatientes, 135

«nacional-separatistas», grupos, 138-139
Nafi, Basheer, 60
narcisismo del terrorista, 91-92, 97-100
Nedjad, Ali, 70
Nelson, Sarah, 72
niños (como blanco de los terroristas), 43-45
normalidad/anormalidad de los terroristas, 83-85, 94-95, 101-111, 118-119, 220-221

O'Brien, Edward, 167 O'Callaghan, Sean, 69-70, 77, 208, 213
O'Malley, Des, 175
O'Sullivan, Ben, 173-174
O'Toole, Fintan, 69
obediencia a la autoridad, 180-185, 197-198

objetivos del terrorismo, 25-28, 35-37, 113-115
inmediatos y globales, 26
militares, 39-40
niños, 42-45
selección de los, 160-165
Oklahoma City (atentado con bomba, 1995), 36
Omagh (atentado con bomba, 1998), 170
OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo, consejo de ministros, 1974), 213
organización y reclutamiento de los grupos terroristas, 143-146, 152-153, 179-180
OTAN en Kosovo, la, 44

Pastika, Made, 83
Pearce, K. I., 89
Pearlstein, Richard, 98-99
perfiles de los terroristas, 111-114, 221-222
personalidad de los terroristas, 84-85, 90-123
desórdenes: persistencia en la inconsistencia de los, 106-111
formación de la identidad, 100-102
hipótesis de la frustración-agresión, 95-99, 119-120
medición psicométrica, 111-113
narcisismo, 91-92, 97-100
normalidad/anormalidad de los terroristas, 83-85, 94-95, 101-111, 220-221

psicopatía, 85-91
rasgos, 110-114, 118-121, 221-222
relatos psicodinámicos, 99-102
Pluchinsky, D., 69
Post, Jerrold, 65, 92, 98, 139-140, 205-206
proceso, posible modelo de terrorismo como 125-126, 153-154, 227-228
protagonismo de los diferentes grupos terroristas, 148-151, 159-161
protagonismo de los diferentes modelos, 139-141
psicología individual, 120-121, 127-128, 226-227
heterogeneidad del terrorismo y de los terroristas, la, 116-119
psicología y terrorismo, 64-69, 219-220
(*véase también* terrorista, ser; personalidad de los terroristas; investigación)
psicométrica, evaluación, 110-113
psicópatas, 85-91, 104-105

Quayle, E., 74, 80-82
abandono del terrorismo, 134-135, 153-154
respuestas del terrorismo, 31-35
teorías del terrorismo, 116-117
terroristas unionistas, 88-89

Rand Corporation, 30

Rand-St. Andrews Terrorism Chronology (base de datos), 30
Rapoport, David, 56, 69
Rasch, W., 103
rasgos psicológicos, medida de los, 111-114, 118-121, 221-222
Raufer, Xavier, 54, 64, 171
Reagan, Ronald, 33
Reich, W., 64, 94, 97
Reino Unido:
gobierno británico y las repúblicas irlandesas, el, 199-200
IRA Provisional (campaña de atentados con bomba), 166-167
(*véase también* Irlanda del Norte)
relatos psicodinámicos, 99-102
religión, 26-27, 141-142
respuestas del terrorismo, 51-52, 220-221, 228-231
Restorick, Stephen, 42
Richardson, Louise, 25, 29
Root Causes of Terrorism (Causas últimas del terrorismo), conferencia de Oslo en 2003, 129-131
Royal Ulster Constabulary, 168
Rubin, J. Z., 204-205
Rumsfeld, Donald, 157

rutinización, 187
Ryder, C., 104

Sands, Bobby, 31
Sarajevo, 43
SAS (Special Air Service), 31
Schleyer, Hans Martin, 147
Schmid, Alex, 28, 33, 47-52, 72
Segal, M. E., 145-146, 202-203
seguridad de los terroristas, la, 192-193
selección del terrorista, la, 165-167, 226-227
    entrenamiento/formación, 43
servicios de seguridad, los, 163-165
Shallah, Ramadan Abdullah, 60
Shigenobu, Fusako, 213
Silke, Andrew, 89, 102, 110, 141, 189
Singh, Kuldip, 213
Sinn Fein, 44, 60, 67, 199-202
    marxismo, y el, 198-199
Sluka, Jeffrey, 72
Spire, A., 203
Stern, Susan, 99
Stewart, Alisdair, 57
Strentz, T., 113
Sullwold, L., 92
Symbionese Liberation Army, 99

Taylor, M.:
Bosnia, 42-44, 50-51
convertirse en terrorista, 134-135, 153-154
entrevistas con terroristas, 73-74, 80-82
perfil individual del terrorista, 113
personalidad de los terroristas, 99-101, 110-111
respuestas del terrorismo, 31-34
teorías del terrorismo, 116-117
terroristas unionistas, 72-73, 87-90
Taylor, Peter, 78
Terrorism and Political Violence (revista), 57
terrorismo: complejidad del, 159-160, 220-221
definición y/o características, 25-32, 40-41, 220-222
guerra, y la, 36-41, 186-188
otros crímenes del, 25-26, 34-35, 59-60, 161-162
proceso, 225-230
psicología de guerra, 27-30, 40-46
tipo de guerra, 46-51
«violencia política», 32
terrorismo ideológico y revolucionario en Europa, 199
(*véase también* Movimiento 2 de Junio alemán; Fracción del Ejército rojo alemana; Grupo 17 de Noviembre; Brigadas Rojas italianas)
terrorista, ser, 127-128, 180-196, 222-223
actividad social, 190-194

deshumanización del enemigo, 185-191
desindividualización del, 188
distanciándose de la víctima, 187-188
justificación, 184-185
obediencia a una autoridad, 180-185
rutinización, 187
terroristas: capacidades de los, 54-56
definición y/o características de los, 58-60, 158-159, 220-221
heterogeneidad de los, 62-65, 91-92, 116-119
identificación de los, 59-63
terroristas suicidas, 149, 151-152
Thackrah, R., 37, 40-41, 49, 56
Thatcher, Margaret, 28
Tigres Tamiles, 38
tiroteos, 42-44, 170-171
Tittmar, H., 95

Ulster (*véase* Irlanda del Norte)
Universidad de South Florida, 60
Usabiaga, Isidoro, 161

Veness, D., 34
víctimas, 44-46
adversarios, 26-27, 35-37
distanciamiento con las, 187-188

elección al azar de las, 31-32, 87-90
violencia, 222-225
actitudes de los terroristas, 91-92
violencia política y terrorismo, 32

Wardlaw, Grant, 65
Weathermen (grupo terrorista estadounidense), 99
White. R. W., 61-62, 71-73, 147
Wilkinson, Paul, 57, 90, 231-232
Wilson, R., 56
Wittgenstein, 25

Yihad Islámica egipcia, 190

John Horgan es catedrático del Departamento de Psicologia Aplicada del University College de Cork (Irlanda) y director del Centro Internacional para el Estudio del terrorismo en la Universidad estatal de Pensilvania. Ha publicado numerosos estudios en las áreas del terrorismo y la psicología forense, entre ellos *The Future of Terrorism*, junto con Max Taylor, y *Walking Away from Terrorism*.

Notas

Prefacio

[1] 1. X. Raufer, «Al Qaeda: A Different Diagnosis», *Studies in Conflict and Terrorism*, 26, 6 (2003), pp. 391-398. <<

1. ¿Qué es el terrorismo?

[1] L. Richardson, «Terrorists as Transnational Actors», en M. Taylor y J. Horgan (eds.), *The Future of Terrorism* (Londres: Frank Cass, 2000), pp. 209-219. <<

[2] N. Friedland y A. Merari, «The Psychological Impact of Terrorism: A Double-Edged Sword», *Political Psychology*, 6, 4 (1985), pp. 591-604. <<

[3] B. M. Jenkins, «The Future Course of International Terrorism», en P. Wilkinson y A. M. Stewart (eds.), *Contemporary Research on Terrorism* (Aberdeen: Aberdeen University Press, 1987), p. 583. <<

[4] M. Dillon, *The Enemy Within: The IRA's War Against the British* (Londres: Doubleday, 1994), p. 165. <<

[5] A. P. Schmid, «Defining Terrorism: The Response Problem as a Definition Problem», en A. P. Schmid y R. D. Crelinsten (eds.), *Western Responses to Terrorism* (Londres: Frank Cass, 1993), p. 11. <<

[6] Friedland y Merari, «The Psychological Impact of Terrorism: A Double-Edged Sword», p. 592. <<

[7] R. Thackrah, «Terrorism: A Definitional Problem», en P. Wilkinson y A. M. Stewart (eds.), *Contemporary Research on Terrorism* (Aberdeen: Aberdeen University Press, 1987), p. 24. <<

[8] A. P. Schmid, «Defining Terrorism: The Response Problem as a Definition Problem»; véase también A. P. Schmid y A. J. Jongman (eds.), *Political Terrorism* (Amsterdam: North Holland Publishing Company, 1988[2]). <<

[9] R. Thackrah, «Terrorism: A Definitional Problem», p. 27. <<

[10] C. McCauley, «Terrorism, Research and Public Policy: An Overview», *Terrorism and Political Violence*, 3,1 (1991), p. 127. <<

[11] N. Friedland, «Becoming a Terrorist: Social and Individual Antecedents», en L. Howard (ed.), *Terrorism: Roots, Impacts, Responses* (Nueva York: Praeger, 1992), p. 81. <<

[12] B. Hoffman y D. Claridge, «The Rand-St. Andrews Chronology of International Terrorism and Noteworthy Domestic Incidents 1996», *Terrorism and Political Violence*, 10, 2 (1998), pp. 135-180 <<

[13] *Ibid*., p. 139; véase también Thackrah, «Terrorism: A Definitional Problem», pp. 26-27. <<

[14] M. Taylor y E. Quayle, *Terrorist Lives* (Londres: Brassey's, 1994). <<

[15] *Ibid.* <<

[16] W. Lacqueur, «Reflections on Terrorism», *Foreign Affairs*, 65, 1 (1986), pp. 86-100. <<

[17] K. Heskin, «Political Violence in Northern Ireland», *Journal of Psychology*, 119, 5 (1985), pp. 481-494. <<

[18] B. Hoffman, *Inside Terrorism* (Londres: Victor Gollancz, 1998), p. 31. <<

[19] Schmid y Jongman, *Political Terrorism*, p. 17. <<

[20] Heskin, «Political Violence in Northern Ireland», p. 481. <<

[21] Taylor y Quayle, *Terrorist Lives*, p. 10. <<

[22] D. Veness, «Single Issue Terrorism», trabajo presentado en la *51 International Criminological Conference*, Varsovia, 3 de septiembre de 1995. <<

[23] Véase R. Monaghan, «Animal Rights and Violent Protest», *Terrorism and Political Violence*, 9,4 (1997), pp. 106-116; véanse también R. Monaghan, «Single Issue Terrorism: A New Phenomenon?», trabajo presentado en la *European Association of Psychology and Law/American Psychology and Law Joint Annual Conference*, Dublin, 6-9 de julio de 1999. <<

[24] A. P. Schmid y J. de Graaf, *Violence as Communication: Insurgent Terrorism and the Western News Media* (Londres: Sage. 1982), p. 176. <<

[25] Thackrah, «Terrorism: A Definitional Problem», p. 25. <<

[26] Hoffman, *Inside Terrorism*, p. 34. <<

[27] R, Linn, «Terrorism, Morality and Soldiers». Motivation to Fight - An Example from the Israeli Experience in Lebanon, *Terrorism*, 11, 2 (1988), pp. 139-149. <<

[28] «What is Terrorism?», *The Economist*, 2 de marzo de 1996. Localizado en Internet: economist.iconnect.net/issue/02-03-96/sfl.html. <<

[29] Thackrah, «Terrorism: A Definitional Problem», p. 25. <<

[30] J. K. Anderson, «Terrorism». Localizado en Internet: www.gocin.com/probe/terror.htm. <<

[31] T. Harnden, *Bandit Country* (Londres: Hodder and Stoughton, 1999); véase también E Keane, «IRA Sniper Kills Nine in One Area», *Sunday Tribune* (16 de enero de 1994), p. A8. <<

[32] Keane, «IRA Sniper Kills Nine in One Area», p. A8. <<

[33] M. Taylor y J. Horgan, «Future Developments of Terrorism in Europe», en M. Taylor y J. Horgan (eds.), The *Future of Terrorism* (Londres: Frank Cass, 2000), pp. 83-93. <<

[34] Hoffman, *Inside Terrorism*, p. 131. <<

[35] H. H. A. Cooper, «The Terrorist and the Victim», *Victimology*, 1,2 (1976), pp. 229-239; véase también Hoffman, *Inside Terrorism*. <<

[36] Reuters World Service, «Algerian Press Describes Bus Slaughter» (Reuters Group plc, 12 de diciembre de 1996). <<

[37] *Ibid.* <<

[38] Véase J. Swain, «Ramadan Killers Leave 250 Dead in City of Blood», Sunday *Times* (26 de enero de 1997) p. 17; véase también X. Raufer, «Terreur en Algerie: Le GIA comme OVNI: Organization Violente Non Indentifiee», *Notes d'Information de Laboratoire MINOS* (París: Centre des Hautes Etudes de L'Armament, 1996). <<

[39] Schmid, «Defining Terrorism: The Response Problem as a Definition Problem». <<

[40] *Ibid.*, p. 7. <<

[41] M. Dartnell, «A Legal Inter-Network for Terrorism: Issues of Globalization, Fragmentation and Legitimacy», en M. Taylor y J. Horgan (eds.), *The Future of Terrorism* (Londres: Frank Cass, 2000), pp. 197-208. <<

[42] Schmid, «DefiningTerrorism: The Response Problem as a Definition Problem», p. 13. <<

[43] Thackrah, «Terrorism: A Definitional Problem». <<

[44] United States Department of State, *Patterns of Global Terrorism: 1996* (Washington, D. C.: Government Printing Office, 1997). <<

[45] A. P. Schmid, «Terrorism and the Use of Weapons of Mass Destruction: From Where the Risk?», en M. Taylor y J. Horgan (eds.), *The Future of Terrorism* (Londres: Frank Cass, 2000), pp. 106-132. <<

[46] Taylor y Horgan, «Future Developments of Terrorism in Europe». <<

[47] *Ibid*., p. 88. <<

2. Comprender el terrorismo

[1] Por ejemplo, véase A. P. Schmid y A. J. Jongman, *Political Terrorism* (Amsterdam: North Holland Publishing Company, 1988[2]); véase también A. P. Silke (ed.), *Research on Terrorism: Trends, Achievements and Failures* (Londres: Frank Cass, 2004). <<

[2] Schmid y Jongman, *Political Terrorism*, p. 189; véase también A. Merari, «Academic Research and Government Policy on Terrorism», *Terrorism and Political Violence*, 3,1 (1991), pp. 88-102. <<

[3] D. C. Rapoport, «Introduction», en D. C. Rapoport (ed.). *Inside Terrorist Organisations* (Londres: Frank Cass, 1988), pp. 1-10. <<

[4] E. Cairns y R. Wilson, «Stress, Coping, and Political Violence in Northern Ireland», en J. P. Wilson y B. Raphael (eds.), *International Handbook of Traumatic Stress* Syndromes (Nueva York: Plenum Press, 1992), pp. 365-376. <<

[5] R. Thackrah, «Terrorism: A Definitional Problem», en P. Wilkinson y A. M. Stewart (eds.), *Contemporary Research on Terrorism* (Aberdeen: Aberdeen University Press, 1987), p. 31. <<

[6] A. H. Miller, «Book Review», *Terrorism and Political Violence*, 1,3 (1989), pp. 391-396. <<

[7] *Ibid.* <<

[8] Véanse especialmente los comentarios de Silke en *Research on Terrorism: Trends, Achievements and Failures*. <<

[9] Wilkinson y Stewart, *Contemporary Research on Terrorism*, p. XVII. <<

[10] A. Gordon, «Terrorism Dissertations and the Evolution of a Speciality: An Analysis of Meta-Information», *Terrorism and Political Violence*, 11,2 (1999), pp. 141-150; véanse también A. Gordon, «Terrorism and Computerised Databases: An Examination of Multidisciplinary Coverage», *Terrorism and Political Violence*, 7, 4 (1995), pp. 171-177; A. Gordon, «Research Note: The Spread of Terrorism Publications - A Database Analysis», *Terrorism and Political Violence*, 10,4 (1998), pp. 192-196; E. F Reid, *An Analysis of Terrorism Literature: A Bibliographic and Content Analysis Study*, tesis doctoral no publicada (University of South Carolina, 1983). <<

[11] R. D. Crelinsten, «Terrorism as Political Communication: The Relationship Between the Controller and the Controlled», en Wilkinson y Stewart, *Contemporary Research on Terrorism*, pp. 3-23. <<

[12] Por ejemplo, véase M. Taylor, *The Terrorist* (Londres: Brassey's, 1988), y M. Taylor, *The Fanatics* (Londres: Brassey's, 1991); véase también M. Taylor y E. Quayle, *Terrorist Lives* (Londres: Brassey's, 1994). <<

[13] En particular, véanse las excelentes disquisiciones de B. Hoffman, «Why Terrorists Don't Claim Credit», *Terrorism and Political Violence, 9*, 1 (1997), pp. 1-6; D. Pluchinsky, «The Terrorism Puzzle: Missing Pieces and No Boxcover», *Terrorism and Political Violence, 9*, 1 (1997), pp. 7-10; D. C. Rapoport, «To Claim or Not to Claim: That is the Question - Always!», *Terrorism and Political Violence*, 9, 1 (1997), pp. 11-17. <<

[14] J. Horgan y M. Taylor, «The Provisional Irish Republican Army: Command and Functional Structure», *Terrorism and Political Violence*, 9, 3 (1997), pp. 1-32. <<

[15] R. W. White, «Issues in the Study of Political Violence: Understanding the Motives of Participants in Small Group Political Violence», trabajo presentado en la *Future Developments in Terrorism Conference*, University College, Cork, 3-5 de marzo de 1999. <<

[16] *Ibid*., pp. 10-11. <<

[17] J. M. Post, «Group and Organizational Dynamics of Political Terrorism: Implications for Counterterrorist Policy», en Wilkinson y Stewart, *Contemporary Research on Terrorism*, pp. 307-317. <<

[18] R. Kearney, «Myth and Terror», *The Crane Bag*, 2, 1-2 (1978), pp. 273-285. <<

[19] A. Merari, «A Classification of Terrorist Groups», *Terrorism*, 1, 3-4 (1978) pp. 331-346. <<

[20] United States Department of State, *Patterns of Global Terrorism: 1996* (Washington, D. C.: Government Printing Office, 1997), p. 1; véase también M. Dartnell, «A Legal Inter-Network for Terrorism: Globalisation, Fragmentation and Legitimacy», en M. Taylor y J. Horgan (eds.), *The Future of Terrorism* (Londres: Frank Cass, 2000), pp. 197-208. <<

[21] H. H. A. Cooper, «Voices from Troy: What Are We Hearing?», en *Outthinking the Terrorist - An International Challenge: Proceedings of the 10th Annual Symposium on the Role of Behavioral Science in Physical Security* (Washington, D. C.: Defence Nuclear Agency; 1985), p. 95. <<

[22] X. Raufer, «Al Qaeda: A Different Diagnosis», *Studies in Conflict and Terrorism*, 26,6 (2003), pp. 391-398. <<

[23] W Reich (ed.), *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind* (Nueva York: Cambridge University Press, 1990). <<

[24] G. Wardlaw, *Political Terrorism: Theory, Tactics and Counter-Measures* (Cambridge: Cambridge University Press, 1989[2]), p. 171. <<

[25] Post, «Group and Organisational Dynamics of Political Terrorism», p. 307. <<

[26] Véase B. Cordes, «Euroterrorists Talk About Themselves: A Look at the Literature», en Wilkinson y Stewart, *Contemporary Research on Terrorism*, pp. 318-336; véase también M. Crenshaw, «The Psychology of Political Terrorism», en M. G. Hermann (ed), Political *Psychology: Contemporary Problems and Issues* (Londres: Jossey-Bass, 1986), pp. 379-413. <<

[27] M. Baumann, *Terror or Love?: Bommi Baumanns Own Story of His Life as a West German Urban Guerrilla* (Nueva York: Grove Press, 1979). <<

[28] S. MacStiofain, *Memoirs of a Revolutionary* (Londres: Gordon Cremonisi. 1975). <<

[29] M. Maguire, *To Take Arms: A Year in the Provisional IRA* (Londres: Quartet, 1974). <<

[30] L. Khaled, *My People Shall Live: The Autobiography of* a *Revolutionary* (Londres: Hodder and Stoughton, 1973). <<

[31] M. McGartland, *Fifty Dead Men Walking* (Londres: Blake. 1997). <<

[32] E. Collins (with M. McGovern), *Killing Rage* (Londres: Granta, 1997). <<

[33] R. Gilmour, *Dead Ground: Infiltrating the IRA* (Londres: Little, Brown and Company, 1998). <<

[34] S. O'Callaghan, *The Informer* (Londres: Bantam, 1998). <<

[35] J. Mallin, «Terrorism as a Military Weapon», en J. D. Elliott y L. K. Gibson (eds.). *Contemporary Terrorism: Selected Readings* (Maryland: International Association of Chiefs of Police, 1978), pp. 117-128. <<

[36] D. Pluchinsky, «Terrorist Documentation». *Terrorism*, 14 (1991), pp. 195-207, 241-252. <<

[37] Rapoport, *Inside Terrorist Organisations*, p. 1. <<

[38] M. Crenshaw, «Questions To Be Answered, Research To Be Done, Knowledge To be Applied», en Reich, *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind*, pp. 247-260. <<

[39] G. Adams, *Before the Daum: An Autobiography* (Londres: Heinemann Brandon, 1996), p. 2. <<

[40] F. O'Toole, «The Premature Life of Gerry Adams», *Irish Times —Weekend Section* (28 de septiembre de 1996), p. 9. <<

[41] S. O'Callaghan, «Shots in the Propaganda War», *Sunday Times*, libro suplementario (22 de septiembre de 1996), p. 3. <<

[42] T. Strentz, «A Terrorist Psychosocial Profile: Past and Present», *FBI Law Enforcement Bulletin*, abril (1987), pp. 13-19. <<

[43] M. Crenshaw, «Current Research on Terrorism: The Academic Perspective». *Studies in Conflict and Terrorism*, 15,1 (1992), pp. 1-11. <<

[44] White, «Issues in the Study of Political Violence», p. 7; véase también Crenshaw, «Questions To Be Answered, Research To Be Done, Knowledge To Be Applied», p. 248. <<

[45] Véanse Crenshaw, «Questions To Be Answered, Research To Be Done. Knowledge To Be Applied», p. 248; J. Horgan, «Issues in Terrorism Research». The *Police Journal*, 50, 3 (1997), pp. 193-202; véase también J. Horgan, «The Case for Firsthand Research», en Silke, *Research on Terrorism: Trends, Achievements and Failures*, pp. 30-56. <<

[46] White, «Issues in the Study of Political Violence».
<<

[47] A. Jamieson, *The Heart Attacked: Terrorism and Conflict in the Italian State* (Londres: Marian Boyars, 1989); y A. Jamieson, «Entry, Discipline and Exit in the Italian Red Brigades», *Terrorism and Political Violence*, 2, 1 (1990), pp. 1-20; A. Jamieson, «Identity and Morality in the Red Brigades», *Terrorism and Political Violence, 2*, 4 (1990), pp. 508-520. <<

[48] Taylor, *The Terrorist*, Taylor; *The Fanatics*; Taylor y Quayle, *Terrorist Lives*. <<

[49] White, «Issues in the Study of Political Violence», p. 8. <<

[50] A. P. Schmid, «DefiningTerrorism: The Response Problem as a Definition Problem», en A. P. Schmid y R. D. Crelinsten (eds.). *Western Responses to Terrorism* (Londres: Frank Cass, 1993), pp. 7-13. <<

[51] K. Kellen, «Ideology and Rebellion: Terrorism in West Germany», en Reich, *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind*, pp. 43-58. <<

[52] W. Lacqueur, «The Futility of Terrorism», en Elliott y Gibson, *Contemporary Terrorism: Selected Readings*, pp. 285-292. <<

[53] Copia en posesión del autor. <<

[54] Copia en posesión del autor. <<

[55] J. Bowyer-Bell, *The Secret Army: The IRA 1916-1979* (Dublin: Academy Press, 1979). <<

[56] Horgan, «Issues in Terrorism Research». <<

[57] K. Heskin, *Northern Ireland: A Psychological Analysis* (Dublin: Gill y Macmillan, 1980), p. 79. <<

[58] Taylor y Quayle, *Terrorist Lives*, p. 24. <<

[59] J. Bowyer-Bell, *The Dynamics of the Armed Struggle* (Londres: Frank Cass, 1998), p. xv. <<

[60] Véase, por ejemplo, T. P. Coogan, *The IRA* (Londres: HarperCollins, 1995), pp. IX-X; véase también T. P. Coogan, *The Troubles: Irelands Ordeal 1966-1995 and the Search for Peace* (Londres: Hutchinson, 1995), p. XI. <<

[61] Taylor y Quayle, *Terrorist Lives*, p. 24. <<

[62] Bowyer-Bell, *The Dynamics of the Armed Struggle*, p. xv. <<

[63] Véase especialmente Horgan, «Issues in Terrorism Research». <<

[64] *Ibid*., véase también Horgan, «The Case for Firsthand Research». <<

[65] Horgan y Taylor, «The Provisional Irish Republican Army: Command and Functional Structure». <<

[66] Coogan, *The IRA*, p. 479. <<

[67] Citado en Horgan, «Issues in Terrorism Research», p. 199. <<

[68] R. M. Lee, *Dangerous Fieldwork* (Nueva York: Sage, 1995), pp. 22-23. <<

[69] Horgan, «Issues in Terrorism Research». <<

[70] Horgan y Taylor, «The Provisional Irish Republican Army: Command and Functional Structure». <<

[71] Véase la disquisición sobre procedimientos de *snowball sampling* en G. J. Knowles, «Dealing Crack Cocaine: A View from the Streets of Honolulu», *FBI Law Enforcement Bulletin*, 65 (julio de 1996), p. 7. <<

[72] Taylor y Quayle, *Terrorist Lives*. <<

[73] Horgan, «Issues in Terrorism Research», y Horgan, «The Case for Firsthand Research». <<

[74] J. Sluka, *Hearts and Minds, Water and Fish: Support for the IRA and INLA in a Northern Irish Ghetto* (Greenwich, CT: JAI Press, 1989), p. 22. El estudio de Jeffrey Shika es uno de los más destacados y excelentes trabajos de investigación empíricos sobre el conflicto de Irlanda del Norte. <<

[75] Horgan, «Issues in Terrorism Research», p. 197.
<<

[76] Crenshaw, «Questions To Be Answered, Research To Be Done, Knowledge To Be Applied», p. 248. <<

[77] *Ibid.* <<

[78] F. Ferracuti, «Ideology and Repentance: Terrorism in Italy», en Reich, *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind*, pp. 59-64. <<

[79] Véase también Cordes, «Euroterrorists Talk About Themselves». <<

[80] Crenshaw, «Questions To Be Answered, Research To Be Done. Knowledge To Be Applied», p. 248. <<

[81] Véase la disquisición en Horgan, «Issues in Terrorism Research»; véase también C. McCauley, «Terrorism, Research and Public Policy: An Overview», *Terrorism and Political Violence*, 3,1 (1991), pp. 126-144. <<

[82] Crenshaw, «Questions To Be Answered, Research To Be Done. Knowledge To Be Applied», p. 247; véanse también especialmente McCauley, «Terrorism, Research and Public Policy»; Merari, «Academic Research and Government Policy on Terrorism»; P. Wilkinson, «Foreword - Terrorism: An International Research Agenda?», en Wilkinson y Stewart, *Contemporary Research on Terrorism*, pp. XI-XX. <<

3. Enfoques individuales

[1] British Broadcasting Corporation, *Third World War: Al Qaeda* (emitido el 24 de febrero de 2004). <<

[2] R. Carroll, «Beatings Take On New Form - Victim Loosed Like An Animal», *Irish News* (10 de diciembre de 1996). <<

[3] S. Anderson, «Making a Killing», *Harper's Magazine*, 288 (1 de febrero de 1994). <<

[4] H. H. A. Cooper, «The Terrorist and the Victim», *Victimology*, 1, 2 (1976), pp. 229-239. <<

[5] R. R. Corrado, «A Critique of the Mental Disorder Perspective of Political Terrorism», *International Journal of Law and Psychiatry*, 4, 3-4 (1981), pp. 293-309; véanse también H. H. A. Cooper, «What is a Terrorist?: A Psychological Perspective», *Legal Medical Quarterly*, 1 (1977), pp. 16-32; H. H. A. Cooper, «Psychopath as Terrorist», *Legal Medical Quarterly, 2* (1978), pp. 253-262; H. H. A. Cooper, «Whither Now? Terrorism on the Brink», en J. D. Elliott y L. K. Gibson (eds.). *Contemporary Terrorism: Selected Readings* (Maryland: International Association of Chiefs, of Police, 1978), pp. 269-284; F. J. Hacker, *Crusaders, Criminals, Crazies: Terror and Terrorism in our Time* (Nueva York: W. W. Norton, 1976); C. Hassel, «Terror: The Crime of the Privileged - An Examination and Prognosis», *Terrorism*, 1 (1977), pp. 1-16; K. Kellen, *Terrorists: What Are They Like? How Some Terrorists Describe Their World and Actions: Rand Publication N-1300-SL* (Santa Monica, CA: Rand, 1979); K. Kellen, *On Terrorists and Terrorism: A Rand Note N-1942-RC* (Santa Monica, CA: Rand, 1982); K. I. Pearce, «Police Negotiations», *Canadian*

Psychiatric Association Journal, 22 (1977), pp. 171-174. <<

[6] Cooper, «The Terrorist and the Victim», p. 232. <<

[7] J. Bowyer-Bell, *The Secret Army*: The *IRA 1916-1979* (Dublin: Academy Press, 1979); J. Bowyer-Bell, *The IRA: 1968-2000* (Londres: Frank Cass, 2000); F. Burton, *The Politics of Legitimacy: Struggles in a Belfast Community* (Londres: Routledge and Kegan Paul, 1978); T. P. Coogan, *The IRA* (Londres: HarperCollins, 1995); A. Jamieson, *The Heart Attacked: Terrorism and Conflict in the Italian State* (Londres: Marian Boyars, 1989); A. Jamieson, «Entry, Discipline and Exit in the Italian Red Brigades», *Terrorism and Political Violence*, 2,1 (1990), pp. 1-20; A. Jamieson, «Identity and Morality in the Red Brigades», *Terrorism and Political Violence*, 2, 4 (1990), pp. 508-520. <<

[8] M. Taylor y E. Quayle, *Terrorist Lives* (Londres: Brassey's, 1994), p. 107. <<

[9] M. Taylor, *The Terrorist* (Londres: Brassey's, 1988), p. 88. <<

[10] *Ibid.* <<

[11] Cooper, «The Terrorist and the Victim», p. 237. <<

[12] Kellen, *On Terrorists and Terrorism*, p. 23. <<

[13] Para datos de mayor interés y alcance sobre este tema, véase Burton, *The Politics of Legitimacy*. <<

[14] K. Heskin, «The Psychology of Terrorism in Northern Ireland», en Y. Alexander y A. O'Day (eds.), *Terrorism in Ireland* (Kent: Croom Helm, 1984), pp. 85-105. <<

[15] Kellen, *On Terrorists and Terrorism*, p. 18. <<

[16] A. P. Silke, «Cheshire-Cat Logic: The Recurring Theme of Terrorist Abnormality in Psychological Research», *Psychology, Crime and Law*, 4 (1998), pp. 51-69. <<

[17] W. Baeyer-Katte, D. Claessens, H. Feger y F. Neidhart (eds.), *Analysen Zum Terrorismus 3: Gruppeprozesse* (Darmstadt: Westedeutcher Verlag, 1982); véase también H. Jager, G. Schmidtchen y L. Sullwold, *Analysen Zum Terrorismus 2: Lebenslauf-Analysen* (Opladen: Westdeutcher Verlag, 1982). <<

[18] Para reseñas de este material (en inglés), véase Taylor *The Terrorist* y M. Crenshaw, «The Psychology of Political Terrorism», en M. G. Hermann (ed.), *Political Psychology: Contemporary Problems and Issues* (Londres: Jossey-Bass, 1986), pp. 379-413. <<

[19] Taylor, *The Terrorist*, p. 145. <<

[20] M. Crenshaw, «The Psychology of Political Terrorism», p. 387. <<

[21] *Ibid., p*. 389. <<

[22] Por ejemplo, véase R. Pearlstein, *The Mind of the Political Terrorist* (Wilmington: Scholarly Resources, 1991); y especialmente J. M. Post, «Notes on a Psychodynamic Theory of Terrorist Behaviour», *Terrorism*, 1 (1984), pp. 241-256; J. M. Post, «Group and Organisational Dynamics of Political Terrorism: Implications for Counterterrorist Policy», en P. Wilkinson y A. M. Stewart (eds.), *Contemporary Research on Terrorism* (Aberdeen: Aberdeen University Press, 1987), pp. 307-317; J. M. Post, «Rewarding Fire With Fire: The Effects of Retaliation on Terrorist Group Dynamics», *Terrorism*, 10 (1987), pp. 23-35; y también J. M. Post, «Terrorist Psycho-Logic: Terrorist Behavior as a Product of Psychological Forces», en W Reich (ed.), *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind* (Nueva York: Cambridge University Press, 1990), pp. 25-40. <<

[23] Crenshaw, «The Psychology of Political Terrorism». <<

[24] Véase también F. J. Lanceley, «The Anti-Social Personality as Hostage Taker». *Journal of Political Science and Administration*, 9 (1981), p. 28. <<

[25] Post, «Group and Organisational Dynamics of Political Terrorism», p. 308. <<

[26] Crenshaw, «The Psychology of Political Terrorism», p. 382. <<

[27] K. Heskin, *Northern Ireland: A Psychological Analysis* (Dublin: Gill and Macmillan, 1980); véase también Heskin, «The Psychology of Terrorism in Northern Ireland». <<

[28] Por ejemplo, véase E. Cairns, «Understanding Conflict and Promoting Peace in Ireland: Psychology's Contribution», *Irish Journal of Psychology*, 15. 2-3 (1994), pp. 480-493. <<

[29] N. Friedland, «Becoming a Terrorist: Social and Individual Antecedents», en L. Howard (ed.), *Terrorism: Roots, Impacts, Responses* (Nueva York: Praeger. 1992), pp. 81-93. <<

[30] W. Reich, «Understanding Terrorist Behavior: The Limits and Opportunities of Psychological Enquiry», en W Reich (ed.), *Origins of Terrorism*, pp. 261-279. <<

[31] Friedland, «Becoming a Terrorist», pp. 82-83. <<

[32] Por ejemplo, véanse D. Birrell, «Relative Deprivation as a Factor in Conflict in Northern Ireland», *Sociopolitical Review*, 20 (1972), pp. 317-343; Corrado, «A Critique of the Mental Disorder Perspective of Political Terrorism»; Hassel, «Terror: The Crime of the Privileged - An Examination and Prognosis»; Heskin, *Northern Ireland: A Psychological Analysis*; Heskin, «The Psychology of Terrorism in Northern Ireland»; H. H. Tittmar, «Urban Terrorism: A Psychological Perspective», *Terrorism and Political Violence*, 4, 3 (1992), pp. 64-71; P. Watzlawick, «The Pathologies of Perfectionism», *Et Cetera*, 34, 1 (1977), pp. 12-18. <<

[33] Tittmar, «Urban Terrorism: A Psychological Perspective». <<

[34] L. Berkowitz, «Some Aspects of Observed Aggression», *Journal of Personality and Social Psychology*, 12 (1965), pp. 359-369. <<

[35] Friedland, «Becoming a Terrorist», p. 83. <<

[36] F. Ferracuti, «A Sociopsychiatric Interpretation of Terrorism», *The Annals of the American Academy (AAPSS),* 463 (1982), pp. 129-140. <<

[37] Por ejemplo, véase la disquisición en A. Merari y N. Friedland, «Social Psychological Aspects of Political Terrorism», en S. Oskamp (ed.), *Applied Social Psychology Annual 6: International Conflict and National Public Policy Issues* (Londres: Sage, 1985), pp. 185-205. <<

[38] Ferracuti, «A Sociopsychiatric Interpretation of Terrorism», p. 139. <<

[39] Friedland, «Becoming a Terrorist», p. 85. <<

[40] Merari y Friedland, «Social Psychological Aspects of Political Terrorism», p. 187. <<

[41] T. R. Gurr, *Why Men Rebel* (Princeton: Princeton University Press, 1970); véanse también Birrell, «Relative Deprivation as a Factor in Conflict in Northern Ireland»; Friedland, «Becoming a Terrorist»; y Heskin, *Northern Ireland: A Psychological Analysis*. <<

[42] Friedland, «Becoming a Terrorist», p. 85. <<

[43] H. A. Kampf, «Terrorism, The Left-Wing, and The Intellectuals», *Terrorism*, 13,1 (1990), pp. 23-51. <<

[44] Hassel, «Terror: The Crime of the Privileged - An Examination and Prognosis»; véase también Watzlawick, «The Pathologies of Perfectionism». <<

[45] Reich, «Understanding Terrorist Behavior». <<

[46] Por ejemplo, véanse Hassel, «Terror: The Crime of the Privileged - An Examination and Prognosis»; C. Lasch, *The Culture of Narcissism* (Nueva York: W. W. Norton, 1979); Pearlstein, *The Mind of the Political Terrorist*; Post, «Notes on a Psychodynamic Theory of Terrorist Behavior»; Post, «Group and Organisational Dynamics of Political Terrorism»; Post, «Rewarding Fire With Fire». <<

[47] Pearlstein, *The Mind of the Political Terrorist*, p. 7. <<

[48] *Ibid*., p. 28. <<

[49] Véase, por ejemplo, W. Rasch, «Psychological Dimensions of Political Terrorism in the Federal Republic of Germany», *International Journal of Law and Psychiatry, 2* (1979), pp. 79-86. <<

[50] Por ejemplo, véase Corrado, «A Critique of the Mental Disorder Perspective of Political Terrorism». <<

[51] Pearlstein, *The Mind of the Political Terrorist*, p. 171. <<

[52] *Ibid*., p. 7. <<

[53] *Ibid*., p. 46. <<

[54] M. Taylor, *The Terrorist*, p. 140. <<

[55] Por ejemplo, véanse G. Bartalotta, «Psicologia Analitica e Terrorismo Politico», *Rivista di Psicologia Analitica*, 12, 24 (1981), pp. 21-30; L. Brunet, «Le Phenomene Terroriste et ses Effets sur les Object Internes», *Revue Quebecoise de Psychologie*, 10, 1 (1989), pp. 2-15; F. Ferracuti y F. Bruno, «Psychiatric Aspects of Terrorism in Italy», en I. L. Barak-Glantz y C. R. Huflf (eds.), *The Mad, The Bad and The Different: Essays in Honor of Simon Dinitz* (Lexington, MA: Heath, 1981), pp. 199-213; P. W. Johnson y T. B. Feldmann, «Personality Types and Terrorism: Self-Psychology Perspectives», *Forensic Reports*, 5 (1992), pp. 293-303; I. Kent y W. Nicholls, «The Psychodynamics of Terrorism», *Mental Health and Society*, 4, 1-2 (1977), pp. 1-8; P. A. Olsson, «The Terrorist and The Terrorized: Some Psychoanalytic Consideration», *Journal of Psychohistory*, 16, 1 (1988), pp. 47-60; Pearlstein, «The Mind of the Political Terrorist»; R. Turco, «Psychiatric Contributions to the Understanding of International Terrorism», *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 31, 2 (1987), pp. 153-161; M. N. Vinar, «La Terreur, Le

Politique, La Place d'un Psychanalyste», *Patio*, 11 (1988), pp. 43-51. <<

[56] Kellen, *On Terrorists and Terrorism.* <<

[57] *Ibid*., p. 18. <<

[58] *Ibid.* <<

[59] A. Kaplan, «The Psychodynamics of Terrorism», en Y. Alexander y J. M. Gleason (eds.), *Behavioural and Quantitative Perspectives on Terrorism* (Elmsford, NY: Pergamon, 1981), pp. 35-51; véase también W. Lacqueur, *Terrorism* (Londres: Weidefeld and Nicolson, 1977). <<

[60] E. Erikson, *Identity, Youth and Crisis* (Londres: Faber and Faber, 1968). <<

[61] Véanse también E. Cairns, «Social Identity and Intergroup Conflict. A Developmental Perspective», en J. Harbinson (ed.), *Growing Up in Northern Ireland* (Belfast: Stranmillis College, 1989), pp. 115-130; E. Cairns y G. Mercer, «Social identity in Northern Ireland», *Human Relations*, 37, 12 (1984), pp. 1.095-1.102. <<

[62] Crenshaw, «The Psychology of Political Terrorism». <<

[63] Taylor, *The Terrorist*. <<

[64] Crenshaw, «The Psychology of Political Terrorism», pp. 391-392. <<

[65] J. Knutson, «Social and Psychodynamic Pressures Toward a Negative Identity: The Case of an American Revolutionary Terrorist», en Alexander y Gleason, *Behavioural and Quantitative Perspectives on Terrorism*, pp. 105-150. <<

[66] Silke, «Cheshire-Cat Logic: The Recurring Theme of Terronst Abnormality in Psychological Research», p. 53. <<

[67] Por ejemplo, véanse C. McCauley, «Terrorism, Research and Public Policy: An Overview», *Terrorism and Political Violence*, 3, 1 (1991), pp. 126-144; C. McCauley y M. E. Segal, «Social Psychology of Terrorist Groups», en C. Hendrick (ed.), *Review of Personality and Social Psychology*, 9 (Beverly Hills: Sage, 1987), pp. 231-256. <<

[68] G. Morf, *Terror in Quebec —Case Studies of the FLQ* (Toronto: Clark, Irwin, 1970). <<

[69] Rasch, «Psychological Dimensions of Political Terrorism in the Federal Republic of Germany». <<

[70] McCauley, «Terrorism, Research and Public Policy», p. 132. <<

[71] Corrado, «A Critique of the Mental Disorder Perspective of Political Terrorism». <<

[72] Jamieson, *The Heart Attacked*, p. 48. <<

[73] H. A. Lyons y H. J. Harbinson, «A Comparison of Political and Non-Political Murderers in Northern Ireland 1974-1984», *Medicine, Science and the Law*, 26 (1986), pp. 193-198. <<

[74] Citado en C. Ryder, *Inside the Maze: The Untold Story of the Northern Ireland Prison Service* (Londres: Methuen, 2000) p. XIII. <<

[75] *Ibid*., p. XIII. <<

[76] Citado en Heskin, *Northern Ireland: A Psychological Analysis*, p. 78. <<

[77] Taylor, *The Terrorist*, p. 92. <<

[78] Heskin, «The Psychology of Terrorism in Northern Ireland». <<

[79] Crenshaw, «The Psychology of Political Terrorism». <<

[80] Véase Silke, «Cheshire-Cat Logic: The Recurring Theme of Terrorist Abnormality in Psychological Research»; Taylor, *The Terrorist*. <<

[81] Taylor, *The Terrorist*. <<

[82] Véase Silke, «Cheshire-Cat Logic: The Recurring Theme of Terrorist Abnormality in Psychological Research». <<

[83] Por ejemplo, A. Beck, «Prisoners of Hate», *Behavior Research and Therapy*, 40, 3 (2002), pp. 209-216; Johnson y Feldmann, «Personality Types and Terrorism: Self-Psychology Perspectives»; Pearlstein, *The Mind of the Political Terrorist*. <<

[84] Ferracuti, «A Sociopsychiatric Interpretation of Terrorism», p. 129. <<

[85] Kellen, *On Terrorism and Terrorists*, p. 15. <<

[86] Ferracuti, «A Sociopsychiatric Interpretation of Terrorism», pp. 3-6. <<

[87] *Ibid*., p. 130. <<

[88] *Ibid.* <<

[89] Kellen, *On Terrorism and Terrorists*, p. 23. <<

[90] *Ibid*., p. 19. <<

[91] Silke, «Cheshire-Cat Logic: The Recurring Theme of Terrorist Abnormality in Psychological Research», p. 64. <<

[92] *Ibid*., pp. 66-67. <<

[93] Taylor, *The Terrorist*. <<

[94] Silke, «Cheshire-Cat Logic: The Recurring Theme of Terrorist Abnormality in Psychological Research», p. 56. <<

[95] R. Blackburn, «Psychopathy and Personality Disorder in Relation to Violence», en K. Howells y C. R. Hollin (eds.), *Clinical Approaches to the Mentally Disordered Offender* (Chichester, RU: Wiley, 1989), pp. 61-88. <<

[96] *Ibid*., p. 63. <<

[97] Merari y Friedland, «Social Psychological Aspects of Political Terrorism», p. 187. <<

[98] J. S. Handler, «Socioeconomic Profile of an American Terrorist: 1960s and 1970s», *Terrorism*, 13 (1990), pp. 195-213. <<

[99] *Ibid*., p. 198; véanse también especialmente pp. 195 y 199. <<

[100] Citado en Taylor, *The Terrorist*, p. 124. <<

[101] T. Strentz, «A Terrorist Psychosocial Profile: Past and Present», *FBI Law Enforcement Bulletin* (abril de 1987), pp. 13-19. <<

[102] Véase también H. H. A. Cooper, «Voices from Troy: What Are We Hearing?», en *Outthinking the Terrorist —An International Challenge: Proceedings of the 10th Annual Symposium on the Role of Behavioral Science in Physical Security* (Washington, D. C.: Defence Nuclear Agency, 1985), p. 95. <<

[103] Taylor, *The Terrorist*, p. 124. <<

[104] Blackburn, «Psychopathy and Personality Disorder in Relation to Violence», p. 63. <<

[105] Friedland, «Becoming a Terrorist», p. 83. <<

[106] Crenshaw, «The Psychology of Political Terrorism», p. 387. <<

[107] C. J. M. Drake, *Terrorists' Target Selection* (Londres: Macmillan, 1998). <<

[108] Entrevistado por el autor en la República de Irlanda a principios de 1997. <<

[109] Taylor, *The Terrorist*. <<

[110] Taylor y Quayle, *Terrorist Lives*. <<

[111] Taylor, *The Terrorist*, p. 145. <<

[112] Merari y Friedland, «Social Psychological Aspects of Political Terrorism», p. 187; véase también Merari, «A Classification of Terrorist Groups», *Terrorism*, 1, 3-4 (1978), pp. 331-346. <<

[113] Merari y Friedland, «Social Psychological Aspects of Political Terrorism», p. 187. <<

4. Convertirse en terrorista

[1] D. Farrington, «Explaining the Beginning, Progress and Ending of Antisocial Behaviour from Birth to Adulthood», en J. McCord (ed.), Facts, *Frameworks and Forecasts: Advances in Criminological Theory*, vol. 3 (New Brunswick: Transactional Publishers, 1992). <<

[2] T. Björgo (ed.), *Terror from the Extreme Right* (Londres: Frank Cass, 1995). <<

[3] Con notables excepciones, como M. Taylor, *The Terrorist* (Londres: Brassey's. 1988). Véase especialmente por su extremada importancia el capítulo 8. <<

[4] R. V. G. Clarke y D. B. Cornish, «Modeling Offenders' Decisions: A Framework for Research and Policy», en M. Tonry y N. Morris (eds.), *Crime and Justice An Annual Review of Research*, vol. 6 (Chicago: University of Chicago Press, 1985). <<

[5] Véase también Farrington, «Explaining the Beginning, Progress and Ending of Antisocial Behaviour from Birth to Adulthood». <<

[6] T. Hirschi, «On the Compatibility of Rational Choice and Social Control Theories of Crime», en D. B. Cornish y R. V. G. Clarke (eds.), The *Reasoning Criminal: Rational Choice Perspectives on Offending* (Nueva York: Springer-Verlag, 1986). <<

[7] T. Björgo (ed.), *Root Causes of Terrorism: Findings from an International Expert Meeting in Oslo 9-11 June 2003* (Oslo: Norwegian Institute of International Affairs, NUPI). <<

[8] *Ibid*., pp. 234-237. <<

[9] *Ibid*., p. 234. <<

[10] B. Cordes, «Euroterrorists Talk About Themselves: A Look at the Literature», en P. Wilkinson y A. M. Stewart (eds.). *Contemporary Research on Terrorism* (Aberdeen: Aberdeen University Press, 1987), pp. 318-336. <<

[11] M. Taylor y E. Quayle, *Terrorist Uves* (Londres: Brassey's, 1994). <<

[12] B. M. Miller, *The Language Component of Terrorism Strategy: A Text-Based Linguistic Case Study of Contemporary German Terrorism*, tesis doctoral no publicada (Washington, D. C.: Georgetown University, 1987); también Cordes, «Euro-terrorists Talk About Themselves». <<

[13] Taylor y Quayle, *Terrorist Lives*. <<

[14] Cordes, «Euroterrorists Talk About Themselves: A Look at the Literature». <<

[15] M. Burgess, N. Ferguson y I. Hollywood, «From Individual Discontent to Collective Armed Struggle: Personal Accounts of the Impetus for Membership or Non-membership in Paramilitary Groups», borrador no publicado (Liverpool: Department of Psychology, Liverpool Hope University College, 2003). <<

[16] *Ibid.* <<

[17] Véanse, por ejemplo, las discusiones de J. M. Post en «Notes on a Psychodynamic Theory of Terrorist Behaviour», *Terrorism*, 7 (1984), pp. 241-256; J. M. Post, «Group and Organisational Dynamics of Political Terrorism: Implications for Counterterrorist Policy», en Wilkinson y Stewart, *Contemporary Research on Terrorism*, pp. 307-317; J. M. Post, «Rewarding Fire With Fire: The Effects of Retaliation on Terrorist Group Dynamics», *Terrorism*, 10 (1987), pp. 23-35; y también J. M. Post, «Terrorist Psycho-Logic: Terrorist Behavior as a Product of Psychological Forces», en W. Reich (ed.). *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind* (Nueva York: Cambridge University Press, 1990), pp. 25-40. <<

[18] N. Hassan, «Letter from Gaza: An Arsenal of Believers - Talking to the Human Bombs», *The New Yorker* (19 de noviembre de 2001). <<

[19] J. M. Post y L. M. Denny, «The Terrorists in their Own Words: Interviews With 35 Incarcerated Middle Eastern Terrorists». Éste era el borrador original que, sin algunos de los detalles aquí mencionados, se publicó más tarde como J. M. Post, E. Sprinzak y L. M. Denny, «The Terrorists in their Own Words: Interviews with 35 Incarcerated Middle Eastern Terrorists», *Terrorism and Political Violence*, 15, 1 (2003), pp. 171-184. <<

[20] Burgess, Ferguson y Hollywood, «From Individual Discontent to Collective Armed Struggle». <<

[21] A. P. Silke, «Becoming a Terrorist», en A. P. Silke (ed.), *Terrorists, Victims and Society: Psychological Perspectives on Terrorism and Its Consequences* (Londres: Wiley, 2003), pp. 29-53. <<

[22] S. Atran, «Social Science Review: Genesis of Suicide Terrorism», *Science*, 299 (7 de marzo de 2003), pp. 1.534-1.539. <<

[23] C. Crawford, *Inside the UDA: Volunteers and Violence* (Dublin: Pluto, 2003). <<

[24] K. Kellen, «On Terrorism and Terrorists». <<

[25] Taylor, *The Terrorist*; Taylor y Quayle, *Terrorist Lives*. <<

[26] J. Horgan y M. Taylor, «The Provisional Irish Republican Army: Command and Functional Structure», *Terrorism and Political Violence*, 9, 3 (1997), pp. 1-32. <<

[27] Copia en posesión del autor. <<

[28] Por ejemplo, E. Collins (en colaboración con M. McGovern), *Killing Rage* (Londres: Granta, 1997); M. McGartland, *Fifty Dead Men Walking* (Londres: Blake, 1997); S. O'Callaghan, *The Informer* (Londres: Bantam, 1998). <<

[29] C. McCauley y M. E. Segal, «Terrorist Individuals and Terrorist Groups: The Normal Psychology of Extreme Behavior», en J. Groebel y J. H. Goldstein (eds.), *Terrorism* (Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1989), p. 45. <<

[30] R. P. Clark, «Patterns in the Lives of ETA Members», *Terrorism*, 6, 3 (1983), pp. 423-454; véase también R. P. Clark, *The Basque Insurgents: ETA 1952-1980* (Madison: University of Wisconsin Press, 1983). <<

[31] A. Jamieson, *The Heart Attacked* (Londres: Marian Boyars, 1989), pp. 266-267. <<

[32] R. W. White y T. Falkenberg White, «Revolution in the City: On the Resources of Urban Guerrillas», *Terrorism and Political Violence*, 3, 4 (1991), pp. 100-132. <<

[33] O. Billig, «Case History of a German Terrorist», *Terrorism, 7* (1984), pp. 1-10. <<

[34] A. Jamieson, «Entry, Discipline and Exit in the Italian Red Brigades», *Terrorism and Political Violence*, 2, 1 (1990), pp. 1-20. <<

[35] Véanse R. P. Clark, «Patterns in the Lives of ETA Members», y *The Basque Insurgents: ETA 1952-1980*. <<

[36] McCauley y Segal, «Terrorist Individuals and Terrorist Groups», p. 55. <<

[37] Hassan, «Letter from Gaza: An Arsenal of Believers». <<

[38] J. K. Zawodny, «Internal Organizational Problems and the Sources of Tensions of Terrorists Movements as Cataylsts of Violence», *Terrorism*, 1, 3-4 (1978), pp. 277-285. <<

[39] B. Barber, *Heart and Stones: Palestinian Youth from the Intifada* (Nueva York: Pal-grave, 2003). <<

[40] Hassan, «Letter from Gaza: An Arsenal of Believers». <<

[41] White y Falkenberg White, «Revolution in the City», p. 115. <<

[42] Taylor y Quayle, *Terrorist Lives*, pp. 34-35. <<

[43] Por ejemplo, véanse las entrevistas de Hassan en «Letter from Gaza: An Arsenal of Believers». <<

5. Ser terrorista

[1] J. Horgan, «Social and Psychological Characteristics of Terrorism and Terrorists», en T. Björgo (ed.), *Root Causes of Terrorism* (Londres: Routledge, en imprenta). <<

[2] *Ibid.* <<

[3] M. Cusson, «A Strategic Analysis of Crime: Criminal Tactics as Responses to Pre-criminal Situations», en R. V. Clarke y M. Felson (eds.), *Routine Activity and Rational Choice* (New Brunswick, NJ: Transaction, 1993), pp. 295-304. <<

[4] X. Raufer, «Al Qaeda: A Different Diagnosis», *Studies in Conflict and Terrorism*, 26. 6 (2003), pp. 391-398. <<

[5] A. P. Silke, «Beyond Horror: Terrorist Atrocity and the Search for Understanding —the Case of the Shankill Bombing», *Studies in Conflict and Terrorism*, 26 (2003), pp. 37-60. <<

[6] J. Horgan y M. Taylor, «Playing the Green Card: Financing the Provisional IRA-Part 1», *Terrorism and Political Violence*, 11, 1 (1999), pp. 1-38. <<

[7] *Ibid.* <<

[8] *Ibid.* <<

[9] R. Debray, *Revolution in the Revolution* (Nueva York: MR Press, 1967). <<

[10] S. Milgram, «Behavioral Study of Obedience», *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 67 (1963), pp. 371-378; véase también S. Milgram, «Some Conditions of Obedience and Disobedience to Authority», en I. D. Steiner y M. Fishbein (eds.), *Currens Studies in Social Psychology* (Nueva York: Holt, 1965). <<

[11] J. P. Dworetsky, *Psychology* (St. Paul, MN: West, 1991[3]). <<

[12] H. C. Kelman, «Violence Without Moral Restraint: Reflection on the Dehumanization of Victims and Victimisers», *Journal of Social Issues*. 29,4 (1973), pp. 25-61. <<

[13] *Ibid., p.* 45. <<

[14] El *Libro verde* del IRA (copia en posesión del autor), pp. 8-9. <<

[15] *Ibid., p.* 9. <<

[16] A. Jamieson, «Entry, Discipline and Exit in the Italian Red Brigades», *Terrorism and Political Violence, 2*, 1 (1990), pp. 1-20. <<

[17] N. Hassan, «Letter from Gaza: An Arsenal of Believers - Talking to the Human Bombs», *The New Yorker* (19 de noviembre de 2001). <<

[18] Véase el *Libro verde* del IRA p. 33. <<

[19] H. Arendt, *Eichmann in Jerusalem: A Report on The Banality of Evil* (Nueva York. Viking, 1963). <<

[20] Kelman, «Violence Without Moral Restraint», p. 36. <<

[21] *Ibid., p.* 38. <<

[22] K. Heskin, «The Psychology of Terrorism in Northern Ireland», en Y. Alexander y A. O'Day (eds.), *Terrorism in Ireland (Kent: Croom* Helm, 1984), pp. 85-105. <<

[23] *Ibid., p.* 101. <<

[24] Dworetsky, *Psychology*, p. 571. <<

[25] *Ibid.* <<

[26] A. P, Silke, «Deindividuation, Anonymity, and Violence: Findings from Northern Ireland», *Journal of Social Psychology*, 143, 4 (2003), pp. 493-499. <<

[27] A. Bandura, «Mechanisms of moral disengagement», en W. Reich (ed.), *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind* (Nueva York: Cambridge University Press, 1990), pp. 161-191. <<

[28] El Libro *verde* del IRA, pp. 38-39. <<

[29] Traducido por Venzke y Ibrahim, 2003. <<

[30] El *Libro verde* del IRA, p. 4. <<

[31] Jamieson, «Entry, Discipline and Exit in the Italian Red Brigades», p. 3. <<

6. Abandonar el terrorismo

[1] J. C. Dingley, «Peace Processes in Northern Ireland: Squaring Circles?», *Terrorism and Political Violence*, 11, 3 (1999), pp. 32-52. <<

[2] En particular, véanse las distintas contribuciones presentadas en A. P. Silke (ed.), *Research on Terrorism: Trends, Achievements, Failures* (Londres: Frank Cass, 2004). <<

[3] C. McCauley y M. E. Segal, «Terrorist Individuals and Terrorist Groups: The Normal Psychology of Extreme Behavior», en J. Groebel y J. H. Goldstein (eds.), *Terrorism* (Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1989). <<

[4] Citado en Y. Alexander y K. A. Myers (eds.), *Terrorism in Europe* (Londres: Croom Helm, 1982), p. 174; véase también M. Baumann, *Terror or Love?: Bommi Baumann's Own Story of his Life as a West German Urban Guerrilla* (Nueva York: Grove, 1979). <<

[5] A. Jamieson, *The Heart Attacked: Terrorism and Conflict in the Italian State* (Londres: Marian Boyars, 1989). <<

[6] *Ibid., p.* 5. <<

[7] J. M. Post, «Group and Organisational Dynamics of Political Terrorism: Implications for Counterterrorist Policy», en P. Wilkinson y A. M. Stewart, *Contemporary Research on Terrorism* (Aberdeen: Aberdeen University Press), pp. 307-317. <<

[8] A. Spire, «Le Terrorisme Intellectuel», *Patio*, 11 (1988), pp. 150-158. <<

[9] *Ibid., p*. 150. <<

[10] En Jamieson, *The Heart Attacked* (véanse especialmente pp. 267-268). <<

[11] J. Brockner y J. Z. Rubin, *Entrapment in Escalating Conflicts* (Nueva York: Springer-Verlag, 1985). <<

[12] M. Taylor, *The Terrorist* (Londres: Brassey s, 1988). <<

[13] *Ibid., p*. 168. <<

[14] Citado en Taylor, *The Terrorist*, p. 168. <<

[15] K. Lewin, «Group Decision and Social Change», en T. M. Newcomb y E. L. Hartley (eds.), *Readings in Social Psychology* (Nueva York: Holt, 1947). <<

[16] Post, «Group and Organisational Dynamics of Political Terrorism». <<

[17] *Ibid*., p. 312. <<

[18] *Ibid.* <<

[19] M. Crenshaw, «The Psychology of Political Terrorism», en M. G. Hermann (ed,), *Political Psychology: Contemporary Problems and Issues* (Londres: Jossey-Bass 1986), pp. 379-413. <<

[20] Jamieson, *The Heart Attacked*. <<

[21] Sean O'Callaghan, citado en S. Clare, «Ceasefire Was Never Genuine - IRA Killer», *Press Association Newswire* (9 de diciembre de 1996). <<

[22] M. Crenshaw, «An Organisational Political Approach to the Analysis of Political Terrorism», *Orbis*, 29, 3 (1985), pp. 465-489. <<

[23] *Ibid*., p. 474. <<

[24] Citado en L. Clarke, *Broadening the Battlefield: The H-Blocks and the Rise of Sinn Fein* (Dublin: Gill and Macmillan, 1987), p. 29. <<

[25] R. Debray, *Revolution in the Revolution* (Nueva York: MR Press, 1967). <<

[26] Véase también K. L. Oots, «Bargaining With Terrorists: Organisational Considerations», *Terrorism*, 13 (1989), pp. 145-158. <<

[27] D. P. J. Walsh, «The Impact of the Antisubversive Laws on Police Powers and Practices in Ireland: The Silent Erosion of Individual Freedom», *Temple Law Review*, 62_f4 (1989), pp. 1.099-1.129. <<

[28] R. H. Evans, «Terrorism and Subversion of the State: Italian Legal Responses», *Terrorism and Political Violence*, 1,3 (1989), pp. 324-352; Jamieson, *The Heart Attacked*. <<

[29] Por ejemplo, véase S. Bruce, *The Red Hand: Protestant Paramilitaries in Northern Ireland* (Oxford: Oxford University Press, 1992); véanse también J. Horgan y M. Taylor, «Playing the Green Card: Financing the Provisional IRA - Part 1», *Terrorism and Political Violence*, 11, 1 (1999), pp. 1-38; J. Horgan y M. Taylor, «Playing the Greed Card: Financing the Provisional IRA - Part 2», *Terrorism and Political Violence*, 15, 2 (2003), pp. 1-60. <<

[30] Véase especialmente el interesantísimo análisis desarrollado por K. Tololyan en «Narrative Culture and Terrorist Motivation», en J. Shotter y K. J. Gergen (eds.), *Texts of Identity —Inquiries in Social Construction Series* (Londres: Sage, 1989), pp. 99-118. <<

Índice analítico

[1] Los números de página indicados en el índice analítico se corresponden con las páginas en formato físico, por lo que es probable que no coincidan con las indicadas por el lector electrónico. (Nota del editor digital). <<